

R
2

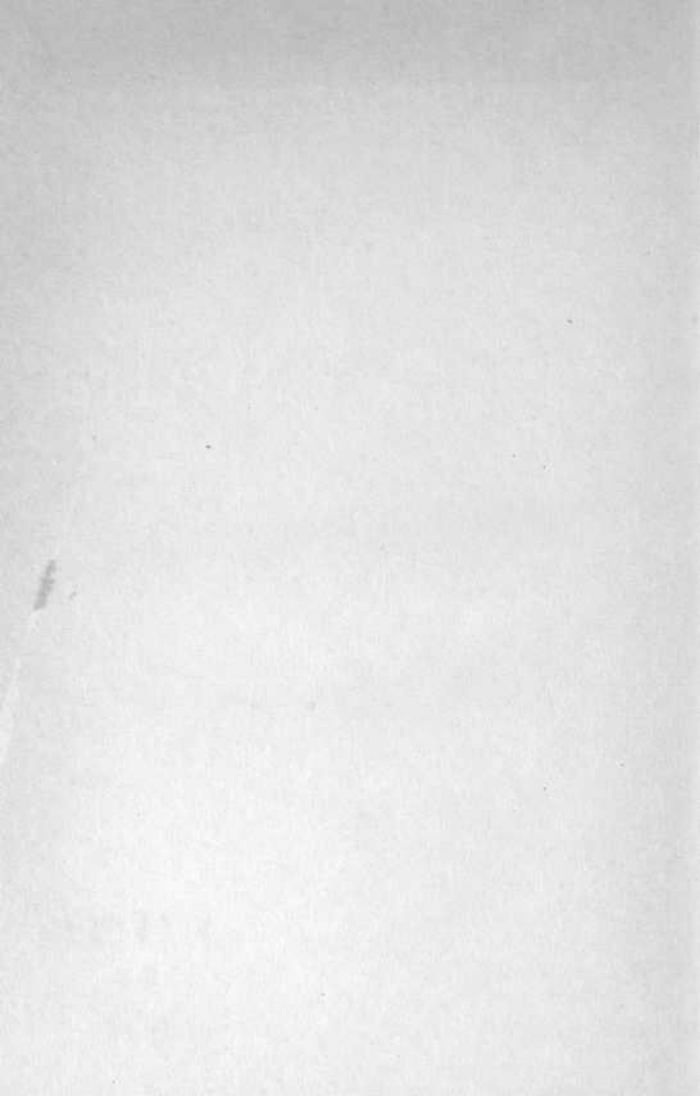




1165684

DR

1170



COLECCION UNIVERSAL

———— N.º 721 a 723 ————

PRESIDENTE DE BROSSES

Viaje a Italia

TOMO II



... .. notas

MADRID, 1922

Presidente de Brosses

—

VIAJE A ITALIA

TOMO II

MCMXXII

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, Madrid, 1922.

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

PRESIDENTE DE BROSSES

Viaje a Italia

TOMO II

La traducción del francés ha sido
hecha por N. Salmerón García



Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

1172

MADRID, 1922

Viaje a Italia

Historia del arte en Italia
por D. Federico Zeri



Fondo bibliográfico
Donato Riccio
Biblioteca Pública de Sevilla

Talleres "Calpe", Larra, 6 y 8.—MADRID

CARTAS FAMILIARES DEL PRESIDENTE DE BROSSES EN ITALIA

XXVIII.—A M. DE BLANCEY

Camino de Roma a Nápoles.

Nápoles, 2 noviembre.

Me dejo todavía seducir por vuestra meliflua elocuencia, mi querido Blancey, para trazaros sucintamente el camino de Roma a Nápoles; pero os advierto de veras que éstos son los últimos esfuerzos del diario expirante. Hay para eso mil razones: mis idas y venidas, mis ocupaciones en Roma, la pereza que me hará seguramente retrasarme quince días o tres semanas, después de lo cual, yo me conozco, no tendré nunca ánimos para ponerme al corriente. Además, serían precisos grandes infolios para dar una somera idea de Roma, ¡y ya los han hecho tantos otros! ¿Qué podría yo decir que no hayáis visto ya o podido ver? Y aun mas que todo esto: no veré yo mismo esta preciosa ciudad, por la cual me he tomado tanto trabajo y he gastado

tantos cequíes. Sabéis los asuntos imprevistos y urgentes que me hacen volver a Francia. ¡Oh archibotarate de primera clase (1), cuánto me has hecho rabiarse durante ochenta y ocho años, para ocurrírsele morir tan mal a propósito! Combato cuanto puedo las buenas razones que podrían determinarme a partir; pero creo, Dios me perdone, que estos días pasados iba, en fin, a sucumbir a la tentación de volverme a Francia, si el Cielo no me hubiera inspirado el saludable pensamiento de huir del peligro, alejándome más de los lugares desde los cuales me tienta, metiéndome bruscamente en mi diligencia para venir a Nápoles. Nuestros compañeros han tomado la misma resolución, y el 28 por la noche partimos de Roma por la posta de San Juan de Letrán.

Volvimos a encontrar esta malaventurada campiña desierta y desolada de que os hablaba en mi última carta. Es, sin embargo, un poco menos triste que la del otro lado, sobre todo a causa de las largas hileras de ruinas de acueductos que la decoran y que servían en otros tiempos para llevar a Roma las aguas de las montañas, distantes varias leguas.

Son una cosa asombrosa las obras de aquellos romanos; no se cansa uno de admirar la grandeza de sus empresas, que son una prueba de la grandeza de su ingeniería. Todos estos acueductos están compuestos de una cantidad prodigiosa de ar-

(1) El autor se refiere a un tío suyo, que no le tenía tampoco gran cariño y que murió en Tournay a la edad de noventa y un años.

cadras largas y estrechas, formadas por pilastras y bóvedas de ladrillo, encima de las cuales, como sobre un terrado, corre el canal, que va a tomar las aguas en un manantial para llevarlas a su destino. No están tirados en línea recta, sino que hacen de trecho en trecho algún recodo, serpenteando como el curso de un río. Han querido que el arte imitase la Naturaleza y han creído que las aguas eran más sanas siendo traqueteadas de este modo por diferentes choques. Cada una de estas arcadas de ladrillo considerada en sí misma es poca cosa; pero no podríais creer cuánto, tratándose de arquitectura, la cantidad de las cosas mediocres, bien sean pilares, pilastras o columnas reunidas en gran número, produce un bello efecto. Esto es lo que ya he notado en varios sitios, entre otros en la gran galería cubierta fuera de los muros de Bolonia.

Henos aquí, pues, en esta campiña, miserable hasta lo indecible. Ni un árbol, ni una casa, y no vayáis a echarle la culpa a Rómulo. No he tenido razón de acusarle de ello en mi precedente carta; el terreno es lo más fértil del mundo, y produciría todo lo que se quisiera si estuviera cultivado. Me diréis: ¿por qué no lo está? Y os respondería: A causa de la intemperie del aire, que hace morir a todos los que van a habitar allí. Pero yo contesto que la proposición es recíproca. No está habitada porque hay intemperie, y hay intemperie porque no está habitada. ¿Cómo es posible que no haya en esta vasta llanura, bordeada por todos lados por

montañas que las resguardan de los vientos, como el fondo de un tonel, donde no hay ni casas, ni bosques, ni árboles para romper el aire y darle salida, ni jamás fuego encendido para purificarle; donde las tierras no están removidas; donde no se da ninguna salida a las aguas? El aire, sin movimiento, se estanca en los grandes calores como el agua en los pantanos, y produce la intemperie que verdaderamente mata a los habitantes. Pero la señal evidente de que esto no procede del clima mismo es que no hay intemperie ni en Roma, que está situada en medio de esta llanura, ni fuera de Roma, a un cuarto de legua o a media legua a la redonda (1), porque el terreno está habitado. La primera fuente de esta desgraciada situación procede, según pretenden, de una falsa política de Sixto V, que sin duda no pudo prever las consecuencias. Cuando fué elevado al papado, el desorden y la impunidad reinaban en el Estado, donde los principales nobles se habían todos erigido en otros tantos tiranuelos. No había casi menos peligro que dificultad en remediar el mal francamente. Sixto V quiso quitarles sus riquezas, origen de su insolencia, disminuyendo el producto inmenso que sacaban de sus tierras. Prohibió en absoluto la salida de trigos de los Estados de la Iglesia. El pueblo vió al principio con agrado un edicto que parecía procurarles víveres en mayor abundancia y más baratos; pero como el país producía mucho más

(1) O las cosas han cambiado mucho desde 1739, o el autor se equivoca.

grano que lo que podía consumir, no tardaron en bajar a tan vil precio, que la agricultura decayó. No cultivaron mas que lo que era necesario; grandes tierras permanecieron en barbecho, y luego se hicieron malsanas; por consiguiente, se despoblaron, hasta tal punto que, habiéndose extendido el mal de cantón en cantón, todo el terreno acabó por ser lo que os he dicho. La destrucción de las tierras ha ocasionado la de los hombres, y la destrucción de los hombres, la de las tierras; no tienen casi ningún valor en este país. La princesa Borgliere me aseguraba el otro día que poseía varias tierras, de las cuales daría de buena gana las dos terceras partes en propiedad a quienes quisieran ir a habitarlas y cultivar la otra tercera parte. Yo la respondí: «Señora, ocurre con los hombres como con los árboles; no crecen mas que si los plantan.» ¡El medio de que la raza de los hombres no acabe por extinguirse en un país donde no se llega a la fortuna mas que haciendo profesión de un estado en el cual está prohibido poblarle? ¡Oh! ¡Extraña virtud aquella cuyo objeto y el efecto son destruir el género humano!

Hoy son campesinos de la Sabina y de los Abruzzos quienes vienen de vez en cuando a sembrar unos cuantos cantones de la campiña y se vuelven a su país hasta la cosecha. Un gobierno que tuviera miras más amplias que las del de un viejo sacerdote, que no piensa mas que en enriquecer hoy a su familia, por si se muere mañana, podría a la larga poner remedio a esto favoreciendo la genera-

ción y poblando el país sucesivamente, por etapas, desde los alrededores de Roma, donde la intemperie no reina, hasta las montañas.

Durante esta digresión, mi querido Blancey, os he llevado hasta Torre di Mezza Via, casa aislada donde está la posta; luego hasta el sitio donde se principia a subir la montaña; pronto se deja la campiña de Roma para entrar en la Romagna. Se vuelve a encontrar el país habitado y el poblachón de Marino. Es la antigua *Ferentinum*, después Villa Mariana. Hay una fuente bastante buena, según me ha parecido. Allí encontramos al duque de Castropignano, que va de embajador a París, y le entregamos las cartas de recomendación que teníamos para él, las cuales, como veis, no nos servirán de gran cosa. Me consuelo fácilmente; tengo otras muchas, entre otras del príncipe de Campo Florido, que me las ha dado en Venecia para toda su familia. Me parece que hace ya mucho tiempo que he salido de Roma y, sin embargo, todavía no hemos recorrido mas que doce millas. Se hace tarde, sin embargo, y tenemos que atravesar grandes bosques en la obscuridad. Sobre esto se nos ha ocurrido hacer montar a caballo a cuatro criados que vayan delante de nuestros coches con antorchas encendidas. La noche, la espesura de los bosques, la luz de las antorchas, el aire diabólico de nuestros postillones, junto con el aspecto poco ortodoxo de los que conducían; todo esto reurido formaba un espectáculo muy singular: era una magia admirable, que nos llevó hasta Velletri, del

cual no os diré nada porque no lo vimos. Hicimos mal, porque hay algunas casas bastante buenas; entre otras el palacio Ginetti.

El 29 seguimos el pie de la montaña, dejando a la derecha el antiguo *Palus Pomptina*, antaño tan fértil, hoy llanura absolutamente desierta, sin una sola planta; es pantanosa, apestada; en una palabra, horrible a la vista; se extiende hasta el mar, a lo largo del cual se encuentra *Antium* (Neptuno).

... *Æcaeque insula Circes*

No vimos nada de todo esto, que no estaba en nuestro camino (y haríamos bien de pasar por allí a nuestra vuelta, por amor por la antigüedad); solamente cuando estuvimos enfrente a la morada de la difunta señorita Circe:

Proxima Circæ raduntur littora terræ,

quise darle las gracias de parte vuestra por no habernos metido en otros tiempos en el Perdouillet y agucé el oído para ver si no oiría

*Hinc exaudiri gemitus iraeque leonum
Vincta recusantùm, et sera sub nocte reduntùm
.....
Saevire, ac formas magnorum ululare luporum.*

Pero por más que hice no oí nada. El país es tan detestable, que ni los brujos quisieran ya habitarle. No encontré nada en este cantón digno de seros presentado mas que una cadena de hierro al lado de Sermonnette, que las gentes del duque Gaetani tienden habitualmente a través del camino, en un

pequeño lugar escarpado, exigiendo para bajarla una contribución de los viajeros, que pierden menos tiempo en pagarla que en darles de palos. Ya podréis juzgar por esta muestra lo que es la policía de los caminos. Vinimos a Piperno (*Privernum*), ciudad de poca importancia, donde hay una linda plaza plantada en una avenida de grandes y magníficos naranjos, en plena tierra; no debo tampoco omitir un naranjo, el más hermoso que haya visto en mi vida, recto como un junco, de tallo alto, la cabeza redonda y grande como un tilo mediano. Me llamó la atención cerca de Piperno, hacia la mitad de la colina; más allá entramos en un gran bosque de alcornoques, especies de encinas verdes, muy altas; después de lo cual dos postas detestables a más no poder nos pusieron al alcance de ver

Impositum saxi late candentibus Anxur.

Vos, que nada ignoráis, sabéis, como es preciso saberlo, que esa Anxur del romance es Terracina. Esta ciudad está muy lindamente situada, en una magnífica vista, sobre una altura próxima al mar. Se la divisa también desde muy lejos, como en tiempos de Horacio; no a causa de sus rocas, que ya no son blancas, el tiempo las ha manchado; pero las casas blancas que han construído encima hacen ahora el mismo efecto. Lo mejor que tiene Terracina es un pórtico compuesto de algunas columnas, delante del templo de Júpiter; se supone a este Júpiter sin barba, *axuron*, de donde procede, según dicen, el renombre de *Anxur*. Es una mito-

logía honestamente formada y pasablemente ridicula, puesto que los griegos llamaban a esta villa *Trachyna*, y el nombre de *Anxur* le ha sido dado, en lengua volsca, por esta nación, que la habitaba antes de los romanos.

Ahora es la ocasión, o nunca, de hablaros de la *via Appia*, es decir, del más grande, del más hermoso y del más estimable monumento que nos queda de la antigüedad; como, aparte la asombrosa grandeza de la empresa, no tiene otro objeto que la utilidad pública, creo que no hay que vacilar en poner esta obra por encima de todo lo que hayan hecho jamás los romanos u otras naciones antiguas, excepto algunas obras emprendidas en Egipto, en Caldea, y sobre todo en China, para la conducción de las aguas, a los cuales puede juntarse el canal de Languedoc. El camino, que comienza en la puerta Capena, va durante trescientas cincuenta millas de Roma a Capua y a Brindis, que era la carretera para ir a Grecia y al Oriente.

Appia longarum teritur regina viarum.

Para hacerlo cavaron un foso de la anchura del camino hasta el terreno sólido. Este foso o fundación se rellenó con un macizo de guijarros y de cal viva, que formó el asiento del camino y que recubrieron por completo de piedras de talla de magnitud y de figuras desiguales; pero tan perfectamente duras, que todavía no hay un solo bache, y tan bien juntas, que en los sitios donde todavía no han comenzado a romperse por los bordes será

muy difícil arrancar una piedra del medio con instrumentos de hierro. A cada lado del camino se levantaba una banqueta de piedra de talla dura, para uso de las gentes a pie, y que al mismo tiempo formaba dos parapetos o entremuros que impedían que la obra de albañilería se desmoronase. Todo a lo largo del camino, de cien en cien pasos, se hallaban, alternativamente, un banco para sentarse o un poste para montar a caballo; en fin, estaba bordeada de distancia en distancia de mausoleos, tumbas u otros edificios públicos, de los cuales se encuentran aún varias ruinas. Este camino es estrecho; en los sitios donde las dos banquetas subsisten aún, dos de nuestros grandes coches no podrían pasar cómodamente; de donde podemos deducir que los ejes de los romanos eran mucho más estrechos que los nuestros. Hace ya quince o diez y seis siglos que no sólo no cuidan este camino, sino que, por lo contrario, lo destruyen todo lo que pueden. Los miserables campesinos de los pueblos de alrededor le han escamado como a una carpa, y hasta se han llevado de muchos sitios las grandes piedras de talla de las banquetas y del empedrado. Esto es lo que ocasiona las incesantes y amargas quejas de los viajeros contra la dureza de la pobre *via Appia*, que no tiene la culpa, puesto que en los sitios en que no la han estropeado se conserva perfectamente viable, unida como un pavimento y muy escurridiza para los caballos, que, en fuerza de pisar sobre estas anchas piedras, las han casi pulido, pero sin agujerearlas. Es verdad

que en los sitios en que falta el empedrado es imposible que las grupas puedan *obrar* cumplidamente; hasta tal punto les pone de mal humor tener que rodar sobre el macizo de piedras y guijarros colocados en todos sentidos desigualmente. No obstante el mucho tiempo que se trajina por allí, sin arreglarlo ni cuidarse del entretenimiento, el macizo se ha conservado firme. No hay mas que muy pocos o ningún bache, y únicamente de trecho en trecho bastantes malos agujeros.

Como el camino que se sigue para ir a Capua no es exactamente el mismo que seguían los romanos, se desvía uno con frecuencia de la *via Appia*, y con frecuencia se la vuelve a encontrar. Cerca de Torrecina iba a dar contra una roca llamada *Pisca Marina*, bañada por el mar. Para continuarla no han hecho ni más ni menos que cortar la roca en una anchura mucho más grande que la del camino ordinario y una altura perpendicular de ciento veinte pies; por lo menos eso parece por las cifras grabadas sobre la roca, de distancia en distancia; porque no os costará trabajo creer que no me he tomado el de medirle. Han empleado al trazar estas cifras un artificio bastante singular, que es dividir las distancias desigualmente y engrosar las cifras en relación a la perspectiva y en razón proporcional del alejamiento de la vista; de tal suerte que las divisiones parecen todas iguales y los caracteres, el último de los cuales es CXX, todos del mismo grosor. Es una manera geométrica bastante complicada de dejar adivinar cuál es la altura del

todo y cuál es la gradación de cada división. Cerca de la cima de esta bella obra, que no puede uno cansarse de admirar, hay otra roca absolutamente escarpada por todos lados, en el vértice de la cual creí advertir los restos de un viejo edificio; lo único que me preocupa es cuál sería la manera de entrar. Algunos amigos me han advertido confidencialmente que había allí un tesoro.

... Pero bien está allí;
francamente, no creo que yo vaya a buscarlo.

A unas cuantas millas encontráis, en medio de un campo, entre dos postas, una puerta de pino que tiene doble cerradura; un suizo del rey de España, Felipe II, os la abrirá, a menos que preferáis pasar de largo, y por esta puerta de escape fué por donde entramos en el reino de Nápoles. El país es bonito, con muchos viñedos, cuyas cepas están sostenidas por cañadas; esto hace un efecto agradable. Nuestra jornada terminó por ir a dormir en Fondi, feo poblacho hundido en la garganta de las montañas, donde no se encuentra ni pan ni pasta, accidente al cual se está cruelmente expuesto a lo largo de este camino. Lo dejamos sin sentimiento muy de mañana, y pasando por Itri, otra aldea de bastante mala catadura, vinimos a Mola de Gaeta, lindísima pequeña ciudad, situada agradablemente y con bellas vistas en la misma orilla del mar. Gaeta le sirve de perspectiva del lado derecho; Mola es la antigua Formia, renombrada en tiempo de los romanos por sus buenos vinos. No creo que nin-

guno de sus famosos viñedos esté hoy en explotación.

Falerno y Massica, que quedan a la izquierda, del lado de Minturna, no son mas que puntas de rocas enteramente peladas y calcinadas. Por falta de cultivos y de haber tenido cuidado de remontar las tierras a medida que las lluvias las arrastraban desde los cerros escarpados, los viñedos hace mucho tiempo que se destruyeron. Hay que creer que es una lástima, aunque estos vinos no debían ser muy a propósito para una orgía ligera y gentil; pero eran, sin duda, espíritus sólidos y dignos de ser conocidos. Los vinos de Formia, aunque inferiores a los dos precedentes, son aún los mejores de Italia y los que tienen más calidad después de los vinos del Vesubio. Son fuertes y oscuros, como nuestros caldos gordos del Nuits o de Pontac. Hay que conservarlos algunos años, y no dudo que fueran excelentes si se los conservase mucho tiempo, después de haberlos fabricado a la antigua manera de los romanos. Formia produce también, como antaño, un gran número de olivos. Su aceite era muy ponderado; pero, a decir verdad, todos los de Calabria, del reino de Nápoles y de Italia entera, hasta los de Lucca, los más apreciados de todos, son detestables, unguentíferos y verdadera caza de los drogueros.

No me canso de decirlo: este pequeño cantón de Mola es completamente encantador, pero un *paese di Dio abitato da diavoli*; era en otros tiempos, según creen, la morada de los Lestxigones, cuya raza

felona se ha conservado dignamente en la persona de ciertos perros de los aduaneros, que despararraron nuestras maletas en la orilla, y en la de un cardenal del infierno, en otros tiempos ayuda de cámara (el cardenal Fini), que se apoderó autoritariamente de todos los caballos de posta. Impaciente, me fuí a Gaeta en una barca. El paseo es de cerca de tres leguas de ida y otras tantas de vuelta. Lo hicimos bastante pronto y estuvimos allí poco tiempo. La situación escarpada de esta plaza, las fortificaciones que tiene y su puerto bastante bueno hacen de ella la llave principal y, creo, la más fuerte ciudad del reino de Nápoles. No ha habido, me parece, más sitio que hacer en forma que cuando el rey conquistó hace poco su Estado. Quería llevar a Quintín, para su gabinete de curiosidades, uno de los huesos de la nodriza de Eneas. Por lo demás, no noté nada en Gaeta que no haya sido detallado por Misson; así es que no os digo una palabra, como tampoco de unas ruinas que hay en Formia y que he examinado muy a la ligera; hay, entre otras, una tumba de Cicerón. Es aquí, en las cercanías, donde el pobre diablo fué asesinado: un *De profundis*.

En cambio de estas piezas, que he desdeñado, quiero mostraros retratos muy parecidos, que haré uno de estos días, tanto de los restos de un anfiteatro y de un gran palacio, que se encuentran en una llanura siguiendo el camino, como de un hermoso acueducto que viene de no sé qué montaña para ir a no sé qué ciudad. Todo esto está, no cerca

de Minturna, que ya no existe, sino cerca de una especie de aldea que representa bastante tristemente esta antigua ciudad en medio de los campos.

... quæ Liris quieta
Mordet aqua, taciturnus amnis.

Voy más allá, y para indemnizar al rey de los traperos de no haber tenido un hueso de su amiga *Caietta*, le llevó las cañas auténticas donde se escondió Mario en los bordes de los pantanos de Minturna. El Liris de hoy no se llama ya así. En fin de cuentas, los nombres no pueden durar siempre: es el Garellano, río hermoso y apacible como el Saona, pero menos ancho. Lo pasamos en barca, atravesamos por una hermosa pradera y vinimos a tomar, por Santa Agueda, un relevo de pequeños caballos, traviesos como asnos, colorados, que daban muestras de una impaciencia desmesurada por llegar a quitarse las sillas a Capua, adonde no tardamos en llegar.

Hinc muli Capuæ clitellas tempore ponunt.
(HORACIO, *Viaje a Brindis.*)

Si yo quisiera, os haría aún alguna cita sobre el Volturmo, que atravesamos al entrar en Capua; pero perdería acaso mi latín, teniendo el pesar de oír decir que no había perdido gran cosa. ¿Qué queréis? En este camino va uno siempre acompañado de Horacio, Virgilio, Silio, Stacio y otros señores por el estilo, que producen infaliblemente en los viajeros un desbordamiento de poesía latina.

Para volver al principio, Capua es una ciudad

pasablemente grande, edificada así así, donde no advertí nada curioso, y aunque hubiera notado alguna cosa, no diría ni una palabra, porque estoy incomodado con ella. *Lei si figuri* que no me había tomado el tiempo de tomar un bocado en Mola. En Santa Agueda, de ordinario no hay pan; sin embargo, era al caer la tarde, y ya sabéis mejor que nadie cuán difícil es calmar a esa hora un estómago que se ha dejado llevar en posta desde las cuatro de la madrugada. El mío hacía hipótesis muy bonitas acerca de las posadas de Capua; pero aunque no os lo parezca, juntando en un montón todas las provisiones de la ciudad y de sus arrabales, no conseguimos nunca tener juntas mas que dos huesos de jamón rancio, que nos tragamos sin masticar; después de lo cual, revistiéndonos de una generosa firmeza, me arranqué yo mismo a las delicias de Capua y volví a subir en mi coche de viaje, lleno de menosprecio hacia Aníbal.

No podía cansarme de admirar las ricas y fértiles campiñas de la Campania y de la Tierra de Labor, ni adivinar por qué no había pan en semejante país, y por qué extraña obstinación aquellas gentes, que tenían tanto trigo, no podían resolverse a convertirlo en harina. Estas reflexiones morales me llevaron a Aversa, y luego a Nápoles, el 30 por la noche, muy tarde, donde una espléndida cena, servida hacia media noche, nos hizo pronto olvidar todo el cansancio de este mal camino. En verdad, la fatiga es grande; es la más ruda y la más larga etapa que se haga en Italia. Hay ciento

cuarenta millas, que yo estimo equivalentes a sesenta leguas bien contadas; preferiría infinitamente más ir de Dijón a París, aunque sea más largo, que venir de Roma aquí; aparte de las molestias de los malos caminos, hay también la de no encontrar la apariencia de un alojamiento soportable. En cuanto a las palabras *cocina*, *vituallas*, *comer*, *cazuelas*, etcétera, no son conocidas en la lengua del país. Es asombroso que un camino tan frecuentado esté tan desprovisto. En cambio, se puede marchar muy de prisa, las postas están excelentemente servidas, los caballos son vivos, ardientes, traidores y maliciosos, como sus amos; poco faltó para que fuéramos sus víctimas en una porción de vuelcos. Monsieur Loppin no puede acostumbrarse, y me impide asiduamente dormir en el coche por los frecuentes sermones que endilga a los postillones, en la esperanza de traerlos a mejor conducta. En cuanto a mí, es un artículo sobre el cual, en fuerza de la costumbre, me he encallecido.

Buenas noches, amigo mío; un hombre de bien debe acostarse a la hora que es ya. Decid a vuestra mujer que voy a dormirme con su imagen; esto no puede dejar de producir un buen efecto.

XXIX.—A M. DE NEUILLY

Estancia en Nápoles.

Roma, 18 noviembre 1739.

Sabéis, mi querido Neuilly, cómo me he determinado a robar un momento a los asuntos que me llaman a Francia para hacer una escapatoria a Nápoles a todo correr, y no hay más remedio que correr, a pesar de uno. Son ciento veinte leguas largas ir y venir, y por el camino, casi siempre detestable personalmente, no se encuentra ni pan, ni colchones, sino un gran pedazo de la *via Appia*, largo de cuarenta millas y más digno de admiración que todo lo que se pudiera ver en el mundo, puesto que el bien público ha sido la causa. Nápoles merece más por sus accesorios que por ella misma. Su situación es de lo más hermoso que hay, aunque inferior, lo mismo que el aspecto, a la de Génova. No hay un solo buen trozo de arquitectura: fuentes mezquinas; calles rectas, en verdad, pero estrechas y sucias; iglesias muy alabadas y poco alabables, decoradas sin gusto y ricas sin agrado. Hoy que medio he visto a Roma y el gran gusto que allí reina me he hecho mucho más difícil y menos elogiador que era antes. El palacio del rey es la sola pieza que tenga realmente mérito. Hermoso edificio por fuera y adornos en relación

por dentro. Si mi diario viviese todavía, ¡qué de detalles y exclamaciones habría hecho sobre los admirables cuadros de la casa Farnesio que han trasladado al palacio! Pero estos bárbaros españoles, que yo considero como los godos modernos, no contentos con haberlos desgarrado al arrancarlos del palacio de Parma, los han dejado durante tres años sobre una escalera obscura, donde todo el mundo iba a orinar. Sí, señor; se orinaban en el Guido y en el Corregio.

Juzgad de mi dolor a este relato funesto.

El teatro del palacio es una pieza que asusta por lo grande que es, por su elevación y su magnificencia. Tiene ciento ochenta palcos, cada uno de ellos grande como un pequeño gabinete, y todos ellos se comunican por grandes corredores y lindas escaleras. Dejo las óperas; este artículo es del distrito de Malatesta. La corte es suntuosa y numerosa; el pueblo y los equipajes están en tan prodigiosa afluencia, que no temo decir que Nápoles, en proporción, está en este respecto por encima de París. En general, estas dos ciudades se parecen mucho por el movimiento infernal que reina. Hay seguramente aquí veinticinco mil personas que no tienen otro oficio que el de pedir limosna. El famoso puerto de Nápoles no es ni hermoso ni bueno, y la dársena, o serrallo de galeras, no merece apenas otro elogio. Pero ¡qué deciros del Vesubio, a la cima del cual me he hecho subir, con tanta fatiga, que no volvería a hacerlo por mil cequies, y

luego bajar al fondo del abismo, lo cual no es tan peligroso como dicen; de la sulfatara, Vesubio en miniatura, no menos curioso que el grande; en fin, de mi viaje a Pozzuoli, a Baja, verdadero lugar de delicias, si subsistiera con todas las bellezas de que apenas se perciben aún huellas; a Cumes, al promontorio de Misena; de mi paseo a las riberas del Aquerón, a los Campos Elíseos, al Averno, a la entrada de la Sibila, y por todo el sexto libro de *La Eneida*, de Virgilio; de las ostras del lago Lucrin; de los baños de Nerón; de la soberbia piscina de Agrippa; de la gruta del Perro, etc.? Son todas ellas cosas que no pueden caber en una carta; cuando más, podían caber en un diario, y nunca hubiera merecido mejor existir que en esta circunstancia. Me dan ganas, a despecho de los detractores y de los quehaceres, de fabricaros algún día un pequeño diario con todo esto, para vos solo. En todo caso, tendríamos de qué hablar juntos.

Desde hoy no pasaré en silencio mi viaje a la antigua ciudad de Herculano (1), enterrada desde hace cerca de mil setecientos años al pie del Vesubio por la terrible cantidad de materias que vomitó cuando la aventura de Plinio. El burgo de Portici, construido sobre sus ruinas, ha sido también destruido casi del mismo modo y reedificado de nuevo tal como es ahora. Es, pues, debajo de todo esto donde han descubierto hace poco, bajo tie-

(1) Fundada sesenta años antes del sitio de Troya, la villa de Herculano pereció el 24 de agosto del año 79 de nuestra era; existió, pues, durante mil cuatrocientos veinte años.

rra, la ciudad misma de Herculano, donde trabajan con ahinco para sacar numerosos monumentos antiguos de todas especies. He entrado por la puerta de la ciudad, que es un pozo muy profundo. *No he visto campanarios, a lo que creo, pero sí un anfiteatro, lo mismo que os veo;* muchas estatuas, mosaicos, muros pintados, unos derechos, otros derribados; y cada día se descubren cosas nuevas. La más preciosa es un cuadro de pintura antigua al fresco, más digno de consideración por su tamaño que ninguno de los que existen y muy bien conservado. Representa a los niños de Atenas rindiendo gracias a Teseo por la derrota del Minotauro. La figura de Teseo está de pie, en tamaño natural, desnuda por completo, y es de una gran corrección de dibujo. Ya sabéis cuánto lo poco que nos queda de pintura antigua tiene que hacer apreciar lo que tenemos. Hay también muchos otros cuadros, no menos grandes ni menos conservados. Han encontrado también, en una sala, una familia entera de estatuas, diversos muebles efectivos de la época y otras cosas preciosas. Si pudieran resolverse a vaciar como es necesario el terreno, no dudo que estaría bien recompensado el gasto. Cuento, por lo demás, escribir más largo sobre este asunto al presidente Bouhier; así que no os diré más por hoy.

No sé si teméis ser, a mi vuelta, ahorcado bonitamente. ¡Ah pérfido! ¡Es, pues, así como examináis mi Salustio, por el cual me tomo el trabajo de correr veinte veces a una perrera del Vaticano, donde no pueden servirle a uno y donde no se

avergüenzan de pedir treinta luisas por lo que vale cincuenta francos?

XXX.—A M. DE NEUILLY

Continuación de la estancia en Nápoles.

Roma, 24 noviembre.

Puesto que mi carta del 18 no ha salido por este correo, mi querido Neuilly, y puesto que, por las que recibo en este momento, no me veo con tanta prisa para volver a Francia, quiero daros en esta misma carta una segunda edición, revisada y aumentada considerablemente. He pasado rápidamente sobre diversos artículos, sin hablar de la supresión del diario; supresión ocasionada por la idea que yo tenía que me faltaría tiempo para escribir nada ni para examinar nada con detenimiento. Sin embargo, he escrito algunas cosillas, pero todo ello a vuela pluma, y no vale la pena de hacer el viaje. Voy únicamente a ilustraros mi carta precedente con un hermoso comentario, infinitamente más largo que el texto. Así es como las gasta todo buen escoliasta, y no tenéis el derecho de protestar contra un uso establecido.

La situación de Nápoles y la de Génova tienen mucho parecido entre ellas; las dos se extienden en el fondo de una especie de golfo en forma de media

luna, a lo largo de la orilla, sobre una roca. Digo que la de Génova es preferible. Me parece que no es de sentido común; pero es el mío, os lo juro, y la razón me parece sensible. Ha habido sitio en Nápoles para construir la ciudad entre el mar y las montañas, de suerte que la ciudad es en cierto modo llana, excepto los Cartujos y el fuerte de San Telmo, situados encima de la montaña. En Génova, por el contrario, el pie de la roca casi toca el mar; así es que han tenido por fuerza que construir en mitad de la montaña, todo en anfiteatro, lo cual, junto con la elevación prodigiosa de los edificios, forma un aspecto mucho más magnífico. Llegad por mar a estas dos ciudades, y os aseguro que seréis de mi parecer; salvo esto, Nápoles merece la preferencia. El clima es mucho más rico y risueño; su bahía está tan bien recogida, que se abarca toda ella con un solo golpe de vista. El cerro de Pausílipo la limita por un lado; por el otro, el Vesubio, y más lejos, el cabo de Sorrento, frente a la isla de Capre, la cierra y sirve de perspectiva a la ciudad. Todo a lo largo, desde el Pausílipo hasta el Castillo del Huevo, reina una especie de ancha calle, llamada la *Piaggia* (la Playa), vulgarmente *Chiajo*, bordeada por un lado de casas y abierta sobre el mar por el otro. Es realmente uno de los más hermosos aspectos que haya en el mundo; así es que se la encomia mucho, y con razón. Pero no puedo subscribir del mismo modo los elogios maravillosos que Misson y otros viajeros hacen de los edificios públicos y de la ciudad

en general. Si pretenden alabar las iglesias a causa de su gran número y las riquezas inmensas que hay allí prodigadas, estoy de acuerdo; en cuanto al gusto y a la arquitectura, es otra cosa: una y otra son casi siempre, a mi parecer, bastante malas, ya que lo sean en efecto, como creo, o que, como se juzga de todo por comparación, tenga mis ojos demasiado gastados por las verdaderas bellezas de los edificios de Roma. Las cúpulas son oblongas, de forma fea, sin linterna encima, por haberlas derribado los terremotos; en una palabra, unas estúpidas cúpulas. Verdaderamente, los altares mayores, y sobre todo los tabernáculos, son dignos de notarse, soberbios y adornados de mármol y de piedras preciosas, con una asombrosa profusión. Otro tanto digo de los palacios de los particulares y de los edificios públicos: no tienen por fuera ese aire de nobleza que previene en su favor, si se exceptúa un pequeño número, como los de Caraffa, de Monte Leone, y principalmente el de Mortalto, edificado con peristilos, galerías y columnatas a la orilla del mar; es una grande y hermosa pieza. Todas las techumbres de sus casas forman terrados pavimentados con losas ligadas con cemento de puzolana. Francamente, no me gusta mucho ver así todas las casas sin tejado; me parece que acaban de cortarles la cabeza; es quizá el efecto de la costumbre. No se lo perdono mas que a las que están terminadas por balaustradas.

La calle de Toledo es ciertamente la más larga y la más hermosa calle que haya en ninguna ciu-

dad de Europa. Pero ¿qué? Está indignamente desfigurada por medio pie de barro y por dos hileras de infames zaquizamíes y tiendas de choriceros, que reinan todo a lo largo y tapan las casas. Además de esto hay en varios barrios de la ciudad tres o cuatro puntos de vista que merecen llamar la atención. Por lo demás, las otras calles son feas y sin anchura.

La fachada del palacio real, con tres órdenes de pilastras, por Dominico Fontana, es una pieza de arquitectura de una rara belleza. El nuevo rey, desde su conquista, acaba de hacer que lo adornen por dentro con gran suntuosidad. Todos los quicios de las puertas son de mármol. Los muebles son ricos y nuevos. Me llamó la atención que no hubiese cama en las habitaciones del rey, tan exacto es para dormir en la de la reina. He aquí, sin duda, un buen modelo de asiduidad conyugal; *ché buon pro'faccia alla di loro maestá!* Quiero también anotar una cosa muy cómoda y fácil de practicar que he visto emplear en el palacio: es tender en el invierno en cada cuarto una estera de paja de la dimensión y de la figura exacta del cuarto. Creo que haríamos muy bien en introducir esta costumbre en Francia, mediante lo cual se podría conservar en el verano hermosos pavimentos de piedras pulimentadas, en vez de encontrar suelos de madera, difíciles de limpiar en todo tiempo, que forman durante el invierno verdaderos depósitos de aires colados, contra los cuales un pedazo de tapiz de Persia que los recubre entonces no

garantiza mas que en una pequeña parte de la casa.

Son muy numerosas las curiosidades del palacio: es toda la rica colección de la casa Farnesio, que ha transportado de Parma a Nápoles. La precipitación con que han arrancado los cuadros, a causa de las circunstancias de la guerra, y la negligencia indigna que han tenido con ellos después, los ha estropeado mucho. Todo esto había quedado hasta ahora en un desorden completo, y sólo desde hace poco comienzan a arreglarlo un poco, por los cuidados del señor Venuti, lugarteniente de galeas: es un gentilhomme florentino, muy hábil, sobre todo, en cuestión de medallas. Hay aquí con qué satisfacer su afición a este respecto. La colección de la casa Farnesio es una de las más hermosas y de las más completas que haya en Europa. Me ha agradado en particular la manera feliz y cómoda como las han dispuesto en grandes vitrinas de muy poco fondo, con rejillas y echados boca arriba sobre unos trípodes. Las medallas están colocadas en líneas horizontales en la parte de delante de la vitrina, como en estantes; están alineadas, o parece que lo están, en varillas de cobre. Las varillas encajan por los dos extremos en los montantes de la vitrina, en pequeñas hendeduras, donde quedan movibles; de suerte que, saliendo por fuera las extremidades de las varillas, se puede volver las medallas para ver el reverso sin necesidad de abrir la vitrina, con lo cual se tiene la facilidad, sin poder tocar ni cambiar de sitio las medallas,

de verlas a gusto, de cara y de cruz, y aun todos los anversos de una misma hilera con una sola ojeada. Las principales que nos hicieron notar son un *Britanicus*, que lleva las palabras *alabandra* como divisa en el anverso; un *Pescennius Niger*, troquelado con Antioco, en el anverso *Dea salus*; un *Pertinax*, etc. La biblioteca es bastante numerosa, a lo que pude juzgar por los montones de libros que están todavía apilados en dos o tres salas. ¡El cantón de los manuscritos me pareció bastante considerable! Puse aparte algunos de Salustio y Suetonio para el empleo que sabéis.

Ahora que hemos llegado al artículo de los cuadros, ¿cómo vais a hacer mis paces, mi querido amigo, con el terrible Quintín, cuya rabia impetuosa veo desde aquí excitarse contra mí porque no he tomado nota de todos los que hay aquí? Hay, sin embargo, cuadros deliciosos del Ticiano y de Rafael, en corto número; más del Parmigiano, de Aníbal Carrachio, de Andrea del Sarto y del Correggio; los de este último no son, a mi parecer, de sus mejores. Me hicieron examinar como extraordinariamente preciosa la *Madonna alla Zingara* (la Gitana), del Correggio; es decir, una de sus mejores obras. Confieso que no me gustó apenas.

No encuentro nada que me recuerde la idea de este pintor tan seductor. Es cierto que está muy estropeado, o mejor dicho, completamente desfigurado; pero notad dos cuadros del Schedone. No he visto nunca de este maestro mas que estos dos cuadros y otro en Roma, los tres de una singular

belleza, y, lo que es más, nunca había oído hablar de él. Me sorprende mucho, porque me han parecido al nivel de los de los mejores maestros. Su estilo participa del de Aníbal y del de Guido Cagnacci; su color es un poco seco, aunque bastante agradable; el dibujo, de una corrección perfecta, y las actitudes, completamente sabias. Notad también las miniaturas de Clovio. Entre las pinturas de este género no hay ninguna que tenga más reputación que éstas, las de la biblioteca del Vaticano y las de la sacristía de Siena. Pido al susodicho señor Quintín la misma indulgencia que más arriba con motivo de los cuadros de la Cartuja (1), que he olvidado apuntar en una Memoria. Hay, sin embargo, cuadros de un gran mérito; que escriba al azar en su agenda que el más hermoso de todos es uno del Españoleto, en el fondo de una sacristía; es la mejor obra de este autor. Allí es también donde se ve el pretendido crucifijo de Miguel Angel pintado del natural. Ya conocéis esa vieja historia. Hay una *Natividad*, del Guido, muy alabada y que a mí no me gusta mucho, a pesar de mi predilección por el Guido. Además, otros dos cuadros de la *Pasión de Jesucristo*, uno por Joseppin (2), otro por el Pontormo; más unos *Festines* de Aníbal Carrachio, del Veronés y del Massimo.

Pero para ver un cuadro mucho más maravilloso que todos éstos asomad la cabeza a la ventana, mi querido amigo, y decidme qué pensáis de

(1) La iglesia de San Martín.

(2) El caballero de Arpino.

este golpe de vista. Pues bien: ¿sentís ahora el trabajo que os he dado haciéndoos subir arriba de las rocas de esta maldita Cartuja, adonde he creído que no llegaríamos nunca?

De una punta a otra os precipito en las catacumbas, lo cual os ahorrará el trabajo de ver las de Roma, porque no son cosas éstas que sean curiosas dos veces; yo que os hablo he tenido, sin embargo, la estupidez de visitar también las de Santa Inés; pero que mi ejemplo os haga ser prudente. Son unos largos corredores subterráneos cavados en canteras de piedra. A un lado y a otro, la piedra está tallada como nichos, como una biblioteca. Puede asegurarse con certeza que esto no ha sido hecho mas que para servir de cementerio, sea desde que se abandonó la costumbre de quemar los cuerpos, sea quizá antes que esta costumbre fuese introducida; así al menos podría pensarse con respecto a las catacumbas de Roma. Alojaban uno o varios cadáveres en cada nicho, y después lo tapiaban, según parece, para prevenir la infección. Es una insensatez ridícula decir que hayan sido cavados por los primeros cristianos para alojarse ellos y adorar los santos misterios al abrigo de la persecución. ¡Valiente albergue me parece semejantes galerías, sin aire y sin luz! Sería, por lo demás, una hermosa obra hacer de *incógnito* toda esta serie de anchos y altos corredores, cuyo laberinto no tiene menos de nueve millas de recorrido, según afirman. Los cristianos de Nápoles no eran bastante numerosos para em-

prender, ni siquiera públicamente, una obra como estas catacumbas, que son más bellas y están más elevadas que las de Roma. No digo que a veces, por casualidad, alguien haya podido esconderse; pero seguramente esto no ha servido nunca de morada a los vivos. Los restos de altares y pinturas pintarrajeadas en las paredes, que se ven en una gran sala a la entrada de las catacumbas de Nápoles, son aparentemente señales de alguna ceremonia piadosa que se haya celebrado en otros tiempos en honor de los difuntos señores santos, que se figurán las gentes que tenían allí sus hogares. He ahí todo lo que obtendréis de mí sobre este artículo; si queréis más, leed a Misson y a Burnet, que hablan de ello extensamente.

Mientras os sentís dispuesto a la devoción, ¿queréis que os haga ver el milagro de San Jenaro? No son mercancía muy rara en Nápoles los milagros. El pueblo, que no tiene otra cosa que hacer, se ocupa de esto de buena gana. *Et otiosa credidit Neapolis*. Esto es una buena pieza de química; pero, pobres canónigos de la catedral, no tenéis las primicias; el milagro es más viejo que vosotros en el país. Tengo ahora a la vista el relato de un viaje que Horacio realizó por estos cantones, y del cual resulta con bastante claridad que la liquefacción de la sangre de San Jenaro nació y es originaria en *Gnatia*. Sin embargo, la operación no siempre sale bien, como se querría; un santo tiene a veces caprichos, y entonces es grande la desolación entre las gentes del pueblo, que comprenden per-

fectamente por esto que los terremotos no están lejos. Franchini, de Florencia, hermano del abate que va enviado de la corte a París, me ha contado que, teniendo una fisonomía un poco inglesa, encontrándose, por su desgracia, en la iglesia un día que el milagro no marchaba bien, le habría hecho pedazos, si no hubiera huído, la *chusma dei lazarielli*, a quienes se les antojó figurarse que la presencia de este perro herético era la que ponía al santo de mal humor. En rigor, es el señor soberano del país, y el rey acaba de instituir en su honor una orden de caballería, cuyo cordón es carmesí. Esta institución ha agradado al pueblo y liga la nobleza a don Carlos, cosa necesaria a todo nuevo conquistador.

A decir verdad, la conquista de este reino no ha costado mucho trabajo a los españoles. Montemar ha adquirido a poca costa su reputación y su título, puesto que su victoria de Bitonto no fué otra cosa que el encuentro de unas cuantas tropas alemanas que abandonaban el reino de Nápoles según la orden que habían recibido de su emperador; no obstante, esta victoria le ha hecho considerar en Francia y en España como un gran hombre de guerra, mientras que no veo que los que le han conocido en Italia estén muy convencidos de su mérito. Entre nosotros sea dicho, pasa aquí por un hombre que no tiene gran cabeza. Este reino será siempre la presa del primero que llegue, por poco que el atacante tenga ventaja sobre su adversario. No hay plaza fuerte de defensa, y el mis-

mo Nápoles, en cuanto yo pude entender, no es capaz de una gran resistencia por la parte del mar, pues está muy expuesta y muy abierta por ese lado. Me cuesta trabajo creer que, en el estado en que están las cosas, su Castillo del Huevo, su Castillo Nuevo, su malecón y el fortín que hay en la punta le impidiesen tener que aguantar cualquier lamentable insulto. Juntad a esto un mal interior más grande y completamente incurable; el espíritu del pueblo bajo, perverso en exceso, malvado, supersticioso, traidor, inclinado a la sedición y siempre dispuesto a saquear siguiendo al primer Mazaniello que quiera aprovecharse de una ocasión favorable para producir tumultos. Es la canalla más abominable, los más repugnantes gusanillos que jamás se hayan arrastrado por la superficie de la tierra. Y, por desgracia, lo que vicia abunda: la ciudad está poblada hasta la saturación. Todos los bandidos y los holgazanes de provincias han venido a naufragar en la capital. Los llaman *lazzarielli*; estas gentes no tienen domicilio; pasan su vida en mitad de la calle, vagueando, y viven del reparto de sopa de los conventos. Todas las mañanas llenan las escaleras y la plaza entera del Monte Olivete, sin dejar siquiera sitio para el paso; es un espectáculo repugnante, que da náuseas.

A mi modo de ver, Nápoles es la única ciudad de Italia que da la impresión de una verdadera capital: el movimiento, la afluencia del pueblo, la abundancia y el tumulto continuo de los equipajes; una corte en forma y bastante brillante; el tren y el

aire magnífico que tienen los grandes señores, todo contribuye a darle este exterior vivo y animado que tienen París y Londres y que no se encuentra en modo alguno en Roma. El populacho es tumultuoso; la burguesía, vanidosa; la alta nobleza, fastuosa, y la pequeña, ávida de grandes títulos, ha podido satisfacer sus ansias bajo el dominio de la Casa de Austria. El Emperador ha vendido títulos de nobleza a quien ha querido comprarlos, de donde viene el proverbio: *E veramente duca, ma non cavalieri*; el carnicero que nos servía no lo hace ya mas que por medio de sus dependientes desde que es duque. La mujer de un comerciante no sale nunca de su casa en coche, sin que otro carruaje la escolte, en el cual carruaje ya comprenderéis que no va nadie; pero esto siempre mete ruido y marcha como la tempestad. Ya sabéis que éste es el país de los caballos. Por su reputación, me había formado de ellos una idea muy distinta; no son nada bellos; por el contrario, son pequeños y escuálidos, pero arrogantes, inteligentes, maliciosos y llenos de ardimiento. Se usan mucho aquí unos cochecitos en forma de conchas, con ruedas muy bajas y con un solo caballo enganchado que les lleva a todo correr.

La opinión común es que los habitantes de Nápoles suman unos quinientos mil; es una hipérbole excesiva. Me he informado cerca del cardenal Spinelli, que está mejor que nadie en condiciones de saberlo, en su cualidad de arzobispo, y no cree que haya más de doscientos ochenta mil. Pero su

costumbre de estar siempre en la calle hace sospechar una población más considerable. La nación es más feliz bajo la dominación española que lo era antes. Los virreyes austriacos habían en verdad comenzado ya, pero la autoridad real acaba de extinguir la extraña tiranía que ejercían los señores de la tierra sobre sus vasallos. La vieja condestable Colonna, María Mancini, no dejaba nunca de preguntar como primer cálculo a todos los que venían de Nápoles: *Che fanno questi baroni tiranni?* A propósito de la condestable, me sorprendió mucho saber que esta sempiterna, que era querida de Luis XIV hace un siglo, no había muerto hasta hace pocos años. Me contaron también al mismo tiempo que cuando llegó a Roma, en los tiempos de su casamiento, haciéndolo visitar su marido al palacio Colonna, la enseñó cierto aposento y le dijo: «Señora, ahí tenéis el aposento de vuestro abuelo en la época en que era mayordomo del mío.» «Señor—replicó ella, molesta por la observación—, no sé quién era mi abuelo; pero lo que sé perfectamente es que de todas mis hermanas yo soy la que he hecho peor casamiento.» No quiere decir esto que los Mancini sean gentes plebeyas; no dejan de ser de cierta nobleza. No es cosa rara en Roma ver gentileshombres ponerse al servicio de otros más ricos. He visto varios caballeros de Malta criados de Cardenales. Verdaderamente, a nosotros los franceses esto nos parece, a primera vista, un poco extraordinario.

Pero volvamos a los grandes señores napolita-

nos. Viven a la española mucho más que a la italiana; son muy representativos; son accesibles en su casa para los extranjeros; saben hacer los honores de una casa, y aun con bastante frecuencia de una mesa. El duque de Monte Leone (de la casa Pignatelli) no admite en su casa este último artículo, aunque reciba a diario la más numerosa y magnífica asamblea de la ciudad, que le cuesta, según pretenden, más de 50.000 escudos en bujías, helados y refrescos; es el hombre más rico del Estado. Hemos recibido muy buena acogida, tanto por su parte como por el marqués de Montalegra, primer ministro del gordo duque Caraffa; por el abate Galiani (1), una de las buenas cabezas del país; por el príncipe Jacci y D. Miguel Reggio, general de las galeras, al cual aprecio especialmente por las buenas comidas que nos daba con fre-

(1) Sabio prelado, nacido en Foggia en 1681, muerto en Nápoles en 1753. Ocupó altos empleos en el gobierno y era tío del célebre abate Galiani, tan considerado en Francia por su ingenio y por sus escritos, sobre todo por sus *Diálogos sobre el comercio de los trigos*. Este último era el más famoso narrador del siglo XVIII; se vanagloriaba de no haber nunca contado dos veces una anécdota a la misma persona. Se sabía las casas en que había de contar, y se estimaba uno dichoso por ser admitido. Un círculo numeroso pasaba a veces la noche escuchándole; su repertorio era inmenso. Un día contó la anécdota siguiente: El superior de un monasterio de Italia se había apoderado de todas las rentas del convento, con pretexto de una reforma. Condenaba a los frailes a todas las privaciones, y llevaba la avaricia hasta medirles el vino que servía para el sacrificio de la misa. Los frailes se quejaron al Papa. El superior se defendió contra sus acusaciones; los debates se habían prolongado mucho tiempo, y los frailes iban a perder su pleito, cuando uno de ellos, dirigiéndose al Papa, pintó con gran viveza la avara tiranía del superior, y acabó con este rasgo: «En fin, lo diré, muy Santo Padre: ¡nos escatima hasta la sangre de Jesucristo!» Esta sola palabra hizo desvanecerse todas las razones alegadas por el superior, que fué condenado a dejar a los frailes disfrutar de las rentas de su monasterio.

cuencia. Este es el lugar donde mejor se come; muy buenos vinos, y tanto mejores cuanto que en ninguna otra parte son soportables, ni siquiera el de Montepulciano, que es agrio, mate y sin brillo; excelente carne; uvas como os podéis figurar, y melones en pleno invierno; es verdad que bien poco les falta para ser pepinos. Pero ¿qué lengua bastante elocuente podría dignamente celebrar las alabanzas de los pichones y de la ternera de Sorrento? Pensad qué será unos pichones que, siendo ya exquisitos en Milán, no hacen mas que crecer siempre y embellecer a medida que va uno metiéndose más adentro en Italia. En cuanto a la ternera Mongana, tan ponderada, tan celebrada, tan buena y tan dura, hacedme el honor de estar persuadido que no es mas que una presumida al lado de la de Sorrento.

Después de haber consagrado bastante tiempo al examen que va más arriba, íbamos con frecuencia a pasar una parte de la velada a razonar sobre física con el abate Entieri, florentino; cuando veáis en cualquier parte de Italia un hombre que tiene ingenio y piensa, ya podéis decir que es florentino (por algo han tenido a los Médicis); o bien con la princesa de Plalombiano, que es una notabilidad en geometría. Consagramos la velada a la ópera. Con este relato vais a creer que la estancia en Nápoles nos ha agradado y que nos hemos divertido. Nada de eso; no reina aquí un aire muy a gusto. Las asambleas no tienen nada de agradable; hay cierto barniz de superstición y de di-

simulo, que se extiende a todo. Las mujeres están mucho más cohibidas que en otra parte. Todos los celos italianos han venido a refugiarse aquí, donde han crecido más al abrigo de las maneras de los pueblos septentrionales.

En fin, vuelvo siempre con placer a las buenas gentes romanas; son, entre todos, en fin de cuentas, aquellos con los que se vive y se comercia más a gusto, y luego ¡esta Roma tiene tantos recursos, es tan bella, tan curiosa, que no se acaba nunca de haberlo visto todo!

No tenemos en este momento embajador en Nápoles. Le Puisieux (1), que ha dejado excelente recuerdo, ha partido, y el marqués de l'Hôpital, nombrado en su lugar, no ha llegado todavía. En el intervalo, M. Ticquet, secretario de la embajada, está encargado del despacho. Es un mozo de verdadero mérito, que tiene un espíritu agradable y cultivado; espera con impaciencia poder regresar a Francia, a causa de su salud. Mientras tanto se ha retirado al convento de Monte Oliveto, lo que no le impide hacer muy bien los honores de su nación. (Escribid en vuestro registro que este monasterio es uno de los más bellos que haya en Italia; allí es donde se fabrica el mejor jabón de Nápoles.)

Cuando llegamos aquí, el rey estaba en Portici, pequeña casa al pie del Vesubio: es su Fontainebleau; volvió el 3 por la noche, y al día siguiente le fuimos presentados. Ese mismo día hubo gran

(1) El marqués Brulart de Puisieux; fué después ministro de Negocios Extranjeros.

gala en la corte a causa del santo del rey, que celebra un besamanos con este motivo. Todos los señores iban vestidos con mucha magnificencia, y Su Majestad se había adornado con un antiguo frac de terciopelo pardo con botones amarillos, Tiene el rostro largo y estrecho; la nariz, prominente; la fisonomía, triste y tímida; la estatura, mediana y algo defectuosa. Atiende poco, no habla apenas y no le gusta mas que la caza, en la cual, entre paréntesis, no tiene grandes motivos de estar satisfecho, por estar todo este país devastado hace ya mucho tiempo por los campesinos o los *lozariels*, que cazan en plena libertad; de suerte que Su Majestad vuelve muy contento cuando ha podido matar dos perdices y cuatro gorriones. En obsequio a la fiesta, la reina dió también su mano a besar; lo que hacía, en mi sentir, mucho más honor que favor. Comieron los dos en público y fueron servidos según la etiqueta española, que se sigue exactamente en esta corte: el rey, por su gentil-hombre de cámara, y la reina, por la condesa de Charny. Esta es coja, pero ¡caramba!, ¡qué hermosa mujer! Nuestro primo Loppin la miraba, *como el hermano Lubin, con ojos ardientes*, tanto que no sé lo que habría sucedido sin Lacurne, que le agarró por la cintura en el instante en que iba a lanzarse para violar sin más ni más el precepto *non moechaberis*. Su muy *cornudable* marido es un viejo celoso, hijo de mi buen Charny, del cual nos han atronado tanto los oídos las Memorias de mademoiselle de Montpensier. Este, como sabéis, era

hijo natural del duque de Orleáns, Gastón, y de mademoiselle Saugeon, dama de honor de madame. Se ponen de rodillas para presentar de beber al rey y a la reina, y no se levantan hasta que hayan devuelto el vaso. A este propósito, me disgusté algo con la reina, que, con gran escándalo de las rodillas de mi divina Charny, se entretuvo una media hora mojando bizcochos en el vino de Canarias que había en el vaso. Tiene un aire malicioso la digna princesa, con su nariz en trompetilla, su fisonomía de cangrejo y su voz de cotorrilla. Dicen que era bonita cuando llegó de Sajonia; pero acaba de tener las viruelas. Es muy joven, y ni siquiera es todavía púber. (*Nota.* Ha venido a tiempo. En el momento en que escribía esto en Nápoles estaba embarazada de un mes o cinco semanas, lo cual le ha sucedido antes que nada apareciese.) Después de la comida fuimos a ver unos ejercicios de tropa en la plaza grande; fué bastante largo. A la noche hicieron la apertura del gran teatro del palacio para la primera representación de la ópera *Parthenope*, de Domenico Sarri. El rey asistió, conversó durante la mitad de la ópera y durmió durante la otra mitad.

Este hombre seguramente no ama la música (1).

Tiene su palco en las segundas galerías, frente a los actores; es demasiado lejos, dado lo enorme de la sala, en una parte de la cual no se ve apenas

(1) Molière, *Anfitrión*.

y en la otra no se oye nada. Los teatros de Aliberti y de Argentina, en Roma, son mucho menos grandes, más cómodos y mejor dispuestos. En verdad, deberíamos avergonzarnos de no tener en todo Francia otra sala de espectáculos que la de las Tullerías, poco cómoda y que no se usa casi nunca. La sala de la ópera, buena para un particular que la ha hecho edificar en su casa (1) para representar su tragedia *Mirama*, es ridícula para una ciudad y un pueblo como el de París. Estad bien seguro que el teatro propiamente dicho de la sala de Nápoles es más grande que toda la sala de la Opera de París, y ancho en proporción; y he aquí lo que es necesario para desplegar las decoraciones, y aun me han dicho que el fondo del teatro no está cerrado mas que por un simple tabique, que da a los jardines del palacio, y en los casos en que quieren dar fiestas de grande aparato quitan este tabique y prolongan la decoración a lo largo de los jardines. Imaginad qué efecto de perspectiva debe producir esto; es en este artículo en el que los pintores italianos se distinguen hoy tanto como nunca, y no puedo cansarme de admirar el gusto exquisito y la verdad con que saben hacer uso para el teatro; por lo demás, la pintura está completamente en decadencia. Salimbeni en Nápoles, Trevisani en Roma y el Canaletto en Venecia, son los solos pintores de reputación que hay en Italia; y de estos

(1) El cardenal de Richelieu y la sala de los Franceses, en el Palacio Real, antes Palacio Cardenal, donde se representó la tragicomedia *Mirama*.

tres, los dos primeros son tan viejos, que hace ya mucho tiempo están fuera de estado de trabajar; en cuanto al Canaletto, su oficio es pintar paisajes de Venecia; en este género sobrepuja todo lo que ha habido nunca. Su factura es clara, alegre, viva, perspectiva y de un detalle admirable. Los ingleses han mimado tanto a este obrero, ofreciéndole por sus cuadros tres veces más de lo que pide, que no es posible pedirle precios. Hay también en el mismo gusto Pannini. en Roma, que ha hecho el *Interior de San Pedro* para el cardenal Polignac. Es un cuadro singularmente bonito por el detalle, el exacto parecido y la distribución de las luces.

Era la primera ópera que habíamos visto aquí. La composición de Sarri, músico hábil, pero seco y triste, no era muy buena; pero en cambio fué perfectamente ejecutada. El célebre senesino tenía el papel principal; quedé encantado del gusto de su canto y de su acción teatral. Sin embargo, advertí con asombro que las gentes del país no estaban apenas satisfechas. Se quejaban de que cantaba en un *stile antico*. Porque hay que decir que el gusto de la música cambia aquí por lo menos cada diez años. Todos los aplausos los reservan para la Baratti, actriz novicia, bonita y desenvuelta, *che recitava da uomo*; circunstancia emocionante, que acaso no ha contribuído poco a reunir en su favor tan gran cantidad de sufragios. En verdad los merece, aun como mujer; pero la viveza con la cual la han prodigado las aclamaciones públicas ha hecho subir tanto sus acciones de día en

día, que cuando me he marchado estaban a 180 cequíes la pieza.

La construcción del poema en las óperas italianas es bastante diferente de la nuestra. Uno de estos días trataré de esto *ex professo* con Quintín, que en su última carta me ha hecho varias preguntas sobre los espectáculos. Se sacrifica mucho el gusto del buen público. Una ópera no gustaría, desde luego, si no hubiera, entre otras cosas, el simulacro de una batalla; doscientos mozuelos en un bando y en otro lo representan; pero tienen cuidado de poner en primera línea cierto número de señores espadachines que sepan tirar muy bien las armas. No deja esto de ser divertido; por lo menos no es tan ridículo como nuestros combatientes de Cadmus y de Teseo, que se matan bailando. En esta ópera *Parthenope* había una acción de caballería efectiva, que me gustó infinitamente. Los dos maestros de campo, antes de llegar a las manos, cantaron a caballo un dúo contradictorio de un cromático perfecto y muy capaz de hacer *paroli* a las largas arengas de los héroes de la *Ilíada*. Hemos tenido cuatro óperas a la vez, en cuatro teatros diferentes. Después de haberlas ensayado sucesivamente, dejé tres para no faltar a una sola representación de la *Frastacana*, comedia en jerigonza, de Leo.

N. B.—Esta jerigonza napolitana es acaso el más detestable galimatías que hayan inventado desde la fundación de la torre de Babel. He querido, sin embargo, tener una tintura, tanto a causa

de las óperas como por lo que se refiere a las dulzuras que yo esperaba encontrar en el comercio de los *lazariels*. Hasta recuerdo haber explicado en Francia a Alessandro arias en lenguaje de su país, que él no comprendía.

¡Vaya un invento! ¡Qué armonía, qué excelente broma musical! Llevaré esta ópera a Francia, y quiero que Malatesta me diga qué le parece. Pero ¿estará él organizado para comprender esto? Nápoles es la capital del mundo musical; de los numerosos seminarios donde se educa la juventud en este arte han salido la mayor parte de los famosos compositores: Scarlatti, Leo, Vinci, el verdadero dios de la música; los Zinaldo, Latilla y mi encantador Pergoleso. Todos éstos no se han ocupado mas que de la música vocal; la instrumental tiene su reino en Lombardía. Monsieur Loppin protege a un joven clavinista, Ferdinando, botarate de profesión, que interpreta a libro abierto todas las partes de un *quatuor*, medio tono más alto que las notas.

La transición es natural y el paso casi insensible de la ópera a las cortesanas. Son aquí, según pretenden, más numerosas que en Venecia. No es la culpa de las mozas, dicen, es el clima, que las lleva a eso desde tiempo inmemorial.

Littora quæ fuerant castis inimica puellis,

y, por consiguiente, es la Naturaleza quien lo exige. ¿No es Séneca quien cuenta que los antiguos no se atrevían a traer a esta comarca las mozas que

no querían todavía casar, porque el aire del país les daba una disposición a las titilaciones? En fin, sus descendientes han sostenido tan bien esta reputación, que han tenido el honor de dar nombre al mal de Nápoles, del cual nos hemos reservado proveernos hasta nuestra llegada a esta ciudad. Porque cuando se quiere tener las cosas es preferible tenerlas de primera mano, y vais a juzgar por la pequeña historia siguiente si se corre riesgo de tenerlas en malas condiciones.

El otro día, Perchet, primer cirujano del rey, hermano del que conocéis, nos contaba que la semana anterior un inglés había ido a consultarle sobre un pequeño accidente que le había sucedido. Hubo que llegar al examen, durante el cual el inglés le dijo que había ya consultado el caso con otro cirujano, que le había encolerizado diciéndole que había que cortar. «¿Cortarlo?—interrumpió Perchet—. ¿Quién es el ignorante que ha dicho eso? ¡Vaya, vaya, caballero; es un asno que no sabe lo que dice; no hay para qué cortarle; ya se caerá ello solo.» No podéis imaginaros de qué maldito humor se ha puesto Lacurne después de este relato contra el coito y sus consecuencias. Pues bien, mi buen amigo: ¿os he cumplido mi palabra y hago bien mi oficio de comentador? Decidme si conocéis ningún sabio en *us* que sepa mejor que yo ahogar su texto en un océano de escolias, y eso que no os hubiera contentado con eso solo si llevase un diario como antes. Es preciso, sin embargo, que os encarguéis todavía de una advertencia

para el amigo Quintín, a saber: que tienen la costumbre en Nápoles, en las grandes iglesias, de poner encima de las puertas un gran lienzo pintado en el sitio en que nosotros ponemos los órganos en Francia. Es ordinariamente una gran composición de Luca Giordano o de Solimena. Este último todavía vive y no tiene menos de noventa y dos años y millón y medio de capital, que ha ganado en su oficio. *Oh che vergogna! mentre che messer Annibale tirava la carretta como un cavallo para ganar 1.500 escudos en seis años.* Si no hubiera habido más que Solimena y yo en el mundo, jamás habría él ganado cincuenta rublos con su factura soa y sus composiciones sin fuerza y sin genio. ¡Caramba! No digo otro tanto de Luca Giordano; es un hábil hombre y casi digno de ser colocado entre los pintores de segunda clase. Se ha distinguido sobre todo en la pintura de animales. En verdad, sus pinceladas no son tan blandas ni su claroscuro tan bien entendido como el de Castiglione; pero su manera es mucho más amplia y maneja la paleta con libertad y buen entendimiento. Además, hace ver una vasta extensión de genio en sus cuadros de historia, cuyas invenciones son nobles y, sobre todo, los ordenamientos admirables.

XXXI.—A M. DE NEUILLY

Excursión al Vesubio.

Roma, 26 noviembre.

Despacio, despacio, amigo mío; todavía queda tela. ¿Creíais ya quedaros libres a tan poca costa? Vaya, sacudid un poco vuestra maldita pereza; voy a haceros hacer un viaje fatigoso a la cima del monte Vesubio. A la vuelta, para descansar, os llevaré de paseo a Pozzoli, como se da un confite a los niños después de una medicina. Venid, subid en esta especie de jaula de loro, que no tardará en llevarnos al pie de la montaña que habéis visto, al partir, cubierta de una nube brillante; es el humo que refleja los rayos del sol. El abismo arroja incesantemente una humareda muy espesa, y en cuanto a la llama, se ve algunas veces de noche, pero es muy raro. Al pie del Vesubio dejamos nuestros coches para montar a caballo. Subimos durante un buen rato esta rica y fértil montaña, a través de los hermosos viñedos que producen el *lacryma christi* y otros vinos, los mejores de Italia, sin disputa. Es fácil juzgar de la abundancia y del gusto de los frutos que produce un terreno tan capaz de exaltar la savia. Es verdad que en algunos sitios vimos la economía de los brotes algo entorpecida por los torrentes de hierro rojo que han corrido desde arri-

ba; pero a pesar de las ruinas irreparables que causan los accidentes y el peligro de verse expuesto sin cesar, comprendo perfectamente cómo las gentes del país no pueden desligarse de habitar ni de cultivar un cantón de la tierra tan rico, tan agradable y tan abundante. Al cabo de cierto tiempo tuvimos que dejar los caballos y montar en asnos, que nos llevaron durante cerca de media legua a través de malos barrancos obstruidos con grandes pedazos de rocas ferruginosas y de un cementerio de viñedos arrasados, de los cuales sólo se ven los esqueletos dispersos aquí y allí. Aquí es donde comienza la abominación de la desolación. Se encuentran ya zanjas, más o menos anchas, de las cuales sale una humareda tibia y húmeda. Estas zanjas, casi todas, no son más anchas que las que los calores del estío producen en los pantanos desecados; se multiplican a medida que nos acercamos a la cima donde está la abertura del abismo. Pero volvamos un poco la cabeza para disfrutar del más hermoso espectáculo que puede hallarse en Europa; de ese golpe de vista tan maravilloso que seduce de asombro, cualquiera que sea la idea que se hubiera hecho uno por anticipado.

Las copas de los árboles y los viñedos extendidos a los pies como un tapiz, al cual las aldeas de Portici, Resina y otras, así como las casas de campo dispersas a lo largo de la ribera sirven de borde; Nápoles está en el fondo a vista de pájaro; las llanuras de la Tierra de Labor, todas sembradas de cortijos hasta las montañas del *principato* de Otran-

to, que cierra la perspectiva a la derecha. A la izquierda, el mar hasta perderse de vista; la ribera poblada de edificios con sus torres y sus contornos, que corren desde la entrada del golfo de Salerno, desde el estrecho de la isla de Capri, a lo largo de Nápoles, del Pausílipo, de Prócida, Pozzuoli, Baja, Cuma, hasta Gaeta, que forma el fondo de la decoración. Deteneos allí todo lo que queréis y procurad cobrar ánimos para las fatigas inauditas que os quedan que pasar. Aquí hay que ir a pie; no hay asno ni mula que pueda llevaros más lejos. El lugar está completamente cubierto por las evacuaciones del Vesubio, antiguas y modernas, que se han amontonado allí casi todas, excepto lo que los arroyos de fuego han arrasado hasta abajo. Los montones de pedazos de piedras, de tierra, de hierro, de azufre, de alumbre, de vidrio, de asfalto, de nitro, de tierra cocida, de cobre, hechos o fundidos de una manera espumosa, en forma de marcasitas y de escorias. Las lluvias han lavado todo esto a la larga, por donde se ve cuáles son los antiguos o los nuevos desprendimientos. Nada hay en verdad tan tremendo de ver ni tan fatigoso de atravesar como estos montones de esponjas de hierro tan duras como escabrosas. No podéis figuraros nada más repugnante que estas infames deyecciones; se marcha por encima de ellas con una fatiga inconcebible. Todos estos haces de escorias ruedan incesantemente bajo los pies y os hacen, por la detestable pendiente del terreno, bajar dos toesas cuando creíais subir un paso. Por desgracia

iba con nosotros un tropel de campesinos, que habían dejado los viñedos, a lo largo del cerro, para seguirnos; iban todos vestidos de capuchinos (el traje de los capuchinos es el de los campesinos de la Calabria) y, pretendiéndose *ciceroni*, armados con cuerdas, correas, riendas y cinturones, con los cuales se envolvieron y a nosotros también. Cada uno de nosotros se vió cogido, a pesar de su resistencia, por cuatro de estos tunantes, que tirándonos de los cuatro miembros, cada cual por su lado, estuvieron a punto de descuartizarnos, con pretexto de llevarnos hasta arriba, mientras que otros, empujándonos por detrás, nos tiraban de cara al suelo con tanta destreza que no dábamos mas que con las narices en la tierra. Estoy persuadido que sin el alivio que nos procuraron estos malandrines impertinentes habríamos tenido dos terceras partes menos de fatiga; a todo esto, hacía un fresquillo tan execrable aquel día, que no tengo idea de haber sentido nunca tanta frialdad.

El viento norte y la rigidez de la pendiente nos cortaban la respiración o nos echaban a los ojos un agradable torbellino de humo. Pasaron así tres cuartos de hora y más, durante los cuales no dejé de suspirar por un lindo cono puntiagudo y unido por los lados, desprendido de estas feas escorias y que formaba la extremidad de la montaña. ¡Oh hombres inconsiderados, que no saben lo que desean! Yo bien sé por qué aquel pedazo puntiagudo estaba tan limpio, y es que está tan rígidamente plantado, que nada puede sostenerse encima. Da-

ría lo mismo que fuese perpendicular el desgraciado, tan poco le falta. Juntad a esto que está enteramente cubierto, no de cenizas, porque no se encuentran ni poco ni mucho en el Vesubio, sino de una arenilla pesada y rojiza, que no es otra cosa que mineral de hierro pulverizado, en el cual se hunde uno hasta la rodilla, y mientras se saca una, la otra ahonda un largo surco en la arena, que os vuelve a llevar precisamente al punto de donde habéis partido. ¡Ah perra montaña, artificio del diablo, ventanilla de Lucifer, ya puedes a tu gusto abusar de mí mientras me tienes en tu poder! Volveré mil veces a Nápoles sin que nunca vuelva a ocuparme de ti, y antes que volver a ver tu abismo infecto, preferiría

Volverme cántaro, col, linterna, brujo,
y que el señor Satán viniera a romperme la crisma.

¡Que Dios me valga! Ya estamos arriba, en la cima del abismo, sudando a chorros por el esfuerzo y transidos por el viento norte, que nos azota. Tengo mucho miedo de pescar *alguna mala purisia*, como dice Brantome. No hay mal que por bien no venga. Cuando el tiempo está tranquilo y húmedo, la humareda flota y se condensa en el abismo, de manera que no puede verse nada; hay que escoger para venir un tiempo de viento del norte violento que, formando remolinos en el fondo de esta copa, la barra y la haga ver tan claramente como a través de un cristal. Veo que hay que hacerlos una exacta descripción. En seguida

voy, amigo mío; pero le suplico que me deje tomar aliento un poco de tiempo.

El Vesubio tiene dos cimas: una meridional, donde está el volcán actual, y sobre la cual me encontraba; la otra septentrional, llamado Monte de Somma, donde el volcán ha estado seguramente. Es perpendicular y escarpado por el lado interior, algo semejante a una pared quemada y en ruinas, envolviendo en medio cintro el vértice precedente, lo cual me hizo en seguida conjeturar que el cintro, antes entero, se había desmoronado y deshecho a la larga, en fuerza de fuego y de minas; que el Somma era el Vesubio de los antiguos, con una sola cima, cuyo cráter tenía un diámetro prodigioso, y que nuestro Vesubio era una montaña nueva, formada por el amontonamiento de materiales que el abismo lanza desde hace diez y siete siglos, y que al caer rodando han formado la segunda cima, propiamente dicho, el Vesubio de hoy, como una capucha en el fondo de una taza. Estas conjeturas parecerán demasiado atrevidas a las gentes que no están acostumbradas a las grandes operaciones de la Naturaleza; pero no a usted ni a vuestro querido Buffón, que conocen mejor que nadie la construcción de nuestro globo y las revoluciones a que está sujeto.

Podía ser que la terrible erupción en la cual pereció Plinio hiciera saltar la bóveda, el *cacumen* (1) de la gran montaña y comenzara a descascarillar

(1) La cima, la cubierta, el techado.

los bordes de la tapa; por lo menos sabemos que antes de este suceso, en tiempos de Augusto, la cima del Vesubio estaba rellena y casi llana.

El abismo actual tiene la forma de un cono vuelto del revés, o de una copa terminada en su fondo por una planicie rojiza, de unas cincuenta toesas de diámetro y ligeramente resquebrajada en algunos sitios; el suelo parece ser de azufre y de mineral de hierro; las paredes interiores de la taza son de roca viva, escabrosa, quemada hasta la calcinación, como si fuera cal, blanca, amarillenta, recubierta en mil sitios de azufre puro y de salitre; en otros sitios, tendiendo a la vitrificación; en algunos, ferruginosa, casi siempre hendida por largas resquebrajaduras, de donde sale una gran cantidad de humareda mal oliente. Juzgaréis aún mejor de la calidad del suelo viendo algunos pedacitos de diferentes especies que he hecho recoger y que os enseñaré.

El orificio del volcán puede tener, según me han dicho, trescientas cincuenta toesas en su mayor diámetro, de oriente a occidente, y su altura perpendicular no es más que de ochenta y cuatro toesas, medidas con la mayor exactitud que ha sido posible, según las leyes de la aceleración de la caída de los cuerpos, valiéndose de piedras que se han dejado caer en múltiples ocasiones. Es, pues, seguro, viendo la poca extensión de este abismo, que no son las materias que de allí han salido las que han podido enterrar la ciudad de Herculano ni producir la enorme cantidad de toesas cúbicas de

tierras u otras materias que elevan la orilla del mar desde el antiguo suelo de Herculano hasta el suelo actual de Portici; pero hay que advertir que en otros tiempos la montaña, en cuanto puede juzgarse por el relato de los antiguos, no tenía mas que un vértice. Había hecho llevar cuerdas para que me bajasen atado por los sobacos al abismo, sucediera lo que sucediera; pero esto no era ni tan difícil ni tan peligroso como me lo había figurado: la bajada, aunque rapidísima, no es impracticable por uno de los lados. Me hice atar por la cintura y sostener la cuerda por dos cicerones para prevenir que fuese rodando en caso de caída. De esta guisa descendí en el abismo sesenta u ochenta pasos; luego, advirtiéndome que no vería nada más llegando hasta el fondo, que veía perfectamente, y haciendo algunas reflexiones acerca de mis zapatos, que empezaban a chamuscarse, y sobre la espantosa fatiga que tendría para volver a subir, hice que me subieran casi como sacan un cubo del pozo. Me diréis acaso que me habría quedado bien extrañado si mientras estaba allí el señor Vesubio se hubiera puesto a llamear. ¡Extrañado? ¡Ah! Os lo juro, y hasta confundido. Pero esto no es de temer.

Cuando va a haber una erupción se anuncia por anticipado por una especie de cañonazos que la montaña tiene la costumbre de tirar. Ahora no os figuréis que os explique cuál es la causa que produce tan terribles efectos. No lo haré, por varias razones; la primera de ella es que no lo sé. Creo

que hay otras muchas personas en el mismo caso. Los académicos de Nápoles me decían que no hay fuego interior; que es un simple fermento lo que causa el calor y el humo; que los vapores que se elevan en el mar son el alimento perpetuo de este abismo, que los engloba, así como todo el aire del contorno, por una atracción química, y se llena hasta que la abundancia de la materia produzca inflamación y luego derrame. En efecto; el cráter comienza a hervir por el fondo y se eleva como leche en el fuego, hasta que la fuerza del calor, rompiendo la vasija por cualquier sitio, lo haga derramarse. Todavía están en duda de si hay en la montaña subterráneos interiores; pero además que los terremotos lo indican bastante, a lo que parece, no comprendería yo cómo si no hubiera un tubo interior para hacer los efectos de un cañón, o por lo menos de un mortero de bombas, la montaña podría lanzar, como me han dicho que lo ha hecho la última vez, piedras de un calibre espantoso a tanta altura como es ella de alta. La montaña arroja cenizas o arena hasta más allá de treinta leguas; es notorio que han llegado, acaso favorecidas por el viento, hasta Roma, que es una distancia casi el doble; Dion Casius dice que hasta Egipto llegaron cuando el accidente de Plinio, lo que me parece increíble. Cuando la erupción de 1631, una de las más terribles que haya habido y en la cual perecieron cinco o seis mil personas, el abismo lanzaba rocas rojas, que inflamaban los árboles al tocarlos. A pesar de los estragos que pro-

ducen estas evacuaciones, es todavía peor cuando la montaña no las tiene; sufre entonces de vientos y de cólicos, tanto que sacuden todo el país alrededor y causa todavía más espanto. En fin, si queréis saber más detalles sobre las causas de todo esto, os remito a una larga cita de Lucrecio (libro VI), que se ha esforzado en explicar en hermosos versos los efectos del Etna; para recompensaros de la esterilidad de mi física voy a daros un pequeño detalle de la erupción acaecida hace dos años. Lo he tomado de un diario que ha llevado el abate Entieri.

Desde fines de abril de 1737 el Vesubio se había puesto a arrojar frecuentemente llamas acompañadas de humareda. El 14 de mayo aumentaron mucho, y el 16 la cima comenzó a lanzar piedras rojas y a derramar algunas materias fundidas. El 18 el vértice estaba completamente cubierto por fuera de una lluvia de azufre. El 19 el ruido y la trepidación interior llegaron a ser espantosos, la humareda era excesivamente negra y salieron pedazos de roca que rodaban en seguida a lo largo del monte con un terrible estrépito. El 20 el incendio llegó a su período culminante: el humo, negro como la pez, envolvió toda la montaña en negros torbellinos; la cima se incendió por todos lados; la llama pareció muy viva, a pesar de la claridad del día, y el abismo lanzaba incesantemente hierro, azufre, piedra pómez, etc., como una granada que estalla. Hacia la tarde, la humareda empezó a tener más rápidos torbellinos y se volvió grisácea. Poco

después la montaña tiró un cañonazo espantoso; a la caída del sol se vió que era la rotonda que se había hundido cerca de su fondo, del lado del Sur. De esta hendedura salía una espesa humareda, interrumpida de vez en cuando por relámpagos y llamas de fuego, con el ruido que de ordinario les acompaña. Al cabo de una o dos horas, el nuevo hoyo vomitó un gran torrente rojo, que descendió lentamente a lo largo de las montañas y tomó el camino del pueblo de Resina; pero se amortiguó y no siguió lanzando granadas. Cuatro horas después la montaña volvió a ponerse más furiosa que nunca y, sobre todo, a tirar fuego por mosquetería y a sacudir la tierra; vomitó por la boca del lado de occidente e hizo por el nuevo hoyo una deyección tan abundante, que ocupaba quinientos pasos de largo y cerca de trescientos de ancho. Este torrente de hierro rojo inflamó la campiña y, continuando en derramarse, se dividió en varias ramas, la más ancha de las cuales tenía cuarenta y cinco pies de ancho. Una de ellas descendió el 21, fué a parar a Torre del Greco, tropezó con la muralla del convento de los Carmelitas, que derribó en un santiamén; entró en la sacristía y en el refectorio, donde no hizo mas que una ligera comida con todo lo que allí había; atravesó luego la carretera y vino a pararse en las orillas del mar hacia las seis de la tarde. Hasta el 24 la erupción continuó por el orificio superior. Este día, después de haber hecho, hacia mediodía, un fuego infernal, el volcán principió a pararse y no lanzaba mas que torbellinos

de ceniza. El 28 el fuego ya no era casi nada; el 29 cesó del todo; la humareda, aunque tan abundante, se hizo clara, blanca y como lavada. El 6 de junio una lluvia tremenda que cayó sobre el Vesubio sacó de los torrentes de hierro un olor de azufre insoportable y que no se había sentido, ni mucho menos, tan fuerte en los momentos de gran erupción. Todos los árboles a un cuarto de legua a la redonda perdieron las hojas y los frutos. Otra lluvia, pocos días después, hizo exhalar de estos mismos torrentes nuevos olores de una fetidez insoportable, pero de otro género que no tenía ninguna relación con ninguno de los malos olores conocidos. El torrente que había corrido el 21 continuó rojo en la superficie durante tres o cuatro días, después de los cuales el ardor se concentró; al cabo de un mes y más, cuando cavaban esta especie de turba y plantaban una gruesa estaca de madera, se inflamaba al instante. Durante todo el tiempo de esta erupción, el viento reinó con más frecuencia entre el Sur y el Suroeste.

Bajamos la montaña con más satisfacción y facilidad que a la subida. ¡Oh Dios! Cuáles fueron mi sorpresa y la vehemencia de mi indignación cuando, tendiendo mi vista, divisé en la orilla de una hondonada a mi queridísimo primo (la pereza le había impedido subir con nosotros), que con aire completamente tranquilo acababa de comerse dos pavos y beberse cuatro botellas de vino que habíamos llevado para el descanso. Me di gran prisa a aplastar bajo mis pies las piedras pómez y

las partículas de escoria; a cada golpe de talón bajaba más de veinte pies. Felizmente, llegué a tiempo de quitarle el último alón, en el cual había hincado ya sus dientes mortíferos. Me restauré en el acto con lo que quedaba en el fondo de una botella y con un frasco de aguardiente, que me salvaron seguramente de una pleuresía, bañado como estaba en sudor y transido de frío tan violento. Sin más me despedí del Vesubio con solemne promesa de no hacerle en mi vida una segunda visita, y vine a Portici, casa del campo del rey, de la cual no os hablaré. Nada tiene que quisiera conservar un arrendatario general si la comprase. La aldea de Portici es bonita; hay jardines agradables y varias casas de campo, algunas de las cuales valen más que las del rey. Tuve el propósito de ir desde allí a Sorrento (*Surrentum*) y a Salerno, donde quería llevarnos un oficial francés amigo nuestro (monsieur de Fresnay, mayor del regimiento de los guardias napolitanos). Tenía todavía más deseos de ir a la isla Caprera a visitar los manes del difunto Tiberio y ejecutar algunos *spinthries* (1) con la Barrati; pero no tuve tiempo de hacer nada de esto. Me he consolado de no ir a Caprera viendo después que Adisson había ido y la había descrito perfectamente.

Regresamos el mismo día a Nápoles muy tarde y muy fatigados. Pero ¿quisiera yo hoy no haber pasado estas fatigas? He aquí una consideración

(1) Suetonio, *in Tiber.*

que los viajeros no deben nunca perder de vista, y acaso estaría bien hacer de ella una máxima general o precepto obligatorio.

XXXII.—A M. DE NEUILLY

Paseo por Baja, Pozzuoli, etc.

Roma, 26 de noviembre.

El 14, al despuntar el día, nos pusimos en camino para ir a comer en el golfo de Baias, en casa de D. Miguel Reggio, que nos quería hacer un *regalo* a bordo de su *Reale*. Todas las galeras, después de haber llevado al rey a Prócida, esperando su vuelta, hacían estación en este golfo. Dejamos nuestros coches al pie del Pausílipo, para ir a la punta del cerro llamado Margellina a visitar la tumba de Sannazar en la iglesia de los Servitas. La iglesia es bonita, y la tumba, de mármol blanco de Carrara, situada detrás del altar, constituye el principal ornamento; es un hermoso trabajo de un padre servita llamado Montorsolo. El busto de Sannazar, entre dos amorcillos, hace el coronamiento; dos estatuas, una de *Apolo con la lira*, otra de *Minerva con la lanza*, acompañan la tumba. Se han hecho cristianos desde que están allí, y han tomado en el bautismo los nombres de David y de Judit. No os hago mención del epitafio, que está

copiado de una porción de sitios. Desde allí fui a la tumba de Virgilio. ¿Habéis visto alguna vez un pedazo de muralla en ruinas? Pues lo mismo es esto. Está solitaria en un rincón, en medio de una maleza de laureles, que tanto abundan en el Pausilippo, lo cual disminuye un poco el prodigio del honor que había hecho la Naturaleza al príncipe de los poetas haciendo, según decían, crecer un laurel sobre su tumba. Encontré allí dentro a una vieja bruja, que recogía leña en su delantal y que parecía tener cerca de ochenta siglos; no hay duda que era la sombra de la sibila de Cumes, que vaga en torno de esta tumba. Sin embargo, no creí a propósito mostrarle *ramum que veste latebat*. Antes de bajar del Pausilipo no dejé de correr a casa del pintor Orazio, que ha hecho esos preciosos cuadros del incendio del Vesubio, de la Sulfatara y otros que habéis visto en casa de Montigny, para comprarle unos parecidos. El fatuo se dejó morir en mayo último; todas sus obras están vendidas, y no queda allí mas que un ínfimo discípulo, su pobre imitador.

Ya otra vez en nuestros coches, nos metimos en la gruta o camino perforado en bóveda a través del Pausilippo, por donde se va al otro lado de la colina; es una invención muy singular para ahorrarse el trabajo de subirla. La obra es tan antigua, que algunos la atribuyen a los primeros habitantes del país. Aunque el trabajo sea inmenso, asombrará un poco menos si se atiende que el suelo de esta caverna es con más frecuencia arenoso que pedregoso.

Séneca tiene muy mala opinión de este camino (Epístola LVII) y cuenta de muy buena fe el miedo que le causaba este largo pasadizo obscuro. En cuanto a mí, hablaré de él mejor; no lo he encontrado muy incómodo, y seguramente se han hecho algunos arreglos desde aquel tiempo. En medio del camino, que me parece tener cerca de mil pasos de largo, han hecho en la bóveda uno o dos grandes tragaluces, que llegan hasta arriba para dar un paso de luz. Además, para mejor alumbrar la travesía de la caverna, han cuidado que el camino vaya ensanchándose desde las dos entradas hasta el medio. En fin, aunque muy obscuro, no lo es tanto que haya que ir a tropezones, y dos coches de frente pueden pasar cómodamente.

La salida de la caverna lleva derecho al lago Agnano, donde el agua hierve naturalmente sobre la ribera, sin estar caliente. Es bastante ancho, y los peces no pueden quejarse de no tener bastante salsa. En sus orillas se encuentra primero la gruta del Perro, que no es mas que un mal agujero cuadrado, grande como una chimenea y quince o diez y seis varas más profundo. No os digo su historia, que estáis harto de saber. El vapor mortal no tiene actividad a más de un pie o pie y medio del suelo; pero allí sofoca en pocos instantes. Creo haber oído decir que de todos los animales la víbora es el que resistía más tiempo. Apagamos allí unas antorchas y mechas azufradas e hicimos fallar nuestras pistolas. El perro representó su papel: cayó en convulsiones, y se vió a las puertas

de la muerte si su amo no le hubiese sacado de allí y echado sobre la hierba como un cadáver; pero no tardó en recobrar el conocimiento. No hubo necesidad de meterle en el lago, lo cual produce un alivio más pronto. El cachorro de que acostumbran valerse para esta experiencia está ya acostumbrado, como un lacayo de charlatán, a beber jugo de sapo; en cuanto ve llegar a unos extranjeros sabe que esto quiere decir: «Tumbaos y haceos el muerto.» Cerca de la gruta hay unas estufas naturales, llamadas *il Sudatorio di San Germano*. Cuando se quiere sudar a chorros en dos minutos y ser apestado por el olor de azufre no hay más preparación que entrar un momento en esta casa.

Desde allí vengo a la Sulfatara, en otros tiempos la marmita de Vulcano, *olla Vulcani*; es apenas menos curiosa que el Vesubio, o más bien es un Vesubio maduro, que ha debido hacer de las suyas en su juventud, hace diez mil años. La montaña es de un ancho diámetro y de poca altura, como si hubieran cortado al ras horizontalmente las dos terceras partes, hasta tal punto que no puede uno por menos de decir al verla que tenía aparentemente tres veces más altura, y que el volcán, en fuerza de funcionar, ha consumido y disipado todo lo que falta. La parte de arriba hace ver aún más claramente que es el fondo de la caldera de un volcán fuera de uso. Tiene perfectamente la forma de un anfiteatro un poco ovalado. La pista es una planicie vasta, unida, de color sulfuroso y aluminosa; cuando se da con el pie en la tierra se oye en torno

de sí un rumor sordo, lo que puede hacer conjeturar que no es mas que una bóveda o fondo artificial. La humareda se eleva por todas partes, lo mismo de la llanura que de las alturas que forman el recinto. Es de mal olor, y cuando salimos de allí notamos que nuestros bastones, nuestros relojes, las espadas, los galones de nuestros trajes y todo lo que teníamos de oro o dorado se había puesto negro o ennegrecido. Los galones no han podido limpiarse bastante bien para recuperar su brillo. Hay en la llanura algunos charcos de agua tan impregnada de alumbre, que basta calentarla hasta evaporización para tener el alumbre puro. Para hacer hervir las calderas hacen un hoyo en tierra, sobre el cual las colocan; no hace falta fuego ni gran preparación. Allí cerca hay unos cobertizos donde acaban de trabajar el alumbre. En cuanto al azufre, lo sacan casi completamente puro.

No es largo el camino de allí a Pozzuoli, donde en cuanto llegamos nos vimos rodeados de pilluelos que querían hacernos comprar una porción de bronces, de piedras grabadas, de pedazos de estatuas y otros cachivaches, el mejor de los cuales no valía cuatro perras chicas y que no juzgamos a propósito cargar con ellos. Pozzuoli está bien situado, en la misma punta del cabo. Vi, al parecer, un pequeño coliseo o anfiteatro y los restos de un templo de Júpiter, hoy San Próculo. No hice mas que echar una ojeada sobre esto, por no tener tiempo de examinarlo, porque al llegar encontramos al príncipe Jacci, que se nos había adelantado

para llevarnos en la chalupa del Rey; montamos en ella para atravesar la bahía, y pasamos por delante del malecón o puente de Calígula. He aquí otra obra maravillosa de los romanos. Este malecón, que avanza bastante dentro del mar, cerraba el puerto de Pozzuoli. Está abierto por arcadas, algunas de las cuales están en ruinas; había veinte. (Véase Jul. Capitol, *in Antonino Pio.*) Conté todavía catorce. Que no sea éste el puente sobre el cual Calígula atravesó el golfo a caballo es lo que aparece bastante claramente por la inscripción que reproduce Addison; prueba que es obra de Antonino el Piadoso. Si Misson lo hubiese conocido, habría sacado una autoridad mucho mejor aún que la de Suetonio; a ella os remito, y pondré aquí otra inscripción parecida, encontrada hace dos siglos; está sobre la puerta de la ciudad: *Imp. Caesar. Divi Adriani. fil. Divi Trajani Parthici nepos. Divi Nervae, pronepos. T. Aelius. Adrianus. Antoninus. Aug. Pius. pont. max. trib. pot. II. cos. II. desig. III. P. P. opus. pilarum. vi. maris. conlapsum. A. Divo. patre. suo. promissum. restituit.*

Al llegar a Baja fuimos primero a dar los buenos días a D. Miguel, que apenas si estaba repuesto de una caída inoportuna que había tenido la antevíspera en el mar, donde se habría ahogado sin el Rey, que fué el que acudió más pronto en su socorro; después de lo cual nos fuimos de prisa a continuar nuestra visita de las curiosidades. El golfo de Baja y su colina en semianfiteatro, tan renombrada entre los romanos, por ser el más voluptuoso

lugar de Italia, es como esas viejas bellezas que, sobre un rostro en ruinas, permiten todavía adivinar, a través de sus arrugas, las huellas de sus antiguos atractivos; no es mas que una colina llena de bosques y de ruinas, que se reflejan en un mar siempre límpido y tranquilo. No saben allí casi lo que es el frío ni el invierno, por ser la tierra muy caliente por naturaleza en este lugar y en sus alrededores; así es que era allí donde los romanos iban de temporada a fines de otoño. Todas las alabanzas que se han tributado a esta hermosa bahía no me parecen exageradas. En cuanto a la vista de la colina y de las ruinas, me represento qué espectáculo admirable era aquella legua sermicircular de terreno, llena de casas de campo de un gusto exquisito, de jardines en anfiteatro, de terrazas sobre el mar, de templos, de columnas, de pórticos, de estatuas, de monumentos, de barcos en el mar, cuando no había más sitio o se cansaba de buscar casa en tierra firme. ¡Cómo me extendería aquí en citas de poetas si Addison no se hubiese anticipado! ¡La buena sociedad que se encontraba allí en tiempos de Cicerón, de Pompeyo, de Horacio, de Mecenas, de Augusto, etc.! ¡Las succulentas cenas que iban a disfrutar paseándose a pie hasta la bastida de Lúculo, cerca del promontorio de Misena! ¡Qué hermoso espectáculo por la noche a aquellas góndolas doradas, adornadas unas veces con banderolas de colores, otras veces con linternas; aquel mar cubierto de rosas; aquellas lanchas llenas de mujeres bonitas semidesnudas; aquellos con-

ciertos en el agua durante la obscuridad de la noche; en una palabra, todo aquel lujo tan vivamente descrito y tan neciamente censurado por Séneca! ¡Oh napolitanos, amigos míos! ¿Qué hacéis de vuestras riquezas si no las empleáis en hacer revivir en este hermoso sitio sus antiguas delicias?

Las antigüedades que noté en las riberas son: un pequeño templo de Diana, abovedado, muy ruinoso. Las paredes no subsisten mas que en un solo lado; sin embargo, la bóveda, aunque pendiente la mitad al aire, se sostiene como un solideo por la sola fuerza de su mampostería.

Un templo de Venus. Otro de Hércules... Otro en medio de una charca de agua, adonde nos hicimos llevar en brazos; nos dijeron ser el templo de Mercurio. Noté algunos restos del betún que llamaban *Opus reticulatum*. Cuando el macizo de los antiguos edificios de ladrillo estaba ya hecho recubrían las paredes con un paramento de pequeños ladrillos cuadrados, del tamaño de nuestros azulejos, o de pequeñas losas de mármol, ya blanco, ya de color; los disponían en rombo, y el estuco de otro color, que servía de ligamento, colocado con cuidado y limpieza, formaba sobre la pared la imagen de una gran red de pesca, de un efecto muy agradable a la vista... Baños antiguos muy curiosos, con las pilas, o el sitio que ocupaban, alineadas a lo largo de los dos lados como las camas en un hospital... Todos los alrededores están llenos de baños naturales; no se hace mas ceremonia que meterse en el mar en ciertos sitios de las riberas.

Dicen que es un remedio específico para una larga lista de enfermedades. La fortaleza de Baja está encima de la roca que forma la punta avanzada del semicírculo. Don Miguel Reggio nos dió una comida exquisita a bordo de su galera; fué el mejor momento de la jornada aquella comida. Gracias al ejercicio asombroso que yo había hecho, nunca hubo apetito tan voraz, necesidad de comer y de beber tan apremiante, ni manera de satisfacerla tan rápida.

Inmediatamente después volvimos a la chalupa y fuimos a recorrer la ribera. Vimos la piscina admirable que hizo construir Agripa para servir de depósito de agua a la flota que estacionaba en el promontorio de Misena. Es una especie de lago *pensile*, hecho como un terrado en el aire, sostenido por ochenta y cuatro grandes pilares. El suelo de este terrado aéreo está revestido de un cemento de puzolana, duro como el granito. Sin duda tenía altos bordes por todos lados para retener el agua, que se vertía por grandes cañerías, y que se iba a coger fácilmente en aquella gran taza. No está muy elevada por encima de la planta baja, aunque los pilares sean muy altos; pero están enterrados en parte y forman un vasto y magnífico subterráneo. Esta obra es absolutamente singular, y no puede comprenderse qué motivo ha podido determinar a construirla de esta manera... La Dragonaria, que parece haber sido una gran cañería para las aguas. El mar muerto... La antigua casa de campo de Agripina... El lugar de la orilla en que la mataron... El promontorio de Misena, bonito y todo cuadrado,

y más acá, Prócida, donde el rey estaba de caza. Hay allí una casita, y es para él una gran fiesta ir a pasar unos días... Ciertas ruinas, que me dijeron ser las de un circo; este sitio se llama hoy *il Mercato de Sabato*... Una linda pequeña llanura, pero inculta y abandonada, que pasa por ser los Campos Elíseos. Sería útil tener allí, a riesgo de sus vidas, unos cuantos jardines para cuidarlos y para sembrar, cuando menos, asfodelos... El lago de Acherón o de Acherusia, más allá del cual se ven algunos restos de las ruinas de Cuma, sobre una altura. El lago de Averno, redondo del todo, hermoso, claro y bermejo, encima del cual los pájaros vuelan ahora a gusto. Ya veis que he tenido gran suerte, dado que no habéis oído hablar de él; pero ¿os producirá tanto placer como la miseria en que ha caído el lago Lucrin os producirá dolor? No es mas que un mal estanque fangoso; aquellas ostras exquisitas del abuelo de Catilina, que endulzaban a nuestros ojos el horror de las maldades de su nieto, se han metamorfoseado en míseras anguilas que huelen a fango... Una fea y gran montaña de ceniza, de carbón y de piedra pómez, que en 1538 se le ocurrió salir de la tierra en una noche, como una seta, ha venido a rodear a este pobre lago y lo ha reducido al triste estado que os describo...

No dependería más que de mí deciros multitud de cosas todavía sobre la casa de campo de Cicerón, que llamaban la Academia, donde escribié sus *Cuestiones académicas*; pero como está un poco dentro de tierra y no hay tan buena compañía, no

fuí a verla; es ahora unos baños calientes bastante famosos. He dejado aparte, sin duda, otros artículos en este mismo cantón. Contando bien, era ya noche cerrada cuando dejamos nuestras chalupas en Pozzuoli y subimos a los coches, para volver a Nápoles fatigados y rendidos a más no poder; por lo demás, excesivamente satisfechos de nuestra jornada. Sin embargo, para no convertirme en charlatán con respecto a vos, tengo que confesar que todos los grandes placeres que había disfrutado lo eran mucho más en idea que en realidad; una buena parte de los artículos mencionados en esta fiel relación serían un poco mezquinos para alguien que no leyese la gaceta de los tiempos de Calígula; pero, en cambio, son deliciosos por reminiscencias y tienen un atractivo infinito para las gentes que ya no existen. Addison os ha dado una descripción exacta y seguida de toda esta costa, tomada de *Silius Italicus*. Para hacerle *pendant* voy a dároslo según Virgilio. Ya sé, mi dulce amigo, que eso os agradará singularmente, y he tenido gran placer, por mi parte, en releer con este motivo buenos trozos de *La Eneida*, porque

Para mi gusto, el Virgilio es bonito algunas veces.

El mar, el impertinente mar, no me perdonó tampoco esta vez, como no me había perdonado antes en las costas de Génova. ¡Oh cuánta razón tenía el proverbio italiano en poner una condición al placer que procura embarcarse (*che gusto d'andar per mare, se la posta fosse la nave*). Había creído

burlarle no permaneciendo bastante tiempo embarcado, para darle tiempo a que me hiciera vomitar, y bajando a tierra a cada momento para ver una cosa u otra; pero la bestia maligna me guardó bien su rencor. Antes de volver a Nápoles me sentí atormentado por poderosas bascas. Al día siguiente por la mañana me sobrevino la fiebre, lo que me determinó a volverme en seguida a Roma.

Este mismo día, el 15 por la noche, volvimos a tomar la posta. Corrimos largo trecho a galope tendido. *Dehinc Mammurarum lassí consedimus urbe:* es la pequeña y fea ciudad de Itri; por fuerza tuvimos que detenernos allí. Además de la lluvia, gruesa como el brazo, y la fatiga, mi coche se había hecho pedazos, lo cual fué un mal rasgo de ingratitud por parte de la *via Appia*, a la cual yo había atestiguado toda clase de amistad. Entré en una posada; no había, como de costumbre, ni víveres ni camas. Tendí por el suelo, al lado del fuego, una cosa parecida a un colchón, y allí pasé algunas horas en la agitación de una violenta fiebre, seguida, por fin, de vómitos, que me aliviaron un poco. No tenía por todo consuelo mas que el oír a mi lado a Lacurne roncar como un pedal de órgano. De buena gana le hubiera matado; pero, poniendo freno a mi cólera, me contenté con continuar mi camino. El 17, a las siete de la mañana, llegué de vuelta a Roma, donde ahora estoy bueno y salvo, sino de la mano, que tengo cansada por lo larga y lo rápida de esta carta.

Mala peste, vaya un pedazo de escrito sin parar.

Con tal que esto divierta un poco vuestra curiosidad, mi querido objeto, me doy por contento. Pienso que seréis bastante juicioso para recordarme con frecuencia a nuestros amigos Bevy, Malatesta y otros, sobre todo a esa encantadora Montot, a la que no pierdo de vista un solo instante: es el Neuilly de las mujeres, como vos sois el Montot de los hombres. Recordadme también a la señora de Bourbonne, a la que siempre admiro con verdadera delicia.

XXXIII —AL SEÑOR PRESIDENTE BOUHIER

Memoria sobre la ciudad subterránea de Herculano.

Roma, 28 noviembre 1739.

El descubrimiento que acaban de hacer, cerca de Nápoles, mi querido presidente, de la antigua ciudad de Herculanium es un suceso tan singular y tan capaz de divertir a un hombre tan aficionado como lo es usted a las cosas de la antigüedad, que no he de contentarme con lo poco que sobre esto he escrito a Neuilly, y lo cual, sin duda, os habrá participado; voy a hacer, en obsequio vuestro, un pequeño relato más circunstanciado, que comunicaréis recíprocamente al dulce objeto.

Hace algunos años que el príncipe de Elbœuf,

entonces general de las galeras de Nápoles, haciendo cavar un terreno en Portici, aldea al pie del Vesubio, a la orilla del mar, descubrió varios monumentos antiguos y huellas de edificios propias a suscitar el deseo de llevar más adelante la excavación de las tierras.

Se descende, como a una mina, valiéndose de un cable y un torno, por un ancho pozo profundo, de cerca de doce a trece toesas. La materia sólida de este intervalo que cubre y llena la ciudad está muy mezclada de tierra, de minerales, de un mortero de cenizas, barro y arena, y de lava dura, que es como llaman a la materia fundida que fluye del Vesubio. Al enfriarse se pone casi tan dura como el hierro. Entre Herculano y el suelo exterior se ven algunos restos de otra pequeña ciudad, reedificada otra vez encima de aquélla y recubierta también por nuevas erupciones del Vesubio. Sobre las ruinas de estas dos villas está hoy construído el burgo de Portici, donde el rey de las Dos Sicilias y varios señores de la corte tienen sus casas de campo, mientras una revolución parecida a las precedentes no lo haga desaparecer y tengan que construir otro burgo en el cuarto piso. Porque, a pesar de los destrozos casi irreparables que causan tales accidentes y del peligro de estar expuestos ellos sin cesar, no hay que esperar que las gentes se cansen nunca de habitar o de cultivar un pedazo de tierra tan rico, tan agradable por la variedad de los aspectos, la belleza del terreno y la fertilidad del suelo calentado de esta montaña, que

produce abundantemente, hasta la mitad de su altura, las mejores frutas del mundo. Los males que se consideran como remotos y cuyo momento no está previsto hacen poca impresión puestos en balanza con una utilidad diaria. En el fondo no hay casi nunca nada que arriesgar en cuanto a la vida de los habitantes, pues el Vesubio anuncia de ordinario su erupción por un ruido tremendo varios días antes de lanzar los fuegos.

Las ruinas del segundo burgo no me han parecido ocupar mucho espacio ni contener nada curioso, o quizá yo mismo no he prestado gran atención. Llegado al fondo del pozo, encontré que habían abierto a uno y otro lado galerías subterráneas bastante mal perforadas y mal desembarazadas de las tierras, que habían sido con frecuencia echadas en una de las galerías a medida que abrían otra; el aspecto de esto es casi enteramente parecido a las cuevas del Observatorio. No pueden distinguirse los objetos mas que a la luz de las antorchas, que, llenando de humo estos subterráneos faltos de aire, me obligaban a cada momento a interrumpir mi examen para ir hacia la abertura exterior a respirar con más facilidad. Se distingue en estas galerías varios trozos de paredes de ladrillos, los unos tumbados o inclinados, los otros levantados; los unos en bruto o trabajados al estilo que los antiguos llamaban *opus reticulatum*; los otros adornados de arquitectura mosaica, losas de mármol o pinturas al fresco en rosetones, adornos ligeros, pájaros o animales, en un estilo que semeja

mucho al arabesco, pero más ligero. Se veían columnas, basas y capiteles; trozos de madera, algunas veces quemados; fragmentos de muebles o de estatuas, en parte enterrados en tierra; restos de bronce medio fundidos; inscripciones, sobre alguna de las cuales se lee el nombre de Hércules; vi sacar una en mi presencia que me pareció contener un catálogo de los magistrados municipales. El objeto principal era un anfiteatro, del que han comenzado a poner al descubierto las graderías, o más bien un teatro, puesto que aun no se puede deducir cuál sea de los dos. Cerca de allí, en un sitio que parecía pertenecer a ellos, se encuentran numerosos residuos de arquitectura en mármol o en estuco y trozos de madera reducidas a carbón.

Uno de los principales sitios excavados parece formar parte de una calle bastante ancha, bordeada a un lado y a otro por banquetas bajo soportales. Me dicen que este lugar conducía antaño a un edificio público con pórticos, del cual habían sacado muchos frescos, columnas y algunas estatuas, sentadas en sillas curules. No he visto ninguna casa vacía cuyo interior pudiera examinarse; todo parece hundido o relleno, por haber penetrado la fundición o el mortero en el interior de los edificios por las aberturas, a causa de las lluvias abundantes que siguen casi siempre a las erupciones. Las que acompañaron la erupción de 1631 fueron tan espantosas y los torrentes que descendieron de la montaña tan violentos, que algunos historiadores crédulos han contado que el Vesubio había aspira-

do y vomitado por su cráter las olas del mar. Estas aguas, mezcladas con las cenizas, formaban un amasijo que iluía en ondas hasta la ciudad de Nápoles. No cabe duda que esta especie de betún haya servido perfectamente para construir la bóveda que cubre a Herculano y que semejante suceso haya en otros tiempo cimentado el macizo que rellena el interior.

Es fácil juzgar que no puede verse mas que de un modo muy imperfecto los restos de una ciudad enterrada, cuando no se ha hecho mas que abrir al azar algunas galerías bajas y estrechas. No hay sitio un poco espacioso que se haya dejado del todo libre. Nunca se hará nada verdaderamente útil si continúan trabajando de esa manera y si no toman el partido de quitar los escombros en un espacio considerable desde el suelo exterior hasta la planta baja de la ciudad; después de haber examinado este espacio y retirado todo lo que se encontrara de curioso podría descubrirse el espacio vecino echando las tierras sobre el precedente, y así sucesivamente. Sería esto un gran trabajo, que tendría su recompensa en el hallazgo de numerosas curiosidades, sobre todo en escultura y en pintura. Todo lo que se ha encontrado en este género excavando a ciegas puede permitir juzgar de lo que se encontraría con una busca metódica. Los bustos o estatuas que se han sacado hasta ahora son un *Júpiter-Amnón*, un *Mercurio*, un *Jano*, algunas otras divinidades, un *Atlante* de factura griega, un *Germanico*, un *Claudio*, una *Agripina*, un *Nerón*, un

Vespasiano, un *Memmius* con la inscripción debajo: *L. Memmio Maximo Augustali*; los restos de dos caballos y de un carro de bronce, y muchas otras estatuas mutiladas de hombres y mujeres; pero lo más digno de consideración en estatuas es la familia entera de los *Nonnius Balbus*, encontrada en una sala. La obra es mediocre; pero la serie es preciosa, en cuanto es una serie, y porque no conocemos, creo, mas que cuatro en todo lo que nos queda de la escultura antigua, a saber: ésta, la *Historia de Aquiles reconocido por Ulises en casa de Lycomedes*, que posee el cardenal de Polignac; la *Historia de Niobe y sus hijos*, por Fidias, en la villa de Médicis; la *Historia de Dirce*, en el palacio de Farnesio, porque no creo que deba darse el nombre de serie a grupos de tres figuras, aunque representen una acción histórica completa, tales como el admirable *Laoconte*, del Belvedere, la obra maestra de la escultura antigua.

La familia Nonnia, reconocida por la inscripción que da a uno de los Nonnios el título de pretor-procónsul, era plebeya, como lo prueba el cargo de tribuno del pueblo que ha poseído. La historia hace mención de tres ramas de esta familia: los Suffenas, los Balbus, de que aquí se trata, y los Asprenas, de los cuales descendía, por adopción, la rama de los Quintilianos, originariamente salida de la ilustre casa Quintilia, por un hermano de Quintilio Varas, que adoptó Nonnios Asprenas. El hijo de éste era, según refiere Tácito, lugarteniente del ejército de Varus, su tío, cuando la victoria com-

pleta que alcanzó contra él en Germania el famoso Irmensul, vulgarmente llamado por los romanos Arminio. Esta familia Nonnia no ha comenzado a elevarse en la República hasta Sexto Nonnio Suffenas, hijo de una hermana del dictador Sylla, mujer de muy elevada cuna, pero nacida, como es sabido, con una fortuna menos que mediana. Suffenas fué cuestor en 658, luego tribuno del pueblo en 663. Unos años más tarde, no habiendo podido obtener el cargo edilicio a causa del mal estado en que estaban entonces en Roma los asuntos de su tío, fué a encontrarle a Asia en medio de la guerra contra Mitrídates, y después de su vuelta fué nombrado pretor en 672; entonces fué cuando hizo celebrar juegos públicos para festejar las victorias de su tío, y acuñar una hermosa medalla de plata, que tenemos todavía entre las siete que nos quedan de esta familia. Sus descendientes ocuparon después, durante dos siglos, los más altos cargos del Estado. Los Asprenas poseyeron tres veces la dignidad de cónsul: en 760, en 790 y en 845. La rama menos ilustre de esta familia es la de los Balbus, de los cuales acabamos de hallar tantas estatuas. No se encuentra entre éstos más magistrados que un tribuno del pueblo en 721, el año de la batalla de Actium. Dión refiere que se había agregado por completo al partido de Augusto desde el principio de las nuevas discusiones que estallaron entre él y Marco Antonio, y que se opuso, por el derecho de su cargo, a los edictos violentos que los dos cónsules querían hacer votar contra éste.

Es verosímil que estos importantes servicios no quedaran sin recompensar para él o para su posteridad; por lo menos, a pesar del silencio de los historiadores contemporáneos, es seguro, por las inscripciones que acaban de descubrirse, que un nieto del tribuno Balbus fué elevado a la dignidad de pretor con poderes protoconsulares. Se ha encontrado en Herculano un fragmento bastante largo de los fastos consulares. Uno de los directores de las excavaciones (doctor español) vino un día a Nápoles corriendo a toda prisa para anunciar que había encontrado las letanías de los romanos.

En cuanto a las pinturas al fresco encontradas en Herculano son tanto más preciosas cuanto que no nos quedaba casi nada antiguo en este género. Todo lo que teníamos consistía en un portante cuadrado, largo, en una casa de los Panfili, conocido con el nombre de la *Boda Aldobrandina*, en dos trozos procedentes del jardín de Salustio, que enseñan en el palacio Barberini, y en los pequeños ornamentos de la pirámide que llaman comúnmente las *Figurinas de Cestius*; y aun no hay que contar ya esta última pieza, que está tan borrosa que apenas si he podido ver nada. Los de Herculano son muy numerosos; pero la mayor parte están hechos pedazos o, por lo menos, muy deteriorados. Ya he hablado de esas especies de arabescos que decoraban, según la apariencia, el interior de las casas. Los cuadros de figuras que recuerdo son un *Sátiro abrazando a una ninfa* y la *Educación de Aquiles por el centauro Chirón*, pequeño cuadro en

altura, muy precioso. He oído hablar de varios otros, tales como un *Hércules*, un cuadro de la *Historia de Virginia*, otro de un *Orador que arenga al pueblo*, una *Pomona*, monumentos, paisajes, tritones, juegos de niños, trabajados con el mismo gusto de fantasía que ciertos cuadros de juegos de niños de nuestros pintores modernos; otros, en fin, en los cuales se notan cosas tan semejantes a nuestras modas actuales más estrambóticas, que se siente uno inclinado a sospechar que las han añadido después de hecha la obra. Quizá no lo he visto porque no me lo han enseñado todo; en todo caso, no he conservado recuerdo: nos enseñaban estas piezas con tanta rapidez, que a veces apenas tenía yo tiempo para entreverlas. El cuadro de que he conservado el recuerdo más presente merece ser colocado en primera línea de las cosas curiosas encontradas en aquel lugar; es un fresco pintado del tamaño, poco más o menos, de un espejo de chimenea; es, sin disputa, el más grande de los cuadros antiguos que existen. Han separado y derribado todo el pedazo de pared sin estropearlo; han apuntalado el muro con traviesas sostenidas por largos tornillos de hierro, cosa que los obreros italianos saben hacer con gran destreza; de este modo es también como, para prevenir la ruina total de los frescos de San Pedro de Roma, causada por la humedad de esta iglesia, han quitado masas enormes de mampostería y reemplazado el hueco por copias de estos mismos cuadros en mosaicos de vidrio coloreado, que durarán eternamente.

El cuadro del subterráneo contiene tres figuras agrupadas sobre un fondo rojizo completamente unido, como si hubieran pintado sobre papel de colores. Representa un hombre desnudo, de pie, de estatura natural, que tiene a sus pies dos niños que se abrazan a sus rodillas. Se ve abajo del cuadro, en el ángulo, la cabeza de un monstruo deforme. No puede dudarse que la figura principal sea un Teseo, al cual los niños de Atenas rinden gracias por la derrota del Minotauro. Las figuras son de una gran corrección de dibujo; la actitud y la expresión son bellas, aunque la figura principal sea un poco rígida y tenga algo de estatuaria; pero el color no es bueno, sea por culpa del pintor, sea que haya sido alterado por el tiempo y la permanencia bajo tierra. Tal como es, hay que desear que pueda conservarse, puesto que uno de los grandes inconvenientes de estas pinturas antiguas es que, después de haber sido sacadas del seno de la tierra en estado pasable, se echan a perder en poco tiempo en cuanto las exponen al aire libre. Un obrero cree haber encontrado un barniz que evitará estas deterioraciones. Lo había empleado en el *Teseo*, y hasta entonces parecía poderse contar con el éxito.

Ya sabéis cuánto los pocos cuadros de pintura antigua que nos quedan hacen preciosos los que tenemos. Si la *Boda Aldobrandina* (1) supera al *Teseo* por la belleza de la obra y por la corrección del dibujo, el otro la supera a su vez por la exten-

(1) Esta pintura está ahora en el Vaticano, en la sala llamada de los Borgias.

sión y por la magnitud de las figuras, que además están agrupadas de manera conveniente al asunto, en tanto que en la *Boda* están todas alineadas como en un bajorrelieve. Ni uno ni otro de estos cuadros, hay que confesarlo, tienen perspectiva; pero parece que lo que se puede con más justicia reprochar a los antiguos es el defecto de ordenamiento y de distribución de las masas. Cuando el colorido de un cuadro está completamente perdido, ¿es cosa fácil apreciar su perspectiva de claroscuro y de colores locales? Hay, sin embargo, que convenir que superamos en esto a los antiguos tanto como ellos nos sobrepujan en lo referente al dibujo. La hipérbole de Poussin es excesiva cuando dice que si Rafael, comparado con los otros modernos, es un ángel en cuanto al dibujo, es un asno comparado con los antiguos. Quizá el Poussin, demasiado acostumbrado a la severidad del dibujo de las estatuas antiguas, que copiaba sin cesar y cuya rigidez se deja un poco sentir en sus obras, no tiene el espíritu adecuado para apreciar las gracias divinas de Rafael. Es verdad, no obstante, que no hay quizá en ningún cuadro de este maestro de los maestros ninguna figura que iguale, en cuanto a la belleza del dibujo, la de la novia del cuadro de la *Boda*. Si se la considera sola y aislada, es la más bella que existe en el mundo; pero si se considera el cuadro en conjunto, es seguramente inferior a todos los del buen estilo de Rafael; el pedazo de mampostería sobre el cual está pintado el fresco está hundido por la mitad. Es bastante conocida la forma de este cuadro,

que es larga y de poca altura; ahora está colocado encima de una puerta, en una casa que pertenece a los Panfili. Su estilo participa del del Poussin y del Dominiquino, sobre todo del de este último. El *Teseo* parece tener algo de Luis Carrachio y de Rafael. ¿No os extraña que saquen un lienzo de pared todo entero del fondo de una villa subterránea sin estropear la pintura? Ya veréis otras cosas más difíciles cuando se trate de los mosaicos de San Pedro de Roma. Notad, no obstante, que cuando comparo aquí el estilo de un cuadro antiguo con el de un pintor moderno es para dar una idea a los que no han visto el cuadro antiguo; no es que quiera decir que estos estilos sean muy semejantes, sino solamente que el cuadro me ha parecido acercarse más al estilo de tal pintor que al de cualquier otro.

Me he extendido en la descripción y comparación de estas dos pinturas antiguas porque son los dos principales cuadros que nos quedan en este género. Por lo demás, ignoramos si el azar, que nos ha hecho el favor de conservarlas, las ha escogido entre las buenas obras de aquellos tiempos o entre las de segundo orden.

Antes de acabar sobre esto vuelvo todavía al conocimiento de la perspectiva que podían tener los antiguos, y quiero citaros un ejemplo reciente que prueba que no lo ignoraban. Hace diez o doce años que M. Furietti, haciendo buscar cerca de Tívoli, en las ruinas de la casa de campo de Adriano, encontró un pavimento de mármol de nueve hojas,

ocho de las cuales son de mosaico a compartimientos; la novena, también de mosaico de piedras naturales, formaba el centro. Figuraban dos palomos que bebían en una taza de bronce colocada sobre un cubo de piedra que se presenta un poco de lado, de suerte que se ven tres caras y varios ángulos dispuestos según la regla de la más exacta perspectiva. Noté que el borde de la taza de bronce estaba embreado, como hacían antes con nuestra vajilla de plata. En este mismo lugar es donde M. Furietti encontró esos dos admirables centauros de basalto (mármol negro de Etiopía), el uno joven, el otro viejo, llevando cada uno encima un amorcillo que los doma. El escultor ha expresado en la actitud y la cara de los centauros los diversos aspectos del amor en las diferentes edades. El centauro joven es vivo, alerta y jovial; el viejo es taciturno, pensativo y sucumbe bajo el peso.

No me encuentro en estado de entrar en detalles de lo que concierne a las inscripciones, las medallas, las piedras grabadas, los muebles y otras especies de utensilios desenterrados en Herculano. No he podido verlos mas que en parte y muy de prisa, aunque el caballero Venuti, anticuario del Rey, hizo todo lo posible para que me permitieran satisfacer con todo detenimiento mi curiosidad. Las gentes que enseñan estas antigüedades son poco tratables y muy desconfiadas; creen, a lo que parece, que les van a robar las riquezas con los ojos. Recuerdo que hay muchos muebles de menaje y de cocina, algunos de tierra cocida, la mayor parte

de bronce. Me parece que éstos son más numerosos, porque han resistido mejor que todas las demás materias, hasta el hierro, que ha sufrido más que el bronce por la larguísima permanencia bajo tierra, puesto que las pocas piezas de hierro que se encuentran están todas tomadas o carcomidas por la roña. Pero, independientemente de esto, me ha parecido que los antiguos empleaban el bronce en muchas piezas que hacemos hoy de hierro.

No os hablaré tampoco de la multitud de lámparas, vasijas, instrumentos de sacrificio, de guerra o de baños, urnas, etc.; pero no quiero olvidar algunos artículos singulares, tales como una mesa de mármol, no con pies de ciervo, sino con pies de león, alrededor de la cual hay una inscripción en lengua osca o etrusca, que hubiera querido tener tiempo de copiar los caracteres; un espejo de metal tirando a blanco; un pedazo de pan, nueces y aceitunas conservando todavía su figura, aunque reducidas a carbón, etc. Se encontrarán sin duda en adelante multitud de cosas muy curiosas, sobre todo si la rebusca es mejor llevada en lo por venir que en el pasado. Arreglando con orden todo lo que se desenterrara, se tendrá, sin duda, la más singular colección de antigüedades que sea posible reunir. Bien quisiera, mi querido presidente, que se pudieran lisonjear de hacer el descubrimiento de algún autor antiguo amigo nuestro, de un Diodoro por ejemplo; de un Berosé, de un Megasteno o de un Tito Livio, y aun de los cinco libros de la *Historia romana*, de Salustio, que hemos perdido, aun-

que entonces todo el trabajo que me he tomado por rehacerlos fuera perdido; pero sería locura imaginar que algunos manuscritos hayan podido resistir al suceso que causó la ruina de Herculano y a los diez y siete siglos de permanencia en el seno de la tierra.

XXXIV.—A M. DE BUFFON

Memoria sobre el Vesubio.

Roma, 30 noviembre 1739.

Acabo, mi querido Buffón, de conversar con M. De Neuilly y nuestro amigo el presidente Bouhier acerca del Vesubio, así como del descubrimiento hecho hace poco de la antigua villa de Herculano, enterrada bajo las ruinas del monte Vesubio. Nada hay en el mundo más singular que haber encontrado una ciudad entera en el seno de la tierra. Hablo al presidente de las antigüedades que se sacan cada día; ahora, sin repetir aquí lo que digo a uno y al otro, ya sobre mi excursión al Vesubio, ya sobre mi visita a Herculano, quiero tratar con vos por qué causas las ciudades de la ribera de la Campania han sido enterradas de esta manera y comunicaros una idea singular a este respecto.

Después de haber salido del subterráneo, mi asombro más grande fué haber visto que Herculano

no y el burgo que habían posteriormente construido encima de él habían sido pura y simplemente recubiertos y enterrados; que el anfiteatro y las murallas conservaban en casi todos los sitios una situación casi perpendicular, o cuando menos que no estaban inclinadas mas que del lado del mar, de tal suerte que la ciudad no parecía ni haber sido fuertemente sacudida por un terremoto, ni hundida o tragada, como se hubiera creído al principio, sino únicamente empujada por el peso de las tierras que el Vesubio había hecho caer y enterrada bajo la cantidad de materias que había vomitado por su cráter, lo que daría lugar a suponer que la cavidad de este cráter era de una enorme extensión. Con esta idea subí a la montaña para examinar con atención la disposición local y la manera como podía haberse producido un efecto tan sorprendente.

En mi carta a M. De Neuilly desarrollo como mejor puedo las conjeturas que me llevan a pensar que el Vesubio actual es una montaña de nueva formación, mientras que el Monte di Somma ha sido el cráter del volcán en los tiempos antiguos. He aquí las pruebas que puedo daros en apoyo de mi opinión; son deducidas del examen de los lugares y de lo que recuerdo haber leído referente al Vesubio en diferentes autores.

No se ignora que hay volcanes que se forman donde nunca los había habido; otros que se apagan por completo; otros cuyas erupciones se interrumpen durante tan larguísimo tiempo, que no sub-

siste ya ninguna tradición, sino sólo algunos vestigios de las erupciones pasadas; vestigios físicos y más duraderos que la memoria de los hombres. El Vesubio, cuyas erupciones son hoy tan frecuentes, estaba en este último caso hasta la época de la ruina de Herculano. He aquí cómo Strabón lo describe: «Es—dice—una montaña revestida de tierras fértiles y de la cual parece que hayan cortado horizontalmente el vértice. Este vértice forma una planicie casi aplastada, enteramente estéril, de color de ceniza y donde se encuentran de trecho en trecho cavernas llenas de resquebrajaduras cuya piedra está ennegrecida como si hubiera sufrido la acción del fuego; de suerte que se puede conjeturar que en otros tiempos hubo allí un volcán que se apagó después de haber consumido toda la materia inflamable que le servía de alimento. ¿Hay que atribuir quizá a esta causa la admirable fertilidad de la ladera de la montaña? Se pretende que el territorio de Catania no produce sus excelentes vinos mas que después que ha sido recubierto por las cenizas vomitadas por el Etna. Es digno de hacer constar que estos terrenos grasos, inflamables y sulfurosos, llegan a ser muy propicios para producir buenos frutos después que el fuego los ha trabajado, consumido y reducido a cenizas.» Tal es la referencia de Strabón, donde es esencial notar que no dice que la montaña tenga dos vértices; circunstancia que no hubiera seguramente omitido. Dión Cassius guarda el mismo silencio a este respecto. Me pareció, pues, casi cierto que en otros

tiempos la cintra del Monte di Somma estaba entera y recubierta de una bóveda, formando una planicie de gran diámetro, minada por debajo; que ésa era toda la montaña o el antiguo Vesubio de Strabón; que la inflamación que se produjo poco después, en tiempos de Plinio, el año 79 de la era vulgar, causó la terrible erupción que hizo saltar toda la bóveda de aquella gran montaña, que lanzó una espantosa cantidad de piedras y de materiales de todas especies y que hizo correr, como todavía sucede en nuestros tiempos, lavas ardientes o torrentes mezclados de tierra, de ceniza, de azufre y de metales fundidos, cuyo peso, junto con las sacudidas reiteradas de las minas, hizo desprenderse de las laderas de la montaña una cantidad de tierras bastante grande para sepultar la ciudad de Herculano y las comarcas vecinas bajo la caída de todas estas materias.

Ya veis, por el relato de Strabón, que no es posible poner en duda, como algunos sabios lo han hecho, si la erupción que ha cubierto Herculano con sus ruinas es la primera erupción del Vesubio, y que es seguro, por lo contrario, que mucho antes de esta fecha la montaña era un volcán que había, en el curso de los siglos anteriores, vomitado llamas y lanzado torrentes de esa materia en fusión que se llama lava. Algunas personas que han observado aquí los antiguos edificios de la villa subterránea con todo detenimiento me han asegurado que se veían cimientos de casas hechos de lava porque la lava se pone extremadamente dura, y

siendo abundante en todo el cantón, se la emplea perfectamente, ya para edificar, sobre todo en los cimientos, ya para empedrados. Se la puede ver empleada en las antiguas carreteras de los romanos y aun, según dicen, a grandes distancias del Vesubio; y a lo largo de las montañas, desde Nápoles hasta Toscana, se encuentran piedras fundidas o calcinadas en forma de lavas o escorias. De suerte que parece que en tiempos de que no se conserva apenas memoria esta cadena de los Apeninos que divide a Italia en su longitud ha sido una serie de volcanes. No hay duda que el del Vesubio sea de muy remota antigüedad. Veréis la prueba en el hecho observado por Pichetti, que os referiré en seguida.

Cuando sucede una erupción, comienza por oírse en la montaña un estremecimiento interior y un ruido semejante al del trueno. La humareda, tan negra como la pez, intercalada con relámpagos y llamas de fuego, envuelve en sus torbellinos toda la cúspide. Poco después se hace grisácea; el abismo lanza desde el fondo pedazos de roca de un calibre prodigioso, que ponían obstáculo a la erupción. Ruedan, cayendo por las laderas, y arrastran las tierras con terrible estrépito. La cima se enciende por todos lados; se ve salir el hierro, el azufre, la piedra pómez, la arena, las cenizas, la tierra, como una granada de fuegos artificiales que estalla por todas partes. Todos los sitios donde van a caer estas materias quedan recubiertos. En 1631 cayeron sobre buques en la rada, hacia la costa de

Macedonia. En 472 las cenizas, según refiere Carlo Sigonio, llegaron hasta Constantinopla, y mucho más lejos cuando la erupción que sepultó a Herculano. Fué la más terrible de todas. Puede juzgarse cuán abundante fué esta lluvia de tierra, por lo que hace notar Plinio el joven a Tácito en la carta donde hace el relato de la muerte funesta de su tío. Refiere que este último había entrado para descansar con algunos de su séquito en una casa próxima a la ribera, donde se quedó dormido, abrumado de fatiga; al poco tiempo se vió obligado a salir por el aviso que le dieron de que iba a ser bloqueado en la casa, cuya puerta estaba medio tapada por la tierra y los minerales que hacía llover el Vesubio; de suerte que antes que la salida fuese completamente imposible se apresuraron a escapar, llevando almohadillas sobre la cabeza para amortiguar lo mejor que pudieran los golpes de las piedras que caían.

El cráter, después de haber arrojado fuera todas estas materias, comienza a hervir en el fondo y se eleva, como la leche en la lumbre, hasta que la fuerza del fuego, rompiendo la caldera en un sitio cualquiera, deja salir la materia fundida a torrente de un hierro rojo que llaman lava. Desciende lentamente a lo largo de las laderas, enciende la campiña a su paso, horada y hace hundirse las tierras que le oponen obstáculo. Se comprende cuál debe ser el peso enorme de estos torrentes ardientes, puesto que cuando la erupción de 1737, que no ha sido una de las más vivas, uno de estos torren-

tes ocupaba un espacio de trescientos pasos de ancho. Pretenden haberse comprobado que durante la erupción de 1694, la lava se había amontonado en un fondo hasta la altura de sesenta toesas.

El cráter que la primera erupción cavó en el antiguo Vesubio ha tenido por fuerza que ser de una enorme extensión. El abreviador de Dión, en la vida de Tito, lo compara, en cuanto a la forma, a un anfiteatro. «El cráter del Vesubio—dice—, hoy muy hueco, estaba en otros tiempos completamente unido. Toda la superficie exterior, excepto lo que fué devastado bajo el reinado de Tito, está tan alta y tan bien cultivada como nunca hasta la cima, que está todavía cubierta de árboles y de viñedos, pues que el fuego que consume el interior no mina mas que lo de dentro y da al vértice la forma de un anfiteatro, si es permitido comparar las pequeñas cosas con las grandes. Lo vemos con frecuencia arrojar llamas, humo, cenizas y piedras; pero estos accidentes no son nada en comparación de lo sucedido en tiempos del emperador Tito; se creyó entonces que el mundo iba a hundirse en el caos. El Vesubio arrojó tantas materias, que no sólo las bestias, los pájaros y aun los peces de la ribera perecieron, sino que dos ciudades de la Campania, Herculano y Pompeya, fueron sepultadas bajo los escombros de la montaña; las cenizas llegaron hasta Egipto y Siria. Sobre Roma se extendieron nubes tan enormes, que obscurecieron el Sol, con gran asombro de los habitantes, que ignoraban aún lo que pasaba del lado de Herculano.»

El anfiteatro descrito por Xiphilino no puede entenderse mas que de la forma del Monte di Somma, que se parece hoy al Coliseo de Roma, del cual una mitad de las paredes están destruídas. No podría compararse a una construcción de esta especie el agujero en forma de pirámide vuelta del revés, tal como es el cráter actual del Vesubio; el incendio, en fuerza de minar los bordes del antiguo cráter, ha destruído por calcinación todo el lado meridional de la cubierta, no dejando subsistir mas que la parte septentrional, mientras que el cráter ha continuado lanzando sucesivamente desde el fondo materias que, volviendo a caer en él, han formado en medio el segundo vértice, propiamente el Vesubio de hoy, a la manera de un pilón de azúcar en el fondo de un crisol achatado: vértice que está también minado y donde el fuego, continuando a perforar en el centro un tubo vertical, despoja sin cesar el interior de la nueva montaña de las materias encerradas en su seno para aumentar la superficie exterior cuando las materias fundidas que contiene el cráter llegan a enfriarse y a caer, formando en el fondo una masa o corteza endurecida, compuesta de los escombros de toda clase de materias heterogéneas, ligadas unas a otras, que permanecen coaguladas en el fondo de la caldera, cerca del cual la fuerza del fuego que había levantado esta especie de fundición debe de haber dejado intervalos vacíos; son otras tantas minas, dispuestas a entrar en acción a la primera erupción y a recubrir con nuevas materias las laderas de la monta-

ña. No parecerá muy extraordinario que el pico del Vesubio haya podido formarse tal como lo vemos en mil setecientos años o se considera que su eje perpendicular, desde el sitio en que principia la divergencia de los dos vértices hasta arriba, no parece ser de una altura mayor de doscientas varas, mientras que la elevación total de la montaña desde el nivel del mar es casi de mil ciento; que desde los tiempos de Plinio las erupciones no han cesado de ser muy frecuentes; que las materias lanzadas desde el fondo del abismo, donde el fuego ha perforado en medio del cono, cayendo sin cesar sobre los lados, no pueden dejar al cabo de los siglos de aumentar considerablemente el diámetro horizontal del pico; del mismo modo que la pirámide de arena que se forma en el fondo de una clepsidra se agranda constantemente a medida que la arena va cayendo encima; ésta es la comparación juiciosa que hace Addison. Misson y Addison, sobre todo este último, han visto perfectamente el Vesubio; no puede dudarse viéndolo uno mismo después de haber leído sus descripciones. No es menos cierto, sin embargo, que no hay casi nada hoy parecido a lo que describen. Un gentilhomme napolitano dijo a Addison que había visto, en su tiempo, el pico aumentar en ochenta pies de diámetro. En tiempos de Misson, en 1688, había cerca del vértice, en el sitio en que el pico comienza, una especie de pequeño anfiteatro, de tal suerte que un valle poco profundo, envuelto por un recinto poco elevado, rodeaba las raíces del pico. El fondo de

este valle parecía formado por lavas enfriadas; el valle estaba relleno en 1720, en tiempo de Addison; el recinto del anfiteatro había desaparecido; las raíces del pico no estaban rodeadas ya mas que por una planicie circular. Hoy, nuevas materias caídas desde arriba han hecho casi de esta planicie una ladera; el pico ha aumentado de diámetro; las erupciones de 1730 y 1737 han desembarazado las paredes interiores del cráter de varias rocas salientes que estos dos viajeros habían visto. El orificio del cráter, que Misson había encontrado de unos cien pasos de ancho y Addison de cuatrocientos pies, es hoy de trescientas cincuenta toesas.

Sucedirá con esto que el fuego, en fuerza de vaciar el interior y de minar la espesura de los bordes del cráter, los hará demasiado débiles para resistir a la acción del fuego, que los irá limando por un lado, como ha sucedido en el Monte di Somma, o los minará todo alrededor en la parte superior, que es hoy la más delgada; esto es lo que ha sucedido en la Sulfatara, en otros tiempos *Olla Vulcani*, montaña vecina del Vesubio y situada al otro lado de Nápoles. Se ve claramente que ésta no es mas que un volcán apagado, que tenía en otros tiempos el doble lo menos de altura. Esta montaña es poco elevada; su vértice tiene un ancho diámetro, como si hubieran derruido horizontalmente toda la mitad superior. El fuego, obrando continuamente, ha consumido, disipado o derrumbado toda la parte de encima sobre la de abajo; la inspección del vértice de esta montaña no deja ninguna duda de

que haya sido casi semejante al Vesubio y a su cráter; es un verdadero anfiteatro, cuya envoltura tiene poca altura. En una palabra: así como no puede compararse mejor la figura del Vesubio que con una copa, tampoco puede darse mejor idea del vértice de la Sulfatara que comparándole con una jofaina o con una tina, cuyo fondo es ancho y los bordes poco elevados. Tal sería, poco más o menos, el Monte di Somma o el antiguo Vesubio, si la abundancia de las materias no hubiera producido en el medio un segundo vértice. Tal será quizá un día el Vesubio actual, cuando todo lo que contiene de inflamable se haya consumido; y como el cráter actual se ensanchará necesariamente siempre por la violencia de la acción que le mina, su diámetro será cada vez más extenso, para que una parte de las materias lanzadas, volviendo a caer al fondo, vayan formando un tercer pico o vértice rodeado por dos recintos exteriores; y así sucesivamente hasta que, a la larga, las erupciones hayan rellenado todas las hondonadas y cubierto los intervalos que se encuentran entre los recintos, hasta el punto de no hacer del vértice de esta montaña truncada mas que una ancha planicie, rodeada por los bordes del primer cráter, que es siempre el más elevado, y darle la forma que tiene hoy la Sulfatara; pero antes que esto suceda, los desprendimientos de los cráteres, continuando los efectos comenzados, arrojarán una cantidad de terreno desde el vértice hasta el pie de la montaña sobre la orilla del mar y aumentará con varias cepas la al-

tura del suelo de la ribera por encima del nivel del mar.

De la misma manera que la villa de Herculano y el burgo que han construído encima han sido sucesivamente las víctimas de esta superadición de capas, el burgo de Portici, y quizá varios otros, lo serán también en lo por venir, sin que sea necesario suponer que todos los edificios hayan de ser destruídos y derribados. No pueden, en verdad, resistir los golpes de los torrentes inflamados en el lugar en que corren, ni la impetuosidad de las piedras lanzadas en el sitio donde caen; pero todos los edificios que no estén expuestos mas que a la inmensa lluvia de tierras, arenas, cenizas, minas o fragmentos que la erupción haga caer sobre la ribera, después de haberlos lanzado en los aires, correrán únicamente el peligro de quedar sepultados sin ser destruídos. Otro tanto puede decirse del hundimiento de las tierras de las laderas, al cual las murallas son capaces de resistir. Por esta razón hay que dejar de asombrarse de encontrar en pie una parte de las paredes de los edificios de la ciudad subterránea, y se explica cómo se encuentra enterrada, sin haber sido destruída y sin que haya perecido mas que una sola persona, pues todos los habitantes tuvieron tiempo de huir, puesto que no se ha encontrado mas que un solo cadáver. Por esto también se puede conjeturar cuál será la suerte de las ciudades actuales y de esta comarca floreciente, que continuarán siempre expuestas a desaparecer hasta que las materias inflamables

que el Vesubio contiene en su seno se agoten completamente.

Estas nuevas capas de la ribera eran hace cincuenta años en número de once por lo menos. En 1689, un arquitecto de Nápoles, llamado Francisco Pichetti, haciendo cavar un terreno entre el Vesubio y el mar, cerca del sitio donde había sido sepultada la ciudad de Pompeya, encontró en el espacio de unos sesenta y ocho pies de profundidad, al cabo de los cuales el agua no permitía ir más lejos, once lechos o capas dispuestas alternativamente, a saber: seis de tierras naturales y cinco de lavas o materias vitrificadas de los torrentes del Vesubio; la oncenava capa era de toba; la décima, de lava; la novena, de tierra casi tan dura como la toba; entre la cuarta y la quinta capa, a diez y seis pies de profundidad, se encontró carbón, herrajes de puertas y dos inscripciones latinas, de lo cual se conjeturó que aquello era el antiguo suelo de la ciudad de Pompeya, que se encontraría, si es así, mucho menos enterrada que la de Herculano. Más de una vez se ha podido observar esta alternativa de lechos de tierras en sitios donde el terreno vegetal ha sido recubierto por accidente y ha vuelto a ser vegetal a la larga. Ricardo Pococke, célebre viajero inglés, recorriendo la provincia de ..., en Egipto, vió en el pueblo de ..., cerca de las ruinas de Arsinoe, en un suelo de tierra negra y fértil de tres pies de espesor, un pozo donde se advertían capas alternativas de arena amarilla que recubrían otras capas semejantes a la de la superficie.

No me extendiendo más acerca de la operación de Pichetti, de la cual podréis ver el detalle sea en la tercera década de la *Historia Universal* de Bianchini, sea en el extracto que ha dado Freret en el tomo IX de nuestra *Memoria*. Me contento con señalaros que habría muchas cosas que decir sobre el cálculo hipotético que hace Bianchini, de donde pretende inferir que la décima capa, que considera como la más antigua lava que haya nunca vomitado el Vesubio, y, por consiguiente, la primera erupción de esta montaña, puede ser fijada en el año 2500 antes de la era vulgar. Trataré dentro de un momento de hacer un cálculo más exacto que el de Bianchini, y, según la apariencia, nos dará una antigüedad más remota en muchos siglos. Es evidente que todo este aumento de terreno no ha salido de la cavidad actual del Vesubio y no ha podido ser suministrada mas que por el cráter espacioso del Monte di Somma, que he dicho ser el antiguo cráter que saltó en tiempos de Plinio; y aun el valle que le separa del Vesubio se llama todavía *Atrium* u hogar, señal evidente que allí es donde estaba en otros tiempos el volcán. Pero he aquí una observación que prueba sin réplica que el antiguo Vesubio no tenía mas que un vértice y que este vértice único era el Monte di Somma; esta observación está sacada de un manuscrito que el abate Entieri me ha comunicado en Nápoles, del cual ya he sacado alguna de las cosas más arriba alegadas. Cavando en las proximidades de un monasterio situado hacia la raíz exterior del Monte di

Somma, del lado norte, se han encontrado lavas a la profundidad de doscientos pies bajo tierra. Ahora bien: es claro que estas lavas, que no son lanzadas, sino que corren lentamente desde el cráter hasta la llanura, no han podido venir mas que del Monte di Somma, y no del Vesubio, que está separado de este monasterio tanto por el Monte di Somma como por el valle que reina entre las dos montañas.

Vuelvo al cálculo hecho por Bianchini, y quiero rehacerle a mi vez con una apreciación más exacta. Veremos cuál será el resultado.

Ensayo de cálculo sobre la fecha de la décima capa del Vesubio encontrada por Pichetti en 1689, del lado donde estaba en otros tiempos la ciudad de Pompeya, a una milla del mar.

Primera capa: Tierra ligera y labrada, doce palmos.

Segunda: Lava o piedras vitrificadas.

Tercera: Tierra pura, tres palmos.

Cuarta: Lava bajo la cual se encuentra madera quemada, herrajes de puertas, etc. *E due inscrizioni le quali dimostravano quella essere stata la città di Pompei.*

Por consiguiente, la cuarta capa es la erupción del año de la era vulgar 79. Aquí está el suelo de Pompeya; lo que hace diez y seis siglos para quince palmos de tierra no apretada ni condensada.

Quinta: Tierra franca y herrajes, diez palmos.

Si quince palmos de tierra no densa corresponden a diez y seis siglos, estos diez palmos de tierra más densa corresponden, por lo

menos, a doce siglos. Y es tan cierto que esta quinta capa de tierra ha empleado por lo menos doce siglos en formarse por encima de la precedente erupción, es decir, por encima de la sexta capa, que es de lava, que, según Strabón, que vivía bajo el reinado de Augusto, un siglo antes de la erupción que el año 79 de la era vulgar formó la cuarta capa de lava, no se tenía en Italia la menor tradición de ninguna erupción precedente; el vulgo ignoraba que el Vesubio fuese un volcán. Si los naturalistas tenían alguna sospecha, fundada en sus observaciones, los hechos no enseñaban absolutamente nada. Notad al mismo tiempo que la tradición no es de las que se pierden fácilmente.

Ahora bien: la tradición en Italia (dejando aparte los tiempos fabulosos) debe suponerse que se remonta, sea a los tiempos de la toma de Troya y del comienzo de los reyes de Alba, doce siglos antes de la era vulgar, sea a los tiempos del viaje de Hércules Tiriano a Italia, donde estableció ritos y monumentos que han subsistido mucho tiempo después y cuya memoria todavía perdura en nuestros días. Ahora bien: Hércules pasó por Italia al regreso de su expedición de España, donde edificó la ciudad de Cádiz. La ciudad de Cádiz, según Velleius, fué edificada por Hércules en tiempos del arcontado de Medon, hijo de Codrus, lo que hace once siglos antes de la era vulgar. Según mi parecer, el viaje de Hércules es posterior en poca cosa a la invasión de Josué en Canaán; lo que haría aproximadamente quince siglos antes de la era vulgar. He probado en otra parte que el descubrimiento de Europa por los mercaderes de Tiro, vulgarmente llamados Hércules, palabra fenicia que significa «comerciante por mar», era de esta época. Fué, en efecto, en aquellos tiempos cuando los pueblos de Palestina, viéndose acorralados en su propio terreno por una inmensa tropa de pastores árabes, recientemente arrojados de Egipto, tomaron el partido de ir con sus naves en busca de nuevas tierras y fundaron tantas colonias hacia el Occidente en las dos orillas del Mediterráneo; pero atengámonos, si se quiere, a Velleius.

Sexta capa: Lava o erupción por lo menos anterior de doce siglos a la era vulgar, aun suponiendo que la más próxima erupción haya sido lanzada en este lugar.

Séptima: Tierra mucho más densa, ocho palmos; estimada en razón de la densidad más grande, doce siglos.

Octava: Lava o erupción, veinticuatro siglos antes de la era vulgar.

Novena: Tierra completamente densa, tobose y casi tan dura como la piedra porosa, veinticinco palmos; estimada en razón de la densidad más grande, cuarenta siglos. Si fuera tierra ligera laborable representaría veintisiete siglos; así es que no se puede decir que la apreciación sea demasiado exagerada.

Décima: Lava o erupción próximamente sesenta y cuatro siglos antes de la era vulgar, es decir, diez y siete siglos antes de la era Juliana.

Undécima: Tierra completamente reducida en consistencia de toba o piedra porosa, semejante, sin duda, a las capas de las tierras procedentes antes que hubiera estado tan fuertemente condensada por la presión.

Aquí está el antiguo suelo o superficie del mundo, supuesto que no haya más capas de lava debajo de ésta; lo que podía asegurarse si la capa fuera de piedra de roca viva y franca. Como no es, por lo contrario, mas que una toba pedregosa, que no difiere de la capa superior mas que por su mayor densidad, es muy posible que queden debajo varias otras capas alternativas de lava y de tierra pedregosa todavía más densas.

Total de las once capas, ochenta y un siglos, en lugar de cuarenta y dos como pretende Blanchini, aun suponiendo que no hubiera más capas de lava inferiores a ésta y que en todas las erupciones la salida de la lava haya siempre venido a caer en este sitio, lo que no es posible ni verosímil.

XXXV.—A LOS SEÑORES DE LA REAL ACADEMIA DE INSCRIPCIONES Y BELLAS LETRAS (1)

Memoria sobre la antigüedad de Herculano.

20 noviembre.

Señores: Poco después de haberos enviado la Memoria que me habéis hecho el honor de pedirme sobre las antigüedades de Herculano y el estado actual del Monte Vesubio he recibido la obra de M. Venuti, publicada después sobre el mismo asunto. Contiene un detalle muy curioso, que hubiera deseado haber visto antes. La Memoria de la cual habéis tenido la amabilidad de dar lectura en la reanudación de nuestras sesiones públicas habría sido mucho más circunstanciada y más copiosa en cosas interesantes; pero he tenido la satisfacción de ver que, si mi memoria no me había recordado mas que un pequeño número de circunstancias, me había, por lo menos, fielmente servido en aquellas cuyo relato he hecho. Nadie está en mejor estado de hablar de las antigüedades descubiertas

(1) La siguiente carta no ha podido ser escrita sino mucho tiempo después del viaje a Italia, puesto que, por una parte, el autor se expresa como miembro de esta Academia, en la que no ingresó hasta 1746, y, por otra parte, la obra de Venuti, de que habla, no fué impresa hasta 1748 (Roma, un pequeño tomo en 4.º). Esta carta fué leída en dicha Academia en noviembre de 1749.

en Herculano que el caballero Marcello Venuti, gentilhombre de Cortona, entonces teniente de navío en Nápoles y anticuario del Rey. El fué quien tuvo la amabilidad, en 1739, de enseñarme alguna de las cosas que os he referido y tuvo en parte la dirección de los trabajos hasta que se retiró a su país. El Rey le ordenó en 1740 redactar una relación para enviarla a la corte de España. Acaba últimamente de imprimir en Roma, en un tomo in 4.º, esta relación, muy aumentada y acompañada de gran número de digresiones sobre diversos puntos de antigüedad que las cosas de que se ocupa le dan ocasión de tratar. Otra parte de su obra está dedicada a investigaciones sobre la historia mitológica de Hércules, sobre su itinerario en Italia a la vuelta de la expedición contra Geryon y sobre los establecimientos que fundaron en otros tiempos los etruscos en Campania. Como una obra de esta extensión no es propia para ser leída en nuestras asambleas, he pensado que un extracto reducido al solo detalle exacto de los monumentos antiguos desenterrados en Herculano podría, sin fastidio, ocupar vuestra curiosidad durante media hora. Me he limitado a sacar de este libro los solos hechos o descripciones dispersos en la obra, sin añadir ni reflexiones ni explicaciones arbitrarias, y a formar un simple catálogo que contiene la lista de los edificios.

Primer descubrimiento. — A principios de este siglo algunos habitantes de la aldea de Resina, al cavar un pozo, encontraron varios pedazos de mármol amarillo antiguo y de mármol griego de varios co-

lores. En 1711, el príncipe de Elbœuf, necesitando polvo de mármol para hacer estuco en una casa de campo que hacía construir en Portici, hizo excavar las tierras a flor de agua en este mismo pozo, donde ya se habían encontrado fragmentos de mármoles. Entonces fué cuando se encontró un templo adornado con columnas y estatuas, que fueron sacadas y enviadas al príncipe Eugenio. Consideraciones políticas o particulares hicieron interrumpir las rebuscas hasta el mes de diciembre de 1738, en cuya época, estando el Rey en su casa de recreo de Portici, dió orden de continuar las excavaciones ya empezadas en la gruta por el príncipe de Elbœuf y de abrir galerías a uno y otro lado, lo cual se ha continuado hasta hoy. El hueco llegaba entonces a la profundidad de ochenta y seis palmos, y vino a dar precisamente en medio del teatro, cuyas graderías fueron poco después descubiertas. El caballero Venuti hizo todos los esfuerzos para obtener que en lugar de contentarse con cavar conductos subterráneos vaciaran enteramente el terreno para poner la ciudad al descubierto, o por lo menos el teatro, comenzando a quitar las tierras del lado de la ribera, que está en pendiente. Pero la incomodidad del trabajo, junto con la consideración que habría sido necesario derribar varias casas y algunas iglesias, han impedido la ejecución de este proyecto, aunque fuera la única manera de aprovechar útilmente un descubrimiento tan curioso.

Edificios.—Un templo de configuración redonda, con pavimento de mármol amarillo, rodeado por

fuera de veinticuatro columnas, la mayor parte de amarillo antiguo, las otras de alabastro floreado, sostenido por el mismo número de columnas interiores, entre cada una de las cuales había una estatua. Las estatuas fueron enviadas al príncipe Eugenio por M. De Elbœuf, como ya he dicho. Las columnas han sido empleadas en decorar diversas casas particulares. Se encontraron también en el mismo sitio varias piezas de mármol africano, que sirvieron para hacer mesas. Monsieur Venuti conjetura, por una inscripción encontrada en este lugar y donde se leen estas tres letras T. B. D., que el templo estaba dedicado a Baco. Las explica así: *Templum Baccho dedicavit.*

Varias pilastras de ladrillo revestido de estuco pintado en diversos colores. Entre dos de estas pilastras se ha encontrado una estatua romana vestida con toga.

Un teatro construido de ladrillo. El recinto exterior está formado por grandes pilastras de ladrillo a igual distancia, coronadas por una cornisa de mármol y embadurnadas con estuco de diferentes colores, unos rojos, otros negros, y tan relucientes como barniz de la China. Las bóvedas de las galerías interiores sostienen arcos sobre los cuales se asientan las gradas del teatro. Estas galerías están todavía decoradas con cornisas de mármol con encajes y filigranas. Lo estaban en otros tiempos con todo un orden de columnas corintias, y los muros, en el intervalo, parecen haber estado revestidos de baldosas de mármol de todas especies. Esto es lo

que hace presumir la cantidad de fragmentos de columnas y de capiteles corintios, de pequeños pedazos de mármol africano, amarillo antiguo, serpentino, rojo de Egipto, blanco de Paros, ágata florido y otros que se encuentra entre los escombros del teatro. La *precincion* o separación de los dos pisos de gradas conservaba todavía las incrustaciones cuando se descubrieron; pero las arrancaron para llevarlas al jardín del Rey. Las gradas que ocupaban los espectadores son en número de diez y seis, encima de las cuales se encuentra una explanada más ancha, que sigue la forma de las graderías en semicírculo y que los antiguos llamaban *praecinctio*. Allí es donde comienzan unas gradas y se forma un segundo piso de asientos, que, según las apariencias, no se habían todavía descubierto cuando M. Venuti se fué de Nápoles. Todo ello está servido por las escaleras de los vomitorios, que van a dar a las galerías y al peristilo. El diámetro interior del edificio, medido desde la *precincion*, atravesando el piso inferior de galerías y la orquesta o parterre, es de sesenta palmos, según la medición hecha por M. Venuti. Según las medidas que le fueron enviadas, la anchura de todo el edificio, tomada desde fuera, es de 160 pies y de 150 en el interior. El medio cintro tiene 290 de un ángulo a otro del escenario. El escenario o el *pulpitum* tiene 75 pies de frente y solamente 30 de profundidad. En cuanto a mí, que conozco el local, dudo mucho que pueda contarse con la exactitud de estas medidas, que no han podido ser to-

madas mas que a ojo de buen cubero y por partes separadas, puesto que todo este vasto edificio está todavía atestado de tierra, a través de la cual no se ha hecho mas que abrir de un lugar a otro algunos conductos subterráneos bajos y estrechos. Monsieur Venuti conjetura que encima del segundo piso de gradas había una segunda *precinctio*, terminada por una gran cornisa, sobre la cual estaban colocadas las estatuas cuyos fragmentos se han encontrado. Cree también que la orquesta (por lo menos si es así como hay que llamar, tratándose de los romanos, la parte del teatro a la que los griegos daban este nombre, y que nosotros llamamos parterre o patio) se encontrará pavimentada en mármol. Las gradas del teatro dan frente al mar. El *podium*, la *orquesta* y el *proscenium* no han sido todavía bien registrados para poder hacer la descripción. La parte trasera del *proscenium* estaba decorada en columnas de mármol rojo en las bases, entre las cuales había colocadas estatuas de bronce sirviendo de punto de vista a una calle que parece iba del teatro al mar. Han llevado las columnas rojas mejor conservadas a la iglesia de San Jenaro, de Nápoles.

Tres grandes columnas acanaladas, en estuco de una hermosa proporción, pero muy estropeadas. Los intercolumnios están formados por grandes tableros de mármol blanco, sobre los cuales hay escritos multitud de nombres de libertos.

Los vestigios de un templo de Hércules próximo al teatro. Han encontrado una estatua de este dios

y muchos instrumentos propios para los sacrificios. Monsieur Venuti cree que una parte de las columnas encontradas en las ruinas del teatro pertenece a este templo. Advierte al lector que es muy difícil hoy discernir el verdadero sitio de cada cosa. Las excavaciones de las tierras se hacen sin orden y sin método; la tierra es arrojada de un sitio a otro, lo cual hace que la manejen varias veces, y en ocasiones no se sabe de dónde proceden las piezas que se sacan. Este templo de Hércules consiste en una sala elevada, cuyas paredes, hoy derribadas, están pintadas en claroscuro o, para expresarnos a la francesa, en camafeos rojos y amarillos, que representan escenas de caza, tipos grotescos, perspectivas u otros cuadros diferentes. El muro del fondo no está derribado, únicamente un poco inclinado. Forman dos especies de nichos, en el fondo de los cuales hay dos cuadros altos de siete palmos ocho dozavos, anchos de seis palmos y medio; uno de ellos representa la *Historia de Teseo*, y el otro la de *Telefo*. Estas dos pinturas, que afirmaron por detrás con grandes tablones de Bavagne, fueron sacadas de la manera que he descrito en mi precedente Memoria, lo cual se puede hacer con tanta más facilidad, sin estropearlas, cuanto que el betún sobre el cual se ha pintado al fresco es muy espeso. Monsieur Venuti muestra a este respecto que los antiguos empleaban esta misma manera de quitar los frescos, y que, según atestigua Varrón, transportaron a otras partes frescos y bajorrelieves de estuco trabajados por Demófilo y Gorgas

en el templo de Ceres, cerca del gran circo. Después que el *Teseo* y el *Telefo* fueron sacados del subterráneo, M. Venuti empleó, con el permiso del Rey, a un siciliano llamado el señor Moriconi, portaestandarte en la artillería, el cual, por medio de un barniz colocado sobre estos cuadros, ha conseguido plenamente reponer los colores y conservarlos en el porvenir.

Las ruinas de una basílica, en medio de la cual se ha encontrado una estatua de *Vitellius* y en las alas seis pedestales de mármol, debajo de los cuales están los restos completamente fundidos de seis estatuas de bronce.

Un pequeño templo o capilla incrustado de mármol ordinario, en la cual se ha encontrado una estatuíta de oro.

Una casa particular cuya puerta era grande y con un cierre de candado de hierro, que cayó hecho pedazos en cuanto lo tocaron. Después de haber vaciado el terreno del interior se encontró primero un pequeño corredor que conduce a una sala embadurnada y pintada de rojo. Allí se encontraron algunas vasijas y botellas de un cristal grueso, todavía llenas de agua, y dos estuches de bronce. Al abrir el segundo de estos estuches se encontró una lámina de plata muy delgada, enrollada y escrita con cincel en caracteres griegos; pero como se rompía al desenrollarla, el Rey la cogió y se la llevó a su despacho. Al lado de la sala hay una escalera bastante cómoda, por la cual subieron a esta cámara alta, cuyo suelo superior está hundido. Esta

cámara parece haber servido de cocina, dada la cantidad de cacharros, de trébedes y otros instrumentos de esta especie que se encontraron allí. También se veían uvas y nueces muy bien conservadas en apariencia, pero reducidas a carbón o a cenizas por dentro. Al lado de esta cocina hay una cámara en ruinas, pavimentada en mosaico bastante mal hecho, a la manera de alfombra de Turquía. Allí encontraron una gran escribanía de bronce, medallas y piedras grabadas. Otros dos cuartos contiguos parecían formar parte de la misma casa. Uno es un cuarto de baño con pavimento de pequeñas piedras cuadradas guarnecidas de vasijas, de conchas de bronce y de raederas de diferentes tamaños; el otro es una cueva o cantina muy bonita. Se entra en ella por una pequeña puerta revestida de mármol blanco que da a un cuarto ancho de ocho brazas y largo por lo menos de catorce, puesto que no vaciaron todo el terreno. Esta comunica con otro cuarto parecido, que tiene unas catorce brazas en todo sentido. Estas dos piezas están pavimentadas de mármol y rodeadas por una banqueta bastante ancha a un codo de altura del suelo, revestida de mármol y con su cornisa. Todo a lo largo de esta banqueta se veían unas tapas de mármol, que después de levantadas se vió que servían para tapar grandes tinajas de tierra cocida, propias a conservar vino, empotradas en la mampostería y llegando mucho más abajo que el suelo de la bodega. Cada una de estas tinajas podía contener diez barrilitos, medida de Tosca-

na. La segunda bodega tenía una abertura larga y estrecha, que se tomó al principio por una ventana. Después de haberla desescombrado se vió que era un armario practicado en la pared, profundo de unos siete pies y guarnecido hasta arriba de graderías de mármol de diversos colores, cada cual con su pequeña cornisa muy lindamente trabajada. Estas graderías servirían sin duda para colocar botellas, copas y botijas. Las han destruído todas, con gran sentimiento de los curiosos, así como la banqueta de las dos bodegas, para aprovechar el mármol y hacer revestimientos en otras partes. Han roto también todas las tinajas de barro al querer arrancarlas; no quedar más que dos, que se han conseguido sujetar los fragmentos con alambre. Estas tinajas son muy ventradas; su cuello es un poco menos elevado que la banqueta en la cual estaban empotradas.

Han vaciado los escombros de algunas otras casas particulares, donde se ha notado, en general, que las escaleras son estrechas y de un solo tramo todo recto; que las ventanas son pequeñas y guarnecidas de una especie de alabastro transparente y muy delgado, del cual se encontraron todavía algunos pedazos en su sitio; que casi todas las casas tienen una pequeña galería con suelo de mosaico y pintada grotescamente sobre un fondo rojo; que los ángulos de las paredes tienen enteras las aristas y están como nuevos; que las herramientas están casi completamente consumidas por la roña que las obras de carpintería han conservado per-

fectamente su forma exterior, pero están ennegrecidas y relucientes; en cuanto se tocan caen hechas polvo; se distinguen bastante bien las fibras y las venas para reconocer la especie de la madera.

XXXVI.—A M. DE NEUILLY (1)

Carta general sobre Roma.

A este bello argumento, a este discurso profundo,
Lo que Pantagruel a Panurgo respondo:
Predicad, patrocinad hasta la Pascua de Pentecostés...

Todas vuestras razones para obligarme a que reanude mi diario son buenas a más no poder, y después de haberlas oído... no haré nada absolutamente de lo que me pedís. No ignoráis las razones que han causado su interrupción, y no sabéis lo grande que es mi pereza si esperáis que después de haber dejado pasar un intervalo tan largo pueda rescatar el tiempo perdido y ponerme al corriente; contáis demasiado con mi memoria al creer que voy a recordar todo lo que había que decir. La materia es un poco demasiado amplia. Preferiría, creo yo, haceros cuatro veces la descripción de todo el resto de Italia mejor que una sola vez la de Roma. Es hermosa esta Roma, y tan her-

(1) Todas las cartas siguientes, hasta la partida de Roma, se encuentran colocadas sin tener en cuenta el orden de las fechas. Han sido escritas en el transcurso de los tres últimos meses de 1739 y de los cuatro primeros de 1740.

mosa, que a fe mía todo lo demás me parece poca cosa en comparación. Cuando no tenía nada que hacer en las posadas me embutía en mi bata y en mi gorro y os escribía de prisa el *fárrago* de todo lo que se me había antes pasado por la cabeza o ante los ojos. Hoy es ya un hecho consumado, una vida regulada, de la cual, el tiempo estando distribuído, no es apenas posible tener exactitud ni bastante ocio para enviaros, como antes, gruesos tomos. Todo cuanto puedo hacer es ser exacto en la correspondencia y hablaros a los unos y a los otros ya de una cosa, ya de otra, según vuestros diferentes gustos y según se vayan presentando a mi mente. Después de todo, ¿qué podría deciros sobre esta materia que no fuese una repetición continua? Esta ciudad ha sido tan vista, tan descrita; hay tantos planos, tantas figuras, que de vosotros sólo depende hacer, como madame Houdart, un viaje voluntario en vuestros despachos. Hay algo mejor que hacer, mi querido Neuilly; reservaos para un tiempo más propicio; las circunstancias no son siempre las mismas. De lo que vuestros asuntos no han permitido que yo obtuviera de vos cuando me vine, quiero tener el desquite en otra ocasión. Volveremos aquí juntos y sacaremos de sus casillas a Malatesta. Es un asunto muy importante este viaje cuando se le examina de lejos y se hace por primera vez; la segunda ya no tiene dificultad ninguna. La experiencia, el conocimiento del país y de las costumbres, el de la lengua, allanan todas las dificultades que pueda haber.

Las nuestras no han surgido mas que por medidas equivocadas, que con frecuencia hemos tomado por no estar instruídos; la más equivocada de todas es la época que nos ha cogido para recorrer Italia.

Si queréis venir a hacer un recorrido de un año, os aconsejo que partáis a principio de septiembre y pasar por la Provenza, sin olvidar ver Nimes; os encargo también embarcaros en Tolón y pasar por Génova, Viarreggio, Livorna, Pisa, Florencia, Siena, para llegar a Roma el 20 de octubre y salir a los ocho días para Nápoles, a fin de llegar a ésta para Todos los Santos, en que la buena estación dura todavía y en que comienzan los espectáculos; deberéis estar de vuelta antes de fin de noviembre y permanecer en Roma hasta los días de la Asunción, en cuya fecha hay que llegar a Venecia, pasando directa y rápidamente por el camino de Loreto, Ancona y Rávena. Veréis el pequeño Carnaval de Venecia, más bello y menos fastidioso que el grande, que aburre por su duración. Volved a Francia por Vicenza, Verona, Mantua, Bolonia, Módena, la Lombardía, Parma, Plasencia, Milán, las islas Borromeas, Pavía; pronto os veo en Turín, Chamberg, Ginebra, Besançon. Ya estáis de vuelta en vuestra casa; os he llevado sin fatiga. Así es que ¿cuándo la marcha?

Cuando estéis aquí, pues que ya creo veros en camino, ¿qué impresión creéis que os hará el primer vistazo a San Pedro? Ninguna. Nada me ha sorprendido tanto, ante la vista de la cosa más hermosa que haya en el universo, como no sentir ninguna sorpresa. Se entra en este monumento, del

cual se ha hecho uno una idea tan vasta, de la manera más sencilla del mundo. No parece ni grande, ni pequeño, ni alto, ni bajo, ni ancho, ni estrecho. No se da uno cuenta de la enorme extensión mas que por relación cuando, considerando una capilla, se la encuentra grande como una catedral; cuando, midiendo un monigote que hay al pie de una columna, se le encuentra el dedo gordo tan grueso como el puño. Todo este edificio, por la admirable precisión de sus proporciones, tiene la propiedad de reducir las cosas desmesuradas a su justo valor. Si este edificio no abrumba al espíritu a la primera inspección es porque tiene la excelente singularidad de no distinguirse por ninguna. Todo es simple, natural, augusto y, por consiguiente, sublime. La cúpula, que es, a mi parecer, la parte más hermosa, es el Panteón todo entero que Miguel Angel ha colocado allí en el aire, acabado del todo de pies a cabeza. La parte superior del templo, quiero decir los techos, es lo que más asombra, porque no se esperaba encontrar allí arriba una multitud de talleres, de cobertizos, de cúpulas, de locales habitados, de campaniles, de columnatas, etcétera, que forman en verdad una especie de ciudad en pequeño, realmente curiosa. La parte menos importante de la iglesia es, a mi parecer, el pórtico; ni éste, ni el que acaban de hacer en San Juan de Letrán, aunque bastante bellos uno y otro, responden a la majestad de los edificios. ¿Cómo ha podido esto ser construído por gentes que tenían ante sus ojos la fachada de la *Curia Antoniana* y la del Panteón?

Lo mejor que hacen ahora es quitar todos los cuadros de las capillas de San Pedro, que la humedad los había casi completamente perdido, y hacer copias en mosaicos, las más bellas que se hayan visto nunca. No hay que extrañarse que cada cuadro cueste ochenta mil francos, lo que es menos sorprendente cuando viéndolos trabajar se examina su enorme tamaño, el tiempo necesario para hacer uno y la materia que lo compone; son láminas de vidrio coloreado por medio de los metales, que se mezclan en fusión.

Nada os digo de la columnata de delante de la iglesia; ya la conocéis; pero no habéis visto correr las dos fuentes del lado del obelisco. Figuraos dos fuegos artificiales de agua que funcionan todo el año día y noche sin interrupción; no he encontrado nada que me haya gustado tanto. Todos los días voy a hacerles una visita de amigo, sobre todo cuando el sol da de plano. En general, la más bella parte de Roma, para mi gusto, son las fuentes: la de la plaza de Navona es la que más me ha llamado la atención de cuanto he visto en mi viaje. El número de estas fuentes, que se encuentran a cada paso, y los ríos enteros que salen de ellas son más agradables y más asombrosos aún que los edificios, por magníficos que sean por lo general, sobre todo los antiguos; lo poco que queda de éstos, a pesar de lo desfigurado que está, sobrepasa mucho de los modernos por la sencillez y la grandeza, como república romana estaba por encima del Estado e la Iglesia. En fin, para deciros en una palabra

mi juicio sobre Roma, es, en cuanto a lo material, no sólo la más hermosa ciudad del mundo, sino que no admite comparación con ninguna otra, ni aun con París, que, por otra parte, la supera infinitamente en cuanto respecta a todo lo que se mueve.

Los soberanos que desde Sixto V han hecho cosas inmensas para el embellecimiento de la ciudad no han hecho nada por el cultivo de la campiña, donde no se divisa, a la letra, ni una sola casa ni un solo arbusto. El gobierno es tan malo como el que pueda uno figurarse a gusto. Maquiavelo y Morus se han complacido en forjar la idea de una utopía; aquí se muestra la realidad de lo contrario. Imaginad lo que es un pueblo cuya tercera parte son sacerdotes, otra tercera parte gentes que no trabajan apenas y la otra tercera parte gentes que no se ocupan de nada; donde no hay agricultura, ni comercio, ni fábricas; en medio de una campiña fértil y sobre un río navegable; donde el príncipe, siempre viejo, dura poco y es con frecuencia incapaz de hacer nada por sí mismo; está rodeado de parientes que no tienen más idea que darse prisa a hacer su negocio mientras tienen tiempo, y donde a cada cambio se ve llegar ladrones de refresco, que ocupan el sitio de los que no tenían ya necesidad de robar; donde la impunidad está asegurada al que se le antoja perturbar la sociedad con tal que sea conocido de un personaje o vecino de un asilo; donde todo el dinero necesario para las cosas de la vida se saca únicamente de los países extranjeros, contribución que va siempre dismi-

nuyendo; donde, en fin, está perpetuamente establecido el sistema que hemos visto en Francia, no en verdad con el mismo furor; pero observad que, no teniendo los billetes curso fuera de Roma, hay que pagar en dinero todas las necesidades de la vida, porque hay que procurárselas de fuera y el país no produce nada, lo cual a la larga ha disminuído de tal modo la cantidad de las especies, que hoy es casi imposible verlas.

He aquí que os hablo bastante mal de un país que, con todo esto, es muy agradable para los extranjeros, no sólo por los motivos de curiosidad, sino por la extremada libertad que reina en él, por la cortesía de las gentes que lo habitan, que en general están todas llenas, si no de cordialidad, por lo menos de amabilidad; son serviciales y de fácil acceso, mucho más que en ningún otro lugar de Italia. Es aquí muy fácil para los extranjeros penetrar en la sociedad y hallar buena acogida en todas partes; y los romanos, entre ellos, comienzan a colocarse sobre el pie de la vida familiar y a reunirse a comer como en Francia. Bien quisierais, a causa de M. Thomas, que tanto gusta de las soleiras, saber algo de las viñas de Roma y de Frascati; sólo os diré sobre eso que los italianos las aprecian demasiado y los franceses demasiado poco. Aun cuando estemos tan por encima de ellos en cuanto a jardines, como nos sobrepujan en cuanto a monumentos, no deja de ser siempre una cosa grata, que no veo en ninguna otra parte fuera de aquí, tener en invierno árboles siem-

pre verdes y llenos de hojas, y en verano las aguas más límpidas y hermosas que sea posible ver. Mucho se aprecian las vistas de estos lugares; pero no me gusta apenas, porque ¿qué es la vista de una planicie extensa, pero árida y desierta? Otro fante digo de las casas: están cubiertas de bajorrelieves antiguos de arriba abajo; pero no hay alcobas. En cuanto a estatuas admirables, encontraréis en ellas cuantas queráis. Acaban de descubrir dos centauros egipcios que no desmerecen en nada de lo que Roma tenía de más bello, y un pavimento entero de mosaico antiguo de una sala de Adriano. El Papa recoge todo lo que puede en cuanto a monumentos y forma un museo en el Capitolio, que no es menos considerable que el del gran duque y que sería tan hermoso si estuviera tan bien dispuesto. Adiós, mi querido objeto; mil cumplidos a Malatesta, Chevigny, Bevy, Montot y su mujercita, etc.

XXXVII.—A MM. DE BLANCEY Y DE NEUILLY

**Llegada a Roma.—Idea general de la ciudad.—
Del género de fasto de los italianos.—Aduanas.**

¿Pero es que estáis todos dados a los diablos para obstinaros de esa manera en que os hable con detalle de esta Roma para deciros mil cosas comunes, que sabéis de sobra y que nadie ignora? ¿No habría debido bastaros con lo que he escrito

recientemente en bloque a Neuilly sobre este tema? Valga por lo que valga, puesto que lo exigís, voy a enviaros sucesivamente, de correo en correo, media docena de hojas donde había garrapateado, para mi propio uso, unas cuantas notas indigestas, a las cuales añadiré al margen, al releerlas, lo que me pase por la cabeza. No encontraréis orden ni ilación; a vosotros os toca desenredar ese farrago si tenéis gusto en ello. No esperéis que yo me tome ese trabajo. Ya es bastante lo que hago aquí para daros gusto, y más de lo que yo esperaba de mí mismo en vuestro favor. ¡Si supierais cuánto me posee la holgazanería! Me dan ganas, como madame de Sevigné, «de esconderme debajo de la cama en cuanto veo mi escribanía».

Para tomar las cosas *da capo*, fué el 19 de octubre, a la caída de la tarde, cuando divisamos por fin esta bien amada ciudad de Roma, principal objeto de nuestro viaje. La cúpula de San Pedro es el primer objeto que se divisa, a causa de su gran elevación, aunque la iglesia está construída en el terreno de la ciudad más bajo y pantanoso. Dispuestos a atravesar el Tíber sobre el puente Molla, en otros tiempos *Pons Milvius*, examinamos antes las orillas cuidadosamente, por temor a que Cicerón no hubiese destacado unos cuantos pretores romanos para quitarnos los documentos de los cómplices de Catilina (1) como si fuéramos

(1) En la noche del 2 al 3 de diciembre de 691, los enviados de los Alóbroges se prestaron a una emboscada que Cicerón preparó en el puente Milvius; tuvo por resultado poner en las manos del cón-

embajadores galos. Los indicios podrían ser acusadores en cuanto a Loppin; no puede ponerse en duda que no tenga la nariz de un conspirador, y hasta resolvimos que yo no tenía nada mejor que hacer que enriquecer con esto mi Salustio.

Al salir del puente se encuentra una larga calle recta que, atravesando el arrabal, va a parar a la puerta de la ciudad, construída en arco de triunfo: es la puerta del *Popolo*. Nosotros, franceses, le llamamos la puerta del Pueblo; habría que decir la puerta del Alamo, puesto que se la llama del *Popolo* a causa de un bosquecillo de álamos que había en otros tiempos plantado en este terreno: es la antigua puerta Flaminia, y la extremidad de la vía Flaminiana es hoy la larga calle del Corso; otros dicen que es la puerta Flumentana; pero yo creo que la puerta Flumentana estaba más adentro de la ciudad, en las orillas del Tíber.

No creo que haya en el mundo una ciudad cuya entrada por tierra prevenga tan favorablemente. La puerta es el vértice de un triángulo que forma una plaza pública, en medio de la cual hay un obelisco de granito, el mismo que estaba en otros tiempos en el gran circo, y debajo del obelisco, una fuente. La base del triángulo está perforada frente a los que entran y presenta como punto de vista las aberturas de tres calles rectas y largas, dispues-

sul cartas dirigidas por los conjurados, sea a Catilina, sea a la nación gala. Provisto de pruebas tan decisivas, Cicerón no vaciló ya más en tomar las medidas que exigía la salvación de la República. (*Historia de la Conjuración de Catilina*, traducción de M. De Brosse.)

tas en pata de ganso, cuyas extremidades están separadas por los pórticos de columnatas de dos bonitas iglesias con cúpulas completamente parecidas. De las tres calles, las dos colaterales van a parar, la una, a la plaza de España; la otra, al puerto del Tíber llamado *Ripetta*; la del medio, mucho más larga, va recta como una I hasta el palacio de San Marcos, situado casi en el centro de la ciudad. El obelisco de la plaza del Pueblo es el más pequeño de los dos que adornaban en otros tiempos el gran circo: es el del rey Sesostris, que Augusto hizo traer a Roma. Sixto V lo ha hecho elevar por Fontana; está colocado de manera que las tres calles en pata de ganso lo tienen igualmente como perspectiva. Lo que entienden aquí admirablemente es la manera de disponer las perspectivas y arreglar el golpe de vista de los objetos singulares. No es este arte el artículo que menos contribuye a dar a la ciudad este aire de grandeza y de magnificencia. De esto no entienden nada en París. No hay más vistas que las de los muelles del Sena. La plaza Vendôme, la plaza Real, la admirable fachada del Louvre y el pórtico de San Gervasio (dos monumentos iguales a lo que haya aquí más hermoso) están en pura pérdida en cuanto a perspectiva.

Nada más propio para dar una gran idea de Roma que este primer aspecto que se entra por los ojos de los que llegan; pero mirad siempre frente a vosotros, sin que se os ocurra echar un vistazo sobre los lados del triángulo; no veríais a la dere-

cha mas que unos grandes y feos almacenes de heno y a la izquierda la iglesia de Santa María, bastante mediocre edificio, seguido de varias casas particulares muy mezquinas; de suerte que la plaza del Popolo, aunque contiene varias cosas bellas, no es en modo alguno una bella plaza. Es un defecto bastante general aquí este disparate; todo es palacios o cabañas; un monumento soberbio está rodeado de cien malas casuchas; unas cuantas calles principales, largas sin fin, alineadas a maravilla, casi siempre terminadas por hermosos puntos de vista, sirven afortunadamente a encontrar el camino en medio de una multitud de callejones sin salida, de callejuelas tortuosas y de feísimas plazoletas. No hay nada más fácil que conocer la ciudad en conjunto y nada más difícil que desenredarse en el detalle. De buena gana creería que Roma se resiente todavía de haber sido quemada por los galos y que, al reconstruirla, cada habitante edificó sin orden ni concierto en el primer sitio que encontró vacante. No sin razón los romanos llamaban a sus casas *insulae*; hay todavía muchas que merecen este nombre, y muchas más que no lo han perdido sino juntándose con las más próximas por medio de pequeñas construcciones, sin cuidarse del alineamiento de las calles; pero como estos pequeños barrios, compuestos de callejas, están casi todos envueltos por calles rectas, más transitadas que el resto, no impiden que la ciudad parezca en general bien trazada.

La calle del Corso (es la del medio de la pata de

ganso de que os hablaba) no tiene menos de una milla de larga desde la plaza de San Marcos a la puerta del Popolo y otro tanto desde ésta al Ponte Molle; en muchos sitios la bordean hermosas construcciones; pero es excesivamente estrecha dada su longitud, y las aceras que han practicado a los lados para la comodidad de los transeuntes la estrechan todavía más. En esta calle es donde se verifican las carreras de caballos para disputarse los premios, las carreras de mascaradas en Carnaval y el paseo ordinario del Corso, en dos filas eternas de carrozas una detrás de otra. No puedo tragar esta estúpida manera italiana de pasearse en coche en medio de una ciudad, sofocados de calor y de polvo. Por bella que sea hoy esta calle, cuán decaída de su antiguo esplendor si los planos y las descripciones que nos han hecho de la antigua calle Flaminia nos la representan tal como era en efecto en tiempos de los romanos.

¿Qué puede uno figurarse más magnífico y más llamativo que esta doble fila de mausoleos y de estatuas colosales, levantadas a uno y otro lado en toda su longitud, y de trecho en trecho, a derecha e izquierda, plazas, columnatas y obeliscos? Pero sospecho que no nos describen mas que lo que había de hermoso en la ciudad antigua. De todos los feos objetos que podía haber, no haya miedo que nos digan una palabra.

Pero ya es hora de continuar nuestro camino por la calle del Babuino, hasta alguna hostería trivial en espera que encontremos, por alquilar, algún pa-

lacio digno de recibir a nuestras excelencias. Hemos venido a alojarnos a la posada del Monte de Oro, plaza de España; es la mejor para los extranjeros que llegan, y casi la única; en una ciudad tan grande y tan llena de extranjeros, hay muy pocas posadas. Así es que no hay aquí costumbre de alojarse en posada mas que provisionalmente hasta encontrar lo que llaman en término figurado, ordinario del país, un palacio, y en estilo vulgar, un piso amueblado. No dejamos de conseguirlo al cabo de unos días, después de haber sido caramente *scorticati dell'este del Monte d'Oro*; pero ¿cómo sentirlo cuando se han comido los *puddings* de la casa? Es una cosa, amigo mío, que está por encima de las tartas a la crema de Bedreddin-Hassan, que producen un reconocimiento tan patético, tan teatral en *Las mil y una noches*. Tenemos hoy un cocinero que las hace de una manera increíble. Nuestros amigos los ingleses, a quienes hacemos un *regalo*, convienen unánimemente que, aunque ese guiso sea originario de Londres, nunca se ha servido uno tan bueno en el Parlamento, ni aun en Westminster. Tomad medula de vaca en cantidad, y aun más miga de pan, empapada en leche, franchipán, canela y uvas de Corintio, todo en masa, como un pan cocido en el puchero en un excelente caldo, envuelto en una fina servilleta; luego dejad cocer por segunda vez en una fuente, para formar una corteza; comed mucho si tenéis el estómago robusto, es decir, tanto como ese glotón de Saint-Palaye, y decir que Martialot no

es mas que un fatuo por no haber puesto ese manjar a la cabeza de su *Cocinero francés*. Me parece únicamente que las uvas de Corintio están de sobra. Hemos deliberado que las desterraríamos en un rincón del pastel reservado para Saint-Palaye, que escribirá en torno de su porción: *Non licet omnibus adire Corinthio*.

Estamos, pues, alojados bastante cómodamente en una casa de alquiler, plaza de España, frente a la fuente de la Barcaccia, al pie y junto a la escalera de la Trinidad del Monte; en latín: *ad septa tributa, at radices montis Pincii, sive collis hortulorum*, lo cual quiere decir, mi dulce objeto, que, si la ambición os lleva a solicitar cualquier gran cargo en la República romana, me encuentro perfectamente en disposición de serviros encontrándome en el centro del lugar de las elecciones. Madame Peti, muy digna patrona de la jaula, nos provee abundantemente de todo lo necesario, excepto de cortinas de camas, que se consideran en este país como una superfluidad censurable. ¡Demonio! No estoy bastante acostumbrado a las maneras de estas gentes y quiero darme el lujo de tener un pabellón de sarga gris. Hemos echado a suerte las habitaciones; la ilustrísima nariz del primo Loppin ha ganado la mejor. Tenemos cuatro caballos pálidos del Apocalipsis que arrastran gravemente dos carrozas de alquiler, que no son bellas ni caras, conducidas por dos cocheros majestuosos, con pelucas cuadradas y librea; con esto podréis ver cuando queráis a *quattro signori francesi*

paseándose *in fiocchi nella strade del Corso*. Ahora que ya nos hemos establecido y que comenzamos a entablar relaciones, voy a entregarme en cuerpo y alma a las damas romanas.

He querido primero dar la vuelta a la ciudad, paseo muy largo; el recinto es, poco más o menos, igual al de París, quizá un poco menos grande; las murallas son las mismas del tiempo de los emperadores; con esto no puede dudarse, por los censos, que Roma tuviese en otros tiempos cinco o seis veces más habitantes que los que hoy tiene París, ciudad muy poblada y donde los edificios son muy altos. No hay apariencia que los de Roma lo fueran en aquellos tiempos mucho más; había un número infinito de criados en las casas grandes, y era preciso que en las pequeñas familias estuviesen amontonados unos sobre otros, como en Pekín, donde, según nos cuenta el P. Fouquet, una familia de doce personas no tiene por todo alojamiento mas que una habitación medianamente grande, donde todas las gentes se acuestan sobre una estrada, alineados unos al lado de otros como arenques. No hay que dudar tampoco que en el número de habitantes de la antigua Roma no incluyeron a los de los arrabales, que eran de una inmensa extensión. Hoy esto es muy diferente; ya sabéis que la ciudad puede pasar por desierta en relación con el perímetro de su extensión. No está habitada casi mas que por la parte comprendida entre el Tiber, el monte de la Trinidad, el monte Cavallo y el Capitolio, lo cual puede hacer una

buena tercera parte de la ciudad. Añadid a esto el Trastevere, pequeño cantón entre San Pedro y el castillo de Sant Angelo. Todo el resto consiste en jardines, en campos, en grandes edificios, en ruinas y en unas cuantas calles pobladas aquí y allí. Dicen que la ciudad puede contener en todo ciento cincuenta mil almas. Los palacios de los grandes señores están en su mayor parte tan desiertos como el resto de la ciudad. El número de los criados no es una carga; conservan en el guardamuebles un buen número de trajes de librea, que se ponen unos rufianes de alquiler los días de representación.

No hay muelles a lo largo del Tíber; juzgad qué enorme defecto en una ciudad tan decorativa como ésta. Así, ocurre que los barrios lindantes con el río, que debieran ser los más abiertos y los mejor aireados, son, por lo contrario, los más feos; el de los judíos sobre todo es una marranería. Los muelles serían la cosa más necesaria y el más grande embellecimiento que se pudiera dar a esta ciudad. Me han dicho que no habría costado más hacer uno desde la entrada de la ciudad hasta el puente de Sant Angelo que decorar, como acaban de hacer, la iglesia de San Juan de Letrán; que habían puesto en balanza a cuál de estos dos gastos sería empleada la suma disponible, y que el último ha tenido la preferencia. ¡Muy juiciosamente pensado! ¿Qué os parece? Sin embargo, esta resolución ha sido aplaudida aquí, donde aman sobre todas las cosas el culto y todo lo que con él se relaciona.

En verdad, esta nación es completamente devota, y no por eso es más virtuosa. Me han dicho que los judíos habían ofrecido limpiar y cavar a sus expensas el lecho del Tíber y construir muelles hasta la isla de San Bartolomé (es la parte donde serían más necesarios) si se les daban todas las riquezas y curiosidades antiguas que encontrasen en el río. De seguro que habrían encontrado riquezas inmensas; pero, así y todo, es dudoso que hubieran podido bastar a cubrir los gastos. La proposición no ha sido aceptada, por temor a que la infección del légamo removido trajese la peste a la ciudad.

El río Tíber no tiene, como sabéis, gran fama fuera de su país; con frecuencia se le trata como un feo torrente amarillento. No le hacen justicia; en cuanto a amarillo, lo es, en verdad, tanto y más que una beldad amarilla del reino de Visapour; pero es tan ancho como nuestros ríos medios de Francia, casi como el Doubs hacia su embocadura. Su curso, no siendo ancho desde las montañas, es consecuentemente muy rápido; por la misma razón, en las estaciones de las lluvias abundantes o del deshielo de las nieves se desborda de pronto y se porta como un mal sujeto; lo hemos visto ya en toda su pompa. No lo atraviesan apenas mas que por el puente de Sant Angelo o por el puente Sixto; los otros puentes están en ruina o son poco transitados. El puente de Sant Angelo es magnífico de veras, revestido con una balaustrada de mármol blanco, y todos los arcos lucen diez ángulos igualmente en mármol blanco con todos los ins-

trumentos de la Pasión. A fe mía, los instrumentos de la Pasión hacen pobre efecto sobre un puente. ¡Los ángeles y los santos se encuentran tan bien en las iglesias! ¡Por qué no dejarlos allí? No parecen divertirse mucho aquí; por lo menos hacen una figura poco a propósito.

El puerto del Tíber, llamado Ripetta, no ha sido acondicionado sino hasta hace poco por Clemente XI, y la obra no es tan hermosa como debiera serlo. Lo han revestido con grandes gradas de piedras cintradas en el medio y lo han adornado con unas fuentes y con un pequeño monumento coronado por una estrella para indicar que es obra de este Papa, cuya casa tiene una estrella en sus blasones. Aquí tienen las gentes gran cuidado en poner su marca o su nombre a cada edificio que hacen construir. Si varias personas coparticipan, ponen mucho cuidado en distinguir lo que pertenece a cada una de ellas. Nada hay más propio para sostener la emulación que el deseo de dejar alguna memoria duradera de sí mismo a la posteridad; así es que para creerlo hay que haber visto cuánto esta emulación ha hecho construir edificios públicos y particulares a los soberanos, a los cardenales y otros grandes señores. En esto imitan a los antiguos romanos, guardando, sin embargo, toda proporción entre la enorme diferencia de sus facultades, que no les permitía realizar tan vastas empresas.

Con frecuencia nosotros los franceses decimos que los italianos son avaros y mezquinos, que no saben gastar, hacer honor a sus bienes de fortuna ni dar

a nadie un vaso de agua; que sólo entre nosotros existen los grandes señores que tengan un aire de magnificencia, una mesa suntuosa, trenes brillantes, cuadros, muebles, alhajas, lujo de buen gusto, etcétera. Con frecuencia he tenido ocasión de hacer aquí el paralelo del diferente género de fasto de las naciones francesas e italianas; para decirlo sin disimulo, el de esta última me parece infinitamente más rico, más noble, más agradable, más útil, más magnífico y dando mejor la impresión de su aire de grandeza. Lo que llamamos comúnmente en Francia hacer una figura, hacer los honores de una buena casa, es tener una gran mesa. Un hombre rico, que quiere figurar, tiene buenos cocineros, muchos servicios de entradas y entremeses, frutas dispuestas de una manera elegante (cuya costumbre, entre paréntesis, nos vino de Italia); la profusión de los manjares debe ser siempre el triple de lo que es necesario para los convidados. Reúne el mayor número de gentes que le es posible para consumir estos preparativos, sin preocuparse mucho de si son amigos o sencillamente gentes de buen tono; le basta que se vea que da los más exquisitos banquetes y los mejor servidos y que puede publicarse que nadie sabe mejor hacer honor a sus riquezas. En medio de esta clase de gasto, vive en un apuro diario, sin placeres, si ya no es hasta con aburrimiento; a disgusto, a pesar de sus riquezas; con frecuencia arruinado y seguramente olvidado después de la digestión.

Un italiano no hace nada de eso; su manera de

aparentar, después de haber reunido por una vida frugal mucho dinero contante y sonante, es gastarlo en la construcción de un gran edificio público que sirva de ornato o sea útil a su patria y que haga pasar a la posteridad de un modo duradero su nombre, su magnificencia y su gusto. ¿No está mejor entendido este género de vanidad que el otro? ¿No cumple mejor sus fines? Desde luego, si se mide el gusto por el gasto, como es justo, el del italiano es mucho más grande; añadid que distribuye su dinero entre los oficios de primera necesidad mucho más que entre los oficios de lujo; en vez que entre nosotros ocurre lo contrario. En cuanto al placer que pueda tener uno mismo de esta clase de gastos, ¿no se experimenta tanto en ver crecer ante los ojos obras que quedarán que en ver los preparativos de un festín que va a desaparecer, además de que este primer género es de una especie más satisfactoria y más noble? Y en cuanto al placer que se puede proporcionar a los demás, ¿no lo hay tan grande en recrear la vista como en regalar al paladar? Una bella columna acanalada bien vale un buen plato de faisán. Después de haber visto aquélla, se continuará viéndola: es un goce perpetuo, presente y por venir; todo el mundo está invitado por derecho propio, y es cierto que cuanto más general es la fiesta más el que la da sabe representar y hacer honor a sus riquezas.

Me parece, mi querido Blancey, que, a pesar de vuestra abominable glotonería, mi sufragio debe ser de algún peso en este artículo, a menos que vues-

tra lengua de serpiente no haya mentido al Espíritu Santo cuando me ha dado ante el público la reputación de ser un inaudito y superlativo glotón. En cuanto a vos, Neuilly, que tenéis el honor de participar conmigo de esta censura, estoy no obstante seguro que pensaréis lo mismo que yo. De esta sabia y profunda disertación saco en consecuencia que los italianos no están muy equivocados cuando se burlan a su vez de nuestro género de fasto; *che tutto se ne va al cacutojo* (es su expresión burlona) y que tendrían razón para tachar de villanía a nuestros grandes señores porque éstos no construyen edificios públicos, por lo menos tanta como nosotros al hacerles análogo reproche porque no convidan a comer. Pero la mesa es en sí misma una cosa muy agradable; de acuerdo. ¿Quién lo sabe mejor que yo? Es una diversión diaria, que forma uno de los principales lazos de la sociedad. Sí; cuando se come sin fasto entre un pequeño número de amigos o de gentes que se reúnen con agrado. Esto es lo que hacen en nuestro país las gentes de buen gusto y de una fortuna ordinaria. Censuro a los italianos que no saben tener la misma costumbre; pero las gentes de una fortuna ordinaria no están en estado de emprender construcciones públicas. Así es que mi disertación no va con ellos; no se refiere mas que a las personas en estado de representar. Ahora bien; sostengo que éstas, con sus grandes gastos de mesa, no tienen por objeto ni el placer de comer bien ni el de la sociedad; que no tienen más objeto que el ostentar un fasto que se creen

obligados a tener por su estado; que el objeto de su magnificencia está muy mal escogido; que harían mejor, para ellos y para los demás, en convidar a cenas modestas y construir grandes fábricas, tener bellos coches y estatuas de mármol. Tal es mi tesis, pese a todos los argumentos de Blancey. *Dixi.*

Independientemente de las curiosidades antiguas y modernas, que tanto abundan en esta ciudad, uno solo de los tres artículos siguientes, tomado cada cual aisladamente, vale la pena de hacer ex profeso el viaje a Roma: la iglesia de San Pedro, las fuentes, el golpe de vista del Janículo. Es verdad que Roma parece situada acaso para tomar aguas, rodeada como está por un semicírculo de montañas abundantes en manantiales; pero están todos a una distancia que varía de cuatro a nueve leguas. ¿Qué gastos no habrán tenido que hacerse para traer el agua? Los acueductos de los antiguos romanos, sus alcantarillas, sus depósitos de agua, son obras prodigiosas. Ha costado, desde hace dos o tres siglos, sumas enormes el restaurar tan sólo una parte de ellos, que con algunas nuevas añadidas han bastado para proveer a la ciudad de una innumerable cantidad de fuentes grandes o pequeñas. No hay casi sitio vacío donde no se encuentre una o varias. Las hay a cada paso a lo largo de las calles, en las casas, en los jardines, en todas partes. La desigualdad del terreno de la ciudad y sus montañas ha dado la facilidad de multiplicarlas, y es de ver el cuidado que se ha tenido en hacer

llegar primero el agua a los sitios elevados, de suerte que las fuentes de arriba sirven de depósito a las de abajo.

No me imagino ornamentos de una ciudad comparables a esta profusión de fuentes y de aguas corrientes; me agradan aún más que los edificios. Las grandes son todas de un gusto noble; las pequeñas, de un gusto agradable, que a veces degenera demasiado en cosa de juguete, sobre todo en los jardines, donde, en verdad, esto es más soportable; pero en las grandes no se trata ya de hilos de agua, son torrentes, ríos enteros que salen por doquier. Además de la abundancia natural del agua, saben también disponer la caída con la habilidad necesaria para darle la más grande superficie posible.

De todo cuanto he visto aquí y en otras partes nada me ha sorprendido más al primer golpe de vista que la fuente de la plaza de Navona; así es que hay que decir que nada es más augusto ni de una ejecución más maravillosa. La admirable estampa que conocéis no da mas que una débil idea; nos hizo a primera vista mucho más efecto que la iglesia de San Pedro. No es que yo quiera, sin embargo, con esto igualar estos dos objetos uno al otro, puesto que San Pedro es más sorprendente la milésima vez que la primera. Figuraos tan sólo, en medio de una plaza, esta mesa de rocas perforada de parte a parte; esos cuatro colosos del Danubio, del Nilo, del Ganges, del Río de la Plata, tumbados sobre los ángulos de las rocas, vertiendo de unas vasijas torrentes de agua; ese Nilo que oculta su cabeza;

ese bello león que sale de su caverna y viene a beber a la fuente; ese caballo que bebe en el otro lado; esos reptiles arrastrándose sobre la montaña; esos borbotones de agua que salen por todos lados, en las puntas de las rocas y en la cima un obelisco de granito, de una prodigiosa altura. Con todo esto, la fuente de San Pedro *in Montorio* me ha gustado más todavía y no me ha causado menos asombro: es un arco de triunfo de cinco puertas, encima del monte Janículo, tres grandes y dos más pequeños; en lugar de puertas, son sábanas de agua perpendiculares, que cierran el hueco y vienen a caer en un vasto estanque. Al mismo tiempo que disfrutáis de un aspecto tan nuevo y tan agradable volved la cabeza del lado de la ciudad; es el momento en que el sol, inclinado en el horizonte, alumbra la cima; ved aquella asombrosa reunión de cúpulas, de campaniles y de bóvedas doradas, de techos, de fachadas, de iglesias y de palacios, de árboles verdes, de surtidores de agua. No hay ninguna vista en París que iguale a ésta, a pesar del ornamento mismo que le añade la vista de los alrededores de aquella ciudad, infinitamente más agradables por su naturaleza y más embellecidos por el arte que los alrededores de Roma.

El Janículo, sobre el cual estamos ahora, ha quedado siendo una de las colinas más elevadas de Roma, estando situado en la extremidad del arrabal, más allá del Tíber, en un cantón que no está expuesto a ser destruído ni reedificado. Las demoliciones continuas y las reedificaciones en los barrios

habitados de esta ciudad, con tanta frecuencia derribada, han rellenado los valles de tal modo que costaría trabajo reconocer hoy la *urbe septicollis*; hasta tal punto sus siete montañas, o más exactamente sus doce colinas, están borradas en diversos puntos por la elevación sucesiva de los lugares bajos, lo cual no impide que así y todo el terreno continúe siendo desigual. Las colinas cuyo montículo ha quedado señalado de una manera muy visible son el Aventino, el Coelius, el Palatino, el monte Pincius, en la ciudad, y el Janículo, en el Trastevere; no hay más que muy pocos sitios en los lugares bajos donde se perciba el antiguo suelo y el viejo, pavimento de Roma, que es de anchas losas de piedra. En otros sitios, cuando se va a echar los cimientos de una casa nueva no se encuentra hasta grandes profundidades más que un piso removido; entonces, según he oído decir, es preciso, para la solidez, cavar en este terreno movedizo los cimientos tan profundos como elevación exterior hayan de tener los edificios, gracias a lo cual se puede obtener el equilibrio; pero esto ocasiona grandes dispendios.

Querriais que os hiciera una descripción circunstanciada de todos estos edificios y palacios que se ven desde aquí; pero, amigos míos, sería un disparate; os digo, os repito otra vez, que no puede ser. ¿Ignoráis la aventura con que he debutado a mi entrada triunfal en Roma? Fuí a dar en la Aduana; era en otros tiempos la *Curia Antoniana*. Mientras estaba embobado como un papanatas consi-

derando este admirable pórtico de columnas antiguas acanaladas y me indignaba contra ese trabajo de bestias que ha llenado los intersticios de estas columnas con un infame amasijo para hacer un refugio de bribones, los malditos empleados de la Aduana registraban mis maletas y encontraron sobre las almohadillas de mi coche el segundo tomo de Misson; lo confiscaron inmediatamente en provecho de la Inquisición; es precisamente el tomo de Roma; he aquí mi guía de perezoso perdida. Así, ya veis que no podré deciros más; me encuentro en el caso de aquel cardenal de que habla la Sátira Menipea:

Su elocuencia no ha podido hacer ver,
 Por faltarle un libro donde reside todo su saber.
 Señores Estados, excusad a este pobre hombre,
 Ha dejado sus apuntes en Roma.

Estimando que me sería imposible encontrar aquí en las librerías un libro tan cuidadosamente registrado en el Índice expurgatorio, he apelado a todos los recursos para enternecer el corazón de estos pérfidos empleados; hasta les he ofrecido darles los otros dos tomos de Misson en cambio de éste. Retórica inútil.

Los traidores,
 cuando se tiene necesidad de ellos, son más altivos que los amos.

Mucho peor era lo que ocurrió en el otro coche, donde confiscaban a M. Loppin una pieza de terciopelo bordado que acababa de comprar en Florencia, y además toda la compañía le regañamos

por haberla dejado expuesta a la codicia de estas gentes. Pero ¿quién habría sospechado que en una ciudad donde los obreros no trabajan nunca se les hubiera ocurrido últimamente establecer una manufactura de terciopelo bordado y declarar contrabando el de las manufacturas extranjeras? No obstante, la buena fe, fundada en la ignorancia de una ley nueva, y algunos cequíes dados a los empleados, han puesto a M. Loppin en posesión de su terciopelo, mientras que mi querido Misson queda condenado para siempre. No es que el P. Brumont, dominico miembro del Santo Oficio, no me haya ofrecido sacarla de la garganta de Satanás, por la omnipotencia del Santo Padre, si yo decía a Su Santidad que tenía permiso especial de mi obispo para tener libros prohibidos. ¡Diablo! No me he atrevido a prestarme a esta superchería por miedo a caer muerto de repente, como Ananías, por haber mentido al sucesor de San Pedro. De veras, no me ha parecido que esta bagatela valiese la pena de hablar de ello al Papa. He tenido que recurrir, para guiarme en mi correría, a una pedestre y larga descripción de Roma, por Deseine, al margen de la cual habían puesto numerosas notas y observaciones. Pero tampoco con esto habéis salido de apuros, porque se me ha extraviado el primer tomo en una iglesia. Ya estoy viendo a Blancéy que va a salir diciendo que todo lo pierdo. ¡Pardiez! En cuanto a vosotros, no habéis perdido la palabra.

XXXVIII.—AL SEÑOR ABATE COR- TOIS DE QUINCEY (1)

Finanzas.—Billetes de Banco.—Lotería, etc.

¿A quién acaban de darle el timo, como un zorro que se hubiera dejado coger por una gallina? Sencillamente a vuestro servidor. Creía buenamente, bajo la fe de las cartas de crédito de M. Montmartel, que iba a llenar mis bolsillos de oro y plata; pero el *signor conte Giraud*, nuestro banquero, nos ha hecho saber lo que ignorábamos; esto es, que en Roma no se sabe casi lo que es dinero, pues el sistema de los billetes de Banco existe desde tiempo inmemorial; de suerte que nuestro gran tesorero, en vez de pagarnos en *Julios*, no nos ha propuesto mas que billetes sobre el Monte de Piedad y sobre el Banco del Espíritu Santo. Aunque estos billetes valen aquí como oro en barra, no resuelven, sin embargo, nuestra cuestión, puesto que no tienen curso fuera de Roma, y no puede creer que cuando tengamos que marcharnos los encargados de postas o gente parecida quieran fiarnos hasta que volvamos a Italia. Por otra parte, aquí también hace falta en mil ocasiones dinero suelto, pues no hay billetes inferiores a veinte escudos próximamente de nuestra moneda. Así es que ha habido que tomar un plazo.

(1) Después obispo de Belley.

Nos hemos provisto primero de letras de cambio sobre Nápoles, cuyo importe vamos a hacer efectivo en seguida; este suceso anticipará nuestro viaje. Estos cequíes nos servirán aquí de moneda suelta, y la mayor parte lo guardaremos preciosamente en el fondo de la maleta hasta nuestra marcha. Para los gastos de la estancia aquí hemos tomado papel. Cuando se tiene estos billetes, parecerá que no se trata mas que de ir, como se dice, a cobrar su importe al Banco; pero no hay que fiarse: os cambiarán vuestros billetes por otros de menos valor y únicamente os darán un *poco di denaro* para completar la suma. El secreto para sacar dinero de los Bancos es presentarles sólo billetes de veinte escudos, suma redonda; pero ellos, para que no los cojan desprevenidos, los muy ladinos, no fabrican apenas billetes de esta suma, y casi todos los billetes pequeños son de un valor algo mayor. Fuera de esto, la confianza y la seguridad en este Banco han sido absolutas hasta el presente. De aquí es de donde Law ha tomado la idea de este sistema, que tanto daño nos ha hecho en Francia y que, en verdad, no era malo en sí mismo si se hubiera mantenido en ciertos límites, puesto que al mismo tiempo que multiplicaba el dinero universal facilitaba el transporte y el comercio; pero era necesario que no se tratase de un príncipe demasiado fácil y de una nación fogosa que lleva todo al extremo.

Law ha muerto en Venecia, no dejando por toda fortuna, a su muerte, de tantos millones como ha

manejado, mas que unos 80.000 escudos, casi todo en muebles y en cuadros, a que era muy aficionado. Esto lo sé por boca de su ejecutor testamentario. Vivía de la pensión de ministro de Estado. Era un genio atrevido, que no se ocupaba para nada de amontonar riquezas y que sólo atendía a llevar a cabo ideas con frecuencia demasiado vastas.

Los italianos son mucho más moderados y las cosas subsisten mucho tiempo, tratándose de ellos, en el mismo pie que han sido empezadas. Sin embargo, han venido aquí a parar, a la larga, en uno de los inconvenientes que nos han hecho tanto daño: el fabricar una cantidad de billetes cuya suma excede en mucho a la del dinero acuñado que hay en el Estado, lo cual reduce a la necesidad de hacer grandes empréstitos para afrontar la diferencia cuando llega la ocasión, y ha cargado al Estado con deudas inmensas, que, multiplicándose continuamente, como es inevitable, podrán acabar al fin y al cabo por echarlo todo a rodar. El dinero efectivo es hoy tan raro en Roma, que apenas se ve en circulación. Hasta dicen que en el reinado del Papa actual han tomado, para aumentarlo, el partido más detestable de todos, que es rebajar el título; he aquí el medio de acabar de quitarle todo valor con respecto al extranjero. Las quejas son grandes aquí sobre este lamentable estado de la Hacienda, y porque bajo el pontificado actual la moneda es más rara que nunca lo ha sido. Se figuran las gentes que los Corsini, viendo acercarse

la muerte de su tío, transportan lo poco que queda a Florencia, su patria; y se tiene la intención bien resuelta de elegir en el próximo conclave un Papa romano, o cuando menos nacido en los Estados pontificios, para que el dinero que tomen sus parientes se quede al menos en el país papal. Hagan lo que quieran, no hay que creer, sin embargo, que conseguirán jamás remediar gran cosa esta enfermedad de las finanzas, ni tampoco los otros desórdenes del gobierno, a causa de las variaciones continuas de sus viejos soberanos, que, siendo elegidos ya de una edad demasiado avanzada para desarrollar vastos proyectos, no se cuidan mas que de pasar lo menos mal posible el tiempo de su pontificado y de establecer, mientras dura el crédito, la fortuna de su familia (lo que llaman aquí el *nepotismo*), dejando después a los que les suceden el trabajo de salir del atasco e ir proveyendo a las cosas como se les ocurra. He oído asegurar estos días, a gentes que deben saberlo, que la Sede Apostólica debía actualmente cerca de 380 millones de nuestra moneda. Ya no se trata de pagar nunca la totalidad de estos capitales; sería una empresa casi imposible. Se contentan con ir pagando los intereses, que creo eran, en tiempos de la institución, el 6 por 100 y no son hoy mas que el 3. El pago de estos intereses está presupuestado sobre las rentas que provienen de diferentes provincias de los Estados de la Iglesia. No hay noticia de que se haya aun faltado a este compromiso; así es que estas deudas son consideradas como excelentes y como el mejor

efecto que pueda tenerse en Roma, donde las tierras producen muy poco.

Pero el gran mal está en que los grandes acreedores del Papa no son sus súbditos, sino genoveses y florentinos, lo cual hace salir todo el dinero eclesiástico fuera del Estado, o, mejor dicho, no entra ninguno, y el que tenía que venir hace siempre tal rodeo, por la chalanería de los pagadores, que va a parar a las manos de los genoveses o de los florentinos. El Papa no tiene minas ni naves, ni comercio por tierra o por mar, y muy pocas manufacturas. Toda su renta procede de los impuestos que saca como príncipe temporal de sus súbditos, que en este respecto están muy poco recargados, y de la distribución que sabe hacer en toda Europa de sus pergaminos. Esta distribución es lucrativa, pero no tanto como las gentes se lo figuran. Sé por el cardenal de Tencín que lo que saca de Francia no asciende a más de 500.000 a 600.000 francos por año ordinario; pero todas estas sumas extranjeras no son pagadas mas que en documentos sobre los banqueros de los países que tienen dinero, los cuales se entienden con los acreedores del Estado Pontificio para pagarles el dinero a ellos mismos, y por eso nunca tiene el dinero el honor de ver Roma. Así es que esto no trae dinero a esta ciudad, donde no hay, por otra parte, nada que lo produzca.

El Monte de Piedad y el Banco del Espíritu Santo son los dos sitios donde se hacen los pagos. El primero, sobre todo, tiene un hermoso establecimiento, muy bien inventado y muy provechoso,

tanto para el soberano como para sus súbditos, a los cuales ahorra muchas malas transacciones. Todos los que tienen necesidad de dinero, ricos o pobres, van allí a solicitar un préstamo por un año con la garantía de efectos que depositan, ropas, vajilla de plata, alhajas, etc., de los cuales les dan una papeleta; hacen valorar muy legalmente por peritos el valor del efecto, y el Monte de Piedad presta sobre esas garantías por un año y con un interés del 2 por 100, casi hasta cubrir el valor del efecto; creo que es hasta las cuatro quintas partes. Si la suma es superior a treinta escudos romanos, que hacen más de cincuenta nuestros, no cobran interés durante el primer año. Al no retirar el efecto al cabo del año, se espera un año más, después de lo cual lo venden. El Monte de Piedad cobra lo que le es debido, interés y capital, y si hay sobrante, se guarda en depósito para devolverlo al propietario cuando vaya a retirarlo. Hay allí grandes almacenes, donde todas las cosas están colocadas y dispuestas en orden. Las gentes más ricas de Roma y las más ordenadas, para ahorrarse el cuidado y el riesgo de guardar mucho dinero en sus casas, llevan sus rentas, a medida que las cobran, a uno de estos dos Bancos públicos, y giran contra ellos según los pagos que tengan que hacer. No se niegan tampoco a pagar mayor suma de la depositada cuando ha lugar a hacerlo; pero al hacer el descuento cobran el interés correspondiente.

Estos dos Bancos han perdido mucho de sus antiguas riquezas: no se encuentra ya, ni con mucho,

la misma cantidad de *efectivo*, es decir, de moneda acuñada. He oído decir que hace unos doce años los fondos ordinarios eran todavía generalmente un millón de escudos romanos, y que hoy oscila alrededor de unos ciento treinta mil. Todo, como ya digo, se paga y se entrega en papel o *carta*. Sin embargo, su crédito es tan grande, que si el Papa quisiera crear otro nuevo, asignando el pago de los intereses sobre cualquiera de las partes libres de los Estados de la Iglesia, no es dudoso que reuniera en muy poco tiempo bastantes fondos para hacer el primer establecimiento. Los que quisieran vender las acciones que poseen de éstos ganarían hoy el 128 por 100 y siempre irá en aumento. Es bastante singular ver que a medida que la renta disminuye el capital aumenta. No dudo que haya que atribuir la causa al mal estado de los fondos de tierra, cuyo empobrecimiento ha puesto en la necesidad de proveerse de estos efectos a falta de otros mejores. El Papa Benedicto XIII quiso poner el interés de las acciones al 2 por 100; este rumor, no obstante, no les hizo bajar mas que a 118.

El Papa actual, para aumentar sus fondos, ha establecido en sus Estados una especie de lotería, que se sortea todos los meses, o más bien una ruleta muy complicada, semejante al juego de Génova, de que ya os hice mención cuando estaba allí. Creo que me sería difícil daros en pocas palabras una idea clara de este juego singular. Consiste en la extracción de cinco nombres propios fuera de una rueda que contiene noventa. Si el punto juega sim-

ple, puede hacerlo de dos maneras: primero, apostar por un nombre; si este nombre sale entre los cinco, gana poco más de trece veces su puesta; segundo, apostando que el nombre que ha escogido saldrá en determinado orden, por ejemplo, el cuarto, en cuyo caso gana aproximadamente setenta veces su puesta. Si el punto juega doble, puede hacerlo igualmente de dos maneras: primero, apostando que dos nombres escogidos saldrán en el sorteo, en cuyo caso gana poco menos de doscientas setenta veces su puesta; segundo, apostando que de todos los nombres que quiera escoger saldrán dos entre los cinco; entonces gana también la misma proporción de doscientas setenta veces la puesta. Pero es preciso de esta manera que pague tantas veces la puesta como el número de los nombres que ha escogido puede combinarse por dos; en diez combinaciones paga diez puestas. Se juega del mismo modo triple de dos maneras, y se gana algo más de tres mil cuatrocientas treinta veces la puesta; sea, primero, apostando que tres nombres escogidos saldrán cumulativamente entre los cinco del sorteo; sea, segundo, escogiendo tantos nombres como se quiera, apostando por tres de estos nombres entre los cinco; pero en este caso se paga tantas veces la puesta como la cantidad de nombres escogidos puede combinarse por tres. En fin, se juega por triple, doble, y es la manera más empleada; así se escogen tantos nombres como se quiera; si salen dos, se gana el premio del juego doble, y si salen tres, se gana el premio del juego

triple, y jugando de esta manera se paga la puesta tantas veces como el número de nombres escogidos puede combinarse de dos y tres maneras.

He aquí en substancia, tal como me lo acaban de explicar, o más bien tal como he podido comprenderlo después de una grande contracción de espíritu, lo que es este juego extraordinario, en el cual se pierde tanto dinero en Italia; pero es fácil ver que es muy desventajoso para los puntos, más todavía, según me parece, que nuestra lotería, faraón y biribí; sin embargo, la esperanza de la gran ganancia atrae, como en los nuestros, a muchas gentes de todas las provincias. No os he señalado mas que los pagos en números redondos, por no acordarme de cifra exacta. El fondo del juego romano asciende, según me han dicho, a más de cien mil escudos por mes. Sobre esto hay una gran ganancia segura para el Papa, la cual ingresa en sus arcas en dinero contante y sonante. Si se colocara en los Bancos públicos podría remediar la falta de dinero efectivo; pero lejos de eso, la Cámara Apostólica lo hace por sí misma pasar a los países extranjeros, como Toscana, Génova o Nápoles, a fin de ganar la prima ofrecida por aquellos a quienes este dinero es entregado, a cambio de billetes sobre Roma.

No quiero dejar esto de la Banca y de los banqueros sin participaros la buena suerte que he tenido en casa del *signor conte Giraud*. Después de grandes excusas porque no nos convidaba a comer, por no ser costumbre, me rogó que le permitiera hacerme presente de unas cuantas botellas de vino

de Francia para desquitarme de la insipidez y del poco *bouquet* de los de este país. Habiéndole dado el permiso de muy buena gana, encontré a mi vuelta a nuestro palacio seis docenas de botellas de vino de Champaña, mitad tinto, mitad blanco. A fe mía, el regalo era muy de apreciar; amaré locamente a este banquero con tal que su vino no resulte con algún dejo y que no vaya a encontrarle descontado en las letras de cambio. Las gentes que dan mucho tienen derecho a tomar en relación. Mientras tanto, he aquí una pequeña provisión para el menaje, que no viene mal, porque hemos reclutado dos viajeros muy sedientos. Esto os anuncia que nuestros compatriotas acaban de llegar esta semana. El martes, al despertarme, uno de mis criados me anunció que acababa de ver en la plaza a uno de los de Legouz. Me levanté de prisa y corrí a abrazarlos a la posada del Monte de Oro, donde habían desembarcado la víspera muy tarde. Migieu se había lanzado ya a la calle; Legouz estaba todavía en la cama. Hemos principiado, hasta perder la respiración, cien discursos interrumpidos. Veo que hay a veces pequeños disgustillos en la sociedad de los recién venidos; esto es muy natural. Un viaje es como un matrimonio: se ven día y noche; se vive en común; se contiene uno tan poco, que resulta con frecuencia cierto malestar y a veces mal humor. No estamos nosotros cuatro exentos por completo de ello; pero hemos convenido tácitamente gritar como diablos durante un segundo mortal, después de lo cual, pelillos a la mar; al minuto

siguiente ya no nos acordamos. Hay aquí otros dos gentileshombres franceses que confiesan de buena fe que de ordinario se dan de pescozones todas las mañanas, y así y todo convienen que vale más eso que no estar solo en país extranjero, y tienen razón.

He traído a los dos recién llegados a nuestro palacio, donde, cediendo Lacurne y yo una de nuestras habitaciones, hemos encontrado medio de albergar a Legouz. En cuanto a Migieu, *surgat junior*, ha tomado alojamiento en la vecindad y hacemos menaje en común. Henos aquí, pues, hoy, los seis en nuestra casita, con un numeroso cortejo de criados y con tantos coches de posta que no sabemos donde meterlos, sin contar tres venerables carrozas antiguas, a las cuales sirve de cochera la plaza de España. Después del Príncipe di Blaisy (1), vuestra patria no había hecho en Roma ostentación de tan gran esplendor; confío, sin embargo, que no vamos a despilfarrar, como él, cincuenta mil escudos por barba durante nuestra estancia.

A propósito, señores gente de Iglesia, ¿en qué pensáis para querer interrumpir la libertad pública por una licencia todavía mayor? Habíamos tomado la costumbre de llevar por las noches, como en Francia, grandes antorchas detrás de nuestras carrozas. Nos han notificado que esto no estaba en los usos, y que a los ciudadanos romanos no les agradaba esta iluminación nocturna, que, alum-

(1) Monsieur Joly de Blaisy, presidente en el Parlamento de Dijón, había desplegado en Roma un tan gran fasto, que le calificaron de Príncipe.

brando a veces a los transeuntes más de lo que quisieran, podría procurarnos algún disgusto.

Se me ha ocurrido que la advertencia procedía de algún prelado vergonzante, quiero decir de algún prelado que gusta de ejercer en secreto la caridad hacia el prójimo. Es, sin embargo, duro ir a tientas en invierno en una ciudad donde no hay faroles. Hemos tenido que contentarnos con llevar uno atado en el pescante. Todas las carrozas, mal engrasadas, ruedan así por la noche lanzando quejidos, semejantes a pobres almas del purgatorio en en este lúgubre tren; y aun así, a veces, nos gritan: *Volti la lanterna*; es decir, *no vengáis a perturbarme en mis operaciones*; y cada cual obedece la orden. Ved si hay nada más agradable que esta libertad ciudadana de que se disfruta aquí bajo la protección del Santo Padre.

Adiós, mi bello abate; mil afectuosos cumplimientos a vuestra cuñada y a todos los vuestros. Mi carta no será de fecha reciente; he encontrado esta primera página, que había comenzado a escribir poco después de mi llegada, y he continuado sobre el mismo capítulo. La comunicaréis a Neuilly.

XXXIX.—A M. DE QUINTIN

Continuación de mi estancia en Roma.

Mi querido Quintín: Comienzo con usted mis Memorias por el sitio más cerca de mi casa; las segui-

ré como pueda, vagando a un lado y a otro, a la manera del pequeño *Potot* (1), y puesto que queréis tenerlas, las tendréis en el orden que las he ido escribiendo a medida que tenía razón para hacerlo.

Ya sabéis que estoy alojado al pie de la escalera de mármol de la Trinidad del Monte, frente a la fuente de la Barcaza. Esta fuente representa un pequeño lago, sobre el cual hay una barca, y en medio de esta barca se eleva un surtidor de agua que constituye el mástil. La idea sería bastante bonita; pero la ejecución y el efecto nos parecen medianos.

La montaña vecina, encima de la cual está el convento de los Mínimos franceses de la Trinidad, está enteramente revestida de mármol blanco, formando el conjunto la más grande y más ancha escalera de Europa sin duda alguna, interrumpida por ocho terrados, descansos o salientes pavimentados y revestidos de mármol, decorados de cintras, de arquitecturas, de balaustradas y de largas inscripciones. Los escalones han sido substituídos por cintras salientes o entrantes o por dobles tramos. Esta obra prodigiosa no ha sido ejecutada con esmero, y ya está estropeada, aunque es nueva. Como la iglesia es de los franceses y la montaña se considera como una dependencia de la iglesia, Francia ha contribuído mucho a los gastos de este nuevo establecimiento, cuya ejecución ha procurado el cardenal Polignac; así es que han tenido buen cuidado de poner bellas inscripciones refe-

(1) Nombre familiar que daban a M. de Montot.

rente a él. Nuestro cardenal de hoy, entonces abate de Tencín, había deseado mucho tener su parte en estos elogios lapidarios. Pretende que estaba entonces en Roma y que nadie ha contribuído más que él a hacer este monumento; pero el Polignac siempre ha dicho: *Nescio vos*; y no hay ni una palabra del Tencín. No dudo que ésta sea una de las primeras causas de la mala inteligencia que reina entre estos dos príncipes de la Iglesia. Considerad cuánto ha debido aumentar por la Memoria que el cardenal de Polignac ha enviado a M. De Chauvelin y por el retraso que han puesto, de común acuerdo, a la promoción del Tencín al cardenalato. Lo que os aseguro es que las dos eminencias se detestan muy cordialmente y que el Tencín no tiene gran interés en que se ignore, según he sacado de las varias conversaciones que hemos tenido. Mucho me equivoco si el odio no es una de las pasiones dominantes de este eminentísimo prelado y la que entre todas le cuesta más trabajo disimular. Por lo demás, la Memoria de Polignac es muy querida de los romanos. Veo que cada cual se apresura a preguntarnos noticias suyas y a hacer su elogio, así como a mostrar la alegría que tendrán en volverle a ver si vuelve aquí para el próximo conclave. No es quizá un gran político; pero es un hombre inteligente y de mérito, lleno de nobleza y de afabilidad en sus maneras.

Las armas de Francia están sobre el pórtico de la iglesia de la Trinidad, y además, mientras la esfera del reloj de una de las torres marca la hora

italiana de una puesta de Sol a otra, la esfera de la otra torre marca la francesa por el paso del Sol por el meridiano en el mismo reloj de Roma que está dispuesto de esta manera. ¿Cómo pueden los italianos persistir en su método defectuoso, que hace cada día y cada hora del día desiguales? No es cómodo mas que para los viajeros, a los cuales procura la pequeña ventaja de saber siempre cuántas horas de Sol les queda para continuar el camino. Por lo demás, pronto se acostumbra uno a este método como al otro, y nosotros llevamos desde hace ocho meses nuestros relojes según la costumbre del país. En esta iglesia es donde está el famoso cuadro del *Descendimiento de la Cruz*, por Daniel de Volterre, tan estimado por el Poussino, que lo consideraba uno de los cuatro primeros cuadros de Roma. Por mucho mérito que tenga este cuadro, por mucho respeto que merezca el parecer del Poussino, me costaría trabajo colocar en este rango la obra en cuestión. El convento está situado en buen sitio y con hermosas vistas; tiene su jardín, una hermosa nave de biblioteca y muy afa- bles frailes, que saben algo más que su oficio. He encontrado un P. Jacquier, muy hábil geómetra, que trabaja con un compañero suyo (1) en un comentario en cuatro tomos en 4.º sobre los principios de la Filosofía de Newton. Los primeros tomos se imprimen actualmente en Ginebra. He oído hacer muchos elogios de esta obra. Ya sabéis lo que decía

(1) El P. Leseur.

Malebranche: que Newton había subido a lo más alto de la torre y después había quitado la escala. El P. Jacquier (1) fabrica una nueva escala para poder alcanzarlo. Le reproché, riendo, su ingratitud por haber preferido el método newtoniano al de Wolff, que tanto ha merecido de la orden de los Mínimos por su tratado *De Minimis et Maximis*; reproche mal intencionado!

Cerca de la Trinidad, no dejéis de ver la villa Médicis: encontraréis una casa revestida de bajo-relieves antiguos; un lindo parterre; un obelisco, en otros tiempos situado en el circo de Flora; algunas fuentes agradables, sobre todo la que tiene un excelente león; una montaña artificial en pirámide, recubierta por árboles dispuestos regularmente con un pequeño castillo en la cima; columnas y mármoles en las habitaciones, y diversas estatuas antiguas dentro y fuera de la casa. Sin duda que no olvidaréis la *Niobe y sus hijos*, historia completa por Fidias o por Praxiteles. (¡Dios me confunda si me acuerdo de cuál de los dos!) Es una obra muy célebre; pero las hay antiguas más bellas que éstas. Os consolaréis de no encontrar ya aquí la *Venus* de Médicis, puesto que ya la habéis visto en Florencia, adonde la transportaron hace ya algunos años y la rompieron dentro del carro. ¡Oh los condenados torpes! Felizmente, la recompusieron tan bien, que no se nota absolutamente nada.

Tenéis aún en los alrededores de nuestra plaza

(1) El P. Jacquier murió en Roma el 29 de agosto de 1788, a la edad de setenta y ocho años.

el vasto palacio de España, habitado por nuestro amigo el cardenal Aquaviva, del cual tendré frecuente ocasión de hablaros.

La iglesia de San Andrés *delle Frate*, con su cúpula irregular, semibóveda y semicampanario, por el Borromini, que no puede prescindir de las invenciones de un gusto estrambótico. El colegio de la *Propaganda Fide*, donde engordan a misioneros para dar de comer a los caníbales. Es, a fe mía, un excelente guiso para ellos dos padres franciscanos en salsa roja. El capuchino cebado lo comen tan bien como al zorro en gelatina. Hay en la Propaganda una biblioteca y una imprenta provista de toda clase de tipos de las lenguas orientales; educan allí a niños chinos, que sirven de cimbel para coger otros. Voy algunas veces a ver al prelado Monti, boloñés, hermano de nuestro difunto jefe de cocina, y con frecuencia al P. Fouquet, nuestro compatriota, con el cual tengo conversaciones sobre la China que no acaban nunca. Monti es bibliotecario en jefe de la Propaganda; pronto será cardenal. Es un hombre de mérito y sabio en la literatura oriental. Le explicaba el otro día la idea que yo tenía de que se podría acaso encontrar en los manuscritos árabes algunas traducciones de nuestros antiguos historiadores perdidos. Me ha quitado toda esperanza a este respecto, diciéndome que los árabes nunca han metido las narices en ningún libro griego o latino mas que cuando era relativo a los estudios que les gustan, tales como la astrología, la medicina o la filosofía de Aristóteles; que así

es como hemos recobrado las traducciones árabes de la *Almageste* de Ptolomeo y algunas otras de este género; pero en cuanto a la historia de las naciones extranjeras, nunca se han ocupado de ello, y tienen muy poca curiosidad por instruirse en la de nuestra Europa en los libros que de ella tratan, contentándose con aprender la de su país en sus propios libros, llenos de fábulas.

El palacio Borghese, de la arquitectura de Longhi, es seguramente uno de los más bellos edificios de Roma. Está situado en una pequeña plaza cuadrada, donde da la principal fachada; pero la fachada más larga y más bella es la de al lado. El edificio es una especie de pentágono irregular, casi de la forma de un clavo. El primer patio es cuadrado, formado por cuatro cuerpos de casa de varios pisos, alrededor de los cuales, por dentro, reinan dos pórticos, columnatas o palcos, como queráis llamarlos, el primero de orden dórico y el segundo de orden jónico, con un ático que llega hasta el techo. El segundo pórtico está formado por una balaustrada entre las columnas y forma una tribuna o corredor que da la vuelta y conduce a las habitaciones. Las ventanas de los cuartos dan sobre el corredor. Las habitaciones tienen así menos luz; pero están, en cambio, al abrigo del sol. Esta manera de edificar con dos o tres columnatas, unas sobre otras, es absolutamente magnífica, y así es como están construídos aquí la mayor parte de los grandes palacios. Las habitaciones de abajo las componen una serie de salas y galerías llenas de cua-

dros. Han hecho que parezca la hilera mucho más larga de lo que es por un artificio muy agradable. La pieza del extremo da sobre el Tíber y está abierta por una puerta ventana; en el suelo, frente por frente, al otro lado del Tíber, han practicado una serie de surtidores de agua que vistos desde el otro extremo de las habitaciones forman un bonito golpe de vista; la perspectiva se termina por un pequeño edificio decorado; toda esta distancia parece pertenecer a la casa. En las salas, los tiradores de las puertas y las mesas son de alabastro, lo mismo que ciertas fuentes con surtidores naturales que caen en estanques de mármol. La parte media de las habitaciones la alegra un jardincito de flores con muchos surtidores de agua. No os hablo de las chimeneas, que en este país no son mas que aberturas cuadradas revestidas de mármol; no les gusta la manera como las hacemos en Francia. Lo que hay más digno de consideración en el palacio Borghese es la inmensa cantidad de cuadros. Sobre esto os remito, como de ordinario, a la Memoria general, donde he mencionado alguno de los principales. Por lo demás, todas estas habitaciones tan vastas, tan grandiosas, no se emplean mas que para la exhibición; no están en condiciones habitables para los dueños de la casa, pues no hay ni gabinetes, ni comodidades, ni muebles de servicio, y aun de todo esto apenas si hay en las habitaciones de arriba, que son las habitadas. Pedid a estas gentes cuanto queráis de magnificencia y grandeza; pero no esperéis nada agradable ni de buen gusto en cuanto

a las cosas usuales. Los muebles y las disposiciones que se han puesto una vez en una casa subsisten para siempre, al *dispetto* de todas las variedades de modas parisienses; tampoco se preocupan de hermosas tapicerías. Todo el adorno de las piezas consiste en cuadros, que cubren las cuatro paredes de arriba abajo con tanta profusión y tan poco intervalo, que en verdad el ojo se cansa con tanta frecuencia como se distrae. Añadid a esto que no hacen casi ningún gasto en marcos, que son casi todos viejos, negros y mezquinos, y que para colocar tan enorme cantidad no hay más remedio que mezclar gran número de cosas mediocres entre las buenas. Me acuerdo de una galería del palacio Justiniano, que han puesto empeño en llenar únicamente de *Virgenes* de Rafael. Hay, en efecto, centenares; pero por cada buen original, treinta copias malas.

Habéis visto los Borghese en la villa; ¿queréis venir a verlos en el campo, fuera de Roma, cerca de la puerta del Popolo, donde no los encontraréis menos magníficos? Su casa de campo y la de los Pánfilos son, a mi parecer, las más bellas de Roma, sea por la extensión, sea por el agrado de los jardines, sea por el número prodigioso de cosas raras que contienen. La villa Borghese está atiborrada de estatuas antiguas y modernas dentro y fuera. El jardín tiene largas avenidas, parterres, bosquecillos, parques, pajareras. La casa tiene incrustaciones y bajorrelieves, columnas de pórfido, mesas y vasijas de mármoles preciosos, diversos cuadros y una galería llena, así como el resto de los salo-

nes, de incomparables estatuas. Allí veréis el *Gladiador combatiente*, el corifeo de las estatuas antiguas. Juzgad lo que es, porque, en fin, cualquiera que sea la belleza que se reconozca en nuestras estatuas modernas que se ven en Roma, en Versalles, en Florencia, etc., no podrá negarse que están lejos, muy lejos, de igualar la perfección de las mejores antiguas, sobre todo de las de estilo griego. La del *Gladiador* pasa por ser la más perfecta de todas a los ojos de ciertos maestros del arte; para mi gusto sería el *Laoconte*; pero hay que creer a los peritos. Hasta aseguran que este admirable *Gladiador* no está exento de todo defecto en las proporciones de sus diversas partes. Los Borghese lo encontraron en las ruinas de Antium, en vida de su tío el Papa Pablo V.

Veréis también el *Hermafrodita*, otra antigüedad de primera clase, encontrada en los jardines de Salustio. La parte alta del cuerpo es de mujer y la baja de hombre adolescente. La figura está recostada en tal actitud, que no se percibe mas que un sexo a la vez. Duerme sobre un colchón de mármol blanco hecho por el Bernini. Es una de sus obras más asombrosas; al verle y aun al pasar la mano por encima no parece mármol: es un verdadero colchón de piel blanca y de satén que ha perdido su brillo. El Bernini hace admirablemente las obras que requieren blandura y delicadeza; pero su gusto amanerado está muy lejos de la altivez del gran gusto y de la sencillez de lo antiguo, como es fácil juzgar en este mismo lugar por la compara-

ción de algunas de sus más famosas obras con las antiguas colocadas allí cerca. Otra, el *Fauno llevando en sus brazos al pequeño Baco*; otra, *Belisario mendigando*; otra, *Séneca expirando en el baño*, estatua de basalto tirando a pedernal. Está de pie, los pies metidos en una jofaina, las piernas temblando, todo el cuerpo inclinado, viejo, expirante, horrible; tal, en fin, como lo veis en el feo y desagradable cuadro de Tilliot (1). ¡Oh el repugnante filósofo! Es el caso de decir, como Chappelle, que el escultor lo ha hecho tan bien,

Triste, arrugado, negro, espantoso,
Que se parece, en verdad, menos
Al buen Séneca que al gran diablo.

Sobre lo demás de los antiguos os remito a las noticias generales. Entre los modernos, las obras más distinguidas son dos célebres del caballero Bernini: *David tirando la honda contra Goliat*. La estatua es ligera y su expresión tiene mucha fuerza; pero hace una mueca con la boca y frunce las cejas de una manera que revela la afectación y que no es nada noble ni satisfactoria para la vista. Me gusta mucho más el grupo de *Apolo yendo a los alcances de Daphné, que se transforma en laurel*. La figura de Daphné, alta y esbelta, no parece sostenida mas que por los dedos de los pies, ya rígidos y formados en raíces. La actitud de Apolo no es menos buena. Los contornos de los cuerpos, la belleza de las actitudes de las cabezas, y sobre todo

(1) Monsieur Lucotte du Tilliot, gran aficionado de antigüedades; vivía en Dijón, donde murió en 1750.

la expresión, son también maravillosos: en la una, el temor; en la otra, la sorpresa. Esta obra, una de las mejores de Bernini, es de primera clase entre las modernas. A pesar de esto, me ratifico en lo que he dicho más arriba de este artista.

La columna vulgarmente denominada Antonina ha dado el nombre a una plazoleta cuadrada bastante bonita, desde la cual se divisa todo este gran pilar, puesto que más bien es esto que una columna. Está mucho mejor situada que la columna de Trajano, y está completamente descubierta con toda su base; sin embargo, la columna de Trajano parece mucho más alta. Todos lo estimamos así y creímos volvernos locos y haber visto visiones cuando nos aseguraron unánimemente como cosa cierta que, medidas una y mil veces, la Antonina era mucho más alta. Decidme cómo es esto posible. No es porque se mira de más cerca la de Trajano, que está situada en una plaza más estrecha, porque estos objetos se divisan desde muy lejos por encima de todos los edificios. Por mucho que se sepa que una es más baja que la otra, es siempre aquélla la que se aprecia como más alta, de lejos como de cerca. Dista mucho aquélla de valer tanto como la de Trajano; los bajorrelieves tienen menos bulto y no se ven tan bien. Además, está toda ennegrecida y estropeada por un lado. Pretenden que fueron los godos quienes, por odio de que las victorias obtenidas a su costa formaban el asunto de estas esculturas, las han desfigurado así por el fuego, no habiendo conseguido

derribar el monumento entero. Es cosa imposible comprender que los bárbaros se hayan entretenido en hacer andamios prodigiosos para quemar estas piedras al aire libre por un lado solo, en lugar de romper los bajorrelieves a martillazos todo alrededor. Parece, sin embargo, que el mármol ha sido como quemado y calcinado a fuerza de fuego. Las victorias que han representado son las de Marco Aurelio y no las de Antonino Pío. No sé, pues, por qué la llaman Antonina (1). No he subido a lo alto de ella, como lo hice en la de Trajano; me dijeron que la escalera de dentro estaba ruinosa y poco practicable. Este monstruoso pilar no tiene mas que veintiocho pedazos de mármol de Paros. Dejo hablaros más por extenso de estas asombrosas fábricas para el artículo de la columna de Trajano, que he visto mejor y que sólo tiene diez y siete piedras el capitel, la base y la caña. ¡Oh romanos! Eráis unos grandes hombres de una gran valentía y las empresas prodigiosas no os asombraban.

Hay en la misma plaza Colonna una fuente con pila bastante bonita. El palacio Chigi forma uno de los lados de la plaza. Es una vasta y bella casa, rica en estatuas y cuadros, en muebles, en libros, en manuscritos. He puesto aparte uno de los mejores, siempre con el objeto que sabéis. Los cuadros proceden, me parece, en parte, de la reina de Suecia, además de los que compró el difunto regente. Entre

(1) Este error subsistió hasta la época en que la verdadera columna de Antonino Pío fué descubierta en el jardín de los sacerdotes de la Misión.

las estatuas, distingo una *Tulia*, hija de Cicerón... El grupo de *Apolo cogiendo a Marsyas*; Apolo blande el cuchillo y tiene un aspecto que no promete peras en dulce; Marsyas tiene un miedo de todos los diablos... El famoso busto de *Calígula*, de pódrido, colocado sobre una columna de ágata oriental... Un *Gladiador moribundo*... y varias *Venus* en el estilo de la de Médicis, una de las cuales no es en verdad menos bella apenas, y merece ser llamada la Venus de Chigi. En general, casi todas las Venus están trabajadas en el gusto de estas dos. El otro día, en los intervalos del faraón, discurría acerca de esto en casa de la princesa Borghese con el caballero Marco Foscarini, embajador en Venecia, hombre de un espíritu y de un fuego sorprendentes. Atribuía yo esta semejanza, tan común en esta clase de obras, sencillamente al deseo de ajustarse al modelo de un célebre original. El lleva más lejos este mismo pensamiento; pretende, y con razón, que los antiguos, en relación a sus dioses, trataban de formarse una imagen fija de estos seres quiméricos, determinada bajo cierto parecido supuesto verdadero, tanto en los rasgos fisionómicos como en toda la actitud del cuerpo; así como nos figuramos en nuestros cuadros de devoción, por ejemplo, a Jesucristo con determinada forma de rostro y nos representamos constantemente a San Pedro con la cabeza calva, pelo corto, barba revuelta, corta y rizada, un vestido verde y amarillo, etc., de suerte que cuando un hábil escultor consiguió el primero hacer una bella estatua de Venus o de Júpiter, conforme

a la idea admitida, cada cual exclamó: «Ese es un Júpiter; tiene razón; son sin duda ellos mismos.» Desde entonces, el carácter permaneció fijado; los artistas que querían triunfar no tuvieron que representar de otro modo sus figuras sino según ese tipo convenido. En efecto, una Venus, un Júpiter, que nunca han existido, son tan fáciles de reconocer hoy entre los antiguos, por ese pretendido parecido, como un Augusto y un Marco Aurelio, cuyas medallas contemporáneas poseemos.

He aquí la verdadera columna de Antonino en la plaza vecina de Monte Citorio. La han desenterrado hará una treintena de años, y la levantarán cuando Dios quiera. Sería, sin embargo, ya hora, porque no hace mas que servir de estorbo en la calle, sin que se pueda verla, aunque está tumbada a lo largo, a causa de un encajonamiento en forma de cobertizo con que la han cubierto para preservarla de las injurias del tiempo y de los papanatas. He atisbado por un agujero y he visto bajorrelieves sobre una base bastante bella. No sé si los hay en la caña del pilar; calculan que alcanza seis o siete toesas de alto. He aquí la inscripción que me han dicho hay grabada sobre una de las dos caras de pedestal:

DIVO. ANTONINO. AVGVSTO. PIO. ANTONIVS.
AVGVSTVS. ET L. VERVS. AVGVSTVS. FILII (1)

(1) Esta columna, encontrada bajo tierra en 1705, era de granito rojo y de 47 pies de largo por 17 de circunferencia. Estropeada después de un incendio, ha sido empleada por fragmentos, bajo Pío VI, en diversas restauraciones. El pedestal ha sido transportado a los jardines del Vaticano.

El palacio público de Monte Citorio, de la arquitectura de Bernin y de Fontana, tiene una de las más hermosas fachadas y de las más extensas que haya aquí. Encuentro en la construcción un defecto que me disgusta y que, sin embargo, no puede haber sido puesto mas que a cosa hecha. Las dos partes de la cara que acompañan el antecuerpo de la casa habitación, en lugar de ser paralelas a dicho antecuerpo, son diagonales y se pierden oblicuamente bajo un ángulo saliente de unos cuantos grados: es una afectación cuyo efecto no vale nada a la vista. Este palacio es el Châtelet, o, si queréis, la sede de la Justicia en Roma. Allí están los Juzgados de primera instancia. Nada hay que ver en el interior mas que relatorías y salas de audiencia, salvo las habitaciones que ocupa M. Furietti, donde están los dos bellos centauros de pedernal y de mosaico antiguo de que ya os hablé en una carta precedente.

Detrás de este palacio está el teatro de Caprónica, del cual me guardaré de hacer elogios. Me ha costado muy buenos cuartos abonarme a un palco para todo el invierno. No he ido mas que una vez, a la primera representación de *Merope*, que se ha hecho esperar mucho después del día indicado, y aun así he tenido que pagar la entrada, porque los abonos no valen aquí para los estrenos. Estaba mal colocado: había una muchedumbre que ahogaba; las decoraciones no estaban ni colocadas ni terminadas; se veían las paredes por todas partes; los violines estaban desafinados; los acto-

res no se sabían su papel y estaban roncós; una Merope abominable; un Polifonte al que había que dar de palos. Al día siguiente, el gobernador de Roma metió en la cárcel al empresario, a los autores y a la obra. *In questo modo fu finita la commedia.* No he vuelto a ver ni la ópera ni mi dinero. Todo lo recaudado por los palcos ha resultado asignado por los empresarios a los obreros que habían trabajado. El gobernador ha estimado que valía más que la bancarrota recayese sobre los abcnados que sobre ellos; así es que hemos tenido que pagar a obreros que no habíamos empleado. ¡Bien juzgados a fe mía! ¡Un bailío suizo no habría sentenciado con más acierto! Gracias a Monticelli, sin embargo, me hago cargo de no haber perdido por completo mi dinero; el placer de oírle bien valía unos cuantos cequíes: era el único que sabía su papel; ha representado y cantado como un ángel; es una de las célebres voces de Italia, del género de las que llaman ellos *voces di testa*, de una extensión, de una finura y de una ligereza de garganta que no se pagan con nada.

Mientras voy rodando en vuestra compañía y en este barrio, tenemos que ocuparnos un poco de la edificación pública. Sería a propósito dar una vuelta por la iglesia; hay *función* hoy y gran gentío. Si queréis ver el entierro y el catafalco del cardenal Davia, espectáculo bastante hermoso, venid conmigo a San Lorenzo *in Lucina*, ya que es vuestra parroquia y no habéis aún puesto los pies en ella... Pero, ¡qué demonio!, no hace mas que un momento

que estoy y ya me han robado del bolsillo dos pañuelos y una tabaquera. ¡Ah! ¡Ah! Señor cura, si no hacéis observar mejor la policía en vuestra iglesia, no tendréis en mí un parroquiano bien asiduo; y por lo demás, aquí entre nosotros, no tenéis pinturas muy buenas, salvo un *Cristo* del Guido en el altar mayor; pero, en cambio, tenéis un gran pintor en el Poussin (1), cuyo epitafio he copiado:

*Parce piis lacrymis, vivit Pussinus in urna;
Vivere qui dederat, nescius ipse mori.
Hic tamen ipse silet; si vis audire loquentem,
Mirum est, in tabulis vivit et eloquitur.*

Este lugar ha cambiado de aspecto. Antes era un bosque profano (*lucus*), que servía de paseo y donde se cortejaba a las ramerías, como en el bosque de Bolonia; ahora es una iglesia donde roban pañuelos.

¿No sentís la pérdida de aquel cardenal Davia? Era muy considerado con su corporación y una de las mejores cabezas del Sacro Colegio, jansenista por dentro, según han pretendido. Por lo menos sabéis lo estrechamente ligado que estaba con Colbert, obispo de Montpellier; pero el jansenismo de este país no se parece apenas al del nuestro. Ya os explicaré esto otra vez. Davia, en el último conclave, ha concurrido por la tiara con Clemente XII.

(1) Monsieur de Chateaubriand, durante su embajada en Roma (1828-29), hizo levantar por artistas franceses una tumba a Nicolás Poussin, y el monumento ha sido colocado en la iglesia de San Lorenzo in Lucina en marzo de 1832.

He oído decir que sin el cardenal de Bissy hubiera sido elegido. El Papa, que continúa enfermo de muerte, acaba de decir, al saber su fallecimiento: «He aquí la segunda vez que nos encontramos en concurrencia él y yo; yo gané la primera vez, y ha sido designio de Dios llamarle a él antes que a mí en esta ocasión.»

Volvamos un momento a mi casa, os ruego, porque no puedo pasarme sin tabaco ni pañuelo; daréis un vistazo por el camino al palacio Simonetti, buena y antigua casa romana, a la que pertenecía nuestro amigo Bonifacio VIII. En aquel siglo, los hidalgos romanos no tenían gran ciencia mundana; a veces se dejaban ir hasta a ciertas libertades un poco brutales. ¿Qué pensáis, por ejemplo, de Sciarra Colonna, que dió una bofetada a aquel gran Pontífice con un guantelete de hierro? Así es que todos sus descendientes han sido excomulgados, lo cual no les impide ser los más grandes señores en Roma. El palacio Simonetti tiene una fachada muy extensa, pero rústica y que no es de muy buen gusto. Hay una vasta escalera, completamente *grandiosa*, y algunas estatuas antiguas, entre otras un Marcellus. Puedo haceros ver un poco más arriba, en la misma calle, en una casa particular, un bonito grupo antiguo, que está en venta si queréis comprarlo: representa a una mujer abrazada a un joven que la tiene asida por los cabellos. Falta-ban las dos cabezas; Adam, escultor francés, ha conjeturado, muy ingeniosamente, que era Caunus rechazando a su hermana Biblis que quería abra-

zarle. Ha hecho las cabezas partiendo de esta idea y ha restaurado perfectamente bien el grupo.

(La conjetura ha resultado cierta. Monsieur de Saint-Palaye, en su segundo viaje a Roma, ha visto el duplicado de este grupo antiguo no mutilado y desenterrado hacía poco; es, en efecto, Biblis y Caunus, con esta diferencia: que el hermano acariciaba a su hermana con mucho gusto, y que, en vez de tirarla del pelo por detrás para rechazarla, lo que hace es acariciarla.)

Volvamos de nuevo a la plaza del Panteón. Es fea y sucia; hay allí un mercado alrededor de una aguja de granito, en otro tiempo el obelisco de Serapis, y de una fuente que cae en una prodigiosa pila de pórfido. El terreno de esta plaza se ha levantado, a la larga, por encima del antiguo suelo de Roma; de suerte que el templo parece enterrado, lo cual le perjudica tanto más a primera vista cuanto que es ya de por sí una masa muy pesada: tendría infinitamente más apariencia si estuviera elevado sobre una explanada de diez a doce pies. El admirable pórtico, de diez y seis columnas enormes de granito, todo de una pieza, está mucho más alto que el templo mismo, que no es, a mis ojos, de una proporción agradable. Tiene demasiada poca elevación en relación con la anchura; uno de los diámetros no difiere apenas del otro; no es casi mas que una semiesfera cóncava, hasta tal punto que parece que esta prodigiosa cobertura va a caer sobre la cabeza. Su elevación debe, sin embargo, ser considerable, puesto que la abertura redonda

del medio de la bóveda, que únicamente, como sabéis, da luz al templo, y le da bastante, aunque no parezca grande, tiene más diámetro que las columnas del pórtico altura (1). Todo el vasto cintro interior de esta bóveda está dividido en pequeños cuadros o rosetones cuadrados, especie de gruesos mosaicos uniformes. Quizá si los cuadros tuviesen todavía los bellos ornamentos interiores que les han quitado, su efecto sería hacer, a la vista, más entrante la bóveda, en vez que en el estado que se encuentra hoy no es mas que un macizo solideo de piedras apenas talladas. Sea lo que quiera, la curva del cintro comienza seguramente demasiado cerca de la planta baja. Tanto el contorno interior del templo, dividido en ocho nichos o capillas y decorado con unas hileras de columnas corintias acanaladas, es admirablemente bello. Las columnas son de los más preciosos mármoles antiguos de color y repulidos desde hace poco hasta parecer nuevos; son muy altos y además coronados de un arquivado con inscripción. Con todo esto, lo repito, el templo está demasiado bajo, lo cual proviene de que han conservado el recinto demasiado vasto. El pavimento va en cuesta hasta la mitad, donde han practicado un pozo sin fondo, recubierto por una verja de bronce, para recibir las aguas de lluvia que caen por la abertura de la bóveda. Las antiguas puertas de bronce están toda-

(1) Error. Las columnas del pórtico tienen 38 pies 10 pulgadas de altura, sin incluir las bases ni los capiteles; mientras que el agujero de las cúpulas no tiene mas que 27 pies de diámetro.

vía. Mucho se ha gritado contra el Papa Urbano VIII porque hizo quitar las vigas de bronce del pórtico y los demás revestimientos del mismo metal: *Quod non fecere Barbari, fecere Barberini*. Pero ¿cómo guardarle rencor, cuando es sabido que con ellos mandó hacer el soberbio baldaquino de bronce del altar mayor de San Pedro, la más hermosa pieza del mundo en este género? Se veía también bajo el pórtico la tumba de Azzippa, de un pórfido de una sola pieza, colocada sobre cuatro pies, con su tapa del gusto más sencillo, más noble y más elegante que sea posible. Esta pieza no tiene tampoco igual. Nuestro Papa Corsini acaba de hacerlas transportar a San Juan de Letrán, para servirle de tumba en su capilla, que decoran a todo gasto.

Es un crimen haber convertido este famoso templo en iglesia. Había que dejarle panteón, tal como lo era, para colocar en los intersticios de las columnas, en el interior, y debajo del pórtico, fuera, las más bellas estatuas antiguas. Se habrían visto allí reunidos los restos mejor conservados de toda la antigüedad. Han colocado solamente los bustos de algunos artistas ilustres: mi querido Rafael y dos de sus discípulos, Juan de Udina y Pierino del Vaga; Lanfranc, Taddeo Zucaro, Aníbal Carrachio, Flaminio Vacca, el célebre Algarde, Arcángel Sorrelli, etc. El cardenal Ottoboni es quien acaba de hacer colocar la figura de este hábil músico. Encima del busto de Rafael está grabado el excelente dístico del cardenal Bembo: *Ille hic est Raphael,*

etcétera, y quizá conozcáis también la traducción siguiente:

*Questo è quel Rafael, cui vivo, vinta
Esser temè Natura, e morto, estinta.*

Os la cito como una perfecta traducción; carece, sin embargo, de la armonía que se siente en el original; pero también, ¡cuánto los versos prosódicos están por encima de nuestros versos bárbaros de las lenguas modernas!

La Aduana, en otros tiempos Curia Antoniana, es, por lo menos, tan admirable a mis ojos como el pórtico del Panteón, por su fachada antigua de altas columnas corintias acanaladas, coronadas por una excelente cornisa. ¡Qué vergüenza! ¡En vez de dejar estas exquisitas columnas esbeltas y aisladas; en lugar de restaurar los abultamientos borrados en las hendeduras, haber emparedado los intervalos con un infame embadurnamiento, que encaja lo vivo de las columnas de esta innoble construcción! Una mezcolanza tan odiosa es sencillamente irritante. ¡Cómo una acción tan baja ha podido ser cometida por una nación que no puede negarse tiene un gusto delicado y noble? Pero también es cierto que se podía esperar que este bello pórtico se librase de las profanaciones de la mano impura de esos aduaneros sacrílegos, que no han respetado ni mi libro ni la pieza de terciopelo de mi primo.

Han cometido la misma burrada en el pequeño templo de Vesta, a orillas del Tíber; era un lindísimo pequeño edificio esférico, abierto por todos

los lados, compuesto solamente de una cúpula de orden corintio de veinte columnas acanaladas de mármol blanco. Han levantado una pared de ladrillos en los intervalos para hacer una capilla cerrada con el título étnico-cristiano (1) de la *Madonna del Sole*, porque hay arqueólogos que creen que era un templo dedicado al Sol. No vale la pena que yo arme discusión con ellos sobre el asunto; yo, que he probado hasta la demostración (2) que Vesta no era otra cosa que el Sol o el padre del Fuego (*Aph-Esta* entre los orientales, *Ηλιος* entre los griegos) y que el culto practicado por las vestales era el de los dioses Cabires, es decir, el sabeísmo de los antiguos magos persas, adoradores del Fuego. Figuraos, si hubieran tenido la complacencia de conservarnos este pequeño templo tal como era, cuánto más agradable sería verlo hoy lleno de gracia, abierto, aislado, con su cúpula, su hilera de columnas, un sencillo altar en el medio, con una llama brillante, cinco o seis jóvenes vestales vestidas de blanco, coronadas de rosas, más bonitas que el Amor, acercándose al altar con ademanes respetuosos, sus ramitas de álces en la mano, a la manera de los buenos Guebres, diciéndole con una suave reverencia: *Πῦρ Δεσποτα, Εστε: Toma, señor Fuego, come*. A fe mía, bien debían dejarnos en Roma un poco de paganismo para nuestros recreos inofensivos; os juro que no habríamos abusado.

La fuente de Trevi, *dell'acqua Vergine*, cuyo ma-

(1) Pagano-cristiano.

(2) En el libro titulado *Del culto de los dioses fetiches*, etc.

nantial es excelente y muy abundante, no será ya, como lo ha sido hasta ahora, una fuente rústica de la que no se hacía caso. Se trabaja sin descanso en adornarla con una rica arquitectura; la obra está ya terminada en la tercera parte del total; será una de las más bellas fuentes de Roma. El plan de la obra es un revestimiento de diez pilastras de orden corintio de dos pisos de altura, levantado sobre un montículo tallado y coronado por su entablamento y un ático encima de la cornisa. Las partes posteriores del monumento tienen en cada piso, entre las pilastras, ventanas con balcones de piedra adornados con columnas y tímpanos. El cuerpo del medio, que ocupa cerca de una mitad del frente, forma saliente con cuatro columnas de una arquitectura análoga; llevarán un precioso coronamiento en ático, con entrepaños propios para poner inscripciones y terminado en la techumbre por una terraza con balaustrada y en medio dos estatuas sosteniendo el escudo de las armas del Papa. Cada una de las cuatro columnas lleva una estatua en su pedestal, que divide los tres entrepaños del ático. En el intervalo de las columnas hay tres hornacinas: las dos de los lados son cuadradas, con estatuas y bajorrelieves por encima; la del medio, en semicúpula, sostenida en cintro por otras cuatro columnas menos altas, con la figura colosal de un Neptuno en su carro de concha, arrastrado por caballos marinos conducidos por dos tritones, que hacen sonar los cuernos; se encabritan y se lanzan sobre un montón de rocas confusamente echadas

a lo largo de esta fachada. El agua, que sale a chorros por todas partes a través de las rocas, las cubre y va luego a caer en un solo estanque en forma de lago, que forma semicírculo en el frente de esta gran construcción; el diseño es de un tal Salvi. Yo hubiera preferido, sin embargo, el que he visto en relieve de esta gran obra en Santa Martina, hecho por nuestro Bouchardon; es un orden de columnas simple y extendido, de una nobleza singular.

La iglesia de San Vicente y de San Atanasio, cerca de la fuente, tiene un pórtico corintio coronado de un orden compuesto, acompañado de estatuas, bajorrelieves, tímpanos, frontones y de un elevadísimo coronamiento; todo ello demasiado recargado de ornamentación y más rico que noble. Ved también la iglesia de San Carlo en el *Corso*, de orden corintio. Bella nave, bello pórtico, bello pavimento, bellos estucos y bellos dorados.

No dejéis de entrar en la iglesia de la Concepción, que el cardenal Francisco Barberini, capuchino, hizo edificar para los religiosos de su orden en la plaza Barberini. Veréis allí varios cuadros, entre otros *San Miguel derribando al demonio*, célebre cuadro del Guido, de una belleza maravillosa en verdad, pero inferior en mucho al que Rafael pintó con el mismo asunto. Pretenden que, trabajando el Guido para los Barberini, había dado al diablo la figura de Inocente X (1), que había maltratado mucho a dicha familia, a la cual sucedió en el pon-

(1) Pánfilo.

tificado. Lo que es cierto es que en este cuadro el rostro de Satanás se parece, sin miedo a equivocarse, a los retratos de este Papa, que, aunque feo, no lo es bastante para un diablo. Así es que la figura carece de la expresión y de la fuerza requerida para la acción que representa. La figura de San Miguel es completamente angélica; pero angélica a la manera del Guido, con más dulzura que vigor. ¡Qué sublimidad, Dios mío, y qué belleza angélica tan encantadora y seductora la del San Miguel de Versalles! El Guido tenía mucho más talento en los asuntos de suavidad y gracia que en los de fuerza. Por lo demás, la pintura de este cuadro supera a la del de Rafael, de Versalles (1), que está muy estropeado.

Entre todas las casas de Roma, yo daría más bien la preferencia al palacio Barberini. Supera al Vaticano en regularidad; iguala a Monte Cavallo al Farnesio y al Altieri en extensión; no es inferior a éstos ni al Borghese, al Giustiniani, al Chigi, al Colonna, al Panfili, ni a ningún otro en muebles, ni en colecciones de pinturas y de esculturas antiguas y modernas; tiene por encima de todo esto una apariencia exterior más bella que ninguno de ellos. Lástima que el príncipe de Palestrina esté arruinado, porque lo descuida mucho y, según dicen, vende pieza a pieza lo que puede ir sacando sin que se note demasiado; pero si hace siempre tan buenos negocios como el que ha querido hacer conmigo, lejos de censurar su conducta, os garan-

(1) El *San Miguel* de Rafael se ve ahora en el Louvre.

tizo que será antes de poco el más rico señor de Europa. Figuraos que al entrar encontré en el suelo, en la primera sala, una copia de la célebre *Transfiguración* de Rafael, hecha por el Napolitano (1), del tamaño del original, muy ennegrecida en verdad y, por lo demás, exacta y bien hecha. Al principio se me antojó fantástica; tengo la manía de las adquisiciones de esta clase. No me cuido de los originales de los grandes maestros por ciertas razones que yo me sé; no hago ningún caso de los originales de los maestros de segundo y tercer orden; pero tengo una gran preferencia por las hermosas copias de los famosos cuadros a cuyo precio me es permitido alcanzar. Viendo, pues, ésta bastante descuidada en un rincón e informado por otra parte del humor del vendedor del patrono de la casa, pensé primero en apropiármela y dar por ella setecientos u ochocientos francos, lo cual era pagarla bastante bien. No quería dar la cara, sabiendo hasta qué punto estas gentes estrujan a los extranjeros en esta clase de compras cuando saben que pueden pagar. Envié a un pintor de la Academia de Francia, que pidió al intendente del príncipe de Palestrina permiso para ir a copiar algunos estudios, con el pretexto que el original de la *Transfiguración* estaba demasiado lejos de su casa, colocado demasiado alto y con una luz poco favorable, lo cual era verdad. Fué a dibujar dos o tres veces; pero, fingiendo cansarse, propuso

(1) Felipe d'Angeli, romano, llamado el Napolitano.

al intendente comprar dicha copia para tenerla completamente a su disposición. Este, podéis creerlo, le pidió por ella siete mil cequies. Figuraos la cara que puso mi buen hombre ante una proposición tan ridícula en sí misma y hecha, sobre todo, a un pobre pintor. Por más que hizo, protestando contra la extravagancia de semejante discurso y de semejante precio por una copia, el intendente no cedió nada, sosteniendo que esa copia superaba al original; que la necesidad le obligaba a hacer tan mal negocio, pues el príncipe había rehusado varias veces ofertas muy superiores, y, en fin, que el rey de Francia había querido verla. Cuando se dice aquí que el rey de Francia ha querido ver alguna cosa, todo está dicho: es el último grado de la hipérbole y del elogio que puede hacerse de las cosas. Mi pobre pintor, indignado contra aquel loco perdido, vino, encogiéndose de hombros, a darme cuenta del poco éxito de su negociación. Juzgad por esta muestra lo fácil que es aquí adquirir cuadros. Los ingleses no dejan de comprarlos a fuerza de dinero. Se les roba, se les engaña, se les vende por originales imitaciones o copias; a pesar de todo, sacan a veces buenas cosas, y por cien mil francos encuentran el secreto de llevarse a su país diez o doce mil escudos de valor real en hermosos cuadros, con que van poco a poco enriqueciendo a su patria.

Mi copia de la *Transfiguración* no era la sola adquisición que yo había premeditado hacer; he aquí una de otro género, más noble y más grande. Hay en el patio un pequeño obelisco de granito,

recargado de caracteres jeroglíficos, derribado en el suelo, abandonado y roto en tres pedazos, pero fácil de reconstruir (1). Procede de las ruinas del circo de Heliogábalo, en otro tiempo llamado el hipódromo de Aureliano. Había propuesto a mis compañeros de viaje comprarlo a escote, hacerlo transportar a la plaza de San Luis y erigirlo, en nuestro nombre, delante de la iglesia de los Franceses, como un eterno monumento de nuestro paso por Roma. Mis compañeros no han querido realizar este proyecto, que no nos habría costado más de quinientos o seiscientos luses entre nosotros seis. Ya veis si era posible más barato inmortalizarse en estilo lapidario (2).

Es ya demasiado haceros esperar en la puerta del palacio Barberini; dignaos pasar, señor procurador general. Después de haber echado un vistazo a la fuente de la plaza, encontraréis en las habitaciones con qué satisfacer ampliamente la concupiscencia de vuestros ojos; allí veréis varias pinturas antiguas encontradas en el jardín de Salustio, algunas de las cuales, en verdad, se acercan al estilo de Corregio; una inmensa cantidad de cua-

(1) Este obelisco adorna hoy el hermoso paseo de Pincio.

(2) Ya había yo compuesto las inscripciones de las cuatro caras del pedestal con nuestros seis nombres propios por orden alfabético. Helas aquí: I. *M. Aurelius. Antoninus. Aug. Radium. solis. in circo metam. posuer. Valer. Aurelianus: Imper. Reficiendum. curav.*—II. *Clementis. XII. Pont. max. Ludovici. XV. Reg. christianiss. Felicibus. auspiciis.*—III. *Quem. Gothi. destruxere. Burgundi. erexere. Obeliscum. posuerunt. Divionenses. sex.*—IV. *Carolus. de Broses. Edmundus. de. Lucerne. Benignus. Legouz. Germanus. Loppin. Abraham. de. Migieu. Joann. de Sainte-Palaye. Patricii. Burgund.* He aquí todo lo que hube ejecutado de este famoso proyecto.

dros modernos de los mejores maestros, entre otros el *Germánicus*, de Poussin; la *Magdalena*, del Guido; los *Jugadores*, del Caravagio; pero sobre todo el maravilloso techo de Pedro de Cortona, que representa el *Triunfo simbólico del Papa Urbano VIII*, pintura de primer orden y que por la extensión, la invención, la colocación, la riqueza y la gran ejecución puede compararse con cualquiera otra gran obra, sea la que fuere. Considerad ahora con toda tranquilidad el retrato de la querida de Rafael, por él mismo; es un cuadro cubierto con cortinas, admirable, fino y de un colorido de la más alta perfección. La buena señora tiene los rasgos de una gran regularidad, la piel muy morena, los cabellos negros, grandes ojos negros, demasiado redondos, cansados, tirando a amarillo y a morisco. Aunque regularmente bella, no haría la locura de matarme por esta dama morisca, como lo hizo el atolondrado Rafael. Aquellos que pretenden que este gran maestro no poseyó el arte del colorido, que vengan a examinar este cuadro y que digan si el Ticiano y el Guido han hecho jamás nada más suave, más acabado; han tratado jamás las telas de seda de una manera más brillante. Parece a veces descuidar esta parte en sus grandes invenciones y no querer perder el tiempo que exige para dedicarlo todo entero al ordenamiento, a la corrección del dibujo, a la bella y sabia disposición de las actitudes, a la gracia noble y verdadera de la expresión. Pero hay que notar que Rafael, exacto observador de las conveniencias, como no trató de ordina-

rio mas que de asuntos evangélicos, no admitía en ellos sino figuras nobles, pero sencillamente vestidas con paños groseros. No permitía a su pincel nada demasiado rico ni demasiado brillante. Pero en pequeños asuntos, que no requieren por sí mismos sino poca o ninguna invención y tienen que sacar del colorido su principal mérito, tales como los retratos, muestra que sabe hacer, en esta parte de la pintura, con tanta suavidad como se pueda encontrar en la escuela veneciana o lombarda. Lo que digo de este retrato lo digo de los del cardenal Borgia, de Maquiavelo, de la reina Juana y de los dos jurisconsultos y otros de su estilo.

Entre las estatuas antiguas, distinguiréis el *Adonis moribundo*, el bello *León de mármol*, la *Venus dormida*, la *Parca Atropos*, *Adriano*, *Trajano*, etc. Entre las modernas, el grupo de *Latona*, *Apolo y Diana*, por el Bernino; varios bustos de mármol de la familia de los Barberini y de los Panfili, por el mismo; entre otros, una dama que lleva un cuello de encaje almidonado de varias hileras; el mármol se ha convertido en encaje efectivo. No se ha necesitado menos paciencia que delicadeza para acabar esta obra; no sé, por lo demás, si aprobaréis que un gran artista pierda el tiempo en semejantes minucias; estas obras maestras pueriles señalan una variedad de un género nuevo. Admiran mucho la gran escalera de mármol de este palacio, que es tan hermoso como es posible serlo en su género. Cuando fué construído se hacían con frecuencia de éste dibujos, que entonces estaba de moda y que,

con más razón, no nos gustan hoy. La biblioteca es de las más hermosas de Roma; su vasta nave da una gran idea, que se encuentra muy bien realizada cuando se examina con detalles: iguala en manuscritos a la de Minerva y no cede en este respecto mas que a la del Vaticano.

En una palabra, mi querido Quintín, si queréis tomar aquí casa para vuestro solaz, elegid ésta sin vacilar, os lo aconsejo; está a dos pasos del jardín Ludovisi. Iremos todas las tardes a la hora del paseo; figuraos qué placer: son los jardines de Salustio. Merece la pena de hablar de ellos, y haré una mención honorable en la vida de mi viejo amigo, que escribo actualmente. Como no hay que salir de la ciudad para encontrar este jardín, que es además el más grande de los del interior, el más próximo a los barrios habitados y el menos mal cuidado, es el paseo más concurrido; hay muchas avenidas, bosquecillos de naranjos, cipreses, estanques, vasijas, estatuas, un obelisco (1) encontrado en la plaza misma y que es, por consiguiente, el del antiguo jardín de Salustio; dos pequeños palacios bastante mediocres por sí mismos, pero que contienen cosas muy preciosas. Todo esto no está muy bien cuidado que digamos; pero, sin embargo, su aire campestre no es desagradable.

No hay que esperar aquí encontrar jardines parecidos a los de las Tullerías, ni siquiera distribuidos con el gusto del del Palais Royal, aunque éste

(1) Este obelisco ha sido elevado después delante de la iglesia de la Trinidad del Monte.

esté muy lejos de poderse comparar con los de las Tullerías. Hemos superado con mucho a los italianos en el arte de la jardinería, que hemos aprendido de ellos. Las Tullerías son en este género lo que San Pedro es en edificios; es decir, lo más perfecto que se haya ejecutado en un terreno regular. Después de todo, los italianos siguen su gusto y la naturaleza de su clima; quieren árboles verdes, hierbas en los paseos mejor que arena, largas avenidas con empalizadas altas y estrechas, que dan siempre sombra en un país cálido; aparentemente, la humedad que hay en ellos les disgusta menos que a nosotros: necesitan abundancia de fuentes, grandes o pequeñas; un pueblo de estatuas, de termas, de bajorrelieves, de obeliscos; en este respecto tienen más que nosotros con qué satisfacerse; es un gran ornato de sus jardines, del cual carecen con frecuencia los nuestros. No parecen cuidarse apenas del entretenimiento ni de la limpieza; no deben hacer mucho gasto en jardineros. Sin duda es para conservar a sus jardines el aspecto agreste y sin cultivo, pues habría que tener un espíritu muy malvado para imaginarse que es por avaricia; es verdad que la temporada de invierno no es la de los jardines; quizá estén mejor cuidados en el buen tiempo. Lo dudo, sin embargo, porque en este clima, cuando no llueve, todos los días son buenos para pasearse en esta estación como en verano. Digo, pues, que, tratándose de jardines irregulares, tales como son éstos, en su mayor parte no hay ninguno, sin exceptuar el jardín Panfili, el más her-

moso de todos, que iguale a Saint-Cloud como campestre, ni a Marly como pintoresco y agradable.

La primera vez que vuelva a pasearme aquí tomaré nota de las estatuas del jardín; las mejores son *Sileno* y *Priapo*. Entre los bajorrelieves, algunos me han parecido excelentes. Se encuentran en las dos casas estatuas antiguas divinas: el grupo célebre de *Faustina y el Gladiador*, el *Marte sentado*, *Poetus sosteniendo con una mano a Arria*, su mujer, que acaba de matarse, y hundiéndose con la otra un puñal en el pecho; el *Genio*, *Marco Aurelio*, etc. Habréis visto todo esto en estampas o copiado en mármol; todo ello es maravilloso; pero nada me ha satisfecho tanto como el famoso grupo de *Papiria interrogando a su hijo, adolescente, sobre el secreto del Senado*. Es una expresión inconcebible de curiosidad ávida y de impaciente atención la de esta mujer. El tunantuelo le enjareta un embuste con los ojos bajos y con un aire astuto a más no poder. ¡Si vierais su simpleza, su maliciosa buena fe! De veras es precioso. *Faustina y el Gladiador* son de estilo griego; *Arria y Poetus*, *Papiria y su hijo*, de estilo romano, los tres de primera clase. Hay también bellas estatuas modernas: *Arión*, de l'Algarde; *Plutón y Proserpina*, de Bernin, etc. En pintura al fresco, el techo, que representa *La Aurora sentada en su carro*, es una admirable obra de Guerchin; lo estimo, por lo menos, tanto como la famosa *Aurora* del Guido; hace un maravilloso artesonado; la composición es igualmente grande y bella; tiene más fuego, y el tono de color es infinitamente

más vivo, aunque quizá un poco duro. Se ve en un rincón a una mujer que, después de haber pasado la noche en vela, cae adormilada al lado de la lámpara, que no alumbra el recinto mas que con una luz amortiguada por la del día naciente. No conozco más hermoso fresco ni mejor obra de Guerchin.

Al salir del jardín Ludovisi, fijaos en el recinto del circo de Flora, en los restos del pequeño templo de Venus Salustiana y en algunas otras ruinas. Más adelante, la fuente de Términi: es una bella invención y de un gran gusto; pero menos elegante que la que estuvo en uso antes de Sixto V, que hizo construir ésta. Es un ancho pórtico de tres arcadas, separadas por columnas corintias. En la arcada de en medio, un *Moisés* colosal golpea la roca y hace brotar el agua en prodigiosas pilas de granito. El resto está adornado de leones que lanzan agua y de bajorrelieves representando hechos históricos del pueblo hebreo.

Acabo de tener un bello ejemplo de lo que la sola fuerza de una belleza simple, llevada hasta lo sublime, puede operar sobre los ojos menos conocedores. Para ponerle a prueba he entrado en los Cartujos con el fiel Pernet, el hombre más ignorante del mundo y tan estúpido como pueda desearse, del cual puedo decir, con Miguel de Montaigne, que hay más distancia de Epaminondas a mi ayuda de cámara que de mi ayuda de cámara a mi caballo. He entrado, pues, con él en los Cartujos y he visto desde un principio a mi buen hombre quedarse estupefacto de admiración. No hay, sin embargo, mas que las bóvedas de ladrillo y las

cuatro paredes desnudas, sin el menor objeto capaz de deslumbrar los ojos de un hombre zafio. Confieso que estas cuatro paredes no me parecen inferiores en belleza a San Pedro. Son una cruz griega, formada por el encuentro de cuatro salas inmensas, cuyas bóvedas en cuna, de una furiosa elevación, están sostenidas en cada extremo por dos columnas desmesuradas de mármol granítico de una sola pieza. La intersección en las salas forma un coro en el centro del crucero, y este coro está marcado por las altas columnas de los ángulos. No puede imaginarse nada más augusto que este vasto edificio tan sencillo. Hablan de ornamentarlo, y lo echarán a perder. No hacía falta mas que un altar a la antigua en el centro o algún coloso sobre su pedestal, o mejor aún una bella tumba. Tres de estas salas son antiguas, y forman parte de los restos de las Termas de Diocleciano. Se encontraron ya dispuestas de esta manera con sus columnas, lo cual hizo sugerir la idea de edificar otra, la cuarta, para terminar el crucero y hacer una iglesia; es aquella por la cual se entra. Miguel Angel fué el arquitecto; pero es muy inferior a las otras tres, en el fondo de cada una de las cuales me parecería muy bien que pusieran también una grande y magnífica tumba. Hay dos pequeñas, bastante bellas, en la sala moderna, al lado de la puerta de entrada: una de Salvador Rosa, otra de Carlos Maratte con sus bustos y urnas de pórfido. No se celebra todavía el oficio divino en esta iglesia, sino en una capilla vecina.

Los cartujos tienen bellos claustros de pórticos

y columnatas que merecen ser vistos. El célebre Bianchini hizo trazar en el crucero transversal de la iglesia una línea meridiana en mármol.

Encontraréis también cerca de la fuente dos preciosas iglesias: Santa Susana y la Victoria. La primera está adornada por fuera, y todavía más por dentro, con una extrema magnificencia. Hay varios buenos frescos de Baldasare Croce y del hermano Pozzo. En la segunda es donde está el famoso grupo de Bernini representando a *Santa Teresa en éxtasis y el ángel dispuesto a herirla*. La santa viste el hábito de carmelita; está como pasmada, echada hacia atrás, la boca entreabierta, los ojos mortecinos, casi cerrados; ya no puede más; el ángel se acerca a ella llevando en la mano un dardo, con el cual le amenaza con aire risueño y algo malicioso. Es una expresión maravillosa; pero, francamente, demasiado viva para una iglesia. Si es éste el amor divino, yo lo conozco: se ven aquí abajo muchas copias del natural.

Me parece que el paseo es bastante largo por hoy; así que, señor de Quintín, puesto que se me acaba el papel, os doy las buenas noches. Podéis volveros a casa, porque me voy a jugar a los *minchiate* a casa de madame Bologneti, donde no conocéis ni al gato. Quédense los negocios para mañana; y puesto que tenéis tantas ganas de correr, ya os llevaré por algún otro lado, es decir, que escogeré para vos algunas nuevas hojas con suficientes observaciones. Ya es bastante esto para la primera vez.

*Ma al fin, del canto io mi trovo esser giunto,
Si ch'io farò, con vostra grazia, punto.*

XL.—A MM. DE TOURNAY Y DE NEUILLY

Audiencias del Papa.—Visitas al rey de Inglaterra y otras cosas.

Después de lo dicho sobre nuestros asuntos particulares, voy a continuar, amigo mío, la relación de lo que se refiere a mi estancia aquí. Es, como de ordinario, para participárselo a Neuilly y otras personas de nuestro más íntimo conocimiento.

No tardamos, en seguida de nuestra llegada, en ir a hacer una visita al cardenal de Tencín. Había vuelto del campo aquel mismo día para una audiencia que el Papa le había concedido y volvía a marcharse por la noche. Le encontramos vistiéndose de ceremonia con su hábito de moaré color fuego, parecido al de los capuchinos, sotana y capa, sin omitir al capuchón, que no es puntiagudo ni tan largo, sino redondeado, poco más o menos como el de nuestra manteleta de mujer. Fuera de estas ocasiones, viste como nuestros cardenales en Francia, ya con sotana negra, ya con sotana larga, *ad libitum*. En la iglesia tienen otra larga sotana de ceremonia, diferente de la primera, roja en las ocasiones ordinarias, violeta durante la Cuaresma y el Adviento, y el birrete cuadrado con tres picos, según la antigua moda, conservada aquí por la mayor parte de los eclesiásticos. De aquí procede

el uso del birrete de tres picos por los jesuítas, y no del funesto asunto del padre Guignard (1), como lo han pretendido los perniciosos enemigos de la sociedad. Los cardenales al entrar en la iglesia se ponen este birrete y dejan el sombrero rojo festoneado con un encaje de oro.

Nuestro cardenal nos recibió con toda clase de amabilidades, rogándonos que consideráramos como nuestra su casa y su mesa, y añadió que sentía mucho que el gran número de gentes que se veía obligado a tener en su casa le impidiera ofrecernos alojamiento. Le hablamos de nuestros asuntos y de nuestros propósitos. Se encargó de todo lo que quisimos, después de lo cual nos dijo: «¡Pero todo esto se refiere a vuestros asuntos; díganme ahora qué es lo que hay que hacer para vuestros placeres!» En fin, jamás he visto hombre tan encantador. Nos ofreció aprovechar la audiencia que iba a tener con el Papa para presentarnos, lo cual aceptamos y subimos en seguida a su carroza para ir a Monte Cavallo. Mientras el cardenal verificaba su audiencia conversamos unos momentos en la antecámara con el marqués Capponi, especie de mayor-domo del Papa, hombre entendido en antigüedades y miembro honorario extranjero de nuestra Academia de Bellas Letras. Al cabo de media hora nos introdujeron en la cámara, donde encontramos

(1) Implicado en el proceso de Juan Chatel, convicto de haber atentado a la vida de Enrique IV, el P. Guignard, condenado por sentencia del Parlamento en 7 de enero de 1596 a ser ahorcado y quemado, fué ejecutado el mismo día. Al día siguiente tuvo lugar el destierro de los jesuítas.

al Papa en su lecho. Todavía no está repuesto de la grave enfermedad que acaba de pasar y no hay gran esperanza que pueda restablecerse nunca por completo, dada su edad avanzada y su caducidad. Así es que estamos, según todas las apariencias, privados por ahora y para el porvenir del honor de besar su sandalia. No deja de tener la voz sonora y el semblante bastante bueno; pero está completamente ciego y además padece una prodigiosa hernia, que no dejaría de ser un pequeño ornamento en el catálogo de M. Minot. Se le hace llevar un vendaje cargado de catorce o quince libras de plomo, que le molesta tanto, que ha tomado la costumbre de levantarlo sin cesar con mano temblorosa, gesto muy ridículo en un Santo Padre. Estuve a punto de comprometer mi seriedad echándome a reír. Hace ya mucho tiempo que, a la verdad, no se mete en nada, habiéndose quedado ciego al principio de su pontificado. Es su sobrino, Nevi Corsini, hombre de una capacidad por debajo de lo mediocre, el que lleva todos los asuntos. No obstante, los secretarios de Estado van todas las mañanas a la cabecera del Papa a darle cuenta de lo más importante y hacerle firmar lo principal, poniéndole la mano en el sitio en que ha de escribir su nombre.

Al acercarnos a su lecho nos arrodillamos por respeto; es la etiqueta, aunque la ceremonia sea pura fórmula para el Santo Padre, que no ve ni gota. El cardenal estaba sentado en una silla baja de respaldo; entabló con cortesía la conversación entre

el Papa y nosotros; se llevó con mucha suavidad y bondad por parte del Soberano Pontífice, al principio, durante algunos minutos, en lengua italiana. Luego, habiéndole dicho el cardenal con acento de unción: *Beatissimo Padre: Questi cavalieri avrebbero gran gusto di sentir qualche parole francesi dalla bocca di sua Santità: sanno che parla la loro lingua con tutta perfezione.* «¿De veras?—replicó el Papa en francés, con voz clara y distinta—. No me atrevo; porque sé que los franceses se burlan de las gentes que hablan mal su lengua.» Estuve por responderle que en todo caso no lo dejaríamos ver; pero, en vez de esto, me puse a ratificar lo dicho por el cardenal. Ya en esto continuamos la conversación en francés durante unos minutos, después de lo cual nos despedimos de Su Santidad. Noté durante la visita que su cámara estaba amueblada de un modo bastante sencillo.

No quiero terminar este capítulo sin daros cuenta también de la segunda visita que acabamos de hacerle después de la llegada de Legouz, porque ocurrió un incidente bastante cómico. Recordaréis que, cuando me vine, madame de Choiseul me había pedido con encarecimiento, en vuestra presencia, que la llevase uno de los huesos de la cabeza de San Pedro, por el cual tenía una devoción especialísima. Había yo contado esta ocurrencia al cardenal de Tencin. Cuando el Papa nos preguntó, como había hecho la primera vez, en qué podía servirnos y si teníamos alguna merced que pedirle, el cardenal me hizo señas, riéndose, para que le hiciera mi peti-

ción; y como yo me resistía: «No—me dijo—; dígaselo usted; eso le pondrá de buen humor.» Legouz, más atrevido que yo, tomó la palabra: «Santo Padre: si me atreviera, os diría que una señora *di poca discrezione* me ha dado el encargo de suplicaros que le concedáis... No es una bagatela... *Il capo di San Pietro.*» «¡Oh! ¡Oh!—dijo el Papa riéndose—. *Per questo non si puo.*» Luego añadió con amable cortesía: «Lamento mucho verme en la necesidad de rehusar alguna cosa a una señora; aseguradle de mi parte que si me hubiera pedido una cosa que estuviera en mi poder dársela, la habría ciertamente obtenido» (1).

Al salir de la primera audiencia fuimos con el cardenal a visitar al cardenal Firrao, secretario de Estado; luego volvimos a su casa, donde nos presentó sus excusas por no poder retenernos a comer, pues no estaba en Roma mas que un momento, por aquella mañana solamente; que, sin embargo, éramos dueños de quedarnos y correr la aventura, y, dicho y hecho, nos sirvieron un espléndido festín. Doy mucha importancia a una buena comida en este país. Se conoce aún mejor el valor de las cosas por la privación que por el disfrute. El amor a la patria, virtud predominante en las almas grandes, se apodera siempre de mí ante el aspecto de una botella de vino de Borgoña, a pesar del poco uso

(1) Clemente XII tenía de querida a la princesa Sobieski; ésta se paseaba ordinariamente en la carroza de gala del Papa. Su marido, a instigación de su querida, queriendo poner término a esta intriga, abandonó Roma bruscamente, y la princesa, su mujer, se retiró a un convento, donde se suicidó. (Lady Montagu.)

que sabéis suelo hacer de él. Con todo, no me disgusta estar en condiciones de cometer excesos; me agrada deber mi moderación a mi propia templanza más bien que a la necesidad. El cardenal sabe tratar bien a la gente, y yo le alabo; tiene un gran tren de casa y una mesa abierta. El embajador y él son los únicos grandes señores de Roma que proceden así, y por esta razón es de extrañar que lo haga.

Se come, a mi parecer, buena carne aquí, pero de caza: ésta es mediana; en cuanto a las cosas comunes, son muy buenas el pan, la fruta, la carne ordinaria y sobre todo la vaca, que no se puede alabar bastante y de la cual juzgaréis cuando os diga que es tan superior a la de París cuanto la de ahí lo es a la de las pequeñas ciudades de provincias. Las sopas de pasta hilada, fideos o macarrones, se comen mucho. De los primeros no digo ni bien ni mal; respecto a los segundos, soy del parecer de Arlequín: bien preparados con leche o con caldo, les encuentro el gusto de una excelente corteza de empanada. En cuanto a las compotas, se debe dar la preferencia a las de cidra cortada en rajadas y hervida sencillamente en agua con azúcar, así como una ligera compota de manzanas. De todas las maneras de preparar esta excelente fruta, ésta es, a mi gusto, la que mejor hace apreciar su frescura y su perfume.

A propósito de esto, digamos una palabra sobre las frutas de Italia. Se habla mucho de ello en Francia; pero no han respondido a lo que yo esperaba.

Tienen en abundancia de las que llaman en general *agrumi*, nombre que comprende toda la especie citriforme. Los genoveses, cuyo territorio produce gran cantidad, le dan también el nombre genérico de *mauvais fruit*. Con frecuencia les he oído decir: «No tenemos aquí mas que el *mauvais fruit*.» Me extrañó al principio, dada nuestra costumbre de apreciar mucho toda especie de limoneros y de naranjos: «Sí—me respondieron—; son muy bonitos a la vista, muy buenos de oler; pero no valen nada para comerlos. ¿No valdría más tener peras y manzanas? ¿Qué es una fruta que no se puede comer cruda? El recurso de hacer confituras y excelentes bebidas líquidas se extiende lo mismo a los demás países que a los que lo producen.» Es verdad que las frutas son más variadas y en su mayor parte superiores en Francia que en Italia, excepto las uvas, los higos y los melones, tres excelentes especies que son mejores en Italia. Las uvas de Bolonia no pueden compararse con nada. Se suelen encontrar en París higos y melones de tan buen gusto como los de aquí; pero aquí esos frutos son comunes y comúnmente buenos. No he comido el otoño pasado en Italia ciruelas y melocotones que valgan lo que los nuestros.

La cuenta que os doy de nuestra primera visita al cardenal es larga; la de la primera visita al embajador podría ser corta. Nos recibió grave y fríamente. Otras dos veces no lo encontramos en su casa y, en fin, la cuarta vez hizo que nos dijeran que le excusásemos si no estaba libre para recibir-

nos en aquel momento por estar ocupado en enviar el correo a Francia, suplicándonos que volviésemos a las dos y le hiciéramos el honor de acompañarle a la mesa. He aquí una gran diferencia en la acogida, vais a decir; más grande todavía de lo que creéis; porque cada día aumenta nuestra intimidad con el embajador, y advierto que cada día disminuye con el cardenal; no porque la cortesía no sea siempre la misma por su parte, sino por la llaneza de sus maneras, artículo que siempre agrada más que todo y con el cual nos había seducido al principio. Se diría que en esta primera entrevista el uno se hubiese armado de gravedad, el otro de llaneza; es decir, cada uno de ellos de lo que le faltaba. Sucesivamente también, cada uno de ellos fué recobrando su natural. El embajador es una buena persona, dulce, amable y fácil, a quien la inalterable tranquilidad de su figura hace al principio parecer frío y que se humaniza pronto después de haber permanecido un momento tieso y ceremonioso sobre la punta de sus pies. El cardenal es en el fondo un ser henchido de altanería, duro y altivo por carácter, aunque dúctil en la corte y sumamente amable con las bellas damas. Los monseñores del Sacro Colegio son muy propensos a la altanería: es el espíritu de cuerpo entre los cardenales. No conozco mas que dos que estén completamente exentos de él: Lambertini y Passionei. Este último se burla con frecuencia conmigo de este falso aire de grandeza que afectan sus colegas, de la mayor parte de los cuales hace muy poco caso. Me dijo

que son ignorantes, gentes devoradas por la ambición, que no sueñan casi todos mas que en llegar al pontificado, y tan embriagados con esta quimera, que no hay casi ninguno de ellos que no se ufane de conseguirlo. «En cuanto a mí—dijo—, no pienso en nada parecido; tengo lo que quería, y nada debo a nadie; me han tenido treinta y dos años en empleos subalternos y me han hecho por fin cardenal cuando ya no era posible retrasarlo más tiempo. Algunos de mis colegas se burlan de mis maneras familiares y francas, y yo, de su ignorancia, de sus gestos y de su política.» Passionei ambiciona mucho la reputación de hombre de letras; es una de las razones que le llevan a censurar tan acremente la ignorancia de sus colegas, entre los cuales, en efecto, apenas si hay más personas instruídas que Quirini y Lambertini. Se alegraría que el presidente Bouhier fuese viudo y que le hicieran cardenal. Dudo mucho que la presidenta quiera prestarse a este acomodo para la promoción de su marido.

El cardenal Passionei tenía noticias de mi llegada por una carta de nuestro amigo. ¡Sabe Dios cómo se abrieron las puertas de par en par cuando yo entré, puesto que ante el nombre del presidente Bouhier todas las rodillas se doblan en esta casa! Le encontré tumbado de espaldas sobre un sofá, su peluca a un lado y su solideo rojo a otro. Me senté en una silla próxima, y me dijo: «Siéntese usted sin cumplimientos en el sofá y estará usted mucho más cómodo.» Y como yo andaba con ceremonias: «¡Eh! ¡Cuántos cumplidos! Usted me toma

por otro; tenga usted entendido que el Secretario de los Breves no es un majadero.» Y cogiéndome por la solapa del frac me hizo sentar en el canapé. He aquí la manera de empezar nuestro conocimiento. Sus enemigos pretenden que esta gran franqueza no es mas que aparente; que su devoción (porque es muy devoto) no es tampoco sincera, y que hay que andar con cuidado para fiarse de él. En cuanto a mí, que no me parece nada de eso y que además no he oído citar ningún hecho, lo tomo tal como él se da, y me parece una buena persona. Le vemos con frecuencia; admira esta caravana de seis compatriotas. Pretende que desde la invasión de los bárbaros no ha habido juntos tantos borgoñones en Roma. Su magnífica biblioteca me es de un gran recurso, así como la de Monti, en la Propaganda, no para leer, puesto que no tengo apenas tiempo para ello, sino para consultar o comprobar algún punto sobre cosas antiguas. He reanudado conocimiento con su sobrino, monseñor Passionei, mi antiguo compañero de colegio. Ha vuelto, más por motivos de razón que por gusto, al estado eclesiástico, que había dejado; ya está en la prelatura, y hará carrera. Su figura es siempre agradable, aunque algo estropeada por la viruela desde que no le habéis visto.

Volvamos al embajador. Fué amable desde aquella primera comida a que nos invitó en su casa; es un hombre inteligente, de una conversación amena, que tiene conocimientos y letras. Le gusta relatar y lo hace admirablemente; al verle, se le cree

ría más joven y aun menos se podría sospechar que sea hermano del viejo duque de Beauvilliers, gentilhombre del rey de España e hijo de aquel antiguo paladín que figuró en el torneo de la *Princesse d'Elide* en tiempos del matrimonio de Luis XIV. El buen viejo, que había sido toda su vida una fina flor de galantería, ponía todavía a los ochenta años los ojos en blanco ante una doncella del cortejo de su difunta mujer, dama de condición no obstante. El severo duque de Beauvilliers, su hijo, encontrando todo este enredo muy escandaloso, hizo casarse a su padre, para evitar el pecado; no sin motivo había tomado el nombre de Guidon el salvaje. A esta edad tan avanzada tuvo todavía, de su segundo matrimonio, tres hijos que, habiendo muerto de viruelas en ocho días los dos del duque de Beauvilliers, han venido a sostener su casa. Cuando acaeció esta doble muerte, el duque acababa de partir, para cumplir un voto, a Malta. Su hermano envió un correo en su busca, le hizo volver a la corte y le casó con una Montlezun, hija del gobernador de la Bastilla, muerta hace algunos años en Roma, donde era muy querida. Pretenden que, después de su muerte, su marido tuvo la veleidad de tomar el estado eclesiástico con la esperanza de llegar al cardenalato (1).

No hay que extrañarse si el duque de Saint-Aignán, a su edad, tiene el cutis tan floreciente; no se alimenta mas que con huevos frescos y vino

(1) Monsieur de Saint-Aignán se casó con la hermana de Turgot en 1756, en segundas nupcias.

de Genzano. Es un vinillo del país, sin cuerpo y sin gusto, amarillo y dulce hasta la insipidez; hay que ser tan dulzón como él para poderlo beber. La familia del embajador y su numerosa servidumbre no le permiten tener ordinariamente tantos extraños a su mesa como el cardenal; su casa no está montada tan en grande. La razón es muy sencilla: el uno acaba, agotado de llevar desde hace largos años un tren de vida que ha comprometido mucho sus asuntos, y no sueña mas que en retirarse de la mejor manera que pueda; el otro empieza ahora; necesita, además, tratar de conquistar una consideración exterior, propia a proporcionarle crédito, porque veo con bastante claridad que, más que al primero, a él es a quien con frecuencia la corte confía actualmente el secreto de los negocios. Esto desacredita al embajador ante la opinión pública y le afirma más que nunca en su deseo de retirarse. En verdad, yo le creo de un carácter algo lento y tímido para un país como éste; es un hombre que no quiere comprometerse a nada. El cardenal se da más maña a tratar con estas gentes con aire perentorio y decisivo. Me lo encontré la semana pasada en la gran escalera del Vaticano en conversación particular con el cardenal sobrino: se habían retirado aparte. No sé de qué trataban; pero era una comedia para el público ver la altanera figura del uno y los gestos de excusa del otro.

Acaba de ocurrir una aventura desagradable al embajador en su familia. Su hijo el abate se ha enamorado de una criatura hija de un joye-

ro. Una mañana, sin decir nada a nadie, ha enviado al cardenal de Fleury la dimisión de los beneficios; luego se ha llevado sin más ni más a su amante en el *proccacio* (correo ordinario), se ha casado con ella en el primer pueblo del camino y ha seguido su ruta hasta Florencia, donde el Gobierno le ha hecho detener con su pretendida mujer a petición del embajador. Dicen que siente ahora haberle hecho detener y que de buena gana le pondría en libertad si en el estado actual de las cosas no temiese dar un paso que seguramente descontentaría a la Corte de Francia. En cuanto al abate, sostiene cínicamente su proceder, y cita, en broma, el ejemplo de su tío, el obispo de Beauvais. El proceso ha comenzado por la invalidación del matrimonio, y el asunto no parece tener que sufrir la menor dificultad; sin embargo, los pareceres son distintos. Estaba yo en Bolonia cuando sucedió este rapto, y en una velada hablaba de este asunto con el cardenal Lambertini, quien me dijo claramente que juzgaba el matrimonio válido. Esta decisión de parte de él me pareció asombrosa, tanto más cuanto que Lambertini está perfectamente bien instruido en materias canónicas. Le hice observar que, aparte que un embajador y su familia tenían que ser juzgados con arreglo a las leyes de su nación, el matrimonio me parecía malo en todos los países, habiéndole acompañado los más grandes impedimentos dirimentes estipulados en el Derecho canónico, tales como el rapto y la falta de consentimiento de los padres. «Es verdad—me dijo—que

el matrimonio no es válido en cuanto al contrato y a los efectos civiles; pero cuando la dignidad del sacramento se ha producido por el consentimiento mutuo de ambas partes, principal condición religiosa, la unión se hace indisoluble y el poder humano no puede ya romper un lazo que se ha hecho sagrado.» Estimé, en vista de esto, que el cardenal se inclinaba demasiado a las opiniones ultramontanas, de las cuales está, sin embargo, menos capacitado que cualquier otro italiano.

(El matrimonio del abate de Saint-Aignán ha sido después invalidado en Roma; pero fundándose en una razón más débil que ninguna de las precedentes, a saber: porque no había sido celebrado *coram proprio parrocho*. Dicen que la Corte de Francia no ha querido recibir la dimisión de sus beneficios. No se sabe cuál es ahora su paradero; según parece, está recluso en una casa-asilo.)

En esta comida en casa del embajador fué donde encontré por primera vez al marqués Crescenzi, hermano del que está de Nuncio en París; es un hombre de la más bella apostura y de la más alta alcurnia. Sus antepasados fueron tiranos de Roma en el siglo x. Me ha encantado conocerle; ha contribuído cortésmente a hacerme conocer a mucha gente de calidad. Tiene ingenio y mucha ciencia del mundo; ha viajado por casi todas las cortes de Europa. Su hermano será pronto cardenal; y podéis, si queréis, creer que después será Papa, si tenéis fe en las profecías. Es tradición del país —dice— que la casa Crescenzi acabará en un So-

berano Pontífice; los dos hermanos son los últimos de su casa; el marqués no tiene mas que una hija, la niña Violante.

La tercera persona que representa aquí la nación francesa es el abate de Canillac, conde de Lyón, auditor de la Rota. Tiene un magnífico alojamiento y un tren de casa muy considerable; es el único en Roma que haya proscrito de sus criados la indecente costumbre de la propina obligatoria. A cualquier casa que se vaya de simple visita por primera vez, al día siguiente llega a vuestro alojamiento toda la librea a pedir la *buona mano*, es decir, la propina; así hacen no sólo los italianos, sino las gentes del embajador y de nuestro cardenal, y hasta las del Papa. Lo que es a mí, esta clase de mendicidad me ha parecido una soberana indecencia en casa de un soberano; es verdad que se contentan con lo que se les dé, y la frecuencia de las peticiones hace la liberalidad bastante mezquina. Por ejemplo, dimos entre todos dos luses próximamente a toda la librea papal, y así a las demás, en proporción al número y a la dignidad. Pero no se conforman con la primera visita; vuelven en las fiestas de guardar, el día de Año Nuevo, con ocasión de cualquier suceso doméstico feliz o desgraciado. Si su querida ha tenido un catarro, aunque nada sepáis ni nada os interese, vienen a celebrar con vosotros la mejoría de la enferma; en una palabra, se regocijan con cualquier motivo; son las gentes más alegres del mundo a costa vuestra.

Acabará en vuestra compañía mi serie de visi-

tas importantes por la del rey de Inglaterra. Se le trata aquí con toda la consideración debida a una majestad reconocida como tal. Habita en la plaza de los Santos Apóstoles, en una vasta casa que no tiene nada de bella. Las tropas del Papa montan la guardia como en Monte Cavallo y le acompañan cuando sale, lo cual no le ocurre con frecuencia. Su cortejo es bastante numeroso, a causa de algunos señores de su nación que le han permanecido fieles y que viven con él. El más distinguido de éstos es lord Dumbar, escocés, hombre inteligente y muy estimado, al cual ha confiado el rey la educación de sus hijos, aunque haga profesión de su fe anglicana, lo cual puede ser un rasgo político. El pretendiente es fácil de reconocer como un Estuardo, de los cuales tiene toda su figura: es de alta estatura y bastante delgado, muy parecido de semblante a los retratos que tenemos del rey Jacobo II, su padre, y aun al difunto mariscal de Bervick, su hermano natural, salvo que el mariscal tenía la fisonomía triste y severa en lugar que el pretendiente la tiene triste e insignificante. No carece de dignidad en las maneras. No he visto a ningún príncipe recibir un gran círculo de tertulianos con tanta afabilidad y nobleza. Le ocurre a veces tener estas recepciones, a pesar de la vida retirada que lleva, no encontrándose ni en edad ni en estado de tener el fasto exterior que rodea habitualmente a los soberanos. Tratando, por lo demás, de hacerse bien querido en una ciudad a la cual tiene tantos motivos de gratitud, emplea

todo su gasto de ostentación en ofrecer de vez en cuando a las damas, por sus hijos jóvenes, algunas fiestas públicas, en las cuales se presenta durante una hora. Es excesivamente devoto; pasa la mañana rezando a los Santos Apóstoles en la tumba de su mujer. Nada os diré de su espíritu, por no conocerlo bastante; según la apariencia, es mediocre; pero toda su conducta es razonable y según conviene a su posición. Aunque yo tenga con frecuencia el honor de verle, no se presenta en público mas que un momento, al volver de la iglesia, y luego vuelve a su gabinete, de donde no sale mas que para comer. Habla poco, con afabilidad y bondad, y se retira poco después de la comida. Los jóvenes príncipes (1) tienen por la noche una cena, a la cual el rey no asiste nunca. Su mesa al mediodía se compone siempre de los once cubiertos para él y las diez personas de su séquito, que se sientan de ordinario a la mesa. Cuando recibe a hidalgos romanos o extranjeros los invita a comer por uno de sus oficiales, y según el número de los convidados, otros tantos de su séquito van a comer a otra mesa. Siempre que he ido a verle me ha invitado a su mesa, y como el número de los que puede invitar es limitado, tenemos la consideración de no ir a la vez mas que dos de nosotros; su mesa es sencilla, sin ningún fasto. No son muy divertidas

(1) El más joven de estos príncipes, el duque de York, fué después cardenal y obispo de Frascati. En 1784 se puso en ridículo por haber prohibido que las gallinas y los gallos vaguen por calles y plazas públicas, *propter scandalum*.

estas comidas, y si por casualidad ocurre que lo sean, el rey parece que siente agrado. Los príncipes han tomado afecto a Legouz; su buen humor los alegra infinitamente y no desagrada al rey. Cuando éste va a sentarse a la mesa, sus dos hijos antes de sentarse a su vez se arrodillan ante él y le piden su bendición. Habla con ellos de ordinario en inglés, y a los demás en italiano o en francés. La botella de que se sirve está siempre en la mesa al alcance de uno de sus oficiales; la etiqueta prescribe que no beba nadie hasta que el rey haya bebido por primera vez. No me hizo gracia un día que el rey tardó más de la cuenta en beber el primer trago.

Este príncipe obtiene grandes socorros de Francia, de España y, sobre todo, de la Sede Apostólica. Seguramente esta última le proporciona muchos subsidios, porque he oído decir que se había tratado últimamente en el Consistorio de entregarle, en cambio, el usufructo del ducado de Urbino, cuyas rentas son considerables. Luis XIV había dado al rey Jacobo doscientas mil libras de renta sobre el Ayuntamiento, con promesa que estas rentas no serían reducidas en ningún caso; sin embargo, lo fueron considerablemente en estos últimos tiempos. El pretendiente acudió a la influencia del arzobispo de Embrún, que ha obtenido de nuestro tribunal el restablecimiento de la antigua suma. En agradecimiento, el pretendiente le ha dado el nombramiento de cardenal; esto es lo que en público se dice; pero en particular añaden que el de

Tencín ha añadido, por su parte, a este beneficio un presente de quinientas mil libras en dinero constante y sonante. He encontrado al cardenal de Tencín muy irritado a causa de este rumor. «Pretenden—me decía en cierta ocasión—que he comprado mi capelo de cardenal; si yo hubiera querido obtenerlo de este modo, cuando estaba antes en Roma, en tiempos de Coscia (1), no me habría costado tan caro, y acaso no más caro que a ciertas gentes.» Se refería a Borghese, cuyo padre, a creer las crónicas, dió diez mil escudos romanos a Coscia para que diera el capelo a su hijo, que no tenía entonces mas que veintiséis o veintisiete años.

No cabe duda que el pretendiente recibe también cantidades considerables de los que le favorecen secretamente en Inglaterra y que distribuye mucho dinero entre sus partidarios; ese es su gasto más importante, y es tan necesario, que forzosamente impone la estrechez en todo lo demás. No le es posible renunciar a la esperanza de recobrar la corona en un país tan sujeto a las revoluciones y en una nación tanto o más venal que ninguna otra de Europa, a pesar de la altivez republicana de que alardea. Que esta esperanza sea fundada, es otra cosa; siempre he oído decir a los que conocen la vida interior de Inglaterra que el partido de los jacobistas no era mas que un vano espantajo, y que todo proyecto fundado sobre este partido se disipará en humos. El espíritu de la nación es de

(1) El cardenal Coscia, secretario de Estado del Papa Benedicto XIII, tenía reputación de ser muy venal.

odio hacia su rey, sea el que fuere; pero esto es muy diferente de querer a los Estuardos. Los que forman el partido de la oposición, es decir, todos los que pretenden hacerse comprar por las Cortes tienen gran interés en que subsista una facción favorable a la Casa destronada, a condición de que no sea fuerte y tal que pueda únicamente servir a sus fines llegada la ocasión, sin estar en condiciones de llegar más lejos. Por esta razón es por lo que tantas gentes apoyan a esta facción secretamente, menos para sostenerla que para impedir que desaparezca, y les sería muy desagradable, si la Casa de los Estuardos se extinguiera, no poder ya mostrarla como una amenaza posible al rey reinante. Aseguran que hay un poco más de buena fe entre los partidarios del rey Jacobo en Escocia, y que Irlanda le es adicta en el fondo; pero los irlandeses no tienen ningún poder y son esclavos del resto de la nación. En realidad, la conducta que puede tener esta dinastía infortunada es muy dificultosa, sobre todo con respecto a la religión. El catolicismo es una barrera infranqueable para su restauración. No sería posible abandonarle honradamente a la faz de Europa llegado el momento de subir al trono, si alguna vez pudiera lograr este triunfo decisivo; y si en el porvenir uno de estos príncipes, en el estado en que se encuentran hoy, tratase por anticipado de adoptar la religión anglicana, se vería quizá abandonado por los soberanos católicos, de cuyos socorros no puede prescindir; pero de seguro por lo menos privado de los del Papa, que le

da más que ninguno. De los dos hijos del pretendiente (1), el mayor tiene ahora veinte años, y el otro, quince. No necesito decirlos que aquí son conocidos con los nombres de príncipe de Gales y duque de York. Los dos tienen un aire de familia y el menor tiene una linda figura de niño. Son amables, corteses y afabilísimos; ambos parecen de mediana inteligencia y menos formada de lo que debe ser en unos príncipes a la edad que tienen. El menor es muy querido en la ciudad a causa de su figura agradable y de la gentileza de sus maneras. Los ingleses, que siempre abundan en Roma, buscan con afán la ocasión de verlos. Por la ley inglesa les está prohibido, bajo pena capital, poner los pies en el palacio de los Estuardos y tener ningún trato con ellos; pero como nosotros nos tratamos mucho con los dos partidos, los ingleses nos preguntan con interés los sitios públicos donde pueden ver a los jóvenes príncipes, y nos piden que les acompañemos; sobre todo se nota que hablan del más pequeño con afecto (2). Oigo, sin embargo, decir a

(1) El mayor de los hijos de Jacobo III, el príncipe Carlos Eduardo, conocido, como su padre, por el nombre de Pretendiente, nació en Roma el 31 de diciembre de 1720. Después de algunos años de vida azarosa y de su derrota en Culloden, en 1745, se retiró a Florencia y allí murió en 31 de enero de 1788. Carlos Eduardo se había casado con la princesa de Stolberg (condesa de Albany), treinta años más joven que él. Esta mujer vivió más tarde con Alfieri y, muerto éste, con el pintor Fabre de Montpellier. El segundo hijo de Jacobo III fué el cardenal de York. En San Pedro de Roma está la tumba que Jorge IV hizo levantar, por Canova, a estos desgraciados príncipes.

(2) Inglaterra tenía entonces espías en Roma para saber con exactitud cuáles eran los viajeros ingleses que iban a visitar a los Estuardos. (Lady Montagu.)

los que los conocen a fondo que el mayor vale mucho más y es más querido entre las gentes de su interior; que tiene un buen corazón y un gran ánimo y el vivo sentimiento de su situación, y que si no sale de ella algún día no será por falta de intrepidez. Me han contado que, habiendo visitado, muy joven aún, el sitio de Gaeta, cuando la conquista del reino de Nápoles por los españoles, se le cayó al mar el sombrero durante la travesía. Quisieron cogerlo: «No—dijo—, no vale la pena; regularmente tendré que venir algún día a buscarlo yo mismo si las cosas no cambian de aspecto.» Como los príncipes no concurren nunca a las reuniones particulares donde van muchos ingleses, no he tenido ocasión de ver la actitud recíproca que mantendrían; pero esto sucederá en el Carnaval. Nuestro embajador ha anunciado que irá a ver las mascaradas y las carreras al palacio de Francia, en la calle del Corso, y que dará en el palacio una gran fiesta. Ha preguntado a milord Stafford (1) y a algunos otros si concurrirían aunque el rey de Inglaterra y sus hijos asistieran. Stafford le ha contestado que este nombre le era desconocido en Roma; pero que tendría siempre un gran honor en ir a su casa y en tratar a las personas respetables con todo el homenaje que se merecen en todas partes donde se hallan.

Los jóvenes príncipes son apasionados por la música y la conocen perfectamente. El mayor toca muy bien el violoncelo; el segundo canta los aires

(1) De la ilustre Casa Howard.

italianos con una linda voz de niño de muy buen gusto; celebran todas las semanas un concierto exquisito; es la mejor música de Roma; yo nunca dejo de asistir. Ayer entré cuando ejecutaba el famoso concierto de Corelli titulado *La Noche de Natale*, y expresé mi sentimiento por no haber llegado antes para oírlo desde el principio. Cuando terminó y se iba a poner a otra pieza, el príncipe de Gales dijo: «No, esperad; repitamos este concierto; acabo de oír a M. De Brosses decir que le habría gustado oírlo todo entero.» Os refiero de muy buena gana este rasgo, que revela gran bondad y cortesía.

Los ingleses pululan aquí, como ya os he dicho, y hacen muchos gastos. Es la nación preferida de los romanos, en recompensa del dinero que aquí se dejan, aunque en el fondo del corazón están por los alemanes en toda Italia. Noto que, en general, no hay nación menos querida que la nuestra, lo cual no proviene mas que de la mala costumbre que tenemos de dar siempre con ostentación la preferencia a nuestras costumbres sobre las de los demás, censurando sin miramientos todo lo que no se hace como en nuestro país. El dinero que los ingleses se gastan en Roma y la costumbre que tienen de venir a hacer un viaje por aquí como parte de su educación no les aprovecha apenas a la mayor parte de ellos. Los hay que son gentes inteligentes y tratan de instruirse; pero no es la mayoría. Muchos tienen una carroza de alquiler en la plaza de España, que se pasa el día esperándolos mientras emplean el tiempo en jugar al billar o cualquier

otra diversión análoga. Algunos creo que se marcharán de Roma sin haber visto mas que a sus compatriotas y sin saber siquiera dónde está el Coliseo; otros se consagran a la vida de sociedad. Nos visitamos mucho y comemos con frecuencia unos en casa de otros. Buscan nuestra compañía, sobre todo a Legouz y a mí, que nos ven siempre inclinados a reír, y convienen de buena fe que no se divierten mas que cenando con nosotros, y que entre ellos solos no hacen mas que comer y beber. Noto que no jugamos nunca, aunque entre nosotros haya jugadores empedernidos de una y otra nación; pero a fe mía somos prudentes en este artículo por fuerza en país extranjero, y Legouz más que ninguno. ¿Creeréis que no hay ninguno de nosotros que administre su dinero con tanta prudencia como Legouz, ni que gaste menos en el viaje? No diré otro tanto de Migieu; la aventura le va a costar cara; juega sin tasa cuando le da por ahí, y parece, por su obstinación, haber apostado quién se cansará antes, la fortuna o él. Hace también muchas compras en diversos géneros de curiosidades, como bronce, estampas, dibujos y piedras grabadas. De esto le alabo: hay que aprovechar la ocasión, y cuando se viene aquí, destinar a este gasto una parte de la suma del dinero del viaje. Yo pierdo todos los días, por economía o por avaricia, compras que sentiré mucho no haber hecho cuando no las tenga a mano y cuando el dinero se me haya ido y me quede sin las cosas. Espero, sin embargo, llevarme unos cuantos cuadros, bien pocos, estampas y

una cantidad de libros, sobre todo viejas ediciones de los antiguos tiempos de la imprenta. Los Lacurne prefieren las piedras grabadas; tienen tantas sortijas como M. Thibaudois. A Migieu le gustan bastante las cosas buenas, y es muy entendido, tiene ingenio, conocimientos y gran afición al estudio. No tenía relaciones con él cuando nos hemos encontrado aquí; cada día vamos siendo más amigos. Ya os he dicho que Legouz y él no se entienden muy bien; desde que estamos todos reunidos, como tenemos tres carrozas, vamos de dos en dos; los dos hermanos juntos; Legouz se ha hecho el compañero de Loppin, y así nos hemos encontrado juntos Migieu y yo, lo cual ha dado lugar a que, como estamos siempre juntos, nos hayamos conocido más a fondo. Es frío, y su aspecto no previene en su favor; es testarudo, pero en el fondo su afán de contrariar no está mas que en las palabras; en los actos es complaciente; tiene un corazón bueno, franco, recto, noble y desinteresado cuanto es posible; es en todo un hombre muy estimable.

XLI.—A M. DE QUINTIN

Continuación de la estancia en Roma.

¿Está, pues, escrito, señor procurador general, que será preciso que os sirva de *cicerone*, llevándoos de la mano todos los días a vagabundear por las calles de Roma, de una parte a otra de la ciudad?

¿Por qué no tomáis a Ficoroni, como yo he hecho? Es el guía ordinario; se le da un cequí diario. Pero queréis las cosas baratas, y yo os enseño gratis la linterna mágica. Dicen que Ficoroni es un hábil arqueólogo; en efecto, ha publicado algunas obras pasaderas en este género; aquí se las da de ser miembro de nuestra Academia de Bellas Letras. Juzgad lo bien que se dirigía para tomar este título. Saint-Palaye se contentó con ponerle mala cara, y gracias a nuestra indulgente reticencia se ha quedado en posesión de su título. Lo mejor que me ha enseñado es saber que es muy viejo y sordo como una tapia. ¡Pluguiera a Dios que también fuera mudo! Esta clase de gentes, cuando van con uno enseñándole las antigüedades con su varita, os recitan con el mismo sonsonete toda la retahila de lo que saben o de lo que no saben, como el fraile que enseña el tesoro de Saint-Denis, sin preocuparse de si se tiene o no interés en escucharlos o si se tiene prisa por ir a otra parte, sin pararse un minuto. El buen Ficoroni acabó pronto con mi paciencia. ¡Qué diablos, a mí me gusta también hablar un poco a mi vez! Le despedí el primer día; haced otro tanto conmigo si sois prudente, puesto que su mal ejemplo me ha contagiado. Vais a daros cuenta en la carrera de hoy, en la cual voy a comenzar por plantaros en el centro mismo de la ciudad, en la plaza de los Santos Apóstoles.

Está completamente rodeada por la iglesia de este nombre, precedida por una columnata mediocre, y no tiene en el interior mas que pocos objetos

de curiosidad; por el palacio Colonna; por el del duque de Saint-Aignán, nuestro embajador; por el de Odescalchi, y por el palacio Mutti, donde vive el rey de Inglaterra.

El vasto palacio Colonna, de poca apariencia exterior, recompensa, cuando se ha entrado, por su magnífica escalera, sus ricos muebles, su invernadero, y sobre todo por su soberbia galería, preferible acaso a la de Versalles y llena de cuadros exquisitos. Está sostenida por columnas desmesuradas de mármol amarillo antiguo, que, dividiéndola, forma dos salones en los extremos; el del rey es más largo y mejor decorado; pero éste es más augusto. Es una pieza muy notable y casi sin igual en la misma Roma. El techo representa las victorias de don Juan de Austria y del príncipe Colonna, jefe del ejército católico en la batalla de Lepanto; los muros están adornados con profusión de cuadros preciosos: paisajes de Gaspar Poussin y del Lorenés; el *San Francisco*, del Guido; una *Mater Dolorosa*, de Guerchin, vestida con una toga verduzca tan viva y tan fresca, que el lapislázuli no parece tener más brillo. Me ha sorprendido encontrar este brillante color en una obra de Guerchin, cosa que no acostumbra; pero me he quedado atónito ante un pequeño cuadrito del Correggio, de quince pulgadas de largo, representando tres o cuatro muchachas desnudas, completamente al natural, que entran en el río para bañarse, juegan y se tiran agua; son de una gracia, de una gentileza, de una frescura, de una seducción capaz de vol-

verle a uno loco. Nunca he deseado tanto poseer alguna cosa como este cuadrito. Me hubiera sido bien fácil; estaba completamente solo y no tenía mas que metérmelo en el bolsillo. ¡Ya veis qué lástima si ese zopenco de condestable se llega a quedar sin ese cuadro, que valiente cosa le importa, puesto que tiene quinientos otros que valen un dineral! Para mí hubiera sido la satisfacción de mi vida. ¡Malhaya mi probidad!

En la nota encontraréis algunos cuadros antiguos. En cuanto a mobiliario, he notado bellos tapices; tres estatuas de esclavos sosteniendo una vitrina de columnas de amatistas, provistas de estatuas doradas y con una placa de piedras preciosas; una cama de lujo con columnitas de mármol verde de Egipto, cuyo tablero, dorado, está hecho en forma de concha, que arrastran cuatro caballos marinos. Si alguna vez la señora condestable se ha figurado ser la Venus flotando sobre este canal, sería una verdadera Araminte de los Menechmes. ¡Jesús mío, qué Venus! ¡Ah, señora, qué bien disfrazada estaríais! Su marido es un buen hombre, de figura insignificante y de inteligencia como la figura; no le iría tan bien el disfraz de Vulcano, salvo que no es ni cojo ni cornudo. Hay otro palacio Colonna en Piazza Sciarra, donde podréis notar un balcón muy alabado, encima de una puerta dórica; dicen que es de Miguel Angel.

Nuestro embajador tiene un gran palacio, por encima del cual se ve, justamente en el medio, la columna Trajano, que parece formar parte de

él y servir de ornamento al patio; como es hombre algo entendido, que ama las letras y las artes, ha reunido varias cosas curiosas, entre las cuales he distinguido dos mesas de pórfido verde y una linda estatua de la niña Julia, hija de Augusto, jugando a la taba, copia de lo antiguo y, por lo menos, tan buena como el mismo original. Hay en este palacio un salón inmenso, donde el embajador celebró la ceremonia de imponer el cordón azul al príncipe Vaini con una pompa extraordinaria. Os juro que había en este asunto dos personas rebosantes de alegría: el que lo imponía por lo menos tanto como el que lo recibía. El duque de Saint-Aignán es el hombre del mundo más encantado de encontrar ocasión de hacer algún gran gesto brillante. No tiene menos gusto para las fiestas que su señor padre, que dirigía los torneos en los juegos de la *Princesse d'Elide*. Le he oído desear que hubiera en Francia el empleo de intendente de fiestas públicas y poder él desempeñarlo. De verdad que las entiende y las ordena con un gusto maravilloso, sin cuidarse del dinero que puedan costar, con tal que la ejecución sea rápida; así es que desafió al Gran Mogol a que le haga rico. Se había ya arruinado en la embajada de España; a su regreso, en la época *del sistema*, el regente encargó a Lau que pusiera a flote sus negocios; el uno fabricó billetes de Banco a discreción; el otro liquidó sus deudas; acaba aquí de despilfarrar su fortuna por segunda vez, y no oculta que sus asuntos están en este momento en un estado bastante comprometido y aun apurado.

Os he hablado del pórfido verde, y no quiero terminar sin deciros que hay tres especies de pórfido: el rojo, el verde y el negro; los tres muy preciosos, pero los dos últimos muy raros. No tengo idea de haber visto más pórfido negro que dos columnas en Santa María *della Navicella*. Tenéis en Francia, en la colección del cardenal de Polignac, una urna antigua de pórfido verde con asas retorcidas: es seguramente la vasija más elegante y mejor acabada que pueda verse; el verde es muy agradable; los otros dos, sobre todo el rojo, me parecen tristes. Creo que al pórfido, más que su color singular, lo que le ha hecho recomendable es el tamaño de sus piezas, su dureza y el pulimento perfecto que es susceptible de recibir. Análogamente las masas enormes son lo que han hecho apreciar el granito de Egipto y de Siria, ya que es de un color sucio y triste, y además, a pesar de su dureza, no es fácil de pulir. Así es que parece que los antiguos no trabajan las columnas de granito como nosotros no trabajamos las de piedra de talla, mientras que pulían con mucha exactitud los demás mármoles blancos y de color; el granito amarillento y rojo es un poco más pulido que el gris y el negro. Se encuentran fragmentos prodigiosos de pórfido, restos de la antigüedad, abandonados en medio de las calles o de los jardines, o sirviendo de guardacantones en los cruces de las calles. He observado que, a pesar de su extrema dureza, es expuesto a hendirse a lo largo y a desconcharse; pero a fuerza de estar al aire libre se ha hecho tan duro que las herramientas apenas si

pueden morder en él. Había yo tenido el propósito de que me hicieran una escribanía de pórfido de una forma elegante para mi mesa de despacho; el precio enorme que me han pedido por tallarla me ha hecho renunciar. Aun recién salido de la cantera no era propio para ser empleado mas que en columnas y en capiteles; no había que hacer ni estatuas ni bajorrelieves, que no quedan nunca bien trabajados ni acabados con el esmero necesario. La famosa pila de Santa Constanza, recargada de arabescos, no tiene apenas otro mérito que la dificultad de la obra.

Puede decirse que en Francia no sabemos casi lo que son los mármoles y que no se ve hasta que se viene a este país. Produce cien especies diferentes, más o menos bellas, pero todas curiosas: amarillo de Siena, blanco de Carrara, alabastro, brecha, turquí, griota, cipolino, portor, etc., cuya variedad, mezclada con el mármol antiguo, atrae la mirada con un brillo enteramente seductor e inesperado, como en la tumba de Ludovisi, que parece como rodeada por un vasto pabellón de tela amarilla ejecutado en mármol. ¡Qué riqueza en este género ofrece la incomparable capilla de San Ignacio, de que os hablaré en seguida! En Francia, excepto algunos bellos mármoles que sacamos de los Pirineos, no empleamos la mayor parte de las veces mas que esas feas imitaciones u otros mármoles de Flandes de color deslucido, terroso y ferruginoso. ¿Se me puede decir por qué nosotros traemos los mármoles de Flandes y no de Italia, donde

son infinitamente más hermosos y de donde nos resultarían, me parece, menos costosos de llevar, por lo menos a nuestra Borgoña, adonde llegarían sin grandes dispendios por mar, el Ródano y el Saona? Los antiguos romanos pecaban por el exceso contrario; no empleaban en sus edificios ninguno de estos bellos mármoles que tenían a mano; trajeron otros más bellos aún del Archipiélago, de Siria, de Egipto y de Numidia. ¡Qué gastos inmensos, ya que todos sus edificios importantes, grandes y pequeños, como templos, termas, pórticos, etcétera, si se exceptúa la enorme fábrica del Coliseo, que no es mas que de piedra tiburtina (1), eran o todo de mármol o por lo menos revestidos de lápidas de mármol! Gracias a las enormes provisiones que hicieron de él, tenemos los restos que se emplean hoy y que se cuidan mucho, sobre todo si las especies son raras, aserrándolos para hacer placas. Los hay maravillosos, ya por el brillo, ya por la singularidad de los colores, tales como el fengites, transparente, de color naranja; el pentélico, irisado como la cola de pavo real; el rojo de Numidia; el basalto negro de Etiopía; los alabastros, ondeados y floridos; el blanco de marfil; el amarillo rancio; el verde de Egipto; el pórvido verde; el verde amarillo y negro; el verde negro y blanco; el rico africano rojo, negro y rojo; el grande y pequeño antiguo negro y blanco, sin hablar de varios otros breches raros, ni tampoco de los jaspes y pra-

(1) Travertin.

sios que tiran a piedra preciosa y no se muestran apenas en gruesos bloques. Todos estos mármoles se distinguen, en general, con el nombre de *antiques*, es decir, que no se encuentran mas que fragmentos ya trabajados y que la cantera se ha agotado. No hablo aquí del pórfido rojo, ni de los granitos, ni del blanco de Paros, cuyas canteras no son ignoradas, aunque no se saque ya nada de ellas hace mucho tiempo. Este enorme gasto de los romanos, que iban a buscar tan lejos los primeras materias para sus edificios, caracteriza bien el vasto genio de esta nación, que en esto como en todas las cosas aspiraba siempre a lo mejor, sin retroceder ante las dificultades ni las lentitudes cuando se trataba de conseguir con sus proyectos el más alto grado de perfección. Cualesquiera otros que no fueran los romanos se habrían contentado con los buenos y hermosos materiales que tenían a mano; pero ellos querían el antiguo amarillo, que es más brillante que el amarillo de Siena, y el blanco de Paros, que tiene el brillo del azúcar, en lugar del blanco de Carrara, que tiene sólo el blanco de la leche. Por lo demás, de todos los mármoles antiguos y modernos no ve ninguno, a mi parecer, superior a los jaspes de Sicilia en cuanto al perfecto pulimento, la vivacidad, el brillo y la variedad de colores.

Se diría que la columna Trajano ha sido colocada allí de intento para embellecer el golpe de vista del palacio del embajador. Está detrás del cuerpo de casa de fondo, en una plazoleta poco digna de

ella; no es mas que el punto medio del terreno de la antigua plaza pública llamada *Forum Trajani*. El suelo se ha elevado de tal modo en el transcurso del tiempo, que rebasa hoy la parte de encima de la base de la columna. Han cavado todo alrededor hasta el antiguo suelo para dejar al descubierto la base y hacer uso de la puerta abierta en ella, por la cual se sube a lo alto de la columnata por medio de una escalera de mármol practicada en el interior de la caña. Es lástima que este magnífico pilar esté así enterrado; hay que bajar al foso para ver el pedestal, que es, para mi gusto, la parte más bella; sobre todo el pie inferior de la columna, admirablemente bien esculpido en guirnaldas de hojas de roble (o de laurel, si no me equivoco). Por lo demás, la plaza es hoy demasiado pequeña para un monumento tan elevado. Está adornada con dos lindas iglesias de cúpula: una es Nuestra Señora de Loreto, donde no debéis dejar de ver una excelente estatua de *Santa Susana*, por Duquesnoy (1): es una de las cuatro mejores estatuas modernas; la otra iglesia, que edifican actualmente, en rotonda, está dedicada al Nombre de María.

La columna es de mármol de Paros, con bloques puestos unos encima de otros, hechos como piedras de molino, tan prodigiosamente anchas y altas, que cada una constituye todo el macizo de la circunferencia del pilar, no teniendo, dicen, más que diez y siete piedras para la caña, y entre todas veinti-

(1) El Flamingo.

cuatro, incluso la base y el capitel, aunque el total tenga aproximadamente veinticuatro toesas de altura. Las pequeñas ventanas y los peldaños de la escalera de caracol están vaciados en la masa misma de cada bloque. La techumbre forma una terraza, rodeada de una balaustrada, desde donde se divisa cómodamente toda la ciudad y sus alrededores. La estatua de San Pedro ha substituído a la de Trajano, que, a lo que parece, se había roto. Sin esto, no imagino que a Sixto V se le hubiera ocurrido dar un bofetón al Papa Gregorio el Grande, su predecesor, quitando de la columna al santo emperador, que Gregorio, a fuerza de rezos y de ayunos, había tenido tanto trabajo en sacar del Infierno para colocarlo en el Paraíso. La historia militar de Trajano, esculpida en bajorrelieves sobre la columna, ha sido puesta allí más bien como un memorial de los hechos que como un monumento de arte. El dibujo es correcto, de un estilo severo, sin perspectiva ni delicadezas. Han agrandado las figuras a medida que se alejan de la vista; de suerte que todas las partes se discernen con igual facilidad. En una palabra: el artífice parece haber tenido el propósito de escribir en extracto anales que pudieran leerse de corrido y no cantar una acción, lo cual exigía una manera muy diferente de tratar el asunto. Hago de intento esta observación porque la creo aplicable a varias otras esculturas antiguas, que critican, a mi parecer sin razón, por no haber puesto bien en claro el objeto principal. El pedestal, excelente obra en trofeos de águilas

y de guirnaldas, no es menos propio para instruir a los artistas que la columna para instruir a los historiadores. Estos bajorrelieves están bien conservados, con excepción de los miserables agujeros que han hecho, lo mismo que en todos los monumentos antiguos, para arrancar las placas de cobre fijadas en los bloques de mármol. Esto requiere una explicación. Los romanos, en sus grandes obras, no empleaban para ligar las piedras sino la menor cantidad de mortero posible. Tomaban pedazos de mármol lo bastante pesados para ser estables por su propia masa; los lechos estaban perfectamente ajustados unos a otros y ligados solamente por una capa muy delgada de cal viva y de la misma piedra pulverizada; pero para consolidar los fundamentos todavía más, cavaban en el bloque de abajo una pequeña tronera cuadrada, de unas cuatro pulgadas de profundidad, propia para recibir una placa de bronce cuadrada, que quedaba saliente para entrar en la piedra de más arriba. Llamaban a estas piedras machos y hembras, acoplándolas así en un coito permanente. ¿Quién no hubiera creído estas placas de cobre perfectamente seguras dentro de estos groseros bloques? Sin embargo, los bárbaros, que lo advirtieron, fueron quitándolas todas, una después de otra, en todos los edificios antiguos, sin excepción, y sin derribar las piedras, picándolas de lado en una y otra cara hasta que pudieron llegar a las placas y sacarlas, y así veis todos estos edificios antiguos guarnecidos con cientos de agujeros por fuera, hechos para este lindo obje-

to. No cabe imaginar nada más penoso ni que sirva de menos provecho. No sé si se figuraron que estas placas eran de oro. No parece en modo alguno verosímil; pero ya podéis figuraros qué paciencia han necesitado tener, qué gastos en andamiajes han tenido que hacer alrededor del exterior del Coliseo, de la columna Antoniana y Trajano, etc., para sacar un pequeño pedazo de bronce del centro de una piedra de molino. Os juro que de todos los procedimientos humanos no he visto ninguno más incomprensible y más insensato; a causa de ello, los bajorrelieves están mal y con mala intención desfigurados.

No sé por qué nuestra Corte deja aquí a su embajador, teniendo que alquilar muy caro su alojamiento, en vez de aposentarle en el palacio de Francia, que el rey ha adquirido en la calle del Corso. Creo que pertenecía a los Mancini; es un edificio muy hermoso, cuya fachada por sí sola vale, por lo menos, el dinero que ha costado. El rey lo compró para instalar la Academia de Francia, compuesta de un director y de cierto número de alumnos pensionados en Roma para formarlos en las artes de pintura, arquitectura y escultura. Hermoso establecimiento de Luis XIV y digno de un gran soberano. Pero estos alumnos no ocupan más que los entresuelos, y el director está bastante ampliamente alojado en el piso segundo; de suerte que el primer piso, alhajado con ricos muebles de la Corona, permanece siempre inútil y vacío, salvo en ciertas ocasiones de ceremonia o de fiesta dadas

por el embajador. Este va a celebrar aquí la *conversación* en los últimos días del Carnaval, porque en la calle del Corso es donde se pasean las máscaras y se verifican las carreras de caballos, una de las principales diversiones de esos días. Agrandando este palacio con la adquisición de una casa adyacente se le daría, creo yo, bastante extensión para alojar al embajador y su séquito, al director y a sus alumnos. Entre estos jóvenes de la Academia de Francia ninguno me ha parecido anunciar un talento distinguido para la pintura; pero en escultura hay alumnos que hacen maravillas y que prometen mucho para el porvenir. No tienen que preocuparse en ir muy lejos para buscar sus modelos: han reunido a lo largo de la escalera y de las habitaciones del piso principal, hasta el íondo, copias vaciadas de los más célebres antiguos. Da gusto encontrarlas en tan gran número en un mismo lugar, donde están al alcance de la vista y donde pueden fácilmente compararse unas con otras. Es sorprendente que una manera tan cómoda, tan expeditiva y tan poco costosa de tener fieles copias de las antiguas no las haya hecho más comunes. A pesar de la exactitud, pierde en verdad mucho, no teniendo ni el brillo, ni el pulimento, ni ciertas durezas que tiene el mármol, aun a la vista, en vez que el yeso tiene siempre el aspecto de pasta; esto produce más efecto de lo que se cree. La fineza de las expresiones y la precisión de los contornos están infinitamente mejor reproducidos sobre un mármol duro y de un blanco brillante que sobre el blanco

pastoso del yeso moldeado sobre este mismo mármol, observación que puede hacerse en las estatuas de piedras lo mismo que en las de bronce, que nunca son tan agradables como las de mármol blanco; sin embargo, es ya mucho poder con tanta facilidad tener en estuco verdaderos antiguos. Si yo tuviera una gran galería para ponerlos, me apresuraría a comprar una buena docena, a pesar de los gastos de transporte y los riesgos de que se rompieran en el camino, puesto que fácilmente se recomponen. En lo por venir será más difícil adquirirlas; los que poseen hoy los moldes deben conservarlos con cuidado. Dicen que ya no permiten tomarlos sobre los originales, y que se ha notado que, al moldearlo, el yeso o el aceite manchaban y quitaban brillo al mármol.

Detrás del palacio de Francia está el palacio Odescalchi, llamado también Braciano, donde se veía hasta hace poco una colección exquisita de pinturas de Rafael, Ticiano, Veronés, muy bien conservadas, cartones de Julio Romano y, sobre todo, de los Correggio del *primo grido*; por suerte, ya no está nada de esto. Lo tenemos en Francia en el palacio Real; es lo que el señor regente compró a los Chigi o a los Odescalchi y que procedían de la reina Cristina (1). Quedan, sin embargo, todavía bastantes buenos cuadros y numerosos bellos antiguos: el *Fauno llevando un cervatillo*, el *Julio*

(1) Esta inestimable colección, vendida por el duque de Orleans (Felipe Igualdad) a principios de la Revolución del 89, ha pasado toda entera al extranjero.

César en traje talar, la Clytia metamorfoseada, una Venus admirable, etc.

Han hecho hace poco nuevas construcciones en el palacio Panfili (1) con ensayo de un orden nuevo adornado con flores de lis y cabezas de gallo, de un gusto que han creído galante y que no sólo tira al gusto gótico, sino que es aún más bárbaro. Es una cosa lastimosa verlo en medio de tantos otros de un gusto tan sencillo. Roma, donde no se encuentra ya hoy ningún pintor, no abunda, si no estoy equivocado, en arquitectos verdaderamente hábiles. ¿Por qué pretenden hacer mejor lo que está bien? Así es como los godos malditos nos trajeron su estilo laboriosamente minucioso y trabajado. Los italianos nos reprochan que en Francia, en las cosas a la moda, volvemos al gusto gótico; que nuestras chimeneas, nuestras cajas de oro, nuestras piezas de vajilla de plata, están contorneadas y recontorneadas como si hubiésemos perdido el uso de lo redondo y lo cuadrado; que nuestros adornos son completamente barrocos; es verdad. Por esto es más excusable, y aun quizás más conveniente, en estas pequeñas cosas, si este estilo no tuviera nada de exagerado, puesto que no pretenden excusar este ridículo barroco ni el defecto de nuestros rosetones de ornamento; como el gusto gótico es pequeño, delicado y detallado, puede convenir a los pequeños objetos, pero nunca a los grandes. Se posee la facilidad de tener a los unos por sí mismos

(1) Hoy el palacio Panfili Doria, en el Corso.

y enteramente bajo nuestra mirada; es preciso que los otros se pongan bajo nuestra vista por la sencillez de sus construcciones.

El contorno de nuestras chimeneas es más elegante que el de las de los italianos, que en este respecto no conocen más que lo cuadrado. En general entendemos incomparablemente mejor la distribución, los ornamentos, el orden y las comodidades de lo interior; ellos, la magnificencia, la gran manera de lo exterior. Los dos gustos reunidos harían una casa perfecta; falta saber si no se perjudicarían el uno al otro, pues la arquitectura exterior sería un gran estorbo para la distribución de lo interior. Al talento del artista corresponde armonizarlos; en todo caso, lo interior es lo que debe ser sacrificado. Un monumento, para ser bello, tiene que empezar por serlo en la calle; ni el arquitecto ni el transeunte se apartarán nunca de esta norma. Con todo esto, ¿no hay para el propietario un justo medio entre el furor de los pequeños gabinetes que nosotros padecemos y las inhabitables galerías italianas?

Los Panfili tienen gran cantidad de hermosos cuadros. *Los siete sacramentos*, del Poussin, tan buenos o mejores que los del Regente; tres o cuatro paisajes de los más célebres del mismo autor; una o dos obras del Schedone, muy raras; retratos por Rafael, y otros.

Al salir de ahí para ir a la plaza de San Marcos no olvidéis que no hay que entrar en el palacio de San Marcos, porque es un viejo y feo caserón com-

pletamente indigno de recibir a un fiscal general del rey, aunque el rey en persona lo haya habitado. Era preciso que Roma fuese todavía en el siglo xv una fea ciudad, puesto que no tuvieron mejor alojamiento que ofrecer a Carlos VIII cuando hizo su entrada triunfal.

Todavía menos olvidaréis, al pasar, *un'occhiata* al lindísimo palacete de Carlo d'Aste, no sólo por su bonita fachada y sus balcones, sino más aún porque tiene el honor de alojar a la hija del referido Carlo, una muy bonita dama Ricci, de la cual me he enamorado con pasión. Sabed que desciende en línea directa de Renaud d'Aste y que me aprendo de memoria la oración de San Julián, impaciente por recitarla con provecho. Hay allí, sin embargo, un cierto *dom* Pablo Berghiere que me da mala espina; tiene siempre las narices metidas en los cabellos de la dama; no se los ve jamás al uno sin el otro. No olvidéis tampoco en San Romualdo el cuadro de Andrés Sacchi, uno de los célebres de Roma, representando la *Predicación de San Romualdo* en un delicioso valle de los Apeninos.

La iglesia de Jesús es absolutamente bella, lo mismo por fuera que por dentro; pero en el interior no se tienen ojos mas que para la admirable capilla de San Ignacio, obra maestra de magnificencia y de gusto. Merece colocarse entre los más hermosos objetos que pueden verse, no habiendo en ninguna otra parte un conjunto de mármoles tan bellos y tan perfectos; no es una capilla aparte encerrada en sí misma: está situada al fondo del ala izquier-

da. Si esta forma de construcción le quita alguna ventaja, le da en cambio la de atraer las miradas. Está entre dos pilares del crucero, de pilastras manchadas de amarillo antiguo, sobre bases de mármol africano rojo, amarillo y negro, coronados por un friso de alabastro cargado de hojas de bronce dorado, sobre un zócalo de *giallo verde* antiguo, con estatuas de bronce en las acróteras. El pavimento es de mármol mezclado; las gradas del altar, de pórfido, y la escalinata, de mármol en trozos, como una alfombra. Todo el primer plinto del piso bajo es de granito antiguo surcado de gruesas manchas negras y blancas, maravillosamente bello. Este primer zócalo soporta un segundo, amarillo antiguo, que sostiene pedestales de verde antiguo: unos, de alabastro ondeado cargados de bajorrelieves dorados de oro molido; los otros, de ágata florida dispuesta con un artificio excelente.

Los pedestales tienen encima un zócalo antiguo negro y blanco, soportando en la parte posterior cuatro pilastras de lo mismo y en la anterior cuatro columnas acanaladas, de lapislázuli, teniendo las canales, las bases y los capiteles de bronce dorado con oro molido. La arquitectura y la cornisa son de verde antiguo; pero entre las dos reina un friso de lapislázuli sobre el cual corre un arabesco de bronce dorado. El altar, en forma de tumba, donde reposa el cuerpo de *San Ignacio*, es de bronce dorado. Encima, en un nicho de alabastro de Oriente y sobre un pedestal de mármol africano, está la estatua, de plata, de *San Ignacio*, vestido con orna-

mentos sacerdotales de plata sobredorada, bordados de pedrería. A la derecha de las columnas un grupo en mármol blanco de Paros representa a la Fe, que convierte a un japonés; a la izquierda, la Religión derribando a la Herejía. Más lejos, dos credencias de alabastro florido, y los revestimientos de los cuerpos de atrás, con puertas, balcones, etcétera, también en alabastro florido mezclado con alabastro amarillo y verde antiguo, bajorrelieves y medallones de bronce, estatuas de ángeles, de plata bruñida, etc. Esta obra maravillosa, sin igual en el mundo en su género, es del hermano Pozzi, jesuíta. Dos escultores franceses, Legros y Juan Theodon, han hecho las estatuas.

La otra iglesia de los jesuítas, llamada de San Ignacio, es todavía más grande que la precedente y no es casi menos bella; es una de las más vastas de Roma después de la de San Pedro; no tiene, como éstas, más que tres naves, separadas por dos filas de pilares rodeados de columnas corintias. Su magnífico pórtico, con pilastras, es del Algarde. La capilla de Gonzaga, por Pozzi, en columnas retorcidas verde antiguo, rodeadas de ramajes en bronce dorado con oro molido; en medio, una excelente estatua de *Luis Gonzaga*, por Legros. En el sitio de la cúpula, porque no está hecha, el hermano Pozzi ha pintado al fresco, sobre un techo de tela, la figura cóncava de una cúpula en perspectiva. Esta obra, de la cual sin duda habréis oído hablar, tiene una gran reputación. En efecto, es de una ejecución atrevida, fácil y sorprendente; pero aun-

que sea reciente, los colores se han vuelto muy pardos. Creo que cuando fué pintada era de un efecto superior al que produce hoy.

Para no interrumpir lo referente a la sociedad pasamos al Colegio Romano, edificio muy vasto y de gran apariencia, aunque de arquitectura muy sencilla. La galería está llena de cosas curiosas sobre la historia antigua y sobre la historia natural; han sido reunidas allí por el P. Kircher. Encontraréis allí, mi querido Quintín, gran número de lindos cachivaches a propósito para hacer compañía a los del salón de vuestro jardín. ¿Cuánto daríais, por ejemplo, por tener esas dos momias que Pietro della Vallo hizo desenterrar en Egipto y que regaló a su regreso al P. Kircher? No se conocen otras más grandes ni mejor conservadas. Confieso que las vi con singular placer; no es nada aún en comparación del que tendríais en poseerlas. No las echéis de menos, pues que los buenos jesuítas os las guardan con todo el cuidado posible.

En la vecindad de Jesús está el palacio Altieri; apenas si hay en Roma ninguno que yo prefiera a éste. La fachada exterior, que da a dos calles, es inmensa, regular y magnífica; las habitaciones, claras y bien dispuestas, ricamente amuebladas y plenas de excelentes pinturas. Aunque esta colección es una de las más hermosas y mejor escogidas que hay aquí, no os hablaré de ella por el momento, no habiéndola todavía visto mas que una vez y muy poco detenidamente. No hice mas que tomar al vuelo notas en mi agenda, y me propongo volver

a examinar la colección a gusto; entonces podremos decir algo sobre ella, lo mismo que de la biblioteca, de las estatuas antiguas y de cierto precioso espejo de cristal de roca, con bordes de oro guarnecidos de pedrerías, que enseñan a los viajeros como el objeto de más mérito.

El palacio Strozzi tiene también grandes habitaciones, cuadros, estatuas; pero lo más admirable es la colección de piedras grabadas, entre las cuales están los dos admirables camafeos de Livia y de Séptimo Severo y la famosa ágata-ónice conocida con el nombre de «la Medusa de Strozzi», reputada, y con razón, como el primer camafeo que existe, sea por el tamaño, sea por la perfección del trabajo. Esta Medusa es excelentemente bella, y os aseguro que no petrificará a nadie, a no ser de admiración. Hay en el palacio Strozzi gran cantidad de curiosidades de esta clase en medallas raras, piedras preciosas singulares, piedras grabadas antiguas, una, entre otras, que me dicen ser un diamante (me costó trabajo creerlo); plantas marinas, conchitas, libros y estampas de Historia natural, porcelanas, fragmentos de una estatua de cristal de roca, y otras cosas, en el detalle de las cuales me guardaré de entrar. Pero nada me gustó tanto como la bagatela siguiente: es un librito en cuarto oblongo, donde están imitadas en vitela todas las especies de mármoles antiguos y modernos, imitación hecha tan maravillosamente que cada hoja parece ser de mármol efectivo. No puede encontrarse una colección de muestras de mármoles

más bonita ni más manuable. Este libreto estaba abandonado sobre una mesa en la antecámara de los criados. Siento no haberlo pedido; quizá me lo hubieran dado. No parecían hacer mucho caso de él, y me habría procurado un placer singular.

La pequeña plaza de la Minerva no tiene por toda decoración mas que un gran elefante de mármol sobre una base en medio de la plaza, llevando sobre las espaldas un obelisco antiguo de granito recargado de caracteres de escritura: es el del templo de Isis. La idea de haberlo colocado sobre el dorso de un elefante está bien pensada; la obra es del caballero Bernini. El elefante vuelve la cabeza del lado del convento de los dominicos y parece echar la trompa hacia atrás, a propósito de lo cual me han dicho en dos malos versos una mala desvergüenza latina:

*Stans elephas retro versa proboscide, dicit:
Dominici fratres, hęc ego vos habeo.*

La iglesia, en otros tiempos templo de Minerva, sin ninguna apariencia en lo exterior, no ofrece mas que un mediano golpe de vista por dentro. Se ven, sin embargo, en detalle varios objetos curiosos, sobre todo las tumbas de los cardenales Cazanata, Pimentelli, Alejandrino, de los Papas Urbano VII, Pablo IV, León X, Clemente VII, Benedicto XIII. La de este último, que acaba de salir de las manos del artífice, supera a todas las demás en magnificencia. El convento de los religiosos es vasto y absolutamente bello. Estos seño-

res dominicos tienen aquí vara alta entre los frailes, en las propias barbas de los jesuítas. Tienen la Inquisición y el cargo de mayordomo de palacio. Han tenido últimamente como general a un padre Cloche, francés de nacimiento, hombre de un mérito singular, que disfrutaba aquí de la más alta consideración. He trabado conocimiento con uno de ellos, llamado el padre Bremond, natural de Besançon, a quien algunas veces visito con agrado; es un hombre prudente, dulce, juicioso, de una buena conversación y estimado en su Orden. Es asistente del general y bien pudiera ser que él lo fuera. No le conozco sino un defecto espiritual, y es creer de buena fe que porque Benedicto XIII era dominico hacía realmente milagros. Es tío del joven Bremond, de la Academia de Ciencias, donde éste ya se ha hecho una reputación distinguida.

La más bella biblioteca de Roma es la de la Minerva. La nave es grande, clara, cómoda, distribuída en dos pisos por una tribuna, como la del rey en París. Es pública y está casi siempre llena de gentes que trabajan. He encontrado allí excelentes manuscritos de Salustio, que no están coleccionados actualmente. Sirven bien al público y con afabilidad.

Todo el barrio della Valle ha recibido su nombre de nuestro querido viajero Pietro. Era de una familia muy ilustre, extinguida hoy (a menos que quede, según dicen, una rama en Sicilia), aunque había dejado catorce hijos de la Mariaccia, babilonia con la cual se casó a su vuelta y con la cual yo

sospecho vivamente que se divertía mientras tanto, para calmar el dolor en que le sumía la pérdida de la muy ilustre Siti-Maani, su legítima esposa. Tenía cerca de la iglesia su palacio, adornado de esculturas, que pertenece ahora, según creo, a la Casa de Austria. Esta grande y bella iglesia della Valle, una de las más hermosas de Roma, os es sin duda muy conocida por la admirable cúpula representando el Paraíso, pintada al fresco por Lanfranco, de un atrevimiento, de una facilidad y de una *vaghezza* maravillosos; es una obra de primera clase. Hay figuras vigorosísimas de tono y de un tamaño archigigantesco, que hacen huir a los demás *ultrà Saromatas*; el conjunto hace desde abajo un prodigioso efecto de perspectiva. Sin embargo, después de haberlo visto quedaréis por lo menos tan contentos de la cúpula del coro, pintada por el Dominiquino, de una perfecta corrección de dibujo, en el estilo antiguo, y con una precisión que se aproxima, más que a la exactitud severa del Pousino, a la gracia severa de Rafael.

Encontraréis en este barrio algunos restos de la antigüedad: las ruinas de los baños de Agrippa (hoy el arco de la Ciambella); los baños de Nerón, sobre los cuales están edificadas los palacios Madama y Giustiniani: el primero, perteneciente al gran duque, mucho menos vasto que el otro, pero mejor proporcionado y de una arquitectura más agradable a mi gusto; además de que este último, a pesar del encuadramiento de sus puertas en verde antiguo, tiene en el interior un aire pobre y poco

limpio. No se podría creer la inmensa cantidad de estatuas antiguas que se encontraron en los baños de Nerón al edificar el palacio Giustiniani y que se han reunido después. Pero todo ello, bueno y malo, está mezclado y amontonado sin orden y sin gusto en el pavimento de una gran galería desprovista de todo ornamento; es menos una galería que un almacén. Otro tanto digo de la inmensa profusión de cuadros con feos marcos, mal colocados, los unos pegados a los otros, con mala luz, a lo largo de estas grandes habitaciones oscuras. Hay, sin embargo, una gran cantidad de bellas pinturas entremezcladas con otras, muy numerosas, que son mediocres; por ejemplo: varios hermosos Caravagios, los *Mercaderes arrojados del templo*, del Veronés; *La Cananeã*, de Aníbal Carrachio; un retrato de *Julio II*, por Rafael, y el *Juicio de Salomón*, del Poussino, de una composición exquisita y de un colorido muy cuidado. Es, a mi parecer, el mejor de toda la colección, y aun uno de los mejores cuadros de caballete que yo conozco; es tal la composición, que no hay una sola parte cuya disposición deje de gustar y formar un conjunto que la mirada abarque fácilmente. El lugar en que pasa la acción figura una vasta extensión y su excelente perspectiva sirve para destacar perfectamente el lazo de los personajes entre sí y para hacer su acción completamente clara e inconfundible. El Poussino es maestro en la colocación de figuras, sobre todo cuando la acción que representa se desarrolla en el interior de un edificio. Pero en casi todos los de-

talles hay una precisión que no se encuentra siempre en las mejores obras de los grandes maestros; éstos rara vez proporcionan sus figuras al plano sobre el cual trabajan en vez de que el Poussino, por la atención que pone al trasladar al lienzo una sala entera y dejar a sus figuras de un tamaño pequeño, en razón perspectiva y proporcional a la altura del lugar en que las coloca, se procura a sí mismo espacio para disponer con toda claridad el asunto, dar a la vista del espectador reposo y comodidad y a todo el conjunto un gran aire de verdad.

Algarotti expresa sobre esto el mismo juicio. Me decía un día que hablábamos de estas cosas que la medida que el Poussino ha escogido de ordinario para la altura de sus personajes era la que los pintores deberían casi siempre adoptar como la más favorable, porque era la forma bajo la cual la vista abarca más fácilmente todo el asunto del cuadro, y que estimaba que esta disposición juiciosa había contribuído mucho al gran éxito de los cuadros del Poussino.

No dudo que este modo de proceder haya contribuído mucho al gran mérito de los cuadros de este famoso pintor, dando a su estilo el tono prudente, sabio y regular que en ellos se admira. Tenemos también un pintor francés, Dufresnoy (Carlos-Alfonso), que tiene el mismo cuidado, y cuya manera, a mi parecer, se acerca mucho a la del Poussino.

Pero ¿qué diremos de la fantasía que han tenido en el Giustiniani de llenar un salón de arriba abajo, por los cuatro costados, únicamente de Vírgenes de

Rafael? Vuestro servidor no ha contado cuántos centenares había; aun cuando fueran todas admirables, el total sería de una fatigable monotonía: para un buen original, treinta copias malas; y luego, algunos Perugino que pretenden pasar por de Rafael: algunas veces les resulta como puños de camisa a un perro. En cuanto a las estatuas, las más célebres son la *Diana de Efeso*, la *Dea Salus*, el *Meleagro*, el *Júpiter Imbraticus*, el bajorrelieve de *Amaltea*, el de una mujer que acaba de ofrecer un duro sacrificio a Priapo; ese pícaro no se anda con chiquitas con el bello sexo; ella se desmaya al marcharse, y aun no sé si es de dolor o de sentimiento; la *Craponia*, la bella *Cleopatra*, la famosa Isis, que encontraron en las excavaciones para los cimientos del convento de la Minerva, y que varios colocan en la primera clase de los antiguos, y el Apolo llevando bajo el brazo, como un mozo de comedor lleva la servilleta, la piel del pobre diablo de Marsyas, al que acaba de desollar. La piel de la cara conserva todavía un gesto de condenado y toda la impresión de la pena mortal que se le ha hecho con semejante ultraje. La invención de esta manera de expresar es completamente singular y sumamente ingeniosa. Entre las esculturas modernas, un pequeño grupo, admirablemente hermoso, de *José de Arimatea sosteniendo el cuerpo de Jesucristo*, por Miguel Angel.

Si queréis adquirir todo esto barato, por unos trescientos o cuatrocientos mil escudos, creo la cosa hacedera. El príncipe Giustiniani tiene una apa-

riencia bien endablucha; yo comí el otro día con él en la mesa del rey de Inglaterra; ni por su aspecto, ni por la acogida que le dispensaron se me habría ocurrido que se tratara de un príncipe ni que poseyera tantas Vírgenes de Rafael.

No pasemos tan cerca de nuestra iglesia de San Luis, llena de curas franceses, sin rezar un *réquiem* por los cardenales De Ossat, d'Angennes, de Foix, de la Bourdaisiere y otros que allí yacen *in pace*. Encontraréis por fuera un buen pórtico de arquitectura sencilla, postes de pórfido delante de la escalinata, y por dentro pinturas del Guido, del Dominiquino, del Muziano, etc. Desde allí no hay mas que un paso hasta el Correo, y allá voy a ver si hay cartas. Este maldito cartero me desespera; no acaba nunca de llegar, sobre todo cuando ha hecho mal tiempo el miércoles, que es el día que atraviesa el mar para llegar a Viarreggio. Cuando ocurre que el falucho no adelanta en su camino, no se oye ya hablar del maldito cartero hasta las calendas griegas; sin embargo, le está prohibido pasar por mar, por miedo a que las cartas sean retrasadas por el pérfido elemento. El rey paga las postas para pasar a lo largo de las costas de Génova por el camino de la Cornisa, donde yo he pasado tan malos ratos; a pesar de ello, no lo hace; se guarda en el bolsillo el dinero de la posta y se embarca en cualquier falucho, con muy poco gasto. La semana pasada, el mamarracho trajo un retraso de nueve días; es decir, que en lugar de llegar el domingo no llegó hasta el lunes de la semana si-

guiente. Estuve a pique de hacer una barrabasa; los caminos y el tiempo eran execrables; no había podido esta vez hacer la travesía por mar; pero había escogido perfectamente el momento para encargarse de tantos recados provechosos, que llegó con tres carricoches, que no diligencias, repletos hasta la imperial, y con los cuales no hubiera podido cruzar los terrenos cenagosos de Lombardía, ni hacer la travesía de los Apeninos. Mi parecer es que para lo que sirve, bien puede dejarlo.

El gran Colegio de la Sapiencia es semejante aquí, en su institución, al que llaman en París Colegio Real; es un monumento de vasta extensión, regular, dominado por campanario en espiral, de una rica y muy extraña escultura que no puede ser mas que del Borromini; el interior está rodeado por un pórtico de dos pisos; tiene una hermosa biblioteca y numerosos profesores.

La plaza de Navona, en otros tiempos *Circus Agonalis Alexandri Severi*, sería un lugar magnífico si no estuviera tan sucio; pero como allí está el mercado de hortalizas, etc., es peor que la plaza de Maubert. Hay que reconocer, sin embargo, que las fuentes son un poco mejores.

Casi toda una de las fachadas de esta plaza larga y estrecha (puesto que conserva su forma de circo) está formada por la iglesia de Santa Inés y por el antiguo palacio de los Panfili, que son dos edificios tan soberbios como se pueda imaginar. Nuestro Papa Corsini vivía en este palacio antes de su elección al pontificado. Era, siendo cardenal, el

más gran señor de Roma, y además, según se dice, uno de los buenos violinistas de Italia. *Avrei gran gusto di sentir* una sonata de Corelli tocada por Su Santidad; pero el pobre hombre ya no toca nada, salvo que tocará pronto su fin. No he visto todavía el interior de este palacio, donde me reservo para un techo de Pedro de Cortona, del cual hacen grandes elogios. Ya os he hablado de la principal fuente de la plaza de Navona, con su obelisco lleno de jeroglíficos, hallado en el mismo circo Agonal; aunque se estuviera hablando cien años no se acabaría de decir que no puede darse nada más augusto ni que más satisfaga; notemos, con este motivo, que sólo después de ver con frecuencia muchas obras de los maestros de primera fila puede uno formarse de ellos la idea que se ha extendido generalmente en el público; esto es lo que me ha sucedido, sobre todo con Miguel Angel y el Bernini. Varias de sus obras no me habían satisfecho; me dejaban siempre buscando en qué se había fundado su alta reputación; pero cuando se ve la cúpula de San Pedro y la fuente de Navona se exclama: «Con razón la fama ha colocado a estos dos maestros tan por encima de todos los demás.» El caballero Bernini no pudo hallar ocasión mejor para ejecutar su obra maestra, si lo que cuentan acerca de esto es verdad.

Se le habían entregado todos los dibujos de la iglesia de San Pedro, todos los planos y Memorias de Miguel Angel y del Bramante, para continuar el edificio dándole la forma de una cruz griega en

vez de la de una cruz latina; para que hiciera, en una palabra, cuanto quisiera de nuevo, con prohibición expresa de cambiar nada ni tocar lo que estaba hecho. Nuestro Bernini tuvo la ocurrencia de perforar una de las cuatro pilastras para practicar una escalerilla hasta la tribuna; la cúpula se agrietó en seguida y hubo que sujetarla con un aro de hierro. No es broma, y el aro está todavía; el daño no ha aumentado desde entonces. Desgraciadamente para el pobre caballero, se encontró en las Memorias de Miguel Angel que había recomendado *sub poena capitis* que no se tocara nunca a las cuatro pilastras macizas que sostenían la cúpula, sabiendo la masa espantosa con que iban a cargarlas; el Papa quería ahorcar a Bernini, que para redimirse inventó la fuente de Navona, que ha sido ejecutada por Algarde. Este, Ragi y algunos otros han trabajado en las estatuas. En verano cierran los desagües de los estanques; la plaza, cavada en concha, se llena de agua, sobre la cual se puede pasear en barca; las bellas señoras circulan en carrozas en torno del estanque, yendo y viniendo a lo largo de los edificios. Yo no he visto esto; pero supongo que harán un buen lavado anterior para limpiar la plaza de todas las inmundicias que veo allí ahora. Además de la gran fuente de en medio hay otras dos bastante considerables en los extremos: una de Ninfas y otras de Neptuno con sus tritones. Esta última es de Miguel Angel, del Bernini, de Flaminio Vacca, Leone del Sarzana, Silla de Milán y Taddeo Landini.

¿Qué decir de la iglesia de Santa Inés, de su pórtico, de sus *campaniles*, de sus cúpulas, de su forma oval, de su arquitectura de columnas corintias, tanto fuera como dentro; de su soberbio pavimento de mármol, de sus revestimientos de lo mismo, esculturas, dorados, estucos, pinturas, etc.? ¿No estáis conformes en que no se puede ver nada más rico ni mejor adornado? Por lo demás, habría muchos reparos que hacer a la arquitectura de este edificio, más magnífico que regular. Sería materia de largos discursos inútiles; es más breve ver la estampa; cada altar tiene un bajorrelieve en vez de cuadro, lo cual forma un buen contraste con las pinturas de las bóvedas y de la cúpula, ejecutada por Ciro Ferri y por el Corbellini, su discípulo, de una manera vaga y además dura. En el friso, encima de la cúpula, se leen, en grandes caracteres, estas palabras de la leyenda: *Agnes locum prostibuli ingressa angelum Domini invenit benè praeparatum*. Esto os indica que lo que hoy es un sacratísimo lugar era en otros tiempos sitio profano, donde unos malos emperadores paganos enviaban a pobres muchachas a sufrir por la fe cristiana. Así cambian las cosas: «Al cabo de cien años, los reyes son villanos», dice el refrán. El cuarto en que se practicaban las torturas subsiste todavía, en una capilla subterránea de la iglesia. Se ve delante del altar un admirable bajorrelieve del Algarde representando a *Santa Inés llevada al suplicio*; la santa está completamente desnuda; es una muchacha de catorce a quince años, con largos cabellos,

senos nacientes y todo su cuerpo lleno de *morbidez* y muy palpable, que es conducida por un grandísimo tunante de húsar, que se promete martirizarla sin piedad; en verdad le tengo lástima a la pobre niña, que no está en edad de soportar semejante fatiga; pero las cosas no pasaron como vuestro espíritu malicioso podría sospecharlo; en vez de este soldadote brutal se encontró con un lindo ángel del Señor, *benè praeparatum*, por lo cual hay que presumir que al cabo de poco tiempo se creyeron ambos en el Paraíso. ¿No os avergonzáis, señor fiscal general, vos que tenéis tan grave ministerio, por hacerme decir tantas locuras? Más vale que admiréis la incomparable belleza de este bajorrelieve, una de las más famosas obras modernas: la ferocidad del soldadote, el pudor y la vergüenza de la pobre niña... No es mármol, sino carne flexible y blanda bajo los dedos.

Detrás de Santa Inés se ve, en la plaza de los Libreros, una estatua antigua muy mutilada, pero tan célebre como la que más lo sea: es el señor Pasquín. Era un grandísimo charlatán de su tiempo; desde hace ya muchos años no dice ni una palabra, no siéndole posible entablar diálogos satíricos con su amigo Marforio, que yace también hoy en un patio del Capitolio.

Salgo del palacio de la Cancillería, que no me ha agradado mucho, como tampoco la visita que he hecho al cardenal Ottoboni, vicescanciller y decano del Sacro Colegio, que nos ha hecho una acogida bastante fría, cuando esperábamos ser re-

cibidos con demostraciones de afecto, puesto que es desde hace mucho tiempo Protector de Francia. Nos ha recibido casi como un ministro. He estado por decirle, para quitarle sus ínfulas, que no teníamos nada que tratar con él ni necesidad de verle. Es cosa divertida ver a monseñores los cardenales tomar el título fastuoso de Protectores de Coronas, imitando sin duda a los antiguos romanos, entre los cuales las grandes familias se atribuían la protección de ciertas provincias conquistadas. Pero aquí el caso no es igual; además, hay bastante diferencia entre el Sagrado Consistorio y la República romana. Ottoboni, hecho cardenal por su tío desde la edad de diez y siete a diez y ocho años, es el decano desde hace bastante tiempo; está viejo y decrepito, muy desacreditado por sus costumbres, habiendo sido toda su vida un perfecto rufián y poco circunspecto en materia de decoro. Le gustan apasionadamente la música y las artes; todavía este año daba en su casa grandes conciertos, en que a veces se ejecutaban motetes, en lengua vulgar, de Benedetto Marcello, noble veneciano y famoso compositor. Estos motetes tienen mucha fama; me han parecido de un estilo antiguo, de una expresión grave y bella, de una excelente armonía y de poco canto. El cardenal ha querido también introducir en la música la ejecución de algunos actos de óperas francesas, pero no han tenido éxito. Independientemente de la prevención que tienen aquí los naturales contra toda música que no sea la suya, hay que convenir en que nuestras grandes óperas no están

hechas para salir del teatro ni ser vistas despojadas del aparato del espectáculo, y menos aún para ser transportadas a un país donde nuestra lengua no es bastante familiar y donde se las ejecuta de un modo capaz de hacer morir de risa; es decir, poco más o menos como nosotros cantamos la música italiana en Francia. Ha hecho construir en su casa, para su música y su entretenimiento, una especie de teatro, que le ha costado muy buenos cuartos.

El palacio de la Cancillería es triste lo mismo por fuera que por dentro; las habitaciones me han parecido sombrías. El interior del patio está adornado con una hermosa columnata antigua y algunas estatuas. Hay buenas pinturas en los salones, paisajes de Lucatelli, cuadros de Trevisani, el único buen pintor moderno que vive aún; pero está ya muy viejo y hace muchos años que no trabaja. Una galería bastante bien adornada y una biblioteca considerable, que formaba parte de la de la reina de Suecia y cuyo complemento está en el Vaticano. El Vaticano ha recibido el mayor número de los manuscritos, y la biblioteca del palacio de la Cancillería las dos terceras partes por lo menos de los libros impresos; se encuentran en ésta, no obstante, muchos manuscritos, además de una hermosa colección de medallas y de piedras grabadas. Quedan también de la reina Cristina varios cortinajes de tapicería y algunos hermosos muebles. Cerca de allí hay que ver la iglesia de San Lorenzo in Damaso, muy adornada y muy recargada de pinturas y dorados, y la casa de Miguel Angel, construída por él mismo.

Otra visita al cardenal Rezzonico, en el palacio Altemps, no tanto por él, aunque es afable y civil, sino por ciertas antigüedades, y sobre todo una célebre *Bacanal* en bajorrelieve. A fe mía, tienen razón en decir que es de primera clase entre las antigüedades; pero había que poner en las palabras un poco de modestia: ¡hay allí una cabra con un sátiro!... ¡Ah, ah!, señor cardenal, *conveniunt satyris parum pudica protervis*. Pero, francamente, esto es un poco fuerte para la antecámara de vuestra eminencia.

Al salir de la casa del cardenal de Rezzonico (1), pasando por casualidad por delante de la iglesia de San Agustín, se nos ocurrió, por desgracia, tirar del cordón de mi carroza para que viera Legouz el famoso *Isaias* de Rafael. Mi ocurrencia ha sido fatal para un pobre lacayo que tenía Legouz. Se ha bajado del coche para saber qué queríamos, ha dado un paso en falso al bajar del estribo y se ha caído, rompiéndose el muslo a la altura de la cadera. Hemos hecho que le prestaran todos los cuidados imaginables, lo cual no le ha impedido morir. El *Isaias* de Rafael está ejecutado de un modo vigoroso, imitación de Miguel Angel. Dicen que Rafael pintó el profeta después que el Bramante le hizo visitar el secreto de la Capilla Sixtina, que pintaba Miguel Angel. ¡Qué genio no tendría un hombre que al primer golpe de vista se dió cuenta de que tenía que cambiar la manera gótica y dura que

(1) Que fué Papa con el nombre de Clemente XIII.

había tomado del Perugino, su maestro; que discernió en el momento todo lo que había de tomar de la gran manera de Miguel Angel y todo lo que había de reformar sobre la bella naturaleza de su gusto exagerado y feroz!

El Anima y la Pace, dos iglesias vecinas una de otra, tienen con qué satisfacer nuestra curiosidad.

En el Anima notad el pórtico y toda la fachada que le acompaña, y decidme si el mismo Borromini ha compuesto nada más ricamente original que esta obra de un arquitecto alemán, ayudándose con los dibujos del Bramante. Es una especie de pórtico en semicirca convexa, recubierta de una semicúpula. Por encima, otra columnata en semicirca cóncava, recargada de varios salientes y rinconadas revestidas de columnas. Este género de decorado, ni antiguo ni gótico y lo más alejado de lo sencillo que sea posible, no deja de tener magnificencia.

En la Pace encontraréis las famosas *Sibilas* pintadas al fresco por Rafael, de una exquisita corrección de dibujo; esta obra y el *Isaias* son las primeras que han elevado tan alto la reputación de Rafael. Está hoy muy estropeado, muy borrado, lo mismo que las otras dos *Sibilas* pintadas, frente por frente, por su compatriota Timoteo della Vite, de una manera también excelente. No recuerdo haber visto otra cosa de este Timoteo, que ha dejado aquí una gran muestra de su talento.

No olvidéis venir esta noche al oratorio con música en la capilla de los Padres de este nombre.

Se cantarán dúos, pequeñas óperas sagradas de Metastasio, música de Vinci. La obra anunciada para hoy es *Cain y Abel*. San Felipe de Neri, enterado de que no sabríamos prescindir de un espectáculo, ha inventado éste, según dicen, para apartarnos de estas malas tragedias profanas. Lo seguro es que nos ha procurado un espectáculo más y que le estamos agradecidos. Venid temprano, porque todo aquí merece vuestra presencia: la reunión, las voces, la música, la casa, la iglesia, la capilla, las pinturas, los estucos, las estatuas, todo es brillante, agradable y de un gran gusto.

Mientras llega la hora señalada emprendemos el camino del lado del palacio Farnesio. Ya veréis, al pasar, en San Jerónimo de la Caridad, el famoso cuadro de la *Comunión de San Jerónimo*, por el Dominiquino, tan estimado del Poussino, con razón, y que tiene una expresión absolutamente conmovedora. He oído decir que Andrés Sacchi lo prefería a la *Transfiguración*, de Rafael: *adagio, signor Sacchi, adagio*, eso es un poco fuerte. Acaban de hacer una copia en mosaico para la iglesia de San Pedro. Ved antes, en el Espíritu Santo, el *Martirio de San Javier*, por Luca Giordano. Es un gran pintor que me gusta mucho. No omitáis la casa de Falconieri, en la orilla del río. Además de la señora de la casa, que es bonita, encontraréis pinturas en pequeño número, pero bien escogidas; las más célebres son los *Amores de Venus y de Adonis*, del Albano, en cuatro cuadros conocidos con los nombres de los *Cuatro Elementos*.

Se queda uno encantado, al entrar en la plaza Farnesio, a la vista de las bellas fuentes en girándulas, con pilas de granito antiguo, de un tamaño increíble, aunque de una sola pieza. Subamos un momento a la casita de los Pighini para ver el famoso *Meleagro*, de mármol de color marfil, de que habla Plinio. Es manco el pobre hombre; es, según el parecer común, un antiguo del *primo grido*. Me costaría algún trabajo convenir en ello si encierro en límites estrechos mi primera clase de los antiguos. No se tiene apenas en estima esta estatua célebre; está tendida en el suelo en un cuartito. El propietario no es rico y tendría un mediano pasar vendiéndola; pero, desgraciadamente para él, en este país están establecidas las substituciones perpetuas de muebles; el *Meleagro* se encuentra en este caso, hasta el punto que Pighini no puede venderlo, lo cual le pone furioso.

El famoso palacio Farnesio tiene en su arquitectura exterior más majestad, grandeza y solidez que gracia y adorno. Es, sin embargo, obra de los más célebres arquitectos reunidos, entre otros Miguel Angel, que ha hecho la cornisa, que, naturalmente, es lo más hermoso. Pero no podré nunca atreverme a decir que una construcción sin columnas sea perfectamente bella; por otra parte, siempre se le guarda rencor cuando se acuerda uno de que para construirla esos insensatos Farnesios destruyeron una parte del Coliseo, que les proporcionaba un montón cómodo y vecino de grandes materiales baratos. ¡No hay que estar poseído del demonio para

cometer una acción semejante? ¿No valdría más cien veces que hubieran empleado tanto esmero y trabajo en restaurar el Coliseo que el que se ha empleado en restaurar el anfiteatro de Verona, y que no existiese el palacio Farnesio? El patio cuadrado está adornado con varios pórticos con pilastras y estatuas colosales. Os citaré tres de la primera clase, halladas las tres en las ruinas de la Antoniana, es decir, en las Termas de Caracalla: el *Hércules*, muy conocido con el nombre de *Hércules Farnesio*, para hablaros de él más extensamente; la *Flora*, que supera a todo otro antiguo por la perfección de sus vestiduras; estos dos han sido admirablemente restaurados por Guillermo della Porta, escultor moderno. En el fondo del patio, bajo un cobertizo, la *Historia de Dirce*, grupo espantoso, o mejor dicho, historia entera en un solo bloque de mármol. Esta obra se compone de la figura de Dirce, que Anfión y Zetus, para vengar la muerte de Antíopa, su madre, atan con una larga cuerda a las astas de un toro bravo; de una mujer y de un niño, espectadores de esta tragedia; en total, seis grandes figuras, puestas sobre una masa de rocas, sin contar el detalle, compuesto de figuras de animales, plantas, etc. Este detalle es bastante miserable, lo cual sucede con frecuencia en los más bellos antiguos, donde hay una figura principal exquisita con accesorios lastimosamente pobres, como si el maestro, desdeñando trabajarlos por sí mismo, los hubiera dejado hacer por un discípulo ignorante. Aquí la acción, las expresiones, las actitudes, son de un

gran fuego y de un gran estilo griego; la ejecución tiene, por lo demás, algo de rudeza y de grosería, que desagrada. Si se la coloca en la primera clase de los antiguos es más bien por el tamaño de la obra y por su ejecución prodigiosa que por cualquier otra razón. Esta masa está perfectamente bien conservada, aunque con frecuencia es transportada de un sitio a otro; había sido hecha en Rhodas por Apollonius y Tauriscus. Pollion la hizo llevar a Roma, según dice Plinio; Caracalla la colocó después en los baños. Los Farnesios la han transportado aquí a un lugar que sirve de almacenes (1).

Las habitaciones del palacio están todas desamuebladas: no quedan mas que las cuatro paredes, guarnecidas con algunas pinturas y una infinidad de estatuas antiguas, entre las cuales me ha costado un trabajo enorme descubrir la de *Salustio*, que yo sabía estaba allí y que, con gran asombro mío, nadie conoce aquí. La conocía yo todavía menos, puesto que no he visto nunca el original, ni vivo ni muerto. He tenido que hacer que me enviaran de Dusseldorf un dibujo de la copia de este busto, que había oído decir estaba en la colección del elector Palatino. Con el papel en la mano he reconocido el original, del cual llevo un excelente dibujo para hacerlo grabar al frente de mis obras.

¡Pobre de mí! Acabo de pasar un miedo horrible. Abría sin malicia la puerta de un cuarto vecino, cuando me topé con ese feo *Caracalla*; se había

(1) Este grupo está hoy en el museo de Nápoles, después de haber adornado por mucho tiempo el paseo de Chiaja.

plantado junto a la puerta y se puso a mirarme cara a cara con su fisonomía de réprobo; retrocedí presa del más ridículo espanto. ¡A fe mía, Quintín, es aquí el mejor de todos los bustos, aun por encima del *Julio César* del palacio Casali y del *Vitellius* de Génova! Encontraréis también otros bustos curiosos: *Homero*, *Séneca*, una excelente *Vestal*, etc. Entre las estatuas, la famosa *Venus* de hermosas caderas, obra maestra en el desnudo; *Apolo*, de basalto, que tiene el brazo por encima de la cabeza, uno de los más célebres antiguos; un *Hermafrodita*. ¿Qué más decir? Porque nunca se acabaría. No olvidéis el gran plano de la Roma antigua, en mármol, sacado del templo de Rómulo; le faltan muchos pedazos.

¿Qué elogios podrían también hacerse de la galería pintada por Aníbal Carracho que no estuviesen por bajo de los que merece? Las historias de las *Metamorfosis*, de Ovidio, están pintadas al fresco en el techo y sobre las paredes, de lienzos de tamaños desiguales; algunas de ellas en camafeos verdes, para mayor variedad; casi todas en color. Luis y Agustín Carracho han intervenido en esta obra, pero casi toda es de Aníbal. Esta galería es de la primera clase de las vastas composiciones. Todo bien examinado, puede figurar al par de las grandes obras de Rafael; el estilo y los dibujos no son muy inferiores a los de Sanzio; el colorido y la conservación, mucho mejores. Además se tiene el agrado de encontrar aquí asuntos alegres e imágenes risueñas en vez de esos perpetuos asuntos

de devoción, tan comunes en Italia, que por muy bien ejecutados que estén acaban al fin por fatigar, en fuerza de no ver otra cosa.

El palacio Spada, de una arquitectura que tiene algo de rústica, posee la famosa estatua de *Pompeyo*, encontrada en las ruinas de la Curia de Pompeyo, donde el Senado estaba reunido el día que César fué apuñalado. Esta circunstancia me parece tener algo de atrayente para la curiosidad, puesto que la estatua, aparte de que existen muy pocas de Pompeyo, es seguramente la misma al pie de la cual cuentan los historiadores que fué a caer César. He tomado dos dibujos, uno de frente y otro de perfil, muy exactos los dos; sin embargo, las dos cabezas no se parecen. No sé si habrá habido una fisonomía que fuese tan diferente, vista de frente o de perfil, como la de Pompeyo. Se ven también en el mismo lugar el grande y hermoso cuadro de la *Muerte de Dido*, del Guerchino, y algunas excelentes pinturas del Guido.

El duque de Mattei posee también en la galería de su palacio un retrato único: es el busto de Cicerón, única imagen auténtica que tenemos de este gran hombre. El nombre se ha encontrado escrito sobre la base; la nariz es moderna, pero se relaciona perfectamente con el rostro en conjunto. He mandado hacer un dibujo lo más correcto que ha sido posible de esta pieza original, por no satisfacerme los grabados que se han publicado y que no tienen ningún parecido con este busto. No podéis creer cuán difícil es hallar el exacto parecido en la copia

al lápiz de una estatua; aparte que es aquí una desesperación encontrar un buen dibujante. Me había figurado que en Roma los había de encontrar; nada de eso; van ya tres o cuatro veces que he tenido que cambiar de dibujante para la colección que hago sacar de los originales de los retratos antiguos relativos a mi Salustio. Os dejo en el palacio Mattei para que veáis despacio todo lo que contiene, es decir, una biblioteca bastante buena, una hermosa galería, los asientos curules, que proceden, según dicen, de la *Curia Hostilia*, los bajorrelieves antiguos y esculturas, dos entre otras, encontrados en el *Castrum Praetorium*: uno, que representa soldados; otro, el buey coronado que se les daba como recompensa, etc. En cuanto a mí, os advierto que no puedo ya tenerme de pie.

*Non più, signor, non più di questo canto,
Ch'io già son stanco, e vo posarmi al quanto.*

(ORLANDO.)

XLII.—AL SEÑOR ABATE CORTOIS DE QUINCEY

Inquisición.—Poderío papal.—Nepotismo.—Últimos Papas de este siglo.—Política.—Noche de Navidad.—Tribunales.

La libertad de pensar en materia de religión, y a veces de hablar, es por lo menos tan grande en Roma, mi querido abate, como en cualquiera otra

ciudad que yo conozca. No hay que creer que el Santo Oficio sea tan diablo como negro; no he oído hablar de ninguna aventura de gentes puestas al tormento ni por la Inquisición tratadas con rigor. El Santo Oficio tiene su palacio cerca de San Pedro; pero la Congregación habita en la Minerva. La componen doce cardenales y un cardenal secretario; el gran penitenciario preside este tribunal; está encargado de informar al Papa de los asuntos sobre los cuales se quiere *sentire il suo oracolo*. Además de los cardenales hay en la Congregación varios prelados, un comisario, un asesor y teólogos consultores, entre los cuales hay siempre un franciscano y tres dominicos. El maestro del sagrado palacio se recluta también entre los dominicos. Los consultores, con el comisario y el asesor, preparan las materias y dan su dictamen a los cardenales. Estos se reúnen los miércoles en la Minerva; tienen sólo voz deliberante y resuelven los asuntos, a menos que los estimen dignos de ser elevados al día siguiente al mismo Papa. Le dicen de qué lado se ha inclinado la mayoría de los sufragios, y él confirma el dictamen. Toda solicitud está absolutamente desterrada de este tribunal, hasta el punto que el juez solicitado tiene por fuerza que ir a declarar a la Congregación el nombre de los que le han solicitado. Dicen que no se prende a nadie mientras la prueba de su delito no esté bien patente, y que los delincuentes que van espontáneamente a acusarse a sí mismos son absueltos. El secreto está inviolablemente guardado. Así es como se lle-

van todos los asuntos que se quiere sean secretos por poco que se relacionen con el dogma. El asunto del cardenal De Noailles fué aquí examinado; ante este tribunal es donde se tratan, según me han dicho, aquellos en los cuales el Parlamento de París ha intervenido.

Nada más singular que la manera como se ha hablado aquí de nuestro jansenismo, sea del Estado, sea de religión, y de nuestra apreciación, unas veces elevada y otras baja, del poder del Papa. Es preciso, puesto que hablo de estas cosas, que os refiera el extracto de una conversación que hace poco sostuve con un hombre que tenía mucha inteligencia y saber. «Los franceses—me decía—son unas gentes extrañas. Ninguna nación católica aparenta menospreciar más la autoridad del Papa y ninguna se la atribuye mayor cuando le conviene. Si vais a pedir a la Corte de Roma una ordenanza cualquiera que no se le haya ocurrido adoptar, por muchas objeciones que os hagan pondréis por las nubes el poder del Vicario de Jesucristo. Hay que despachar en seguida vuestra solicitud; nada hay más sencillo: ¿Qué es lo que no puede hacer el Papa? Así es la *furia francesa*. Y luego, cuando el decreto se ha dictado, lo llevaréis a Francia, a vuestro Parlamento, que nos hará mil menosprecios. Sin embargo, cuando el escándalo se ha dado, nos encontramos en cierto modo con el compromiso de honor de sostener lo que hemos hecho; ¿no os correspondería a vosotros saber si lo que pedís es o no conforme a las leyes de vuestro Estado? Pero al mismo tiem-

po que os negáis en vuestro país a tener la menor deferencia hacia lo que emana de la autoridad papal en materia espiritual, parece como que pretendéis atribuir un respeto sin límites en esta misma materia, sea a vuestro rey, sea a vuestro clero. Este viene a pedirnos que condenemos cosas sobre las cuales habríamos guardado silencio, y cuando lo hemos hecho nos echáis la culpa de ello, nos acusáis de ser los autores de vuestras discordias, cuya única causa sois vosotros mismos. No tenéis razón; haced que no se pidan esas cosas si no estáis de acuerdo entre vosotros para apreciar que son buenas; o después de habérselas concedido, si no las aprobáis, evitad que se publiquen. Imitad a los alemanes, que guardan silencio sobre nuestras resoluciones cuando no les parecen bien. Puedo citaros como ejemplo la leyenda de Gregorio VII. El difunto Papa Benedicto XIII era un buen hombre, muy piadoso, muy débil y muy tonto; no tenía mayor entretenimiento que hacer santos. Le propusieron a Gregorio VII, y lo aceptó inmediatamente. Hubo que hacer un oficio al nuevo santo en el Breviario; había dos leyendas, ya hechas antiguamente, para uso de los que eran beatificados; se dió, sin más examen, la preferencia a la de los benedictinos porque, habiéndolo sido Gregorio, se les creyó mejor enterados de sus hechos y acciones. Desgraciadamente, en dicha leyenda es en la que se han encontrado las cosas estupendas que ya sabéis sobre el poder de los reyes. El nuevo oficio fué transmitido a todos los países católicos. El emperador, al cual la cosa

afectaba más personalmente, informado de lo que contenía, prohibió a todos los obispos de Alemania que permitiesen que dicho oficio fuera recitado, lo cual fué cumplido sin que nadie volviese a hacer la más mínima mención. Permaneció ignorada o se aparentó ignorar en Roma la orden dada por el emperador. En Francia el Parlamento promovió un escándalo, que produjo algunos nuevos movimientos por parte de la Corte de Roma, la cual, en efecto, no puede permanecer por completo en la inacción cuando ve condenar por el más alto tribunal de un reino las cosas emanadas de ella. Tenéis que dejar de creer que vuestros prelados y vuestros jesuítas sean nuestros emisarios, ni que les agradezcamos poco ni mucho que hagan ciertas gestiones que parecen favorables a nuestra Corte, y menos aún que el cardenalato sea la recompensa que les demos. No es que no obren con esta mira tanto como por la inclinación natural de aumentar la autoridad de su corporación: ése es el espíritu natural de todo Estado; pero si vienen a pedirnos la recompensa de estos pretendidos servicios, sabemos perfectamente contestarles: «¿Quién os lo había pedido?» Yo diría, por el contrario, que es más bien el favor de vuestra Corte lo que parecen perseguir estas gestiones. ¿No es por la designación de Luis XIV por lo que vuestros cardenales De Rohan y De Bissy han obtenido esta dignidad? En cuanto a los demás cardenales franceses, no hay uno solo que no haya sido designado por una Corona, y sin el rey de Inglaterra no es fácil que el

Concilio de Embrún hubiera servido gran cosa al que acaba de ser nombrado (1). Concluid de todo esto que los favoritismos de que os quejáis no son producidos de una manera especial por la protección de la Corte de Roma, y que si quisieran en vuestro país castigar severamente a uno de estos espíritus intrigantes por haberse tomado libertades, según vosotros, perjudiciales al Estado, no encontraríais ninguna oposición por parte de la Corte de Roma.

«Los franceses—añadió—se burlan de buena gana de las dispensas que con frecuencia concede el Papa, aunque tratándose de disciplina no pueda disputársele esta autoridad. Pero, según dicen, la extienden a veces hasta el dogma divino, por ejemplo, la indisolubilidad del matrimonio. Cuidaos bien de que no haya demasiada imprudencia en este reproche y pensad que precisamente de una dispensa de este género procede vuestra Casa reinante. Hay cosas sobre las cuales, lejos de insistir, vale más contentarse con el más leve pretexto que tenga color de apariencia. Es oportuno y aun necesario admitir en el mundo un poder capaz de romper en determinadas circunstancias ciertas obligaciones rígidas cuya rigurosa ejecución acarrearía terribles inconvenientes. Seguramente el matrimonio de Enrique IV, subsistiendo sin hijos con Margarita de Valois, era de este género, dado el estado miserable en que Francia acababa de verse sumergida. Habríanse ahorrado muchas crueldades en Inglaterra

(1) El cardenal De Tencin.

si desde un principio se hubieran dado aquí más facilidades al de Enrique VIII. ¿Y no sería un gran beneficio para Europa que el emperador se separase de su mujer y pudiera dejar posteridad con otra? Porque, en fin, no es difícil prever que la extinción de la Casa de Austria pueda ocasionar un gran conflicto (1). Otro tanto puede decirse de muchas cosas de una especie diferente, pero del mismo género.»

Este discurso me ha parecido contener bastantes cosas interesantes y por eso lo reproduzco con toda extensión. Es verdad que en cuanto a la leyenda de Gregorio VII, que ha metido tanto ruido, no ha habido ningún propósito deliberado por parte del Papa. No fué hecha en la época de la canonización; era una antigua leyenda que hacía mucho tiempo recitaban en Sicilia los frailes de esa Orden. La falta no consistió mas que en haberla adoptado con demasiada ligereza, sin examinar bastante lo que contenía. En cuanto a los jesuítas, no he advertido que, a pesar de su cuarto voto de obediencia al Papa, tuviesen aquí un crédito mucho mayor que los demás religiosos. El clero romano tiene sus jansenistas, y hasta los hay entre los cardenales; pero son de una especie diferente de los nuestros. El jansenismo de Italia no se refiere al hecho ni al derecho de las cinco proposiciones, ni a las ciento una, ni a la jerigonza de la

(1) La sucesión del emperador Carlos VI, último varón de la Casa de Habsburgo en Austria, muerto en octubre de 1740, no tardó, en efecto, en encender en Europa una guerra general, a la que puso fin el Tratado de Aquisgrán de 1748.

gracia eficaz o suficiente, sino a la cuestión de saber si la decisión del Papa *ex cathedra* es infalible o no.

Advierto aquí, en general, que esa ardiente vivacidad de los franceses, junto con la mala costumbre de preferir en grado sumo lo que se hace en su país a lo que se practica en otras partes, es una de las principales causas de que estén más mal vistos en el extranjero que ninguna otra nación. Se dice corrientemente que no se les puede tener por compañeros, que quieren ser los amos en todas partes y que hablan siempre en tono despótico. El carácter por dentro de la nación italiana simpatiza mal con nuestras maneras abiertas y poco circunspectas. Los italianos pretenden que el carácter general de nuestra nación es querer siempre hablar, cuando nos sería más ventajoso callarnos; nos encuentran completamente desprovistos de esa sangre fría (*flemma*) que tanto aprecian; convienen en que cuando unimos esta flema a nuestras otras buenas cualidades valemos más que otros. Todo esto es exacto; pero también es verdad que una de las causas generales del odio de las otras naciones hacia la nuestra es el gran poderío de Francia, que, al mismo tiempo que la hace ser temida y considerada por los grandes pueblos como la primera de Europa, excita la envidia y los celos contra todo lo que lleva el nombre francés.

Paso de este asunto al del nepotismo, sobre el cual ya sabéis que no queda gran cosa que decir (1).

(1) Este abuso se reprodujo bajo Clemente XIII. Clemente XIV hizo olvidar hasta el nombre del nepotismo; pero Pío VI lo hizo re-

Sus prerrogativas han decaído mucho de lo que eran antes; en otros tiempos no sólo el Papa podía dar a sus sobrinos todo cuanto quería de la Cámara eclesiástica y aun los feudos enajenados que volvían al Estado bajo su pontificado, sino que también podía desmembrar en favor suyo, a título de feudos, las tierras del Estado. De los antiguos abusos del nepotismo y del despojo de la Cámara apostólica es de lo que procede sobre todo la fortuna de los Aldobrandini, Borghese, Panfili, Barberini y otros. Semejante conducta no podía menos de reducir pronto a la nada a los Papas futuros; han cortado por lo sano: creo que fué Pío V quien abolió los privilegios del nepotismo. Si el Papa hiciese hoy semejante abuso de su poder, su obra no tardaría en ser destruída por su sucesor y además expondría a su familia a grandes persecuciones. Continúa, sin embargo, siendo siempre un buen oficio el de sobrino del Papa, sin contar el título de príncipe, que nunca les falta, como tampoco las grandes dignidades y los grandes beneficios; mientras viva su tío disponen de todo sin contradicción y manejan a su antojo las rentas y los efectos públicos. No son bastante cándidos para olvidarse de quedarse con la mejor parte, y cuando ven que el tío tiende a su fin no carecen de precauciones contra las investigaciones que pudieran hacerse en lo por venir. Una de ellas, segura, es la de hacer cardena-

vivir, con todos sus excesos más escandalosos, en favor de sus dos sobrinos Onesti, que cambiaron su nombre por el de Braschi, que era el de su tío.

les a los que han manejado la Hacienda, puesto que esta dignidad les dispensa de rendir cuentas de su administración. Así es que un pontificado basta para enriquecer a una familia. Después de todo, ya es bastante haber abolido los abusos excesivos del nepotismo; no sería de buena política llevar demasiado rigurosamente las investigaciones: *Alteri ne feceris quod tibi non vis fieri*. Cada cual se contenta de buena gana con que pueda llegarle su turno.

El príncipe Corsini es poderoso en bienes y en dignidades, habiendo nacido muy rico de patrimonio, además del engrandecimiento que le ha procurado la elevación de su tío. Es hoy gobernador de Sicilia y había sido nombrado gran caballero de D. Carlos, entonces infante, desde los primeros días del pontificado de Clemente XII. El Papa guardó silencio entonces sobre el asunto de Parma y de Plaisance, del cual la Santa Sede pretende tener sola el derecho de dar la investidura, lo que hizo sospechar a algunas gentes que sacrificaba el interés de la Corona al de su sobrino. Este sobrino tiene la reputación de hombre de mérito. El otro sobrino, el cardenal Corsini, no tiene mas que la de buen hombre; aunque todos los negocios estén bajo su gobierno, no por esto se le atribuye mayor capacidad; así es que están mal regidos. La consideración que disfruta hoy el cardenal sobrino no durará sino lo que dure la vida de su tío. Podía, sin embargo, saber mantenerse por medio de tantas hechuras de Clemente XII que están hoy en el

Sacro Colegio y que deberían hacerle dueño de designar el sucesor. El Papa actual es un príncipe débil; pero ¿cómo podría ser de otro modo a su edad de ochenta y siete u ochenta y ocho años, ciego desde los primeros años de su reinado y hoy moribundo y sin poder levantarse de su lecho? Es verdad, sin embargo, que en la fuerza de su edad era un hombre muy considerado y muy digno de serlo por su nacimiento, su inteligencia y la nobleza de sus maneras. Cuando era cardenal era el más magnífico señor de Roma y ostentaba más grandeza que ningún otro del Sacro Colegio. He oído decir que con frecuencia se afligía por la impotencia en que se veía de restablecer sobre mejor pie sus negocios y de que cuanto más gran señor iba siendo más tenía que luchar con estrecheces en su vida. *Son stato—decía—un ricco Abate, un comodo Prelato, un povero Cardinale ed un Papa spiantato.* No deja, a pesar de sus alifafes, de trabajar todavía, como puede. El cardenal Passionei, secretario de los Breves, me ha dicho que varias veces por semana va, de seis a siete de la mañana, a llevarle las solicitudes y los asuntos; cuando ha resuelto sobre ello se pone al margen de la solicitud: *Annui sanctissimus*, y le colocan la mano en el sitio donde ha de firmar; pero ya comprenderéis que no le dicen mas que lo que quieren. «Yo estaba un día en casa del Papa—me decía también este mismo cardenal—, cuando llegó un mensaje de parte de sus sobrinos para alguna cosa que al parecer no le agradaba. Noté que luchaba interior-

mente, y al fin exclamó bruscamente, según su costumbre: «¡Oh, bien; pues que hagan como les parezca, puesto que, después de todo, son los amos!» En resumidas cuentas: ¿qué puede hacer, con las mejores intenciones del mundo, un pobre viejo soberano que no puede ni moverse ni ver las cosas por sí mismo? Con frecuencia hay que acusar por los abusos menos a los gobernantes mismos que al vicio intrínseco de la forma de gobierno. A este propósito he oído contar que cuando se hubo terminado el palacio Altieri, los Altieri, sobrinos de Clemente X, invitaron a su tío a ir a verlo. Hizo que lo condujeran allí, y al contemplar desde bastante distancia la magnificencia y la extensión de aquella soberbia fábrica, se volvió a su casa con el corazón angustiado, sin decir una sola palabra, y murió poco tiempo después.

De la manera como hablan aquí de Benedicto VIII, las cosas debían ir todavía mucho peor en su tiempo. La opinión que tienen de él los que le han conocido no responde en absoluto a la que con frecuencia he visto que se tenía en Francia. Voltaire ha juzgado a propósito canonizarle en su *Henriade*:

«De los Ursinos de nuestros días ha merecido templos.»

Y pudiera ser que su Orden le hiciera canonizar de veras en Roma, aunque el público representa hoy contra él el papel del abogado del diablo. Es verdad que tenía mucha devoción; pero toda su piedad era monacal y no consistía mas que en mas-

cullar *oremus*. El padre Cloche, general de los dominicos, que lo conocía a fondo, decía de él: *Il cardinale Orsini e come il corno de caccia: duro, torto e vuoto*; era un carácter torpe y testarudo, sin exterior, sin dignidad, y todo esto amasado con cualidades contradictorias. No carecía de ingenio, aunque era muy majadero; se ponía de rodillas, por humildad, en su gabinete cuando escribía a su general, y era de una vanidad insoportable en lo tocante a la alcurnia. Cuando era arzobispo de Benevento no cesaba de declamar contra las abominaciones de Roma; «pero—añadía—estos desórdenes no osan mostrarse aquí, donde manda un hombre de mi linaje». Iba, desde que fué Papa, a hacerse dar de disciplinazos en su convento por un hermanito mientras recitaba los siete salmos; pero dejaba vender públicamente todas las cosas espirituales por Croscia, y cuando le mostraban el escándalo de la conducta de este miserable, respondía fríamente: *Ah!, che questo e niente*. Nada pudo nunca hacerle abrir los ojos con respecto a este hombre. Cuentan que el tunante le hizo un día avisar bajo cuerda que estaba encerrado en su cuarto con unas ramearas (cosa que le sucedía con frecuencia); el Papa corrió en su busca vestido con sus hábitos, y después de mirar por el agujero de la cerradura vió a Croscia prosternado a los pies de un crucifijo, y se volvió a su cámara llorando de enternecimiento. Había prohibido el uso de las pelucas en su diócesis de Benevento; le advirtieron que el abate Entieri, florentino, que me ha contado el hecho, iba con fre-

cuencia a Benevento llevando peluca; le hizo excomulgar por su limosnero. Es una mala cosa en Italia una excomunión. Entieri fué a verle; el cardenal, que ya no pensaba en el asunto, le recibió muy bien; cuando se trató de ir a misa, Entieri se negó, como excomulgado, y le refirió de lo que se trataba, añadiendo que como no pertenecía a la diócesis de Benevento no estaba sometido a la prohibición. «Eso es justo—dijo el cardenal—. ¿Y quién os ha excomulgado?» «Vuestro limosnero», respondió el otro. «¡Cómo!—replicó—. Es un bribón que no me ha dicho que no érais de la diócesis. ¡Que excomulguen a ese hombre!» E hizo excomulgar a su limosnero. No acabaría si quisiera contaros todas las historias que sé referentes a él. En una palabra: era un buen *frate*, pero un lamentable *pontefice*; era tan conocedor de las obras de arte que costó mucho trabajo impedir que autorizara un embadurnamiento sobre las grandes pinturas de Rafael en el Vaticano, para que pintase la vida de la Virgen un emborronador de cuadros de Benevento. Esto no le ha impedido hacer milagros durante su vida; por lo menos he visto al padre Bremont, dominico, hombre de buen sentido por lo demás, jurarme de muy buena fe haberle visto hacer milagros: tan grande es en todas las profesiones la prevención en favor del hábito que se viste, puesto que es positivo y muy positivo que el padre Bremont es inteligente y tiene sentido y juicio tanto como el que más. Pero, ¿qué queréis?, escribe la vida de este buen Benedicto; uno se apa-

siona por un asunto; y luego ¿creéis que no es nada tener un santo más en la Minerva, y un santo que ha sido Papa, en una época en que los santos se van haciendo tan raros? Nadie se acordaba de él en el conclave en que fué nombrado; fué Olivieri el que dió este mal paso. Los cardenales no podían ponerse de acuerdo; Orsini le endilgó un día un sermón muy patético sobre el escándalo de las intrigas. Olivieri dijo: «Nombremos a este buen fraile; es un hombre de gran nombre, sin vicios, piadoso y simple; le gobernaremos a nuestro capricho.» Alguien le objetó: «¿Pero qué vamos a hacer de ese Croscia, que lo maneja como un muñeco?» «¡Bah! —replicó Olivieri—. Croscia es un *abbatuccio*, que se tendrá por muy dichoso con marcharse dándole una prebenda de mil quinientos escudos de renta.» Ya tuvieron buen cuidado de decir después a Olivieri que no dejara de echarle fuera en estas condiciones. En cuanto a Benedicto XIII, hubo en realidad que vérselas y deseárselas para conseguir que aceptara la tiara, que rechazaba por humildad; murió la noche del martes de Carnaval; fueron a anunciar su muerte a la Opera; inmediatamente bajaron el telón, y el pueblo, después de haber exclamado: «¡Bueno, no hay más que hacer que ir a quemar a Croscia!», salió del teatro para ejecutar su proyecto. Habrían hecho pedazos al botarate aquel si no se hubiera dado prisa a escapar por una puerta trasera; su casa fué saqueada.

Su predecesor, Inocencio XIII, era de la Casa Conti, una de las cuatro grandes de Roma (Orsini,

Colonia, Conti, Savelli; pero los Crescenzi, Altieri, Giustiniani y otros, que no se creían menos que estos cuatro, no admitirían de buen grado esta distinción); Inocencio XIII, digo, era el mejor soberano de que se oye hablar hoy. Los romanos no cesan de elogiarlo y de lamentar la poca duración de su pontificado, que sólo fué de treinta meses. Dicen que todo empezaba a arreglarse a maravilla bajo su reinado; que la abundancia era grande, la policía perfecta, los grandes y el pueblo estaban igualmente contentos. El fué quien reunió a la Santa Sede la villa de Comacchio, que nunca había sido posible hacer que devolvieran los alemanes desde que se habían apoderado de ella. No nombró mas que dos cardenales: Alejandro Albari y Dubois. Pretenden que lamentó tanto el nombramiento de este último cuando supo lo zascandil que era, que este pesar anticipó mucho el fin de sus días. Lo cierto es que su muerte dejó varios capelos vacantes, pues no quería nunca nombrar cardenales aunque le interesasen vivamente, diciendo que, aunque pocos, resultaba demasiados los que ya había nombrado; nada de particular hizo en favor de su familia.

En cuanto a Clemente XI, aquí se le reprocha una gran incapacidad, y a su largo reinado se atribuye la pérdida de la política romana, que los italianos confiesan unánimemente está en decadencia. No puedo decir en qué ni por qué, no estando bastante informado. Recuerdo solamente un cuento que me refirió acerca de él, en Bolonia, el

cardenal Lambertini. Clemente se quejaba un día de tantos asuntos desagradables como sucedían bajo su pontificado; Lambertini le contestó que lo que más le disgustaba eran las disputas que había en Francia sobre la bula *Unigenitus*. «¡Eh, no!—replicó el Papa—. No es eso; son esas tropas alemanas, que llevan la desolación al Estado eclesiástico. Si la fe se pierde en Francia surgirá mil apóstoles para predicarla de nuevo; pero cuando la soldadesca haya arruinado a nuestro país todos los apóstoles del mundo no podrán conseguir que brote una col.» Si no ha sido un buen político, ha dejado en cambio un sobrino que se la sabe al dedillo (Aníbal Albani, el camarleno). Es un hombre habilísimo y un hombre terrible; no creo que Satanás sea más temido en el infierno que él lo es aquí. Aunque sea a la torpeza de Clemente XI a lo que atribuyen la pérdida de la política romana, ¿no sería más razonable remontarse a una causa más remota? Si el crédito del Pontífice se pierde de día en día es que la manera de pensar que le había dado vida se pierde también cada día. No hablo de los siglos en que los Papas excomulgaban a los reyes contra los cuales hacían la guerra, desligaban a sus súbditos del juramento de fidelidad, alegaban con cualquier motivo el famoso argumento de las dos llaves de San Pedro, una para lo espiritual, otra para lo temporal, se ponían por montera a Federico o hacían gravemente que les llevaran un globo terrestre para distribuir por medio del trazado de una líneas las comarcas de los pobres indios a los reyes

de España y de Portugal; hablo de una época más próxima a nosotros. Notemos la diferencia de este respecto entre los tiempos de Enrique IV y los nuestros.

Hoy el proverbio dice que hay que besar los pies del Santo Padre y atarle las manos; pero parece que se cumple con más exactitud el segundo de estos deberes que el primero. A pesar de esto, un Pontífice hábil estará siempre en estado de hacerse desear, de representar un grandísimo papel en Europa, por su cualidad siempre pacífica, por la neutralidad exacta que debe guardar entre todos los príncipes de los cuales dice ser el padre común, por su brillo aun como príncipe temporal (puesto que es en realidad un grande y poderoso soberano, y ¿qué sería si este poderío estuviese bien administrado?), por la preeminencia que nadie le disputa, y que en las negociaciones resuelve sin apelación, en todos los conflictos sobre el rango y el ceremonial, que con frecuencia retrasan los asuntos más graves y algunas veces los hacen fracasar; hasta por el viejo respeto que las naciones tienen para su nombre, y del que podría hacer un uso mucho más seguro hoy que ya no está en el caso de abusar de él. Por todo esto, el Papa debería considerarse como el verdadero Anfitrión de Europa y hacer de su corte la general de las negociaciones, el centro común donde se regularían todos los intereses de las potencias, bajo su mediación y su autoridad. Nadie la desconocería si fuera hábil y sin parcialidad; ni siquiera quizá la mayoría de los príncipes protes-

tantes, que no le odian hoy como hace dos siglos. Así, lo que ha perdido por un lado puede reconquistarlo por otro siguiendo sus propios intereses, que consisten en armonizar a todo el mundo, consagrándose a evitar las guerras y a mantener a los príncipes en la paz. Una vez la guerra declarada, ya no puede representar mas que un papel insignificante, no encontrándose en estado de tomar partido ni en posición de poder alejar de su país las calamidades. No puede apenas sobrevenir una discordia en Europa sin que Italia sea una de las principales naciones que entren en fuego; entonces, el Estado de la Iglesia, a pesar de su neutralidad, se ve atropellado bárbaramente. Cada cual se provee donde puede y a costa de aquel a quien pertenece. No hay mas que ver cómo los señores de Bolonia se encontraron por las discordias de las Casas de Austria y de Francia. Todo esto no son mas que flores y rosas en comparación de lo que puede suceder el día menos pensado, cuando la Casa de Austria se encuentre extinguida por la muerte del emperador; hay por el mundo una Farnesio con la cual las cosas no tendrán fácil arreglo (1). Entonces, ¡desgraciadas de las buenas gentes que se encuentren en medio de la Lombardía, la Toscana y Nápoles!

No es que el Papa no pudiera tener plazas fuer-

(1) Isabel Farnesio, sobrina del duque de Parma, segunda mujer de Felipe V, falleció en 1786. Se ha dicho de esta princesa que tenía la altivez de una espartana, la testarudez de un inglés, la finura italiana y la vivacidad francesa.

tes y tropas suficientes para su propia defensa; pero ¿de qué manera podrían hacer esta defensa? Las tropas del Papa serán siempre las tropas del Papa. ¿Quiénes son esos guerreros que no han guereado nunca? Todo su plan no debe ser otro que procurar la paz perpetua y la capacidad de mantenerla.

El Tribunal de Monte-Cittorio es como el Juzgado municipal de Roma; es el que entiende en las causas de primera instancia, y de aquí proviene su nombre de *Mons Citatorius*. Los ocupantes son *Monsignori*. El Tribunal de la Rota es como el Parlamento; allí se ven las causas que se originan por intereses temporales entre los eclesiásticos de todos los países papistas, excepto Francia. No obstante, hay un auditor de la Rota francés, porque se puede dar el caso de que un francés entable proceso contra un extranjero sujeto a la jurisdicción de la Rota. Esta es la regla común. Los auditores consejeros son en número de doce: un francés, un alemán, dos españoles, tres romanos, un boloñés, un ferrarés, un milanés, un florentino y un veneciano. Nada me han dicho de los napolitanos, y tengo que preguntar la razón. Su manera de juzgar es muy diferente de la nuestra. De los doce auditores no hay para cada asunto mas que cuatro que juzguen, y esto por turno, según una regla que tienen entre ellos; el quinto es promotor y no tiene voz deliberante. Una de las partes presenta sus Memorias un día; al siguiente replica la otra parte, y al otro día, sin falta, se dictamina y se falla. Pero

no acaba en esto. Este primer fallo no es mas que una decisión motivada, y las partes pueden aducir cargos contra el motivo de la decisión. Entonces interviene nueva decisión motivada por parte de los jueces, y nuevos cargos de las partes. En fin, por tercera vez, fallo definitivo, a menos que la parte condenada no obtenga la revisión del proceso por el mismo Papa en la *Segnatura*.

Los tres conservadores del pueblo romano son una especie de jurados o *capítulos*. Se les escoge entre la corporación de la nobleza romana; celebran sus sesiones en una sala del Capitolio; su traje de ceremonia es una casaca roja y por encima una toga bordada de moaré de oro, abierta por delante.

Sentiría escrúpulos, mi bello abate, si acabara esta carta sin añadir algunas palabras sobre las ceremonias eclesiásticas. He aquí en pequeño el detalle de la función ordinaria de las últimas fiestas. La víspera de Navidad, el Papa hizo, según costumbre, un soberbio *regalo* a las eminencias del Sacro Colegio que debían asistir a la misa de media noche. La velada principió por un numerosísimo concierto y un *oratorio* en música, en la sala real, después de lo cual se sirvió una colación espléndida, que en opinión del abate de Perigny podía llamarse una buena cena. A lo largo de una mesa bastante estrecha había dispuesta una hilera de fuentes de plata con helados, flores y frutas artificiales, acompañadas con otras dos filas de gruesas piezas, reales o imitadas, de ensaladas, legumbres, confituras, compotas, etc.; todo esto no sirve casi mas

que para la apariencia y para formar un servicio permanente; esto era la colación espléndida. He aquí la buena cena: un gran architriclinio, con sotana violeta, a causa del Adviento, de pie en un extremo de la mesa, servía los manjares que unos maestresalas subalternos, no menos violetas que él, colocaban sobre la mesa plato a plato, nunca más de uno a la vez. Mientras comían uno, hacía raciones de otro, que servía en seguida; esta manera de servir una gran comida es cómoda y no tiene entorpecimiento; casi todos los platos que siguieron a las sopas fueron excelentes pescados de mar; no han asistido a esta colación mas que cerca de una docena de cardenales. Yo asistía como espectador, con una gran muchedumbre. Milord Stafford y yo platicábamos con los cardenales Acquaviva y De Tencin. Este último, al ver cerca de sí al cardenal vicario Guadagni, buen fraile, carmelita beato, verdadera figura de sulpiciano, devorar con toda humildad un sabroso pescado y beber como un templario, se ha vuelto hacia él, examinando su semblante pálido, y le ha dicho con un tono enternecido y mojugato: *La sua Eminenza sta poco bene, e mi parche non mangia*. Después de la cena, los cardenales, habiéndose revestido los ornamentos de iglesia, han ido a la Capilla Sixtina, donde Passionei, que no había querido asistir a la cena, ha oficiado de pontifical los maitines y la misa, siempre descubierto, bien afeitado, sin peluca ni solideo, a pesar de la estación. En cuanto al pobre Guadagni, había ayunado de tal modo, que se ha encontrado

indispuesto de inanición durante los maitines y ha habido que llevárselo. Oía yo al pueblo decir, detrás de mí: «¡Ay! Mirad ese santo hombre: las austeridades y las maceraciones son las que le ponen en ese estado.» Nuestro cardenal De Tencin es el que ha oficiado de pontifical en San Pedro el día de Navidad; ha cumplido su encargo con toda satisfacción. Ha habido también durante las fiestas gran función en Santa María la Mayor. He notado que cuando hay ceremonia en una iglesia el cardenal del título hace los honores a los demás y se coloca en el último sitio.

XLIII.—A M. DE QUINTIN

Continuación de la estancia en Roma.

No retrasemos por más tiempo el deseo vivísimo que tenéis de ver San Pedro; pero ¿no haría mejor en dejaros ir solo y contentarme con lo poco que he dicho anteriormente en una carta a Neuilly? ¿Cómo voy a atreverme a intentar una noticia resumida de lo que contiene este milagroso edificio? Las descripciones que se han hecho en tantos volúmenes formarían una pequeña biblioteca; deja muy atrás a la galería del gran duque. Lancémonos, no obstante, un momento en este abismo de maravillas del arte. Me avergonzaría de describiros tantas cosas de menos valor sin decir una palabra de ésta. Comienzo por advertiros que podéis venir to-

dos los días de vuestra vida sin temor de cansaros; siempre hay algo que notar, y no se queda uno satisfecho hasta después de cierto número de visitas. Aconsejaría, sin embargo, no ir mas que los días de sol puro y sereno; el tiempo obscuro no le es favorable en general a ningún edificio, sea el que sea.

El camino más corto para ir desde la plaza de España a San Pedro (y fué precisamente por donde empecé a mi llegada) no da una gran idea de Roma. Se atraviesan una porción de calles mal edificadas, y sólo al llegar al puente de Sant Angelo principia uno a darse cuenta. He hablado en otra parte de este puente y de su balaustrada, de sus diez estatuas de mármol y del castillo de Sant Angelo, resto informe del soberbio mausoleo de Adriano. No ignoráis que es la fortaleza de Roma. Me place mucho menos verle provisto de sus cinco torreones que figurármelo tal como era en otros tiempos, con su torre de tres pisos, rodéado de pórticos con columnatas y estatuas. El mal Papa Alejandro VI hizo fabricar un largo subterráneo, que comunica con el palacio del Vaticano, por el cual en caso de sorpresa el Papa podría refugiarse desde el palacio en la fortaleza. Gasto inútil hoy que los Papas no habitan ya en ese palacio y que, siendo respetados por sus súbditos y unánimemente honrados por todos los príncipes de Europa, desde que se limitan prudentemente al ejercicio de su poder legítimo fuera y a un gobierno muy moderado dentro del país, no tienen que temer sediciones populares ni

hostilidades del extranjero. Si este subterráneo fuera más ancho y más recto, sería el sitio indicado para hacer de él la galería de los antiguos.

A la salida del puente de Sant Angelo se tuerce a la izquierda frente a la iglesia, cuya fachada se divisa en perspectiva de tal manera que parece que se la va a tocar con las manos. Os quedáis muy asombrados de ver luego el intervalo que os separa y las grandes plazas que no sé si habíais visto al principio.

Este intervalo y el emplazamiento de la iglesia estaban en otros tiempos ocupados por la tumba de Escipión, el circo de Nerón y un templo de Apolo. Desde los tiempos de los antiguos pueblos latinos se dictaban aquí oráculos, *Vaticinium, ubi vates canebant*. Hoy se dictan más famosos que nunca, hasta tal punto que el lugar parece predestinado en todo tiempo a ser *Vaticano*.

Dad órdenes sin perder momento para que alcen todo el terreno desde el puente hasta la columnata (1), destruyendo las feas casuchas que separan la calle Borgo-Veschio de la Transpontina y que formen en este espacio una bella avenida de árboles, o, si lo queréis, que hagan el gasto de una columnata. De cualquier manera que sea, hay que cambiar o adornar esta fea plaza cuadrada, que hace una innoble cola a la plaza redonda, la más soberbia del universo, según creo, puesto que dudo que el Almeydan de Ispahan, que no he visto y que no

(1) El plan se había detenido allí e iba a proseguirse su ejecución cuando la caída de Napoleón, en 1814

veré nunca, le supera, y seguramente las plazas de San Marcos, de Vendôme, de Bellcourt, etc., no pueden compararse con ella. La plaza redonda está formada: primero, por dos pórticos semicirculares, cada uno de cuatro filas de columnas dóricas, sobre las cuales se alza una terraza bordeada por una balaustrada, cada una de cuyas acróteras sostiene una estatua. Alejandro VII hizo construir a Bernini esta admirable columnata, uno de los más bellos monumentos de la arquitectura moderna. Las carrozas pueden pasar entre los intervalos de las columnas. Segundo, por las galerías rectas que juntan los pórticos a la fachada del templo que forma el fondo de la plaza. El obelisco del circo de Nerón, erigido por Fontana, está en el centro. No puedo cansarme de ver las dos fuentes surtidoras que le acompañan ni de hablar de ellas. Aunque el obelisco sea un objeto bello y no pueda estar mejor colocado que lo está, no sé si no preferiría que no estuviese allí, porque interrumpe el golpe de vista del pórtico.

Millares de gentes han tomado la medida del edificio; pero pocos de ellos coinciden en precisión en las dimensiones. El resultado *circum circa* de estas diferentes dimensiones es que el templo no tiene menos de seiscientos pies de largo, más de cuatrocientos de ancho por el crucero y cerca de ciento cincuenta de altura bajo la bóveda de las naves.

Todo cuanto conocéis de célebres arquitectos romanos y florentinos han agotado allí su saber durante cerca de dos siglos. El Bramante y Vignole

han hecho la mayor parte del interior; Lorenzetto, los revestimientos exteriores, que son de una excelente belleza; la cúpula, obra maestra de Miguel Angel, es la parte más bella; Santiago della Porta y Fontana han tenido a su cargo la ejecución; el pórtico, por Carlos Maderne, es la parte menos importante, no porque deje de ser bello, pero el resto lo supera. Se habría podido hacer en esto algo mejor, en el estilo de la basílica de Antonino o del Panteón, de esos bellos templos en columnas acanaladas de que Vitrubio da las reglas y la descripción. Este pórtico es de un prodigioso estilo corintio, con columnas, que comprende en una sola pieza dos vastos peristilos, de los cuales el inferior tiene las puertas y arcadas jónicas de un mármol violeta. El corintio lleva un arquivado, un frontispicio, un tercer peristilo, un ático con pilastras coronado por trece colosos: Jesucristo y los doce Apóstoles. Pero ¿qué necesidad tengo de decir esto, puesto que podéis verlo en la estampa? Los colosos están tan colocados, que aunque algunos pliegues de sus túnicas están figurados en mampostería de ladrillo, esta grosería no hace ningún mal efecto desde abajo.

Antes de entrar en la iglesia se encuentra un *atrium* o vasto peristilo con el suelo de mármol, terminado por dos salones; la estatua ecuestre de Constantino está colocada en el de la derecha, y también a la derecha está la puerta cerrada que abren para la ceremonia del jubileo y que pega mal con las otras cuatro; la del medio es de bronce, re-

cargada de bajorrelieves. Encima del primer peristilo hay otro con soberbios ventanales, columnas exteriores y balaustradas; es una inmensa galería, donde en la época del conclave construyen alojamientos en madera para los cardenales. Bien hubiera querido colocar aquí la galería de estatuas antiguas, si no fuera por la antigua máxima: *Non sunt miscenda sacra profanis*. Encima del segundo peristilo hay un tercero, en el ático del pórtico. No sé lo que contiene, porque no he estado allí.

Ya os lo he dicho: el primer aspecto de la iglesia no llama extraordinariamente la atención, porque todo está en su sitio, en una admirable proporción. Una bóveda aguda a lo gótico, o arcos muy atrevidos, trazados en un largo diámetro de óvalo, asombrarían mucho más a primera vista. Considerad una parte simple y su grandeza, juzgaréis del conjunto y admiraréis por qué arte estas enormes partes no presentan nada de gigantesco cuando se las tiene bajo los ojos. Cuando Slodtz, escultor francés, hizo colocar, hace algunas semanas, su estatua de San Bruno en una de las hornacinas de los pilares, le dije que el ángel que presenta la mitra a San Bruno era pequeño y mezquino. «Es verdad—me dijo—, lo reconozco ahora; ¡pero esta iglesia engaña de tal modo! Sin embargo, he dado a esta criatura once pies de alto.»

La nave no tiene a cada lado mas que cuatro arcadadas, divididas por cinco pilastras, sosteniendo cada arco dos estatuas sentadas sobre el cintro; cada pilar está revestido de dos pilastras compues-

tas acanaladas, separadas por un nicho. Estas hornacinas están destinadas a las estatuas colosales de fundadores de Ordenes religiosas sin ninguna distinción de antigüedad; las que han terminado ya han sido colocadas en las primeras hornacinas. Los dominicos, los mínimos, los cartujos y algunas otras Ordenes han hecho ya colocar a sus reverendos padres fundadores, y las demás hornacinas esperan sus estatuas. Algunos de los revestimientos de los pilares son de mármol; la mayoría, de estuco, cargados de bajorrelieves y de ornamentos de un gran gusto. En las naves colaterales, cada división marcada por uno de los grandes pilares forma una capilla con sus columnas y su cúpula. Otras capillas cerradas forman una doble colateral, que no parece al golpe de vista interior formar cuerpo con la iglesia. En una de las capillas cerradas es donde los canónigos celebran los oficios; el gran coro no se usa mas que en los días de pontifical. La mayor parte de los mausoleos están junto a los grandes pilares en las naves colaterales; estos mausoleos son de gran magnificencia y del más grande gusto, sobre todo los de Gregorio XIII, la condesa Matilde, la reina Cristina, León XI, Inocencio XI y los de Pablo III y Urbano VIII, al fondo de la cabecera.

Todo el pavimento es de mármoles de colores en compartimientos; la bóveda, de estuco y mosaicos dorados; el arco de las cintras que entran debajo de la cúpula es más que un semicírculo; se encorva un poco hacia su principio, efecto que unos

censuran y otros alaban. Los cuatro monstruosos pilares del centro, que sostienen la bóveda, guardan la misma simetría que las otras pilastras acanaladas redobladas en los salientes. El ángulo está recortado en pliegues del lado del altar mayor y adornado con una tribuna de columnas retorcidas, balcón y baldaquino, y debajo una gran estatua sobre su pedestal, en una hornacina rodeada de una balaustrada. Las escaleras que conducen a la iglesia subterránea están detrás de estas estatuas. Hay también otra escalera análoga bajo el altar mayor. Los cuatro evangelistas están figurados en mosaico en los ángulos encima de la cornisa corintia y debajo de las cúpulas. Todo el contorno comienza a formarse sin interrupción por un gran friso circular, sobre el cual las palabras: *Tu es Petrus et super hanc petram, etc.*, escritas en mosaico sobre un fondo de oro, se leen fácilmente desde abajo. Las letras de esta inscripción tienen cuatro pies y medio de altura. La cúpula comienza a formarse encima del friso por un gran orden de pilastras compuestas, arquiteadas sobre pedestales, y por encima una especie de ático, de donde parte la alta cubierta, mucho más bella y mejor proporcionada que la del Panteón; está adornada de estucos y de dibujos en mosaico. El centro está abierto en redondo por la parte inferior de una pequeña linterna, cuya parte superior sostiene la punta que forma la cima del edificio, terminada por la gruesa bola de cobre que lleva encima una cruz. Me quedé maravillosamente sorprendido, estando

encima de la cúpula, de ver que esta pequeña linterna tenía en su contorno diez y seis grandes ventanas, por las cuales se mira a la iglesia como al fondo de un abismo.

El altar mayor está rodeado por detrás de una balaustrada de mármol y de bronce dorado cargada de numerosas lámparas de plata, que no hacen muy buen efecto. Digo por detrás, porque el frente principal del altar mira al fondo de la iglesia, según la antigua costumbre, de suerte que el Papa cuando celebra la misa tiene la cara vuelta del lado de los asistentes. El día de Navidad el Papa designó al cardenal De Tencín para decirla en su nombre; éste cumplió su prometido con general aprobación, cantando a maravilla el latín según la pronunciación italiana: *miki domininous*, etc. El famoso baldaquino del altar mayor, de columnas retorcidas, bajorrelieves, estatuas y franjas festoneadas, todo ello de bronce, no necesita que yo lo elogie aquí; su mérito es bastante conocido; es la más hermosa obra de fundición que haya en el mundo. No se puede decir menos de la cátedra de San Pedro, sostenida por cuatro padres de la Iglesia, coronada por el Espíritu Santo en medio de una gloria irradiente, acompañada de ángeles; todo ello también de bronce y de un volumen prodigioso. Está adosada al fondo del templo, donde hace un maravilloso efecto, sobre todo a la puesta del sol, cuando irradia su luz a través de los vidrios por los huecos de la gloria, de cristal amarillo. No os hablo de dos soberbios mausoleos que guarnecen el fondo del tem-

plo a cada lado de la cátedra. Hay que ver las estampas de todo esto, que no son raras. Desearía que pudierais tener bajo los ojos un fiel y lindo cuadro de todo el interior del templo, que Pamini acaba de pintar para el cardenal De Polignac; esta pieza está perfectamente ejecutada en cuanto al detalle, la verdad, el colorido vago, la perspectiva y la distribución de la luz.

Cuando se trata de vistas de monumentos y de perspectivas se encuentra todavía en Italia pintores entendidos en este género particular. Pero hay uno que han llevado más lejos en este siglo que nunca lo había estado: el género de los mosaicos. Puesto que pedís que os instruya con alguna extensión acerca de esta especie de pinturas, consiento en consagrar a este tema una carta especial. Han tomado el buen acuerdo de quitar de aquí todos los retablos de los altares, donde la humedad natural del sitio los hacía perecer, y reemplazarlos por estas magníficas copias en mosaico de las más bellas pinturas de los mejores maestros, porque no se han limitado a recopiar en cada sitio el mismo original que habían quitado, a menos que mereciese la pena. Tales son, por ejemplo, el *San Pedro andando sobre las aguas*, de Lanfranc; el admirable *Petronilo*, de Guerchin, en el fondo del crucero, a mano derecha. Se reemplazarán los originales mediocres por copias de los más célebres originales que haya en otras partes. De esta manera no habrá nada aquí en pintura que no sea digno de ocupar su sitio; se puede reunir una veintena de los más

famosos cuadros. Actualmente, en los grandes cobertizos próximos trabajan en la *Transfiguración* y en la *Comunión de San Jerónimo*; sea que se consideren estas piezas que van a ser colocadas o las que se acaban de quitar, no se puede salir de la sorpresa que produce su enorme tamaño, para no ser mas que simples retablos de altar, y en estos talleres se puede apreciar mejor, a mi parecer, el tamaño de la iglesia que en la iglesia misma.

Cuando hayáis contemplado bastante los dos cruceros, que parecen ser dos iglesias metropolitanas, volveremos a pasar por la colateral izquierda, cuyo examen no nos detendrá tanto tiempo como el de la derecha, porque está mucho menos adornada. Esta parte del templo no está todavía concluída en el interior. Los obreros trabajan, pero lentamente, según me ha parecido. Por aquí es donde se encuentra la escalera que sube a la cúpula y las celdas de los penitentes golpeando el mármol por la salvación de su alma y la remisión de sus pecados. El paseo por los tejados es muy agradable; además del aire libre y de la hermosa vista, se encuentran estatuas, celdas, grandes y pequeñas cúpulas, columnatas, etc.; se desliza uno luego entre las dos medias naranjas de la gran cúpula, puesto que una cúpula no puede ser completa sin tener dos, pues la curva de dentro no puede ser la misma que la de fuera. La escalera conduce sobre la media naranja inferior; pero hay un sitio muy curioso en la subida, donde la curva está abajo, de modo que se sube con el cuerpo inclinado hacia

atrás, sosteniéndose en las barandillas. Encima de la cúpula se encuentra la linterna; luego se insinúa uno en una especie de columna hueca, a modo de estuche, que contiene una escalera bastante molesta. De este punto se sube a la bola por una escala de hierro completamente recta. Entonces se percibe, como Sancho Panza, la tierra grande como un guisante, y los hombres como hojas de encina, que andan sobre ella. Me contaron que hace algunos años, mientras dos religiosos españoles estaban en la bola, sobrevino un terremoto que la hizo oscilar en cadencias. No se puede estar guarecido en ningún sitio mejor que en esta bola para sentir un terremoto, a causa de la longitud de la palanca; uno de estos pobres frailes quedó muerto de espanto en el sitio. No sé cuántas compañías de infantería cabrían en esta bola según los aficionados a hacer estos cálculos. Es seguro que se podrían cobijar gran número de personas si las pusieran unas encima de otras como sacos de trigo; pero, fuera de esto, pocas personas podrían entrar a la vez, a menos de ponerse a caballo sobre las barras de hierro que la atraviesan en todos sentidos para sostenerla; su forma redonda no deja espacio a que varias personas permanezcan de pie fácilmente.

No abandonéis la cúpula sin haber dado la vuelta por fuera sobre el saliente de las cornisas. No hay barandillas (1), y por eso los locos no acuden allí; testigo Lacurne, que creyó volverse tal al verme

(1) En francés, *garde-fous* (guarda-locos), y de ahí el juego de alabras.

pasear por allí tan tranquilo. Por lo demás, yo me cuidaba bien de no comprometer imprudentemente mi preciosa persona; sabía que no había nada que temer; aparte de que se puede uno apoyar con una mano en la pared, no hubiera podido, aun caso de asustarme, caer hacia fuera, puesto que la cornisa tiene más saliente que altura yo.

El Vaticano es una masa confusa de patios, de cuerpos de habitaciones, sin orden y sin fin. El patio principal, llamado de las Logias, formado por tres cuerpos de edificio, que tiene, además de la planta baja, tres pisos de logias o tribunas con balaustradas y columnas, es de todo punto bello; los otros no tienen nada notable. No se sabe por dónde entrar, por no haber fachada exterior ni pórtico; no era posible, en efecto, hacerlos, por estar ocupado el espacio por la columnata de la plaza, que vale más que todos los pórticos del mundo. Para entrar en los patios del palacio se pasa por debajo del pórtico de esta columnata, y para ir a las habitaciones se va derecho a la escalera que conduce a la Capilla Sixtina. Estos salones deshabitados no tienen ningún mueble; no sería tampoco fácil colocarlos en el principal departamento, cuyas cuatro paredes, las bóvedas, los bajos de las ventanas y los altos de apoyo están en todos los sitios casi hasta el pavimento pintados por Rafael y sus discípulos. Sos estas pinturas muy loadas y serían, en efecto, las más bellas del universo si el poco cuidado, la humedad del hogar y algunos accidentes no las hubieran estropeado bastante. Pero

nada les ha perjudicado mas que la barbarie de los soldados alemanes del ejército del condestable de Borbón cuando tomaron a Roma por asalto. Establecieron un cuerpo de guardia en estos salones, donde, a falta de chimenea, encendieron una gran hoguera en medio de las salas; el humo y la humedad que el fuego hizo salir de las paredes echaron a perder por completo estos frescos incomparables. La pieza donde está la *Escuela de Atenas* es la que más ha padecido.

No hay aficionado a la pintura que no corra apresuradamente a este palacio como a un lugar de delicias. El primer golpe de vista no responde a lo que se espera; el departamento no es bello por sí mismo; es medio gótico, triste y mal iluminado. Siempre las bóvedas angulosas, con sus pequeños ventanales, guarnecidos de cruceros, y las viejas vidrieras infames y sombrías. La abundancia de las pinturas produce una especie de monotonía; las hay pequeñas rodeando a las grandes, lo cual quita toda nitidez y no permite descansar a la vista. Las hay por todas partes, hasta en los sitios donde tienen que estar mal colocadas, en lugares y con formas extravagantes, en una pésima luz, encima y alrededor de las ventanas por ejemplo. Estas pinturas están completamente descoloridas; han perdido el color y, por consiguiente, el efecto de perspectiva y la primera gracia del golpe de vista se pierden también. Al llegar aquí, con la cabeza acalorada por el mérito del príncipe de los pintores, no pude impedirme exclamar en el primer instante:

Raphael, ubi es? Pero pasado ese primer momento, cuando se ha dado de lado los accidentes de que no tiene él la culpa y que han perjudicado a su obra, se le encuentra de nuevo, y el Rafael más grande que puede ser.

La *Batalla de Constantino contra el tirano Majencio*, en el puente Molle, es el primer cuadro de la primera clase de las grandes obras, como la *Transfiguración*, de Montorio (o si se quiere la *Noche de Navidad de Módena*, por el Corregio), es el primero de la primera clase de los cuadros de caballete, sea que se examine la perfección del dibujo, el número infinito de figuras, la fuerza y la variedad de las actitudes, el fuego de la composición y de la ejecución, sea que se considere la grandeza de la invención dentro de la obra. No se puede impedir concederla esta preeminencia, aun sobre la *Historia de Psique*, la *Galatea* y el *Incendio del Borgo*, del mismo autor, y sobre las *Bodas de Caná*, del Veronés. La galería Farnesio, de Aníbal Carracho, y el techo Barberini, de Pedro de Cortona, son las únicas obras que pueden, a mi parecer, concurrir con ésta para el primer rango. Anterior a estos tres últimos, ha sido pintada toda ella por Julio Romano bajo la inspección de Rafael, que no ha hecho mas que inventarlo y dibujarlo. Dudo que el colorido haya sido nunca bello; hay poco clarooscuro y quizá sería un defecto si hubiera más, dado que la acción es en pleno campo, donde la luz está igualmente repartida por todas partes, sin distinción de masas de sombras. Nuestro

Lebrún ha tomado de aquí a manos llenas al pintar su *Batalla de Arbeles*, y otro tanto han hecho muchos otros, porque éste es el modelo de todos los asuntos de este género. La *Escuela de Atenas* es muy notable por la ciencia, la invención, el bello ordenamiento y la buena perspectiva que fácilmente se adivina que tenía antes de quedar tan estropeada. Aunque todavía conserva algo del primer estilo seco de Rafael y no sea una de sus obras más perfectas, no hay quizá ninguna más capaz de hacer honor al obrero. El estilo y los pensamientos son maravillosos; cada filósofo, por su gesto y su expresión, caracteriza su género de doctrina y de opinión predilectos; es el primer modelo que se haya hecho de un gran asunto, ejecutado de una manera noble y sabia. Miguel Angel no había hecho mas que dar el ejemplo de lo altivo y terrible; Leonardo de Vinci había hecho algunos retratos y otras pequeñas obras perfectamente construídas; todo el resto hasta entonces era mezquino, lleno de tiesura y bárbaro.

Se alaba mucho, en el cuadro de la *Misa* y en el de la *Disputa del Santo Sacramento*, la finura y la variedad de los aires de cabezas. Ciertos peritos se inclinan a darles la preferencia sobre todos los demás. En cuanto a mí, confieso que no son éstos los que más me gustan y que esa asamblea tan numerosa de obispos con su mitra, esas glorias con arcos, unas sobre otras, caen, a mis ojos, en una monotonía poco agradable. Hay que reconocer, sin embargo, que el estilo de estos dos cuadros es no-

ble y preciso y que el de la *Misa* es más distinguido que otro ninguno en cuanto al color. Pero, ¡qué expresión en la *Visión de Atila*, que San Pedro y San Pablo amenazan desde los aires con sus espadas cuando marcha al saqueo de Roma! ¡Qué luz y qué belleza de claroscuro en el *San Pedro liberado de la prisión por un ángel*! ¡Qué combinación y qué graduación de luz! ¡Qué figura realmente angélica la de aquel ángel luminoso y transparente! Hay una verja de hierro muy nueva delante de la prisión que hace brillar la luz interior y la divide; es un efecto increíble. Si este cuadro fuera de una composición más grande y el local a que tenía que sujetarse el pintor no le hubiera dado una forma tan rara, yo lo pondría en primera fila. ¡Qué fuego de acción y qué energía en el *Heliodoro golpeado con el látigo y arrojado del templo de Jerusalén*, de cuyos tesoros se apoderaba! ¡Qué invención en este anacronismo alegórico del Papa Julio II, volviendo al mismo tiempo al templo en triunfo, es decir, recobrando la posesión de los bienes de la Iglesia, de los que sus enemigos querían despojarle! Entre todos los cuadros del Vaticano, éste es mi predilecto. ¿Ha hecho nunca nada Rafael igual a aquel jinete y a aquel caballo que pisotea a Heliodoro, a aquellos ángeles sin alas, bajo una forma humana, que se precipitan sobre él y rozan la tierra sin tocarla? Tendría a este cuadro como el primero de todos si la otra parte no fuera demasiado fría en comparación con ésta.

Todo está en acción y en tumulto en el *Incendio*

del Borgo; un viento violento que parece agitar todos los objetos aumenta el desorden y el espanto. Cada parte es de una corrección de dibujo acabado. Ved esta mujer que lleva agua, ese anciano que salta desnudo por una ventana; en una palabra, es una obra maestra de todo punto.

No sólo Rafael es admirable en la composición detallada de cada uno de estos cuadros, sino que también lo es en la idea del conjunto, habiendo pintado, por ejemplo, en uno de los cuartos las cuatro ciencias principales, a saber: la *Teología*, la *Filosofía*, la *Jurisprudencia* y la *Poesía*. La *Disputa del Santo Sacramento* y la *Escuela de Atenas* representan las dos primeras; las otras dos son el Monte Parnaso y Gregorio IX y Justiniano, dictando uno las Decretales, el otro su Código. Por lo demás, estos cuatro cuadros, que fueron los primeros que pintó, son todavía superados por los de las otras salas.

Los alumnos de nuestra Academia de Francia han obtenido permiso de copiar al calco estos grandes cuadros de Rafael. Se tiene el propósito de fabricar en los Gobelinos, sobre estas copias, un dibujo de tapicería para el rey. Voy algunas veces a verlos trabajar. Si os he de ser franco, estoy muy descontento de su trabajo, en el cual no veo nada bueno mas que la fidelidad de los contornos; copian el dibujo correctamente en verdad, puesto que hacen un calco sobre el original, pero de una manera fría aunque el contorno sea exacto; no se encuentra ya aquel fuego ni aquel rasgo atrevido de los

originales. Además de esto, los desfiguran cada vez más por un maldito color yesoso a la francesa, todavía inferior al de los originales, que nunca fué demasiado bueno (dado que el color es la parte menos importante de estas pinturas) y que además ha quedado muy estropeado por el tiempo y por los accidentes. Ya sabéis cómo se sacan copias exactas al calco: extendiendo sobre el original una gasa transparente, en la cual se trazan los contornos de las figuras, que se reproducen luego sobre la tela impresa. El Papa no permite sino muy raramente copiar así sus pinturas; si no se tratara del rey, no lo habría consentido. Es una cosa ideada a maravilla poner en tapicería estas bellas pinturas, dándoles relieve con los vivos colores de nuestras lanas de los Gobelinos; pero si lo hacen en la manufactura tan apagados como lo son las copias que van a enviar desde aquí, la ejecución de esta obra no hará en Francia gran honor a Rafael. ¡Todos nuestros franceses son tan malos coloristas! Lo mejor sería construir salones ex profeso para colocar las copias de estos originales, en mosaicos de vidrio con todo el brillo de su esmalte. Este proyecto no saldría barato, pero sería digno de la magnificencia del rey, que tendría así copias de los primeros cuadros del mundo, superiores aun a los originales.

No tengo ninguna dificultad en decir que superpujarían a los originales por varias razones:

- 1.^a Estas copias en mosaico son excelentes para reproducir fielmente el original con toda su fuerza, con todas sus bellezas, como he podido apre-

ciarlo fácilmente por la comparación que acabo de hacer de la *Petronilla*, de Guérchin, con la copia que han hecho, la cual no es en modo alguno inferior a la pintura, y también por lo que les veo hacer en la *Comunión de San Jerónimo*, del Dominiquino, que tienen ahora entre manos. Estos cuadros son seguramente del número de los mejores que se conozcan; así es que se puede apreciar que los obreros no conseguirán menos bien copiar los de Rafael.

2.^a Es fácil, al copiar, asegurarse los artistas por medios familiares de la perfecta corrección de dibujo y de la exacta fidelidad de los contornos, aunque hay al mismo tiempo que convenir que no se podría reproducir en ellas el gran fuego del primer rasgo del maestro, que surge de la prontitud con que la mano sigue al pensamiento.

3.^a La invención, la composición, el ordenamiento y los caracteres, que son las principales partes de la pintura y las que colocan al genio de Rafael tan por encima de todos los demás, se encontrarán en el mosaico como en la pintura; el estilo mismo no será muy diferente, salvo que no tendrá la misma elegancia.

4.^a El color será mucho mejor, tanto por el brillo natural del mosaico como porque es fácil rectificarlo sin cambiar nada en las especies de colores empleados por el pintor, puesto que se pueden hacer vivos y brillantes los mismos colores que él puso apagados y terrosos.

La humedad de la iglesia de San Pedro ha echado

a perder los bellos colores de la *Petronilla*; están muy bien restablecidos en el mosaico. El colorido de las pinturas del Vaticano está apagado hoy; quizá aun en su primitiva frescura no estaba muy por encima de lo mediocre.

De todas las partes de la pintura, el color es lo que primero salta a la vista, lo que gusta más al vulgo, para el cual un cuadro mal coloreado es un cuadro de desecho; lo que atrae primero aun a los que mirándolo como secundario lo prefieren con razón a la composición y al dibujo. Un buen cuadro con mal color es como un buen libro desprovisto de adornos. ¿No vemos hoy en Francia qué favor han alcanzado los cuadros flamencos y holandeses, a qué precio excesivo han subido, sin tener otros méritos que lo bien acabados y el color? Son, en su mayoría, asuntos bajos y pueriles o grandes asuntos tratados de una manera mezquina, y aun este color tan ponderado es una coloración de pedrerías, que brilla mucho más que lo verdadero y que no está en la naturaleza, como tampoco ese acabado perfecto es conforme a la perspectiva aérea. Sin embargo, ese es el color que está de moda entre nosotros, por el mismo gusto que hace correr detrás de esos libretos escritos con un estilo brillante y neológico, porque no temen que estos curiosos compiladores de la escuela flamenca busquen obras de Van Dyck o del gran Rubens, en las cuales está el verdadero color. No; son los Teniers, los Mieris, los Gerardo Douw los que compran a cualquier precio, de lo cual doy gracias al Cielo, por si logran

abaratara tanto los Ticianos que yo los pueda adquirir por cien escudos. ¿No será también que la extrema plasticidad del colorido de nuestros pintores franceses haya contribuido a llevar nuestro gusto al exceso opuesto? ¿Qué lástima que no hayan sabido adquirir esta parte, ya que trabajan con tanta ciencia e ingenio! ¿Dónde están los italianos que componen y ordenan mejor que Lebrún, Jouvenet, Boulogne y Bourdon? Si estos últimos pintasen como los venecianos o como los lombardos, me atrevería a decir que serían por lo menos sus iguales. Y Lesueur, nuestro Rafael de Francia, cuando consigue colorear tan bien como inventa o dibuja, ¿no es con tan justo título el divino Lesueur como el otro es el divino Rafael?

Digo, pues, para volver al tema de que me había apartado, que no se podría hacer más grande servicio a nuestro arte predilecto que dar por medio de mosaicos un vivo colorido a estas admirables obras del Vaticano, que no pecan más que de este defecto; pero la ventaja más grande que sacarían del proyecto que propongo sería salir de estas sombrías salas abovedadas, deshacerse de este montón de pinturas que las rodean y las ahogan; el ser colocadas en una luz favorable, donde aparecerían con todas las ventajas que merecen, y el abandonar las formas irregulares que tienen algunas de ellas, puesto que no habría que ejecutar en mosaico más que las mejores piezas, porque todas no tienen igual mérito, aun las mismas de mano de Rafael, y reducirlas, en lo posible, a una forma cuadrada

o cintrada por encima, quitando o separando ciertas partes para ponerlas en otro sitio; poniendo encima o a los lados de una puerta tal pieza excelente, que está encima y a los lados de una ventana. Sería una magnificencia bien digna de un tan poderoso rey como el nuestro hacer construir ex profeso un vasto edificio, en galería, para reunir las copias en mosaico de los más famosos cuadros al fresco que hay en Italia, tanto en lienzo como en techos, distribuyéndolos en un bello orden y con una bella luz, en medio de una rica arquitectura. Frente a este edificio, en un abrir y cerrar de ojos, con mi varita de hada construyo otro donde reuno en filas los modelos sacados del vaciado de todas las demás estatuas. ¿Creéis que pueda imaginarse nada mejor para honor de las artes y de su protector? ¿Creéis que la curiosidad de los extranjeros, que encontrarían aquí reunidas las principales cosas que van a buscar a un lado y a otro con grandes gastos, no devolvería triplicado al Estado el dispendio que le hubieran costado semejantes monumentos? Comunicad, os lo ruego, de mi parte este proyecto a los manes del gran Colbert.

El *Juicio final*, de Miguel Angel, en la Capilla Sixtina, es también de la primera clase de las composiciones al fresco; esta famosa obra, y quizá aun más las figuras del friso, que sostienen el techo en toda clase de actitudes forzadas, son una furia de anatomía. Son profetas y sibilas, incomparables por la ciencia y la fuerza del dibujo. A decir verdad, no conozco ningún otro mas que éste verdadera-

mente bello. Era, para decirlo sin ambages, un malo, pero un terrible dibujante. Debemos a este vigoroso genio el destierro del gusto gótico y mezquino y la gloria de haber devuelto los demás a la bella naturaleza, mientras él mismo lo exageraba. Las figuras de este friso, su fuerza y su reducción de tamaño, elevan la imaginación fuera de sí misma, como lo sublime del gran Corneille; nada se ha hecho más bello en este género. Su cuadro del *Juicio final* ha triunfado porque es un asunto confuso, donde el desorden está en su sitio, y porque ha sabido difundir en él un color sin armonía, un matiz general ambiguo, de aire azulado y rojizo, que no dejaría de parecerse a la mezclanza de los elementos en el derrumbamiento de la Naturaleza. Este asunto era el más conveniente para que un espíritu sublime, vasto y feroz, tal como el de Miguel Angel, pudiera escoger según su carácter. Todo este cuadro produce un gran tumulto y asombra mucho más que no agrada, que es lo que exigía semejante asunto. La Capilla Paulina ha sido también pintada por Miguel Angel. Está tan negra y tan ahumada, que no se puede ver nada a gusto.

Mejor será que vayamos a ver las célebres *Logias* de Rafael; él ha pintado y hecho pintar a sus discípulos, en cada división de la bóveda, escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Conocéis todas esas pinturas, que han sido grabadas con frecuencia y que no pueden ser demasiado estudiadas. Son numerosas, pero no del mismo valor, aunque haya muchas excelentes: Rafael ha pintado él mis-

mo los primeros asuntos del *Génesis*, de una exquisita perfección de dibujo, que hace desmerecer la vista de cualquier otro cuadro de los otros maestros: la *Creación del mundo*, el *Adán y Eva*, la *Escala de Jacob* se cuentan entre los más perfectos; los arabescos de las logias son ligeros y muy agradables. Juan de Udine los hizo bajo las órdenes y la inspección de su maestro Rafael, que iba a estudiar cuidadosamente el gusto de lo antiguo, en este género, a la *sette sale* de las termas de Tito.

Nada os diré aquí de la Biblioteca Vaticana, de la cual hablaré después; pero no omitamos la galería de los mapas de geografía, donde han pintado, al fresco en azul y oro, todas las provincias de Italia sobre una superficie muy grande y con mucha exactitud, según me han dicho. Me he servido útilmente de estos mapas para comprobar mi plano del territorio de Pistoja, donde el ejército de Catilina fué derrotado por Petreius. Esta galería conduce a un nuevo edificio, que el difunto Papa Benedicto XIII, buen fraile de oficio, hizo construir detrás del Vaticano en un cantón desierto, para llevar su vida de reclusión. Las paredes de las habitaciones están muy limpiamente pintadas, en blanco de Troyes, y las sillas de paja no escasean. No es éste objeto para un curioso delicado como vos.

Volvamos al patio del Belvedere. En primer lugar es un peristilo, adornado en el fondo con una hermosa fuente a modo de hornacina, en cuyo estanque está tumbada la famosa estatua antigua de *Cleopatra*. Por allí se entra al patio octogonal del

Belvedere, pequeño y bastante feo, formado de arcadas que cierran por grandes puertas de madera pintadas de rojo. Esto más parece unas cocheras que otra cosa. Abrid esas cocheras y encontraréis en cada una, en vez de carrozas, unas estatuas antiguas, y ¡qué antiguas, a fe mía! El *Apolo*, el *Antinoo*, el *Torso*, el *Laoconte*, el *Hércules Cómodo*, la *Venus púdica*, la *Venus y Cupido*, el *Fauno con el niño*, por otro nombre *Saturno devorando a su hijo*. Querer exaltaros el mérito de estas estatuas sería repetir lo que se ha dicho en todo el universo: el *Antinoo* y el *Apolo* son las obras maestras del gusto delicado. El *Torso* era apreciado por Miguel Angel sobre todas las cosas; pero por mucho que se diga de estas tres, del *Mirmillón* (1), del *Gladiador Borghese*, de la *Venus de Médicis*, del *Hércules Farnesio*, del *Fauno bailando*, o de cualquier otro antiguo que sea, tienen todos, a mi parecer, que inclinarse y rendir homenaje muy humilde al *Laoconte*, monarca y soberano del pueblo estatua. Este hermoso grupo de tres figuras es obra de tres obreros griegos: Atenodoro, Polidoro y Agensandar, cuyos nombres están escritos en la base. La han sacado de las termas de Tito. Faltaba un brazo, que Miguel Angel trató de rehacer en mármol, y para esto tuvo la feliz facilidad de volver a encontrar el modelo del contorno original, puesto que tenemos la figura completa del grupo en el anverso de la medalla. No obstante, renunció a ha-

(1) El *Mirmillón*, el *Gladiador moribundo*, actualmente en el museo del Capitolio y antes en la villa Ludovisi.

cerlo cuando ya lo había empezado a tallar; la piedra está todavía bajo el pedestal. Bernini, más atrevido, ejecutó este proyecto en *terra cotta*. Pero ¡qué diferencia de esto a lo antiguo! Hay que encogerse de hombros.

Si es posible arrancaros a la contemplación de esta maravilla, tan mal colocada en este cuartucho, así como sus compañeras, iremos a dar un paseo por el jardín de Belvedere, agradable y lleno de fuentes. La principal, cerca de la puerta de entrada, aunque una simple bagatela, es, sin embargo, curiosa y divertida: es una especie de galera con dos filas de troneras para los cañones; tiene sus mástiles, vergas y banderolas; todo el aparejo de cuerdas y palos está formado por surtidores de agua. Los cañones disparan también chorros de agua. El buque está anclado en un estanque, junto a una roca, sobre la cual caen los chorros de agua. Han dejado, no sé por qué, en este jardín los pavos reales de bronce y la piña que formaban el coronamiento del mausoleo de Adriano.

Los Barberini tienen en este mismo barrio otro jardín con una gran casa de campo, que me contento con haceros ver desde lejos, como ya os he mostrado, a orillas del Tíber, el vasto hospital del Espíritu Santo, cuyo altar mayor, de ricos mármoles, la botica y las salas, merecen ser vistos. Las dos viñas, donde termina el paseo, son la Farnesia y la Cesi, en las cuales se encuentran algunas estatuas antiguas.

Por la tarde recorreremos el Trastevere, con lo

cual habremos visto toda la parte de la ciudad del lado de allá del Tíber.

La isla de San Bartolomé, poco más o menos tan grande hoy como lo que llaman en París el barrio de la isla de Nuestra Señora, no es antigua que digamos; no está en el mundo mas que desde hace veintidós o veintitrés siglos, habiendo comenzado, como sabéis, a formarse por el amontonamiento de los haces provenientes de la cosecha de las tierras pertenecientes al rey Tarquino el Soberbio, que el pueblo arrojó al río en este sitio, donde quedaron fijos en los bajos fondos. Me represento esta isla larga como una cosa magnífica en tiempo de los romanos, cuando su contorno estaba completamente revestido de un muro saliente de piedras de talla, que le daban la forma de un gran barco con su popa cuadrada y su proa puntiaguda. ¡Qué grandiosidad y qué precisión tiene que haber en semejante manera de incrustar una isla en medio de una ciudad! El mástil era un obelisco, y el templo de Esculapio, con su cúpula, figuraba el castillo de popa. Hoy es la iglesia de San Bartolomé, con capilla y tabernáculo de columnas de pórfido.

Más allá, después de salir de la isla, tenemos Santa Cecilia, donde la soberbia tumba de la santa, cubierta de riquezas y de piedras preciosas, deja ver, en una hornacina practicada en medio, la estatua, más preciosa aún, obra de Maderne y una de las cuatro célebres modernas. Está tendida a lo largo; la cabeza está cortada y vuelta a colocar en su mismo sitio, de tal modo que, a menos de

mirar muy de cerca, no se nota que esté separada del cuerpo. Noté en esta iglesia una bella copia, hecha por el Guido, de la *Santa Cecilia*, de Rafael, que está en Bolonia. Pero cuanto más bella me pareció esta obra, más admiré a Rafael, cuyo original está muy por encima de éste. Tuvimos el otro día en esta iglesia una excelente música, composición de un tal Diego, español, que nos dió el mejor motete que he oído en todo el año en Italia; sobre todo los coros valían un imperio. Quise comprar el motete; pero el pícaro pedía quinientas libras. Es muy difícil, donde no graban ni imprimen música, conseguir la primera copia que se saca. El violinista Pascalini hizo también milagros en su concierto. Si no es el primer violinista de Italia, es por lo menos el que yo he oído tocar mejor. Antes de salir de aquí notad en el patio una urna antigua de una bella forma.

En San Francisco *a Ripa* se ve el cuadro de las *Tres Marias*, por Aníbal Carrachio; en San Grisógono, en otros tiempos *Templum Fortunae plebeiae*, las dos filas de columnas antiguas... En Santa María, en el Trastevere, en otros tiempos *Taberna Meritoria*, es decir, los Inválidos, se ve una gran fuente en la plaza, un soberbio pórtico de gruesas columnas de granito al exterior y otras análogas dentro; es uno de los bellos edificios de Roma. Se ven también, bajo el pórtico, un mosaico antiguo con piedras naturales y algunas buenas pinturas modernas en el interior.

Paso ligeramente sobre todo esto para llevaros

más pronto a gozar, en lo alto del monte Janículo, de la admirable vista de Roma y de todas sus cúpulas, golpe de vista que por sí solo vale la pena de hacer el viaje a Italia, gozando al mismo tiempo con la vista de los acueductos del agua Alsietina y esta increíble fuente de Pablo V que ya os he descrito. Pero no es esto todo; a dos pasos de allí está la famosa *Transfiguración*, de Rafael, estimada, por pluralidad de sufragios, como el más hermoso cuadro de caballete que existe. Está muy mal colocado, contra la luz, sobre el altar mayor de San Pedro in Montorio, y si yo tuviera el honor de ser Papa, no permanecería allí ni dos minutos. Esta célebre obra, que estuvo expuesta al lado de Rafael cuando murió y que hacía derramar lágrimas a los asistentes, pensando en la pérdida que acababan de tener de tan gran artista en la flor de su edad, es de la más perfecta corrección de dibujo; las actitudes son admirables; todo está rebosante de alma, de vida y de acción en la parte inferior, representando al niño atormentado por el espíritu maligno, que su padre y su madre llevan a presencia de los apóstoles. Esto puede verse en las buenas estampas que tenemos; pero lo que no puede verse y lo que no se ha podido reproducir ni copiar bastante bien para dar una idea es la parte superior, que representa la *Transfiguración de Jesucristo entre Moisés y Elías*. Lo sublime de esta figura de Jesucristo, que se ve ascender por los aires por su propia gravitación, como los demás cuerpos tienden hacia el centro, y el aspecto celeste de su semblante, son

cosas que necesitan ser vistas y no descritas. ¡Qué fuego no hay también en la actitud de los dos profetas que le acompañan! Esta parte es todavía mejor que la otra, por admirable que aquélla sea. La luz encima del cuadro debería hacer un excelente efecto en su frescura; el tiempo la ha vuelto grisácea. Es una desgracia para nosotros que los cuadros de Rafael se encuentren hoy demasiado oscurecidos; los colores se han ennegrecido excesivamente, y las diversas sombras se han vuelto también casi negras, lo cual ha hecho perder casi el efecto de la degradación y de los reflejos y les quita por ende mucho del encanto del primer golpe de vista. Por lo demás, el cuadro no deja de tener defectos: la acción es doble. Aunque esto esté conforme con la historia, esta duplicidad no agrada; en verdad, Rafael la ha salvado lo más ingeniosamente posible ligando las dos acciones una a otra por uno de los apóstoles, que señala con el dedo a Jesucristo transfigurado al padre del enfermito y parece decirle que allí es donde hay que dirigirse para obtener la curación del niño. El monte Tabor no parece mas que una colina demasiado próxima de la parte delantera del cuadro; pero quizá Rafael lo hizo así para no disminuir demasiado las figuras de Jesucristo y de los dos profetas y no colocar lejos la acción principal. Sea lo que quiera, para disfrutar más a gusto de este cuadro acostumbro considerarle en dos veces, interponiendo un objeto que me oculte ya una parte, ya otra, y estimo que ambas separadas son más bellas que juntas;

sobre todo la parte superior es absolutamente sublime y milagrosa. Podría conjeturarse que Rafael no tuvo al principio propósito de componer un cuadro más que con esta sola parte, y que encontrándola demasiado desnuda, tuvo después la idea de enriquecerle con el segundo asunto. Se ve en el Vaticano un excelente cartón hecho por su mano para el cuadro de la *Transfiguración*, el cual no contiene mas que esta parte inferior, como si Rafael no la hubiera concebido hasta después de hecha la otra; es en verdad tan bella, tan llena de fuego, tan perfectamente dibujada, que, aun reconociendo que rompe la unidad del asunto, se lamentaría mucho no encontrar en esta pintura un defecto que añada tantas bellezas. ¿Querriais, a costa de una mayor perfección en el ordenamiento, perder aquella sola figura maravillosa de la madre arrodillada, sin hablar de todas las demás, análogamente impagables? Se puede con frecuencia advertir en las faltas que se permiten los grandes genios, como Molière, Corneille y Rafael, que, al disminuir la perfección de su obra, no dejan de aumentar su valor. Es lo que hace decir con razón que no son los defectos de una composición los que la hacen malos, sino más bien la falta de belleza.

Hay aquí en el frente de la capilla, a la derecha, varios temas de la vida de Jesucristo, pintados al fresco por Fra Sebastiano del Piombo, el rival de Rafael. Es preciso que este pobre hombre fuese un maestro imprudente para que se le ocurriera poner su obra al lado de la otra, a pesar de la ayuda que

le prestaba Miguel Angel en el dibujo, puesto que Fra Sebastiano no tiene otra cualidad que un colorido suave y blando cuanto es posible. El mismo Miguel Angel ha hecho también algunas pinturas. En suma, toda esta pequeña iglesia es muy curiosa; la bella balaustrada de mármol amarillo antiguo procede de los jardines de mi amigo Salustio. La pequeña cúpula, cerca de la iglesia, por Bramante, en el sitio que la tradición dice que San Pedro fué crucificado, es completamente linda. Cerca de Montorio se encuentra la academia *degl' Arcadi* y la sala de conferencias, que todavía no he visto.

Buena suerte tiene usted, señor aficionado a la pintura; todavía vais a ver más de Rafael y de lo más exquisito. Para éste son mis amores particulares, más que para el Vaticano, más que para Montorio; quiero hablar del pequeño Farnesio de la Longara. Monsieur Galiani, enviado del rey de Nápoles, aposentado en esta casa, no tenía necesidad de tener tanto ingenio y tanto mérito para que yo le hiciera frecuentes visitas, poseyendo en dos salones la *Psique* y la *Galatea*. Rafael comenzó por el salón de la *Galatea*, que es el del fondo, donde ha pintado el techo y el friso con arabescos y juegos de niños: es un delirio. No se hablaba en Roma mas que de este friso encantador. Miguel Angel vino a verle en su ausencia; no dijo una palabra, y viendo una paleta con un poco de negro, con una docena de pinceladas pintarrajeó en la pared, *a chiar oscuro*, una cabeza desmesurada de un joven gor-

dinflón muy jovial, y luego se marchó. Rafael, viendo a su vuelta aquella cabeza monstruosa, exclamó: «Miguel Angel ha estado aquí. ¿Qué es lo que ha dicho?» «Nada—le respondieron sus alumnos—; ha pintado esta cabeza y se ha marchado.» «Comprendo—dijo Rafael—; mis figuras son demasiado pequeñas, hay que rectificarnos en este respecto en lo que queda de la obra.» Y se puso en seguida a repintar las paredes del salón, donde notaréis que, por respeto, han interrumpido su trabajo en el sitio de la cabeza negra, sin tocarla; de suerte que allí está todavía, y se queda uno asombrado del efecto ridículo que hace allí esa cara gordiflona disparatada; pero, por lo demás, admirablemente hecha. El triunfo de *Galatea paseando sobre las ondas* es una pieza inestimable, que algunos aficionados consideran como la obra más bella que haya salido del pincel de Rafael; él mismo la ha pintado toda; pero no ha hecho mas que inventar, dibujar y dirigir el salón vecino, que hizo pintar a Julio Romano; éste es el que, en mis adentros, prefiero a todos. Los temas de la *Historia de Psique* están representados en diez o doce cuadros, tanto en los ángulos del friso como en las dos partes del techo separadas por una viga. En una, el *Consejo celebrado por los dioses para recibir a Psique en la corte celeste*; en la otra, el *Festín de las bodas de Psique y el Amor*, todo entrettejido con guirnaldas de flores en festones, amorcillos y pájaros que revolotean a través; el dibujo de todas estas piezas es absolutamente perfecto. *Mercurio*,

completamente desnudo, con su alado sombrero en la cabeza, su caduceo en la mano, se echa a volar desde uno de los ángulos, frente al espectador, para llevar a la tierra las órdenes de Júpiter. Cito esta figura considerándola en particular como la más perfecta que haya jamás hecho Rafael. ¡Qué figuras también la del *Ganimedes presentando la copa a Júpiter con una rodilla en tierra*, las de *Las tres Gracias derramando perfumes*, la de la *Esfinge* con su rostro de astucia, la de *Venus partiendo en su carro tirado por palomas!* ¡Qué espíritu en la manera de expresar la fisonomía de los tres hermanos Júpiter, Neptuno y Plutón, que no tienen un solo rasgo uno de otro y se parecen como dos gotas de agua! El colorido de estas historias es muy malo, rojizo y completamente perdido. Carlos Maratte, encargado de restaurarlas, no habiéndose atrevido a hacerlo, ha llenado el fondo de estas pinturas de un azul verdoso duro y vivo, que las hace resaltar, pero que aumenta la dureza natural del colorido de Julio Romano. Rafael, que conocía su propia inhabilidad en el arte de hacer resaltar sus figuras de techo, artículo en el cual ha sido superado por los que han vivido después, tales como el Corregio y Lanfranc, ha hecho para estos dos grandes temas un bordado a guisa de tapicería, que unos clavos figurados mantienen sujeto al techo. La *Historia de Psique* y la *Transfiguración*, que pintaba al mismo tiempo, fueron sus últimas obras. Agustín Chigi, propietario de la casa, habiendo dado, para complacerle, un aposento a su que-

rida, el lujurioso joven se entregó de tal modo a los placeres del amor, que murió, con gran sentimiento mío, un Viernes Santo. ¡Día fatal! ¡Ay! Tal vez no hubiera ya pintado más: el cardenal Bibiana le proponía su casamiento con su sobrina y heredera; el Papa quería hacerle cardenal. ¡Adiós paleta y pinceles! No sé si Rafael murió (1) en este palacio, que habitaba entonces, según creo, o en su propia casa, que enseñan en la calle de los Coronari, no lejos del teatro Tordinona y del puente de Sant Angelo.

La cortesía nos invita a ir desde aquí a hacer una visita al príncipe Corsini, sobrino del Papa. No le encontraréis, porque está en su virreinato de Sicilia; pero encontraréis a su mujer y a su hija, casada con el hermano del abate Nicolini, nuestro amigo. Los Corsini habitan en un barrio muy apartado. Perfectamente; mientras viva su tío irán las gentes a hacerle la corte; pero a su muerte, próxima, mucho me temo que no tengan que cambiar de casa o quedarse solos. Albani decía hace algunos días que los sobrinos de los Papas mueren dos veces: la segunda, como los demás, y la primera, cuando muere su tío. Vuestra cortesía hacia los Corsini se verá recompensada por algunas pinturas del Corregio y del Albano. El gran palacio Salviati está un poco más lejos. No os detendré más tiempo, pues las principales pinturas han sido, según me han dicho, trasladadas a la casa del condestable Colonna, cuya mujer es una Salviati.

(1) Rafael murió en su casa, calle de los Coronari, el viernes 7 de abril de 1520, a la edad de treinta y siete años.

Desde allí iremos, siguiendo la costumbre, a terminar nuestra correría en la viña Panfili, y vendréis que es la más bella, la mejor cuidada y la mejor plantada de todas. La fachada del palacio está completamente recubierta de bajorrelieves antiguos, dispuestos por el Algarde en un orden muy agradable. Es grande, bien dispuesta, bien adornada de pinturas y de estatuas, y la precede una hermosa explanada. Los jardines son más extensos, verdes y mejor cuidados que ningún otro; las grutas, las lindas fuentes están en abundancia; podremos pasar agradablemente nuestra velada en medio de los cuadros, de las mesas de mármoles, de los bajorrelieves y de las estatuas; la *Bacanal* célebre de Julio Romano, varias hermosas obras del Algarde. En antiguos, el raro busto de *Nerva*, el excelente bajorrelieve de *Andrómeda y Perseo*, la *Cibeles del Circo* y tantas otras de que no os hablo porque ya he hablado hoy demasiado.

*Che troppo e l'ungo ormai, signori, è il canto;
Et forse ch'anco l'ascoltar vi grava;
Si ch'io differirò l'istoria mia
In altro tempo che più grata sia.*

FIN DEL TOMO SEGUNDO

INDICE DEL TOMO SEGUNDO

| | <u>Páginas.</u> |
|---|-----------------|
| XXVIII.—A M. de Blancey.— <i>Camino de Roma a Nápoles</i> | 5 |
| XXIX.—A M. de Neuilly.— <i>Estancia en Nápoles</i> | 22 |
| XXX.—A M. de Neuilly.— <i>Continuación de la estancia en Nápoles</i> | 26 |
| XXXI.—A M. de Neuilly.— <i>Excursión al Vesubio</i> | 50 |
| XXXII.—A M. de Neuilly.— <i>Paseo por Baja, Pozzuoli, etc.</i> | 63 |
| XXXIII.—Al señor presidente Bouhier.— <i>Memoria sobre la ciudad subterránea de Herculano</i> | 75 |
| XXXIV.—A M. de Buffon.— <i>Memoria sobre el Vesubio</i> | 89 |
| XXXV.—A los señores de la Real Academia de Inscripciones y Bellas Letras.— <i>Memoria sobre la antigüedad de Herculano</i> | 106 |
| XXXVI.—A M. de Neuilly.— <i>Carta general sobre Roma</i> . | 116 |
| XXXVII.—A MM. de Blancey y de Neuilly.— <i>Llegada a Roma.—Idea general de la ciudad.—Del fasto de los italianos.—Aduanas</i> | 123 |
| XXXVIII.—Al señor abate Cortois de Quincey.— <i>Finanzas.—Billetes de Banco.—Lotería, etc.</i> | 144 |
| XXXIX.—A M. de Quintin.— <i>Continuación de mi estancia en Roma</i> | 155 |
| XL.—A MM. de Tournay y de Neuilly.— <i>Audiencias del Papa.—Visitas al rey de Inglaterra y otras cosas</i> | 193 |
| XLI.—A M. de Quintin.— <i>Continuación de la estancia en Roma</i> | 217 |
| XLII.—Al señor abate Cortois de Quincey.— <i>Inquisición.—Poderio papal.—Nepotismo.—Últimos Papas de este siglo.—Política.—Noche de Navidad.—Tribunales</i> | 261 |
| XLIII.—A M. de Quintin.— <i>Continuación de la estancia en Roma</i> | 283 |

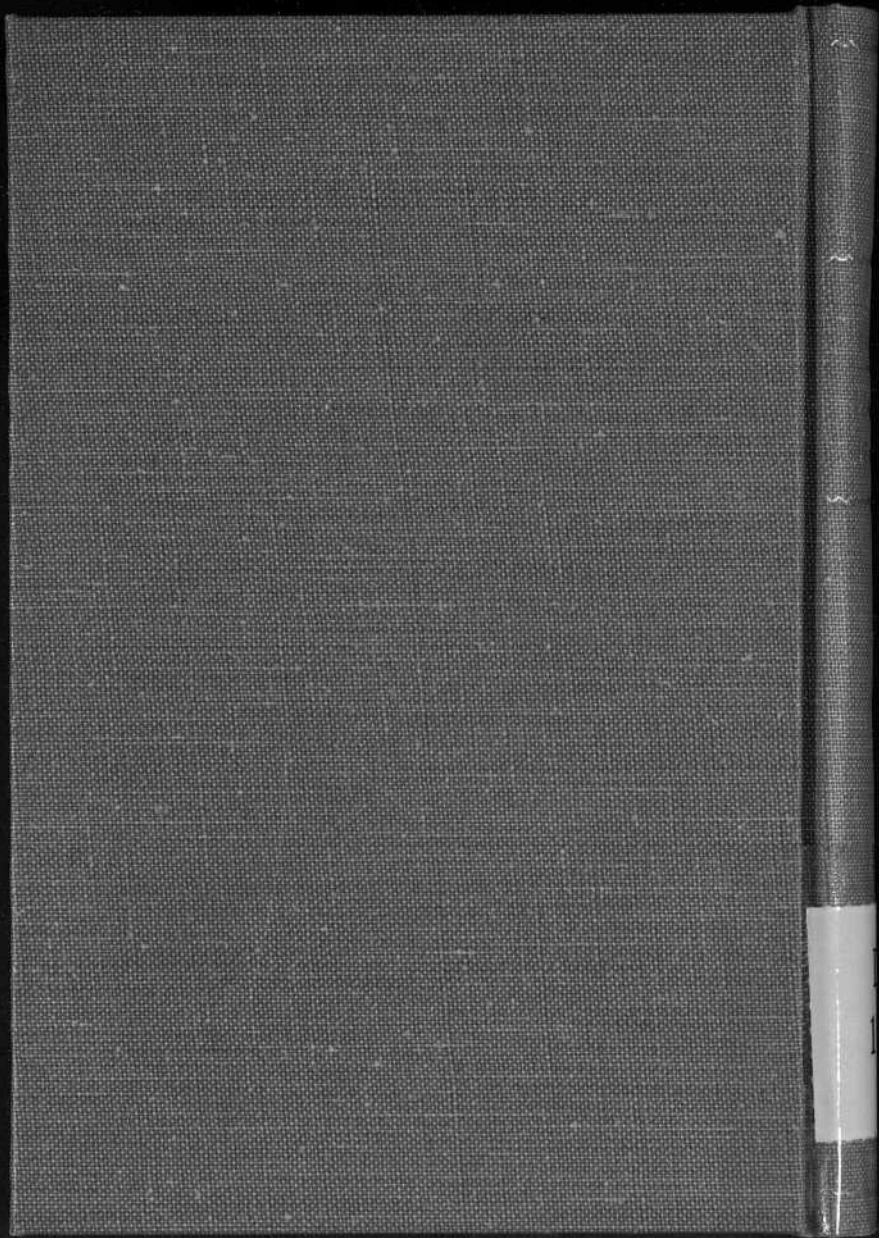


B.P. de Soria



61165684

DR 1172



EX LIBRIS
VIA
ITALIA

DR
1172